

De historias e historiadores

La saga historiográfica

de Nuevo León

1867-1996



Edgar Iván Espinosa Martínez

Humanidades No. 4

Monterrey, Nuevo León, México

De historias e historiadores...

La saga historiográfica
de Nuevo León,
1867-1996

De historias e historiadores...

La saga historiográfica
de Nuevo León,
1867-1996

Edgar Iván Espinosa Martínez

Santos Guzmán López

Rector

José Javier Villarreal Tostado

Secretario de Extensión y Cultura

César Morado Macías

Director de Historia y Humanidades

907.2

E77d

Espinosa Martínez, Edgar Iván

De historias e historiadores... La saga historiográfica de Nuevo León, 1867-1996 / Edgar Iván Espinosa Martínez. Monterrey, N.L.: Centro de Estudios Humanísticos, UANL, 2025.

247p. (Colección Humanidades Núm. 4)

1. Historiografía – Nuevo León, 1867-1996 2. Historia – Enseñanza y regionalismo en Nuevo León, 1867-1942 3. Institucionalización – Historiografía mexicana, 1942-1974 4. Profesionalización de la historia – Nuevo León, 1974-1996

Primera edición, 2025

© 2025, con depósito que marca la ley.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra.

D.R. © 2025, Secretaría de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León José Antonio Olvera Sandoval.

ISBN: 978-607-27-2666-6

ISBN electrónico: 978-607-27-2673-4

Centro de Estudios Humanísticos. Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, Av. Alfonso Reyes No. 4000 Nte. Col. Regina, C.P. 64290, Monterrey, Nuevo León, México. www.ceh.uanl.mx.

Derechos reservados. Se permite la reproducción parcial para fines académicos citando la fuente.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

ÍNDICE

Introducción	17
1 Prolegómenos, 1867-1925	23
El ascenso de la <i>escuela metódica</i>	25
La <i>escuela metódica</i> en la tradición alemana	26
Al otro lado del Rhin: la <i>escuela metódica</i> en Francia	29
¿La <i>escuela metódica</i> en México?	32
José Eleuterio González, <i>historiador moderno</i>	37
De la medicina a la historia	40
La idea de historia	46
Lo nacional desde las regiones	51
Hermenegildo Dávila y la enseñanza de la historia estatal	56
Los <i>catecismos cívicos</i> en Nuevo León	57
La enseñanza del pasado	60
Uso estratégico del pasado	62
Rafael Garza Cantú y el centenario de la nación	71
2 Regionalismo, 1925-1942	79
De la tradición alemana a la tradición francesa	81
La historiografía y la <i>nueva</i> circunstancia en México	83

Historia e historiadores después de la Revolución Mexicana	89
David Alberto Cossío y la <i>Historia de Nuevo León: evolución política y social</i> , 1925-1933	97
Vito Alessio Robles y <i>Monterrey en la historia y la leyenda</i> , 1936	102
Santiago Roel y <i>Nuevo León. Apuntes históricos</i> , 1938	104
Ciclo de Estudios Históricos, 1940	107
3 Institucionalización, 1942-1974	111
El exilio español y el estudio de la historia	113
Ramón Iglesia	114
Rafael Altamira	117
Historicismo	118
La profesionalización de la historiografía mexicana	123
Historiografía y nuevas instituciones en Nuevo León	126
Héctor González y <i>Siglo y medio de cultura nuevoleonense</i> , 1946	129
Primer Congreso de Historiadores de México y de EE. UU., 1949	133
Nemesio García Naranjo y <i>Una industria en marcha</i> , 1955	137
Israel Cavazos y <i>El Colegio Civil de Nuevo León</i> , 1957	140
Raúl Rangel Frías y la definición de una identidad estatal	143

Los <i>Annales</i> en México: Frédéric Mauro y su estudio sobre Monterrey, 1964	146
José Pedro Saldaña y sus <i>Apuntes sobre la Industrialización de Monterrey</i> , 1965	153
<i>Marxismo</i> e historia: la propuesta de Máximo de León	156
Isidro Vizcaya y la primera historia profesional	161
Polémica de León-Saldaña	177
4 Profesionalización, 1974-1996	181
La vanguardia historiográfica	183
El <i>revisionismo</i> en México	185
La profesionalización de los estudios históricos a nivel estatal. La Licenciatura en Historia, 1974 (UANL)	194
Historia y Ciencias Sociales: el caso de Menno Vellinga, 1979	195
Abraham Nuncio y la élite regiomontana, 1982	202
Mario Cerutti y la conceptualización del entorno regional, 1983	204
<i>Monterrey 400</i> : festejos y rescate historiográfico, 1996	211
<i>Memoria</i> de 1896 y 1946	211
<i>Gonzalitos</i> y el siglo XIX	214
La SNHGE en la conmemoración	216
¿Marxismo inofensivo?	217
Vizcaya, de nuevo	218

Consideraciones finales	223
Fuentes	231
Hemerografía	233
Historiografía de Nuevo León (obras y materiales	234
Historiografía mexicana	240
Bibliografía general	245

A la memoria de Jesús Ávila
(1955-2021)

¿O acaso a los historiadores nos falta aún mucho
por aceptar que también somos históricos?

Alfonso Mendiola

INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE TRABAJO TIENE COMO OBJETIVO acercarse al oficio del historiador. En México, las reflexiones al respecto -desde las anticipadas por E. O’Gorman, pasando por el rescate de J. A. Ortega y Medina y Á. Matute, hasta los análisis de las últimas décadas de E. Florescano, G. Zermeño y A. Mendiola-, coinciden en un planteamiento básico: vincular autor, obra y época. Ello nos llevaría a preguntarnos acerca de la posición y la función del historiador en las sociedades *modernas* (en específico, siglos XIX y XX). También implicaría un ejercicio de autocrítica respecto a tal actividad (es decir, qué hicieron los historiadores de otras generaciones y qué hacemos los historiadores de hoy). Los puntos mencionados servirán de referentes para abordar una parte de la historiografía elaborada desde y sobre Nuevo León en un lapso de poco más de una centuria.

El planteamiento anterior supone un ejercicio de interpretación. En tal sentido, el filósofo alemán H.-G. Gadamer llegó a plantear que el intérprete puede prepararse para la tarea interpretativa sólo en un contexto de interpretaciones ya dadas, que influyen en él de un modo no reflejo, provocando que tenga que vérselas no con un objeto “virgen”, sino con las estratificaciones de sentido previstas por las interpretaciones pasadas. Lo anterior significa que quien interpreta, siempre se encuentra en alguna relación con el objeto que se debe interpretar; que, mediante sus efectos, conmueve y determina al interprete mismo.¹ Desde el punto de vista conceptual, este autor centenario hace referencia a la tradición (*horizonte cultural*) en la que nos encontramos y que se transmite de generación en generación. Dicha tradición trae consigo creencias, “verdades” y conocimientos.

¹ H.-G. Gadamer, *Verdad y método*, p. 360 y ss.

Si me atengo a tal premisa, entonces debo comenzar por recuperar a aquellos quienes me han antecedido en esta línea de estudio. En tal sentido y en secuencia cronológica, comienzo por indicar los estudios que existen sobre el tema. Así, el primero de ellos es de Manuel Ceballos (1947-2022) y su *Historiografía nuevoleonesa* de 1995. Se trata de un folleto de 32 páginas publicado por el Archivo General del Estado de Nuevo León en el número 7 de la serie “Orgullosamente Bárbaros”.² En él, quien fuera investigador de El Colegio de la Frontera Norte aborda algunos aspectos de la historiografía estatal (instituciones, autores y obras destacadas), en un periodo que va de los años de 1920 y cierra en esos años noventa. Otro esfuerzo se le debe a Israel Cavazos (1923-2016), con un artículo titulado “Nuevo León, medio siglo de historiografía, 1951-1999”, el cual fue publicado en la Sección de Historia del desaparecido anuario *Humanitas* en el año 2000. Aquí, el experimentado historiador presenta una amplia catalogación no sólo de autores y obras relevantes sobre el tema (que, a su vez, divide en periodos, instituciones y municipios), también brinda referencias de ediciones de documentos, efemérides, libros escolares, historias y/o crónicas de ayuntamientos y biografías. Otra referencia es de César Morado con otro artículo que lleva por título “La Historia de Nuevo León. Apuntes epistemológicos sobre la historiografía reciente”. Apareció en el otoño de 2001 en *Provincias Internas*, revista publicada en Saltillo por el Centro Cultural Vito Alessio Robles. Tras comenzar señalando las pocas referencias que existen sobre el tema, el autor identifica cuatro grandes líneas de trabajo que se habrían desarrollado en las dos décadas previas: historia e identidad, historia económica, historia y teoría de género e historia y hermenéutica. Si bien breves y de índole general, los trabajos mencionados abren y preparan la discusión sobre los derroteros trazados por la actividad historiográfica

² También se publicó en *Memoria 94*, volumen en torno a las actividades de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística en ese año, editado por la Universidad Autónoma de Nuevo León en 1995. El título aquí es “Historia e historiografía nuevoleonesa”.

(instituciones, autores, obras, periodos, temas) en la entidad a lo largo del siglo XX.

En consonancia con lo anterior, es relevante mencionar que en otras latitudes se han desarrollado planteamientos en esta línea temática. En tal sentido, sirva de ejemplo el trabajo “*Historiographie et identité collective en Amérique française: le cas des élites francophones de la Nouvelle-Angleterre, 1872-1991*”, elaborado por Sylvie Beaudreau e Yves Frenette. La referencia forma parte de la compilación *Identité et cultures nationales. L'Amérique française en mutation*, publicada por la Université Laval en 1995. Se trata de planteamientos que van en dos sentidos: uno se dirige a explorar y sopesar una propuesta de identidad (en este caso, desde lo étnico y lingüístico); otro apunta a analizar la construcción de conocimiento sobre el pasado de una región (Nueva Inglaterra) en Estados Unidos. Para lo que corresponde a Nuevo León, existen similitudes en el objeto de estudio (historiografía), temporalidad (siglos XIX y XX) y espacio delimitado (región). En sentido estricto respecto al objeto de estudio (historiografía de Nuevo León), mi primer acercamiento formal a este trabajo se publicó en 2007 en la revista *Secuencia*. Titulado “La práctica historiográfica en Nuevo León. Una arqueología del conocimiento histórico regional, 1867-1996”, en él ya se proponía la periodización que ahora se sigue y se identificaba en lo sustancial el *corpus* a considerar.

Además del concepto “tradición”, se apelará al que refiere al “ámbito” desglosado por Michel de Certeau.³ Dicho planteamiento se dirige a identificar el vínculo entre Historia y Política, a partir del cual se comprende el *lugar* desde donde el

³ M. de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, 1975, p. 20. El autor plantea: La “faire de l'histoire” s'arc-boute sur un pouvoir politique qui créa un lieu propre (cité, nation, etc.) où un vouloir peut et doit écrire (construire) un système (un rason articulant des pratiques). Y agrega: D'un autre part, le pouvoir droit se légitimer, affecter à la force qui le rend effectif une autorité qui le rend croyable. D'autre part, le rapport entre un “vouloir faire l'histoire” (un sujet de l'opération politique) et l' “environnement” sur lequel se découpe un pouvoir de décision et d'action, appelle une analyse des variables mise en jeu par toute intervention qui modifie ce rapport de forces, un art que manipule la complexité en fonction d'objectifs, et donc un “calcul” des relations possibles entre un vouloir (celui du prince) et un tableau (les données d'une situation).

historiador se desempeña. En concreto, se trata del *lugar* (ámbito con reglas propias) que le permite al oficio, a su vez, *legitimar* (otorgándole autoridad) sus actividades (operaciones, prácticas). Asimismo, se pondera la presencia e influencia del Estado (suma de todas las instituciones) en dichas actividades, por lo que la propuesta conceptual concluye que el historiador debe escribir desde los “márgenes” (para tener más independencia y autonomía en su quehacer). En última instancia, la propuesta del historiador jesuita francés pugna por una mayor eficacia al ejercer el oficio a partir de mejores controles para una práctica científica.

A partir de tal planteamiento, se pretende reconocer una tradición historiográfica en la entidad. Para tal objetivo, proponemos identificar su inicio en 1867 (con la primera historia estatal elaborada por J. E. González) y su cierre en 1996 (con los festejos por los 400 años de la fundación de Monterrey). Como se explicará, ambos momentos -además de otros sucesos ocurridos en el dilatado lapso-, resultaron definitorios para la historiografía local y regional. Delimitada la temporalidad y para un manejo adecuado del objeto de estudio, se opta por segmentar el espacio temporal en periodos.

En el primer periodo [1867-1925], lo relevante desde el punto de vista historiográfico es que se elaboran los primeros acercamientos *modernos* al estudio de los procesos históricos regionales. En concreto, se abordan y analizan las pioneras versiones de la historia estatal de Nuevo León (José Eleuterio González, Hermenegildo Dávila, Rafael Garza Cantú). El segundo periodo [1925-1942], tiene como referentes al principal trabajo de David Alberto Cossío y la fundación de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística (SNHGE). En dicho lapso, también destaca la obra de otros dos personajes relevantes en el entorno mencionado, como son los casos de Vito Alessio Robles y Santiago Roel Melo. El tercer periodo [1942-1974], abarca desde la referida fundación de la SNHGE hasta el inicio de actividades del programa de la Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. En este lapso previo a la profesionalización del

oficio, es posible encontrar una distinción importante en cuanto a la solidez de ciertos estudios sobre procesos históricos en Monterrey, en la entidad y en la región. Además, es en donde ubicamos y destacamos a la mayoría de los historiadores (desde H. González hasta I. Vizcaya, pasando por J. P. Saldaña, I. Cavazos y F. Mauro). Por último, el cuarto periodo [1974-1996] corresponde a los primeros lustros de la profesionalización de la Historia en la entidad y proponemos cerrarlo en el año de los festejos ya mencionados. Aquí consideramos la aportación de extranjeros que bien estuvieron aquí para hacer su trabajo (M. Vellinga) o bien se quedaron a radicar en Monterrey (M. Cerutti). Además, parte de aquellas celebraciones de mediados de los noventa resultó en la publicación de obras sobre historia local, estatal y regional (I. Vizcaya), así como en el rescate de libros y autores que se encontraban un tanto olvidados (como fueron los casos de los aniversarios de 1896 y 1946, así como un libro de M. de León).

La pregunta obligada (y hasta cierto punto incómoda) respecto a los autores y sus obras es: ¿están todos los que son? La respuesta es no. Lo explico en términos metodológicos: como suele suceder en una investigación, quien la realiza se ve obligado a delimitar su objeto de estudio (esto es, tomar una muestra). Ante la imposibilidad de abarcar el todo, se ubica y define un fragmento de ello para enfocar el trabajo de la mejor manera posible. Planteado lo anterior, lo que mostramos es una parte de lo que conforma la tradición historiográfica en Nuevo León (aquella que consideramos más significativa). Asimismo, el lector notará que el abordaje entre los historiadores presentes varía. Lo anterior se debe a varios factores: desde los datos e información que se pudo conseguir y procesar en cada caso, hasta el hecho de haber investigado previamente a algunos de ellos (en concreto, J. E. González, H. Dávila e I. Vizcaya) en trabajos previos ya publicados.

Para cerrar esta presentación, debo agradecer a aquellas personas que -de diversas maneras-, incidieron en este trabajo. El profesor José Roberto Mendirichaga tuvo la gentileza de pasarme

material sobre Máximo de León. Cristóbal López, bibliófilo y conocedor de la literatura local y regional, me consiguió obra que integré en el presente texto. La Dra. Laura Suárez del Instituto Mora, con atención e interés me escuchó en varias ocasiones comentarle mi idea general, dándome sugerencias para apuntalar lo que entonces era un proyecto. A César Morado, académico de la Universidad Autónoma de Nuevo León, le debo su disposición para publicar el trabajo.

CAPÍTULO 1

PROLEGÓMENOS,
1867-1925

El ascenso de la *escuela metódica*

EL PRESENTE TRABAJO EXPLORA parte de la historiografía elaborada en Nuevo León en un lapso de poco más de medio siglo. Partimos del planteamiento que indicaría que en dicha propuesta historiográfica ubicada en las postrimerías del siglo XIX y principios del XX, se encuentra una forma *moderna* del estudio del pasado. Si tomamos lo anterior como hipótesis, entonces surgen preguntas acerca de los postulados metodológicos, conceptuales y teóricos que articularon y utilizaron aquellas generaciones de historiadores para otorgarle un carácter científico al análisis de los procesos históricos. En esta línea argumentativa, también nos preguntamos por las reglas, las normas, incluso ciertos valores que de manera paulatina dieron forma a una disciplina como la Historia hasta constituir su propio ámbito.

Ahora, en qué latitud geográfica sería posible encontrar el inicio del proceso. Se ha sustentado que fue en la tradición de lengua alemana durante la centuria decimonónica cuando tales premisas habrían sido desarrolladas.⁴ Personajes como W. von Humboldt, H. von Treitschke, T. Mommsen, E. Bernheim, pero sobre todo L. von Ranke, con su respectiva obra dieron al estudio del pasado un método que por fin ubicara al oficio entre las ciencias. En tales circunstancias, estas generaciones de historiadores germánicos pusieron las directrices en torno a aspectos como lo filológico (fuentes y su adecuado tratamiento), lo metodológico (identificar el hecho histórico, cómo abordarlo), incluso debatir sobre la noción de “verdad” (entendida como algo que se construye por el propio historiador, entre otras cosas en base a sus circunstancias y percepciones). Lo anterior apuntaló lo que se definirían como prácticas del un oficio que, si bien databa de siglos en la tradición

⁴ J. A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, 1980, pp. 49-78 y G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, pp. 77-110.

occidental, por primera vez era dotado de un método articulado a partir de bases científicas. Así se originó lo que la historiografía denomina “momento metódico”.⁵ Dicha propuesta quedaría sistematizada con la publicación de un par de textos: el *Lehrbuch der historischen methode und der gescchichtsphilosophie* de Ernst Bernheim publicado en 1889 y la *Introduction aux études historiques* de Charles V. Langlois y Charles Seignobos del año 1898. Se trató de manuales que de forma esquemática mostraban los “pasos” a seguir por el historiador; en concreto, sus autores se proponían entender el objeto, conocer la naturaleza y aplicar la metodología de la ciencia histórica.

Si bien, como se ha dicho, se suele tener a Ranke y su propuesta historiográfica como la forma más acabada en cuanto a un método científico para el estudio del pasado, tomaremos como referencia el libro de Bernheim para analizar la articulación de un método para la historia científica. Pese a que el autor y texto indicados son poco conocidos en el ambiente académico hispanoparlante, decidimos tomarlos como referencia ya que expone a manera de síntesis los puntos más relevantes de dicho método.

La escuela metódica en la tradición alemana

¿Qué reflexiones hacían los historiadores en lengua alemana a partir de la segunda mitad del siglo XIX? La pertinencia de la pregunta viene a cuento, si tomamos en consideración la aparición sistemática de publicaciones especializadas respecto a los procesos históricos. En particular, la publicación periódica *Historische Zeitschrift* publicada en 1859 -que involucró en su momento a los mencionados Sybel y Treitschke-, inició una tradición historiográfica cuya continuidad prosiguió en otros países. Así, en Francia [*Revue Historique*, 1876], Inglaterra [*English Historical Review*, 1886], Italia [*Rivista Storica Italiana*, 1888] y Estados Unidos [*American Historical Review*, 1895], nos muestran la forma en cómo un ámbito paulatinamente se configuró; esto es, la organización de interesados en los estudios

⁵ Ch. Delacroix, F. Dosse, P. Garcia, *Les courants historiques en France, 19e-20e siècle*, 2005, pp. 53 y ss.

históricos en torno a instituciones que elaboraban, circulaban y debatían sus resultados de investigación. En este ambiente, la obra que terminó por definir un paradigma científico que acabó por imponerse y delinear durante décadas los estudios considerados *modernos*, fue la ya citada *Introduction*....

En efecto, se trató de una “nueva” etapa para la Historia y los historiadores cuya preocupación fue realizar trabajos con rigurosidad científica. De vuelta a la tradición historiográfica alemana de aquella centuria, centro mi atención en un texto menos conocido que aquel de los historiadores galos mencionados. Se trata del citado *Lehrhbuch*..., publicado hacia 1889 y cuya autoría se le adjudica al mencionado E. Bernheim (1850-1942).⁶ Para el presente trabajo, tomamos una edición española de 1937 cuya traducción señala *Introducción al estudio de la historia*. Consta de 324 páginas (más ilustraciones de algunos pensadores interesados en la historia desde la antigüedad hasta el siglo XIX). El interés de acercarnos a este autor y texto (un tanto desconocidos en el entorno hispanoparlante), radica en que responde a ese ambiente de búsqueda y fijación de reglas para un abordaje científico del pasado. La arquitectónica del libro la componen tres apartados: “naturaleza y objeto de la ciencia histórica”, “el objeto propio de la ciencia histórica” y “los medios de trabajo de la historia”. En el primero de ellos, Bernheim parte de categorías conceptuales muy puntuales: “hecho histórico” (que identifica como un suceso único e irrepetible), que trata de explicar a través de “motivos”, “causas” y “condiciones” que le determinan. Remata con el reconocimiento de que existe un vínculo activo entre todos los elementos mencionados. Para este historidor, los “hechos” en Historia no son meras cosas; se trata, más bien, de sucesos que dependen y derivan de las más diversas actividades humanas (intereses, conflictos, relaciones, tradición, etc.). En tal sentido,

⁶ En el ámbito académico germanoparlante, hacia las primeras décadas del siglo XX seguirán apareciendo propuestas metodológicas de este tipo. Es el caso del historidor austriaco Wilhelm Bauer y su texto *Einführung in das studium der geschichte*, cuya primera edición es de 1921. Curiosamente, la traducción del título al español tanto del libro de Bernheim como del de Bauer, es idéntica.

este historiador considera que el objeto de la Historia son las acciones de los hombres (acontecidas en el pasado).⁷

En el segundo apartado, se analiza desde el punto de vista metodológico aquellos elementos que la Historia utiliza de otras disciplinas. El término que emplea como referencia para aquellas áreas de estudio es “ciencias auxiliares de la Historia”. Por ahí desfilan la filología (fuentes originales), paleografía (descifrar dichas fuentes originales), diplomática (los documentos “más importantes”), sigilografía (sello como medio de autenticidad del documento), numismática (monedas), genealogía (linajes y familias), heráldica (escudos), cronología (“computo del tiempo”) y la geografía (diversas relaciones en el espacio).⁸ Los aspectos mencionados nos muestran a un historiador que reconoce que su oficio está ubicado en un ámbito científico más amplio; por tanto, para hacer completo y eficaz el estudio del pasado, el historiador *moderno* requiere de elementos de otras ciencias.

Los aspectos metodológicos son a los que Bernheim les otorga más atención. Para empezar, identifica “momentos” en la investigación de los hechos históricos. Así, inicia con la “heurística” que refiere a las fuentes, documentos, testimonios, datos e información; para que el historiador se acerque a todo este cumulo de conocimiento, debe echar mano del arsenal metodológico tomado de otras disciplinas. El objetivo es tener “plena seguridad de los conocimientos históricos”.⁹ Si bien la postura del autor es científica y moderna, al desglosar la serie de fuentes reconoce que existe un cumulo de materiales; en tal sentido, su lista incluye memorias, tradición oral (canto, narraciones, fábulas, leyendas), anécdotas, sentencias, así como toda la “tradición escrita” (anales, crónicas, biografía). A esto agrega lo que llama “tradición gráfica” (dibujo, pintura, escultura e integra el entonces desarrollo reciente de la técnica fotográfica). Los “monumentos” son otras áreas que considera como “retos” de actividad humana. En consonancia con lo

⁷ E. Bernheim, *Introducción al estudio de la historia*, 1937, p. 50.

⁸ *Idem*, pp. 63-79.

⁹ *Idem*, p. 96.

anterior, el segundo momento lo adjudica a la “interpretación”. Aquí el historiador hace una relación de tipo “causal” con los hechos; de tal manera que se debe proseguir identificando factores, condiciones y circunstancias que incidieron en tal acontecimiento histórico.

Al otro lado del Rhin: la *escuela metódica* en Francia

De los esfuerzos indicados y mencionados durante la segunda mitad de la centuria decimonónica, el que suele ser identificado como el arranque del estudio científico del pasado es la ya mencionada *Revue Historique*. Fundada y dirigida por Gabriel Monod y Gustave Fagniez, aquí es donde apareció por primera vez el término *escuela metódica*, acuñado y propuesto por Monod en un trabajo intitulado “Du progrès des études historiques en France depuis le XVI^e siècle”.¹⁰ Dicho “editorial fundador” apareció en el primer número de la citada publicación periódica -de vocación republicana, espíritu liberal y herencia erudita- en 1876.¹¹ A su vez, Monod estaba inspirado en lo que al respecto se hacía en lo que hoy es Alemania (Ranke, Humboldt, Droysen, Treitschke, Sybel, Bernheim). Autores contemporáneos como Delacroix, Dosse y García, identifican en dicho “editorial-manifiesto” los planteamientos que regirán la historia científica como se practicó a lo largo del siglo XIX: “marcha hacia el progreso”, “visión lineal de la historia”, “aporte de las ciencias auxiliares”, “la historia como ciencia singular” y “acceder a un conocimiento indirecto”. Los dos trabajos que ahora abordamos esquematizaron dichos postulados conceptuales y metodológicos: el ya citado *Lehrbuch...* de Bernheim y la *Introduction...*¹² de Langlois y Seignobos en la que ahora nos centramos.

¹⁰ Ch. Delacroix, F. Dosse, P. García, *Les courants...*, pp. 65. Aquí se reproduce dicho editorial en francés, el cual remata de la siguiente manera: *C'est ainsi que l'histoire, sans le proposer d'une autre but et d'une autre fin que le profit qu'on tire que la vérité, travaille d'une manière secrète et sûre à la grandeur de la Patrie en même temps qu'ou progres du genre humaine*. “Verdad” (hechos), “patria” (nacionalismo) y “progreso” (modernidad) fueron los pilares de aquel “momento metódico”.

¹¹ *Idem*, pp. 65 y 66.

¹² Ch. V. Langlois/Ch. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, 2009, pp. 49 [pie de página], 52 y 53. Los autores ubican el texto de Bernheim como parte del

Para el texto de estos historiadores franceses, utilizaremos una edición de Francisco Sevillano Calero publicada en 2003 por la Universidad de Alicante. En su arquitectura, la organización de la obra es muy parecida a la propuesta de Bernheim. Posee tres apartados (que presenta como “libros”) y son: preliminares, análisis y síntesis. En el primero de los segmentos, se enfoca en dos aspectos: la búsqueda de documentos (“heurística”) y las “ciencias auxiliares”. La premisa metodológica de estos autores, es: “la historia se hace con documentos”.¹³ Los documentos son toda clase de vestigios de culturas, pueblos y civilizaciones que existieron. La búsqueda, recopilación y organización sería, por tanto, la primera actividad del historiador. Con ese primer planteamiento, pienso en el historiador profesional quien, para el acceso a documentos, se dirige a archivos para preguntar sobre algún dato en particular. La escena anterior supondría que dichos documentos ya se encuentran organizados, catalogados y ordenados para su consulta. Sin embargo, me da la impresión que el historiador profesional no piensa en que, al dirigirse a algún recinto o repositorio, ya hay un trabajo previo de tipo archivístico (con lo arduo que suelen ser esas faenas). Mi comentario es que, respecto a este primer paso planteado en el libro, parece haber un desprecio por parte de los “profesionales” (con sus posgrados y, en ocasiones, hasta con distinciones).

En cuanto a la necesidad de tomar elementos de las “ciencias auxiliares”, los argumentos resultan estar en consonancia con Bernheim; esto es, son imperativos para que el estudioso de los procesos históricos se “enfrente” al documento como científico. Como el historiador alemán, los profesores franceses integran a su lista disciplinas como epigrafía (“griega y latina”), paleografía (necesaria para estudiar la Antigüedad y la Edad

cúmulo de obra que por entonces se editaba y circulaba respecto al tema de metodología de investigación histórica. De manera crítica (y aun con cierto desprecio), los historiadores franceses consideran el trabajo del historiador alemán como: “una visión general y completa (aunque todavía muy limitada)” “Y rematan señalando que: “Bernheim se demora en cuestiones metafísicas y que se trata de una “doctrina razonable, pero falta de vigor y originalidad”. Terminan comentando algo que ya hemos dicho: “el Lehrbuch tiene una audiencia limitada”.

¹³ *Idem*, p. 59.

Media), filología y diplomática.¹⁴ Queda claro que la apuesta de dicha metodología, estaba dirigida a contar con un historiador con todos los elementos que le permitieran enfrentarse al documento y comprenderlo.

El segundo apartado (“libro”), hace alusión a aspectos conceptuales vigentes hasta la fecha. El más contundente es entender y asumir que el conocimiento que se puede tener sobre el pasado es “indirecto”.¹⁵ Tal premisa hace referencia a la imposibilidad de ser testigo u observador de un suceso ocurrido en otras épocas; ante tal circunstancia, la única manera de conocer aquello que ha sucedido es mediante el documento (huellas, vestigios, restos). Bajo este esquema de trabajo, la *Introducción...* identifica cinco criterios para el análisis de fuentes. Los primeros los llama “externos” y son: “condiciones generales de conocimiento histórico”, “crítica de restitución”, “crítica de procedencia”, “clasificación crítica de fuentes” y “crítica erudita”. Después están los “internos”: “crítica de interpretación”, “crítica interna negativa de sinceridad y exactitud” y “determinación de los hechos particulares”. Los pasos mencionados suponen todo un arsenal metodológico científico, a manera de “filtros”, para el trabajo sistemático de documentos. El resultado es una concepción *moderna* para el estudio de la historia. Como se dijo, lo relevante de tal planteamiento es que, a más de un siglo de la aparición de los textos aludidos y aun con el proceso que llevo a la profesionalización del oficio, sigue siendo la piedra angular en lo metodológico.

El último apartado los autores lo identifican como síntesis. En principio parte de “Requisitos generales para la estructuración histórica”; la justificación está en una aseveración de los propios autores: “... hija de un género literario, la historia continúa siendo la menos metódica de la ciencias”.¹⁶ Efecto, hasta el siglo XIX la historia venía de un vínculo milenario (al menos 2,500 años en Occidente) con la literatura; desde Homero, pasando por los historiadores greco-latinos, medievales, humanistas y renacentistas,

¹⁴ *Idem*, pp. 79-91.

¹⁵ *Idem*, p. 96.

¹⁶ *Idem*, p. 217.

todos practicaron un estudio del pasado basado en elementos literarios (retórica, poética, oratoria). Es durante dicha centuria que los interesados en la historia, empezaron a buscarle un ámbito con reglas propias para otorgarle un carácter científico a su quehacer. Prosigue con la “Ordenación de los hechos”, lo que requiere criterios de selección y ubicación de aquello que se estudia (la cronología, por ejemplo, como ciencia auxiliar tiene aquí su razón de ser). Después está el “Razonamiento constructivo”, lo cual hace alusión a la veracidad y objetividad del resultado. Luego viene la “Exposición de síntesis generales”, que es mostrar los hechos generales a partir de sus causas. Cierra con la “Exposición”, en donde estarían los resultados de la investigación y la difusión del conocimiento.

¿La escuela metódica en México?

Tras mostrar dos ejemplos de propuestas científicas para el estudio del pasado, nos preguntamos si tal “momento metódico” llegó y se desarrolló en México durante aquella centuria. Partimos de la idea que existe una tradición historiográfica mexicana que es posible rastrear, al menos, desde la etapa de conquista con las *Cartas de Relación* elaboradas por Hernán Cortés entre 1519 y 1526. Sin embargo, acotando nuestro objeto de estudio nos centraremos en un par de obras significativas en los planos cultural e intelectual nacionales para indicar que, en efecto, dichos planteamientos metódicos y científicos comenzaron a delinear una forma *moderna* del estudio de la Historia.

La primera de ellas se le debe a Lucas Alamán (1792-1853) con *Historia de México*, una serie de cinco volúmenes publicados entre 1849 y 1852. Lo que llama la atención de un personaje ubicado -muy a la ligera- como “conservador”, son sus posicionamientos de tipo conceptual y metodológico para el análisis de los procesos históricos. Tomo parte de sus planteamientos presentes en la Introducción de la obra mencionada:

Éstas y otras razones me han decidido á publicar la parte de la Historia que corresponde al periodo expresado y, para corresponder cómo se debe á este deseo, me he propuesta

presentar los hechos con toda fidelidad que requiere la verdad de la historia, informándome de éstos con diligente cuidado, y consultando no sólo lo que se ha escrito acerca de ellos, sino preguntando a quienes los presenciaron y examinando todos los documentos fidedignos que he podido conseguir. De mucho de lo que refiero soy testigo o he intervenido en ello: de lo demás he tenido á la vista documentos originales, algunos de los cuales copiaré en el apéndice á cada uno de los libros en que dividiré la obra en apoyo de lo que asiente, y en todo citaré exactamente las autoridades que me hayan servido de fundamento, para que puedan consultarse siempre que se quiera. Omitiré, en cuanto lo permita la materia, toda observación propia, dejando que el lector ejerciendo su juicio, califique por sí mismo el mérito de cada acción, cuando esté instruido á fondo en su esencia. Acaso caerán algunas reputaciones mal adquiridas o mentirosamente formadas; muchos juicios pronunciados por el espíritu de partido parecerán injustos o infundados, pero estos no eran resultado de mis raciocinios, sino de los que el lector imparcial haga, en vista de los hechos que se le presenten.

Mi posición en el tiempo en el que he escrito me ha colocado en la situación más ventajosa para juzgar con imparcialidad todo el pasado¹⁷

Si bien se trata de un texto de una época anterior (mediados del siglo XIX) a los dos que se acaban de mencionar (finales de esa centuria), el ánimo por encontrar y fijar un método, así como una forma sistemática para analizar los hechos del pasado, encuentran similitudes formidables. Ciertamente es también que nos recuerda los postulados filosóficos y metodológicos del llamado “padre de la historia moderna”: Leopold von Ranke. El camino trazado por Ranke -entre otros-, continuado y enriquecido por las generaciones posteriores hasta llegar a las dos propuestas presentadas, muestra el reclamo de un ámbito por ocupar un lugar propio entre las ciencias de la época. Así, identificar los

¹⁷ L. Alamán, *Historia de México*, 1985, t. I, pp. IV y V.

hechos (“periodo expresado”), presentarlos tal como ocurrieron (“fidelidad que requiere la verdad en la historia”), todo ellos en base a un basamento documental robusto (“examinando todos los documentos fidedignos”), nos presentan a Alamán como un historiador al tanto de las propuestas que entonces fueron delineando un perfil científico para la historia. Para cerrar, la casaca de “conservador” que hasta la fecha se le impone a este personaje, contrasta con su propuesta historiográfica; me refiero a que sus posturas como historiador para el estudio del pasado lo muestran, en todo caso, como alguien preparado y al tanto de lo que entonces se consideraban las vanguardias teóricas y conceptuales. Todo indica que, con un historiador como Alamán, nos encontramos ante una propuesta audaz y hasta cierto punto innovadora, en un país que buscaba constituirse como nación.

Los estudios sobre la historiografía mexicana de la época, ubican al periodo que va de 1850 a 1910 como un momento en el cual la Historia “juzga” al pasado. De tal manera que periodos, instituciones, personajes y todo tipo de acontecimientos, son sometidos por una suerte de “tribunal” para colocarlos en algún sitio del devenir nacional.¹⁸ En este ambiente, además del citado texto de Alamán, se llevó a cabo una empresa ambiciosa y de grandes miras: el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*. Publicado entre 1853 y 1856, se trata de una obra colectiva y de carácter enciclopédico en la participaron -entre otros-, el propio L. Alamán. Si bien se inspiró en la publicación española de apenas unos años antes, carga con un nacionalismo que -desde nuestro presente-, podemos considerar necesario para su época; ante la derrota del ejército invasor estadounidense, los distintos grupos intelectual y políticamente activos identificaron la necesidad estratégica de conocer cuál había sido el saldo de semejante descalabro.

En este aspecto, la noción de documento vuelve a hacerse presente entre los mexicanos estudiosos al mediar la centuria. Para los partícipes de esta obra, el dato y la información

¹⁸ G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, pp. 154 y ss.

recabada, organizada y presentada sobre lo que había quedado del país tras dicha invasión, resultó crucial para la toma de decisiones en una condición de adversidad y desamparo. Así, aspectos demográficos, geográficos, hídricos y todo aquello que representara algo relevante para conocer lo *nacional*, tuvo en el dato y la información el punto de partida para la elaboración de sus diez volúmenes.

Otra obra colectiva de este tiempo es *México a través de los siglos*. En el plano estrictamente historiográfico y por distintas razones, sus cinco volúmenes representarían la versión más acabada de la historia patria. Parte de esos méritos los encontramos en que, como lo vimos con Alamán décadas antes, se plasma una versión moderna y científica respecto al estudio del pasado. Para muestra, tomemos un fragmento de la Introducción al segundo tomo cuya autoría es de Vicente Riva Palacio:

La severa imparcialidad de la historia debe juzgar a los hombres y a los acontecimientos sin preocuparse del efecto que su fallo ha de producir en las presentes o venideras generaciones. El tribuno puede halagar las pasiones o los intereses de la multitud para alcanzar el triunfo de una causa; el diplomático cubrir con un velo ante un gobierno los acontecimientos cuyos contornos le conviene que no se perciban; el poeta alzar sobre un pedestal de gloria al hombre que le inspira un canto. El historiador no puede ni debe más sino decir la verdad; pero como esa verdad, iluminada por la filosofía del escritor afecta muchas veces formas y proporciones que están muy lejos de ser ciertas, preciso es alumbrar cada uno de los cuadros con la luz que le es propia. Si quiere juzgarse a los hombres del siglo XVI por el código de la Ilustración, de cultura y de ciencia que rige en el que alcanzamos; si las pasiones y políticas de la época de Carlos V; si los hechos, las leyes y las costumbres de aquellos tiempos se estudian con la antorcha que guía al mundo en los últimos años del siglo XIX, fallo injusto sería sin duda el que se pronuncie, y los personajes quedarían tan desconocidos para el lector como

los hechos de esos grandes personajes serían para ellos mismos si pudieran leer las crónicas de su vida escritas bajo este sistema.¹⁹

Como destacado liberal y eminente figura del siglo XIX mexicano, Riva muestra la altura que como intelectual tuvo. Al señalar la “severa imparcialidad” que entiende debe acompañar al oficio, no lo plantea como algo iluso o -lo que pudiera ser peor-, de forma demagógica; tal planteamiento lo desarrolla a partir de una preocupación que ha acompañado a los historiadores por siglos: descubrir -construir, diríamos hoy-, la verdad. Lo anterior nos remite a parte del arsenal conceptual y teórico que el autor utilizó para su trabajo, en este caso concebir al pasado como *alteridad*. Ubicado en la centuria decimonónica, en esta obra colectiva le toca estudiar los procesos históricos del periodo colonial (hasta la fecha denostado y estigmatizado como etapa de oprobio, sometimiento y humillación). Lejos de tal postura, Riva llega a la conclusión de que ese espacio temporal -como cualquier otro-, debe analizarse bajo las condiciones imperantes que, en conjunto, crearon todo un sistema (creencias, valores, principios). De hecho, el abogado liberal no titubea en afirmar que -a manera de conclusión basada en sus conceptualizaciones y evidencias documentales-, durante ese lapso de tres siglos se fraguó el México del siglo XIX (y aun el del XXI).

Ante Riva, estamos frente a un historiador completo, con preparación sólida y que se basó en una evidencia documental sobre el virreinato. A lo anterior, se suma el conocimiento de posturas conceptuales, metodológicas y teóricas (“verdad”, “alteridad”) que ya permeaban, se difundían y eran utilizadas por estudiosos de distintas latitudes. Los casos de Alamán (supuesto “conservador”) y Riva (liberal “puro”), muestran que los preceptos y postulados de la *escuela metódica* llegaron a nuestro país, quedando plasmados en la obra de varios historiadores.

En pleno Porfiriato e incluso en tiempos de la Revolución Mexicana en las primeras décadas del siglo XX, tendencias como

¹⁹ *México a través de los siglos*, 1889, t. II, p. XIII.

el *positivismo* se mantienen vigentes en las propuestas de algunos historiadores (por ejemplo, P. Parra o R. García Granados). Pese a esa fuerza y vigencia, otras líneas de pensamiento (idealismo) cuestionan la viabilidad positivista generando debate (sirva de referencia la polémica Caso-Aragón).

Llegados a este punto, viene a cuento hacer la pregunta si otros personajes, ubicados en distintas regiones del país y desconocidos en el plano nacional, conocieron dichos planteamientos *modernos* y los aplicaron a sus trabajos.

José Eleuterio González, *historiador moderno*

José Eleuterio González nació en Guadalajara en febrero 20 de 1813 y murió en Monterrey en abril 4 de 1888. Llegó a la capital de Nuevo León a los veinte años de edad y se convirtió en el prototipo del ilustrado²⁰ mexicano de la época: ejerció la medicina, promovió proyectos educativos que siguen vigentes [El Colegio Civil de Monterrey en 1859], ocupó -de forma temporal- cargos públicos estratégicos como la gubernatura de la citada entidad y estudió el pasado colonial. En este último aspecto inició un rescate y divulgación de fuentes y documentos ubicados en archivos civiles y eclesiásticos sobre la etapa novohispana de la mencionada entidad y de la región de la cual formaban parte (Provincias Internas de Oriente).

Desde un punto de vista generacional, consideramos dos propuestas que pueden ser útiles para ubicarlo. Quizá la más conocida es la de Luis González, para quien el ilustrado que radicó

²⁰ E. Pani señala que la “clase política” y los “hombres públicos” del siglo XIX en México fueron “herederos de la Ilustración y de las revoluciones atlánticas”, siendo una constante en dicho proceso “tratar de asimilar, amoldar y depurar” dicho legado ideológico. En el terreno de las ideas, aquellos ilustrados -entre los cuales se encuentra nuestro personaje- crearon a partir de ese influjo una postura intelectual y académica propia según las condiciones sociales y políticas de la sociedad mexicana de la época. En lo que corresponde a una forma de investigar y escribir historia, Álvaro Matute advierte el desarrollo de un “pensamiento historiográfico mexicano” que, si bien basado en los modelos europeos, se ha adaptado a la realidad nacional. Ambos planteamientos son útiles para analizar cómo los ilustrados mexicanos devenidos historiadores elaboraron sus propuestas. Ver: E. Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio*, 2001, p. 26; Á. Matute, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX*, 1999, pp. 13 y 14.

en Monterrey formaría parte de lo que el historiador michoacano concibe como la *pléyade de la Reforma*. Es decir, se encontraría entre aquel puñado de quienes la historiografía considera como próceres y notables que vieron la luz entre 1806 -con Juárez como decano- y 1820.²¹ Dicha generación romántico-liberal fue una elite en el sentido más estricto del término, un grupo cuya condición de clase le permitió tener una vida con ciertas ventajas. Así, la gran mayoría de ellos habría nacido en entornos urbanos con poblaciones en algún grado densas, desde un punto de vista racial pertenecieron a una “minoría blanca” y la formación que tuvieron señalaba oficios como el sacerdocio, la actividad política, el quehacer cultural, la vida castrense o la ciencia médica, con lo cual, necesariamente, se infiere que fueron individuos con acceso a algún tipo de instrucción.

En el mismo sentido, pero centrando sus argumentos en las ideas y pensamiento de aquellos personajes, Charles Hale advierte que se trató de liberales mexicanos quienes elaboraron y difundieron intelectualmente la Reforma. Para el historiador estadounidense, ilustrados como Otero, Arriaga, Lerdo de Tejada, Ocampo, Ramírez y Prieto, nacidos entre los años de 1810 y 1820 y ejerciendo por lo general la abogacía, habrían conformado una generación romántica.²² Un par de aspectos destacan entre los miembros de dicha generación: creer en el devenir histórico (romanticismo)²³ y apelar a la guía de un

²¹ L. González, *La ronda de las generaciones*, 1997, pp. 17-32.

²² Ch. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, 2002, p. 22.

²³ El movimiento romántico se originó y propagó en Europa entre 1760 y 1830 con ondas repercusiones en los campos artístico, filosófico y literario. Un rasgo que definió al romanticismo fue interesarse y valorar el pasado más remoto, ya que en él podrían encontrarse logros de otros momentos históricos (para Occidente, la etapa anterior al cristianismo) u otras culturas (egipcia, china, india). En México, dicha corriente de pensamiento tuvo su auge entre 1836 y 1867. En ese lapso, contribuyó de forma decisiva a construir y difundir un sentido de pertenencia nacional. Dicha representación de *mexicanidad* se manifestó a través de pinturas, dibujos, fotografías, novelas, poesía, diarios de viaje y, por supuesto, el trabajo de los historiadores. Para los historiadores mexicanos de la época, el estudio del pasado era un reencuentro con el origen mediante lo cual elaboraron y difundieron un sentido de pertenencia. José Eleuterio González, como historiador e inmerso en el romanticismo, fue a ese “en-

estado rector (liberalismo).²⁴ Para ellos como parte de una elite progresista era necesaria una transformación que implicaba acabar con ciertas condiciones del Antiguo Régimen que aún permanecían (clasificación étnica, desigualdad económica, ausencia de reconocimiento político). En contraste, sus aspiraciones (república federal democrática, instituciones representativas, sociedad secularizada, desarrollo de la libre empresa, salvaguardar los derechos individuales) apuntaban hacia un modelo que impulsara la modernización y el progreso. El sustento de tales planteamientos era el liberalismo en su fase estatista, lo cual suponía que el individuo sólo podía ser libre dentro de los márgenes del estado.²⁵

cuento con el origen” (estudio científico del periodo colonial temprano) para dotar a su región de un pasado que la ubicara en el devenir histórico nacional. Puede decirse que el influjo del romanticismo impulsó el carácter científico de la historia durante el siglo XIX.

²⁴ Los planteamientos e ideas liberales durante el siglo XIX se centraron en otorgar primacía -y en cierta forma exaltar- a los modernos estados nacionales. Para la situación de México independizado a principios de esa centuria, en automático entró en la tesitura: la prioridad era, por tanto, constituir el estado nacional mexicano. La élite entonces activa en los planos intelectual y político reconoció tal prioridad y se sumó a ello, al organizarse en espacios específicos (sociedades, clubes, agrupaciones) para desarrollar sus tareas y actividades de forma articulada (literatura, periodismo, opinión pública, programas de gobierno). En esa intervención estratégica dirigida a propiciar gobernabilidad, los historiadores desempeñaron un papel relevante ya que con su obra ayudaron a modelar al ciudadano mexicano al darle a conocer su pasado en un sentido ideográfico.

²⁵ En su forma *moderna* -en particular durante el siglo XIX-, el Estado fue una construcción conceptual formalista cuya composición básica era de tres elementos: soberanía (poder político), pueblo (ciudadanos) y territorio (espacio geográfico). Lo anterior obedeció al objetivo de constituir una organización coercitiva para ordenar a las sociedades. Jaime del Arenal toma como ejemplo el derecho, la norma, la ley y la justicia que durante dicha centuria el estado mexicano se apropió hasta tener el monopolio de su “correcta” aplicación. Lo anterior llama la atención, si se toma en cuenta que durante la etapa colonial se desarrollaron múltiples formas de ordenamientos jurídicos no estatales (indígenas, religiosos, corporativos, etc.). Dicho “absolutismo jurídico” decimonónico tuvo como objetivo controlar y modelar las acciones de los individuos en todas las esferas de la vida. En cuanto al vínculo entre Estado e historia, Enrique Florescano señala que la constitución del Estado moderno (suma de todas las instituciones, autoridad pública suprema y, por tanto, el gran referente), supuso una confrontación con los diversos grupos, segmentos y estratos al imponer una *uniformidad* a través de una legislación general, una administración central y un poder único. En lo que concierne a la escritura de la historia, Florescano destaca la función que tuvo en dicho proceso

De la medicina a la historia

José Eleuterio González fue médico de profesión, y en dicho rubro realizó proyectos y actividades (académicas, políticas públicas) destinadas a mejorar su entorno inmediato.²⁶ Además de advertir que es una de sus facetas que sigue descuidada por los estudiosos de los procesos regionales del siglo XIX mexicano, queremos señalar el vínculo que -en su caso- tuvieron ambas disciplinas. Este último punto lo desmarca de buena parte de sus contemporáneos interesados en la historia.

¿Qué *lugar social* ocupó el médico en el México de la segunda parte de aquella centuria? Para desarrollar el argumento, partimos de un dato: durante los años de la República Restaurada [1867-76] se fraguó y consumó una recomposición y reacomodo dentro de la élite intelectual y políticamente activa. En dicha cúpula, que venía siendo dominada por los abogados al ocupar puestos clave en distintos gobiernos para encausar el devenir del Estado

la elaboración y difusión de una *historia patria* que se encargara de justificar, difundir y promover dicha uniformidad. Para la experiencia mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, la obra *México a través de los siglos* logró abonar en la consecución de tal objetivo estratégico. Ver: Jaime del Arenal, “El discurso en torno a la ley”, 2008, pp. 303-322 y Enrique Florescano, *La función social de la historia*, 2012, pp. 88-96.

²⁶ J. E. González. *Los médicos y las enfermedades en Monterrey, 1881, 1968*, pp. 96 y 98. Este documento histórico notable encontrado y editado por Francisco Guerra ofrece una estampa del Monterrey de aquel tiempo, además de tener un carácter autobiográfico. Respecto a cómo obtuvo su título de médico, nuestro personaje comenta: *Aunque desde el año de 1826 tenía el Gobierno facultad para mandar á examinar médicos y titularlos, no hizo uso de esta prerrogativa hasta principios del año de 1842, que el General Ortega, siendo Gobernador, nombró, á instancias de la Junta Departamental, la primera Junta de Sanidad, que la compusieron los Dres. Arjona, Ayala y Tamés. Ante esta junta me presenté yo, y fui examinado y aprobado, por lo que el Gobierno me extendió el título de Médico Cirujano el día 8 de Marzo del mismo año de 1842. Tenía yo para entonces más de seis años de ser Director del Hospital. Por lo que toca a la fundación de un nuevo hospital -imperativo para Monterrey y Nuevo León, ya que el Hospital de Rosario, fundado en 1793, para 1853 había dejado de ofrecer sus servicios- escribió: No quedándome arbitrio para realizar mi plan, por falta de un hospital, me limité a establecer una Cátedra de Partos, para hombres y mujeres, poniéndola bajo los auspicios del Consejo de Salubridad. En 10 de diciembre del mismo año de 1853, se me extendió el título de Catedrático en Obstetricia cuya cátedra he desempeñado hasta ahora. Desde entonces comencé a promover la erección del Hospital Civil, preliminar indispensable para poder fundar la Escuela de Medicina; pero no logré que se comenzara la obra hasta el año de 1859.*

mexicano, la presencia y el actuar de los médicos poco a poco se habría ido imponiendo -tanto en número como en posiciones- lo cual influyó en la toma de decisiones en el poder político y en la esfera pública.²⁷ La figura que a nivel nacional encabezó dicho proceso que supuso la “medicalización de la política mexicana” fue Gabino Barreda quien, a su vez, sistematizó la introducción en México de las doctrinas filosófico-pedagógicas en la instrucción pública durante la etapa republicana. El nuevo credo del proyecto liberal, cuyo objetivo era reestructurar e imponer un efectivo esquema normativo para la sociedad de la época, quedó manifestado en la *Oración Cívica*.

Esta tesis llevada al escenario local de Nuevo León, permite ubicar el pensamiento y la acción de José Eleuterio González como parte de esa renovación, cuyo objetivo era curar las patologías tanto físicas (tratamiento de enfermedades comunes, estudio y control de epidemias) como sociales (prostitución, crímenes, vagancia). Asimismo, el médico tuvo la convicción de constituir un nuevo entorno político y social forjando un ciudadano preparado y con conocimiento. Y lo que como historiador va a desarrollar nuestro personaje a partir de ese emblemático año de 1867, lo presenta como parte activa en el concierto de voces autorizadas que consideraban a la historia como instrumento para una educación integral.

En un contexto en donde la estabilidad nacional estaba por encima de cualquier otra vicisitud, se pensaba que aquella cúpula

²⁷ E. J. Palti, *La invención de una legitimidad*, 2005, pp. 312 y 313. Palti argumenta: *...mientras que la profesión legal seguía siendo aún a fines del siglo XIX muy mal vista, la revolución médica iniciada por Pasteur... no sólo había comenzado a erradicar epidemias, sino también a controlar algunas de las enfermedades más comunes, lo que elevaría a los médicos a la posición de simultáneos portadores de un tipo de saber indisputable y benefactores de la humanidad. Éstas fueron las bases para la medicalización de la política mexicana, la cual supuso un doble desplazamiento dentro del aparato burocrático del Estado, alterando de este modo su composición. Los hombres de ciencia remplazaron a los abogados (y literatos) de su anterior posición en la elaboración de las políticas públicas... al mismo tiempo que la medicina emergía como el paradigma de una disciplina a la vez fundada teóricamente y orientada a intervenir en la práctica -y, por lo tanto, adecuada a la resolución de los asuntos sociales; esto es, curar las tan mentadas “patologías sociales y culturales” mexicanas.*

letrada y culta en su múltiple campo de acción también debía abonar a ello, en este caso mediante el engrandecimiento de las llamadas ciencias, por supuesto siempre con un cariz patriótico. En dicha corriente de pensamiento se distingue una metodología que privilegia, entre otras cosas, atenerse a los hechos tal y como se presentan, para lo cual se toma como base la *observación*. Observación, valga decirlo, que debía ser desinteresada y libre de todo prejuicio.

El planteamiento anterior brinda una pauta respecto a la distinción que se pretende señalar, reconocer y analizar en la propuesta de escritura de la historia elaborada por el personaje aquí aludido. Y es que el método mediante el cual José Eleuterio González se desenvuelve como recuperador de testimonio, tiene su base en una de sus premisas que como médico utiliza: se trata de la observación. Dicha relación que el doctor González percibía entre ambas actividades es lo que permite distinguirlo de buena parte de las propuestas historiográficas elaboradas por sus contemporáneos, ya que entonces la mayoría de las propuestas arrancaban de lineamientos derivados del campo literario o del jurídico.²⁸

Para sustentar lo anterior, tomamos un párrafo que se encuentra en el opúsculo *Algunos preceptos útiles, que pueden servir de introducción al estudio de la clínica, dados a los alumnos de la Escuela de Medicina de Monterrey*, publicado en 1870 que cuenta con 108 páginas, en donde este médico exponía lo siguiente respecto al “modo de redactar una observación”:

No basta al médico saber observar y curar á los enfermos, aunque esta sea la parte capital del arte, sino que es tambien

²⁸ Un ejemplo es la propuesta historiográfica de V. Riva Palacio (1832-1896), quien entendía que la historia era una rama de la literatura (aunque en la búsqueda de reglas propias para definir su campo de estudio). Otro ejemplo lo brinda Manuel Orozco y Berra (1818-1881), para quien la historia debía ofrecer la “verdad” sobre el pasado (en este caso, a partir de una búsqueda exhaustiva de documentos). Los historiadores mexicanos del siglo XIX construyeron una noción de “verdad histórica” tomando elementos de sus distintos ámbitos de acción; así, desde la literatura, la abogacía o el periodismo, elaboraron dichas propuestas acompañadas de procesos de investigación científicos. Como se señala, el doctor González desde la medicina hizo lo propio.

indispensable para ayudar á su memoria, perfeccionar su práctica, y transmitir á sus pósteros los resultados de su experiencia, saber consignar en el papel sus observaciones, es decir, el arte de escribir. Al escribir sus observaciones, el médico desempeña el papel de historiador, debe, por tanto, escribir con mucha verdad, con mucha claridad y con mucha concisión. Debe tener tambien mucho discernimiento para escoger todo lo útil y desechar lo inútil. Supuestas estas cosas, debe, como todo historiador, distinguir y separar muy bien lo que se sabe de oídas, de lo que ve y lo que piensa: de aquí es que toda observación debe tener tres partes principales. En la primera, deberá ponerse todo lo que el médico sabe por la relacion con el enfermo y de los circunstantes ó de cualquier otro medio; y esta parte se llama “Conmemorativo”: en la segunda se escribirá con toda fidelidad lo que se ve y se tiene presente: en la tercera escribirá el médico lo que piensa, lo que discurre y lo que juzga, sobre el caso que acaba de referir; y esta parte suele llamarse “Reflexiones, Notas ó Notas Retrospectivas”. Además, es preciso poner, para poner bien ordenadas las observaciones, un rotulo antes del conmemorativo, que indique la enfermedad de que se trata y el resultado que tuvo, y un párrafo en que conste el nombre del enfermo, su edad, su temperamento, su estado, su profesión, la fecha en que se vió y tambien el lugar donde se encontró.²⁹

La obra que como médico realizó José Eleuterio González (clínica, anatomía, higiene, botánica, moral médica) sigue a la espera de un estudio acucioso y puntual por parte de los historiadores interesados en la segunda mitad del siglo XIX. Al parecer en aquel momento sus trabajos también fueron un tanto ignorados, o al menos eso señaló un contemporáneo suyo quien lamentaba la indiferencia que existía hacia las investigaciones del ilustrado.³⁰

²⁹ J. E. González, *Algunos preceptos útiles, que pueden servir de introducción al estudio de la clínica*, 1870, pp. 84 y 85.

³⁰ Manfredo Tijerina escribió: Hay mucho que estudiar, nos dice un joven (sic) médico colaborador nuestro. En efecto, *hay mucho que estudiar en nuestro propio país*

Más allá de cualquier conjetura, para 1870 el médico ya había iniciado su faceta de historiador, puesto que tres años antes presentó su primer libro sobre historia estatal. Para el propósito del trabajo este punto es medular, ya que al encontrar una relación de método entre el quehacer del médico y del historiador (observación metódica) logra desmarcarse de buena parte de sus contemporáneos interesados en el rescate del pasado. Si bien en la cita se refiere a la medicina como un “arte”, su planteamiento y desarrollo lo expone a manera de una totalidad deductiva íntegra y organizada. Como lo muestra el párrafo, el doctor González practicó su profesión con un modelo cognitivo científico cuya base fue la observación y la experimentación. Amparado en este proceder empírico desde la ciencia médica, nuestro personaje elaboró una escritura histórica que se encuentra en el ámbito de la referida *escuela metódica*. Al igual que otros ilustrados de su tiempo -abogados y literatos que se esforzaron por elaborar un estudio del pasado de forma sistemática y totalizadora-, su posicionamiento es el de un científico que se acerca al “hecho”, a la “realidad efectiva” sobre la cual trabaja.

Al trasladar dicho modelo cognitivo al estudio de la historia -la “observación” sobre los hechos del pasado-, el ilustrado estaba seguro de obtener una versión “verdadera”, “clara”, “concisa”, “certera”, “científica” de lo que había ocurrido con el devenir de un pueblo, de una cultura, de un estado, de una nación.

Desde un punto de vista metodológico derivado de la práctica médica (en particular de la clínica), es posible encontrar a partir de la referencia anterior algunas premisas que delinean la propuesta historiográfica del personaje. Por ejemplo, llama la atención que al señalar la semejanza entre la labor del médico y del historiador cuyo basamento es la observación metódica (“escribir con mucha

y causa pena que algunos extranjeros hayan venido, ya enviados por sociedades científicas, ya por su propia cuenta á estudiar las naturales producciones de nuestro suelo; y se puede asegurar sin temor á equivocarse, que conocen mejor nuestro terreno, y los productos de él, las naciones extranjeras que nosotros mismos, porque si hay algun sábio (sic) en nuestro pueblo que se ocupe de su estudio, como lo ha hecho el Dr. González, apenas, si, se leen sus obras; ¡tanta indiferencia observamos por los estudios patrios!. El Escolar Médico, Año 1, Tomo 1, marzo 15 de 1888, p. 4.

verdad, mucha claridad y mucha concisión”), advierta una de las condiciones del conocimiento histórico como es su *carácter selectivo*, lo cual en la actualidad es ampliamente admitido por los historiadores profesionales. José Eleuterio González como historiador entendió que el pasado posee una variedad de relaciones infinitas, por lo cual es necesario detectar lo “importante” o “fundamental” (“lo útil”, diría) para representar una historia particular. Lo anterior remite a otra condición como el carácter “único” de los “hechos históricos”, y es que tal individualidad de un suceso (acontecimiento, personaje, institución, estadio) se basa en su condición de irrepetible. Así, lugares, épocas y sus respectivos vestigios (documentos, por ejemplo) dan cuenta de situaciones históricas específicas. Un punto más que puede sopesarse y que guarda relación con los anteriores -así sea de forma implícita- es el *sentido de perspectiva*; es decir, nuestro personaje interesado en la historia entendió que ese pasado que estudia tiene su propia dinámica y contexto. El reconocimiento de dicha *alteridad* es de relevancia, medular para la investigación histórica, ya que permite distinguir entre *objeto histórico* (ubicado en el pasado) y *sujeto histórico* (quien lo aborda desde su presente). En tal sentido, el doctor González como historiador entendió que existe una distancia temporal entre él (*presente republicano*) y su objeto de estudio (*experiencia novohispana*). Estos aspectos le sirvieron de pauta para elaborar la primera propuesta historiográfica científica sobre el pasado de Nuevo León y, como lo muestra el trabajo que ahora se presenta, también de Coahuila.

Nuestro personaje es ejemplo de la intencionalidad de los historiadores mexicanos del siglo XIX, siendo uno de los objetivos descubrir la “verdad” del pasado. El basamento científico lo tomaron del ejercicio de sus respectivas profesiones liberales, el lugar social desde donde hicieron sus propuestas de representación. Propuestas que a más de un siglo de distancia son tomadas como objeto de estudio, como vestigio de una forma de apropiarse del pasado que ya no se practica.

Distinguir a nuestro personaje del resto de sus contemporáneos interesados en el estudio y la escritura de la historia, implica

destacar la relación que él pensó existía entre la medicina y la historia. En tal sentido, ese conocimiento sobre el pasado tuvo en el caso que ahora se aborda una base cognitiva “indicial”, “conjetural”, “indirecta”, propia del proceder médico que trabaja sobre situaciones particulares (esto es, el carácter sintomático de enfermedades y patologías). Si como profesional de la medicina se concentró en detectar las anomalías en el individuo valiéndose de la observación, como historiador se dirigió a procesos específicos siempre a partir de ciertas huellas (diarios, cédulas, cartas, misivas, informes, etc.), cuyo tratamiento demandó cierta intuición. Así, la estrategia de estudio de este ilustrado -tanto en la medicina como en la historia-, sería ejemplo de lo Ginzburg llama sintomatología, paradigma de indicios que comenzó a utilizarse en las ciencias humanas entre los años de 1870 y 1880.³¹

La idea de historia

Para nuestro personaje, ¿qué utilidad tenía la historia durante la segunda mitad del siglo XIX en una sociedad como la mexicana? Si bien ya se han señalado pistas al respecto, el interés en este momento es aclarar qué impulsó al doctor González a estudiar el pasado colonial de la región referida y, al propio tiempo, cuáles razones consideró importantes para difundir dicho conocimiento. Un indicio lo encontramos en un manuscrito inédito intitulado Sobre el estado actual de las Provincias Orientales; en él, nuestro personaje expone planteamientos bastante adustos -demoledores, podría decirse- acerca de cómo se encontraba la citada zona.

Es máxima tan antigua como cierta que el comercio hace ricas y opulentas las naciones. Las cultiva e instruye por la comunicación que se hace de las ciencias y progresos de unos á otros pueblos; más para ser útil debe ser mixto, esto es, externo e interno, y será más ventajoso para aquellos que tengan mayor numero (sic) y cantidad de efectos que exportan. Nuestras provincias sin agricultura, ni industria, solo han conocido un ramo del comercio interno que

³¹ C. Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, 1999, p. 144.

lejos de serviles de cultura y civilización, á contribuido a su embrutecimiento; porque como he dicho, su riqueza está circulada en la cría de ganados y, por consiguiente, el principal ejercicio de la gente común es el pastorio (sic) con muy cortas siembras. No se necesita otra prueba para calificar su rusticidad e ignorancia y la dificultad de instruir a tanto infeliz esparrancado en tan dilatadísimos terrenos, cuyo trato continuo es con las bestias. La porción de habitantes que llamamos decentes vive en una perfecta ociosidad e indolencia, madre fecundísima de los vicios; redúcense sus ocupaciones generales á pedir una ó dos veces al año cierta cantidad de efectos a sus amos, los comerciantes de México (á quienes ellos llaman corresponsales), y expenderlos por mano de un cajero ó dos á los miserables rancheros, los cuales pagan con ganado que después remiten en cambio de los efectos á Querétaro, México y Puebla. Este es el único tráfico y comercio que han conocido hasta que brotó la bárbara insurrección y el que se ha sustituido por el puerto de Altamira á Veracruz.³²

Se trata de un texto de nueve cuartillas escritas por ambos lados, carece de firma y fecha y es uno de los expedientes anexos que conforman los *Apuntes para la historia de Coahuila*. Asimismo, por el tipo de diagnóstico, es probable que el médico e historiador lo haya elaborado a principios de los años de 1870, justo cuando ocupó de forma interina la gubernatura de Nuevo León. Además, hacía apenas unos años que se había dado la coyuntura que favoreció al bajo río Bravo con la Guerra Civil en los Estados Unidos [1861-65], mientras nuestro país emergía con el triunfo republicano.

Varias son las urgencias que se denuncian en el párrafo: necesidad de un sistema federal para una nación que trataba de reorganizarse con una nueva república (desarrollar vínculos con igualdad entre estados y regiones); apego a las premisas del liberalismo (comercio interno y externo sin restricciones); atraso de las entidades que componen el espacio territorial referido

³² AGENL, Sobre el estado actual de las Provincias Orientales, Fondo Colonial, caja 1, exp. 22, año 1810, fojas 2 y 3.

(“sin industria”, “sin agricultura”). Además de lo anterior, el doctor González señala un asunto toral para el presente trabajo: el comercio no supone nada más intercambios de tipo material, también implica la circulación de ideas y conocimiento. Así, mientras las actividades comerciales se practicaban de forma marginal y limitada (“pastorio”, “cortas siembras”), ello habría incidido en el carácter y condición de sus habitantes (“rusticidad”, “ignorancia”, “indolencia”, “ociosidad”).³³

Aquí encontramos la razón que impulsó a nuestro personaje a llevar a cabo su múltiple obra: sacar a la mencionada región de ese marasmo que aun afectaba en plena restauración republicana y tomó al estudio del pasado como instrumento. Hay que decirlo: su preocupación raya en la arrogancia ya que, al encontrarse en un lugar con “tanto infeliz esparrancado”, cuya condición autárquica ha propiciado su “embrutecimiento”, quien sino *él* podría sacarlos de semejante situación y “civilizarlos”. Es necesario matizar el comentario anterior, ya que como buen romántico entendió que, además de ser coparticipe de la educación formal de un sector privilegiado como lo fue el Colegio Civil (donde se preparaban bachilleres, farmacéuticos, abogados o médicos), también debía instruirse a las masas, al pueblo. Pero cuidado, por “pueblo” no hacemos alusión al uso que de dicho término hacen hoy algunos políticos o ciertos periodistas (por lo general empleado a la ligera y cargado de demagogia). En México, para los hombres públicos de la segunda mitad del siglo XIX, dirigirse al pueblo (de forma verbal al tomar la palabra en plazas públicas o por escrito mediante periódicos, revistas, panfletos o libros),³⁴

³³ En 1969, el historiador Isidro Vizcaya refrendó los argumentos del doctor González respecto a la “decadencia del comercio” en la región. Entre otras causas, Vizcaya señala el término de la lucha intestina en Norteamérica [1865], en México la confrontación entre republicanos e imperialistas [1864-67] y la posterior Revolución de La Noria [1870-72]. A partir de los años ochenta, los historiadores profesionales profundizarán en este y otros puntos respecto al bajo río Bravo. Ver: Isidro Vizcaya, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, 1969, pp. 18-20. Para una aproximación historiográfica a la obra de Vizcaya, se sugiere: *Construyendo la región. La idea del noreste mexicano en Isidro Vizcaya Canales*, 2020.

³⁴ Escapa a los propósitos del presente estudio introductorio reflexionar sobre el grado de analfabetismo y los hábitos de lectura entre los mexicanos de entonces. De

tenía la finalidad de construir modelos de conducta (fomentar el compromiso, reactivar la lealtad, restablecer jerarquías), ya que se trataba de aspectos que habían sido socavados tras la revolución de Independencia y las posteriores inestabilidades que acompañaron a la nueva nación (guerras civiles, invasiones, crisis políticas).³⁵

En esta tarea estratégica cuyo objetivo era reinventar a la sociedad mexicana de la época, para el médico e historiador era importante contemplar al pasado para sacar lecciones de él; es decir, ver en la historia a la “maestra de la vida”. Recurrimos a otro pequeño trabajo también inédito del doctor González, carece de título y firma y estimamos que fue elaborado en los últimos años de su vida [*ca.* 1886]:

Echad rápidamente sobre el haz de la tierra una mirada investigadora y veréis cómo se afanan todos los seres animados por imitar á los de su especie. Desde la pequeña abeja que no hace más que construir un panal idéntico á aquel en que vio la primera luz, hasta el corcel generoso, en el que ya encontramos un principio de emulación cuando en la veloz carrera no se contenta con igualarse á su competidor, sino que hace poderosos esfuerzos por ir adelante y así vencerlos con ligereza; desde el estúpido salvaje que vive errante en los desiertos porque así vivieron sus progenitores, y adereza las miserables pieles con que mal cubre su desnudez, hasta el hombre más civilizado y progresista que examina con la más profunda atención las mejores obras de sus contemporáneos y de sus antepasados, y si es posible las corrige y las mejora.

hecho, un primer problema sería la obtención de datos estadísticos, ya que los primeros censos sistemáticos y científicos datan de 1895. Sin embargo, es necesario considerar el uso de ambas formas de lenguaje (oral y escrito) por parte de aquellos ilustrados, aunque ahora sólo nos centremos en un producto de la palabra escrita (la historiografía). La razón es que, si bien se da por sentado que entonces en México las personas que sabía leer eran pocas, en aquella época se practicó mucho la lectura en voz alta. Como acto colectivo en los ámbitos privado (casa, familia) o público (plazas, quioscos, explanadas), la lectura en voz alta fue una estrategia efectiva que la élite activa en los planos político e intelectual utilizó para difundir ideas, preceptos, motivos, aspiraciones y noticias.

³⁵ E. J. Palti, *Op. Cit.*, p. 409.

En todas partes se ve esa propensión innata, ese instinto irresistible con que los seres dotados de sensibilidad son arrastrados por el torrente de la imitación.³⁶

Considerar a la historia como “maestra de la vida” es un planteamiento de una tradición muy antigua, cuyo propósito es construir, presentar y difundir ejemplos para formar a los individuos. Para los historiadores mexicanos de ese tiempo, ello supuso un uso político del pasado al identificar el lugar que le correspondería en la memoria nacional a ciertos procesos y personajes (a quienes exaltar y a quienes condenar, o de plano olvidar). Por otra parte, llama la atención que nuestro personaje apele al evolucionismo. Dicha tendencia de pensamiento tuvo entre sus rasgos principales invocar al progreso y al optimismo; así, distinguir lo simple de lo complejo en el ámbito de la biología, el planteamiento fue llevado al plano social para advertir lo homogéneo de lo diferenciado cuya meta era el perfeccionamiento. Estos postulados el autor los entrelaza con los del romanticismo, al rescatar la figura y obra de los héroes insurgentes, los padres de la patria con el propósito de representar, difundir y exaltar su legado. En un sentido más amplio, es posible hacer tal aplicación a los conquistadores y colonizadores del septentrión novohispano, quienes con sus sacrificios impulsaron el poblamiento de esta vasta región. El doctor González estaba convencido de que sus contemporáneos debían aprender de esas lecciones para poder

³⁶ Archivo Méndez Plancarte, “Material del Dr. Gonzalitos”, Biblioteca Miguel de Cervantes Saavedra, Tecnológico de Monterrey, caja 11, foja 115. Se trata de una pequeña caja de cartón que contiene manuscritos que el personaje escribió y nunca publicó. Por la fecha que estimamos, su autor debió haber necesitado de un amanuense, pues para entonces su salud estaba muy deteriorada (de hecho, ya se había sometido a dos cirugías en sus ojos). En otro de sus trabajos, el doctor González admite las circunstancias anteriores: *Hace un año que escribí un pequeño discurso sobre el estudio de la botánica, y creí que ese sería mi último trabajo, atendido el mal estado de salud de mis ojos; pero después, aunque mi vista ha empeorado más y más, he vuelto a escribir algunas obrillas á instancias de mis amigos y discípulos, ayudándome ellos, ya escribiendo lo que yo les digo, ya leyéndome cuando quiero, ya corrigiendo lo escrito y lo impreso, de manera que ellos han trabajado más que yo: así se escribieron y se están imprimiendo las Lecciones orales de historia de Nuevo León, y así se está haciendo este opúsculo.* Ver: J. E. González, *Un punto de higiene pública*, 1882, p. 3.

construir un país moderno y civilizado, de ahí que las estudiara y difundiera.

Lo nacional desde las regiones

La tarea de constituir el Estado mexicano fue el gran asunto que ocupó a los hombres públicos durante buena parte del siglo XIX. Sin embargo, al menos desde la Revolución de Independencia hasta el Porfiriato, lo que privó en México fueron las dinámicas regionales (precisamente como respuesta a la ausencia de una estructura de orden nacional). La historiografía sobre el periodo mencionado arroja conclusiones contundentes acerca de las contradicciones imperantes: si bien se logró romper con el Antiguo Régimen (colonial), por mucho tiempo fue imposible instaurar otro estable y duradero; también están documentadas las incontables luchas intestinas que por distintos motivos (monárquicos-republicanos, centralistas-federalistas, conservadores-liberales, regiones-centro) se desataron en una sociedad heterogénea (mestizos, criollos, indígenas, mulatos, negros); otro aspecto conocido es el poco desarrollo de las vías de comunicación en el territorio nacional lo que incidió en el atrincheramiento de las regiones, en la irrupción de cacicazgos, incluso en la separación de entidades (Texas lo consiguió, Yucatán lo intentó); asimismo, ciertas investigaciones indican la condición precaria -podría decirse al borde del colapso- de la economía nacional; por si todo esto fuera poco, hay que recordar las invasiones de los ejércitos estadounidense [1846-48] y francés [1862-66].

En un escenario por demás desventajoso que atentó contra la formación del estado mexicano, se deduce que las crisis políticas, militares y económicas fueron durante varias décadas obstáculos para la conformación y consolidación de lo nacional. Dicho sentido del ser nacional logró constituirse desde otro ámbito -un tanto despreciado ahora por las y los historiadores profesionales- como lo es el de las ideas, las palabras, la escritura, la literatura. Muestra del planteamiento anterior lo encontramos en un sin fin de esfuerzos editoriales producidos a lo largo y ancho del país durante aquella centuria (periódicos,

revistas, catecismos, historias, biografías, crónicas, novelas, cartillas, folletería, diccionarios) teniendo entre sus objetivos construir y fomentar un sentido de pertenencia. En otros términos, mientras las estructuras política o económica fueron incapaces por un tiempo de propiciar las condiciones necesarias para la constitución de la nación, los proyectos desde donde se difundían las ideas, las palabras, el pensamiento, lograron dotar de sentido a ese ente nacional. Por tanto, consideramos que las letras mexicanas durante el siglo XIX tuvieron una función estratégica.³⁷ Pero lo nacional, lo mexicano representa algo plural, múltiple, amplio, variado y, como se explicó, en ocasiones contradictorio. Por ello consideramos que es posible encontrar un sentido de mexicanidad en cada región; de hecho, proyectos como el ya mencionado *Diccionario Universal...* y el *México a través de los siglos*, fueron posibles en gran medida a la información y documentos que desde distintos puntos del país trabajaron infinidad de personas. Es desde tal argumento que sopesamos la aportación historiográfica de nuestro personaje.

Como historiador, José Eleuterio González comenzó a publicar a mediados de los años de 1860 la paleografía de los documentos que encontraba. Para ello aprovechó el apoyo de ciertos proyectos oficiales en los cuales era participante asiduo. Uno de esos proyectos fue *La Revista de Nuevo-León y Coahuila*, publicación mensual auspiciada por el entonces gobernador Santiago Vidaurri que vio la luz en noviembre de 1863.³⁸ Como la mayoría de los

³⁷ A. Soberón Mora, “Las armas de la Ilustración: folletos, catecismos, cartillas y diccionarios en la construcción del México moderno”, pp. 431-444, en *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, 2001.

³⁸ La Revista de Nuevo-León y Coahuila, tomo I, Entrega núm. 5, Imprenta de Gobierno, Monterrey, 1864, p. 106. Aquí se anuncia la participación de José Eleuterio González: *Entre los papeles del Presbítero, D. Francisco Javier Treviño y Pereyra, Maestro de Ceremonias que fué de la iglesia catedral de esta ciudad, se encontraron los fragmentos de un diario formado en 1815. Dan principio con parte de lo acaecido el 10 de julio y concluyen el día 28 de agosto, del año espresado, faltándole las 22 primeras fojas. Sentimos que no este completo este diario, pero por lo que de él tenemos se deduce en parte lo que falta, considerando la época á que se refiere. Hoy, comenzamos su publicación, consignando aquí el reconocimiento á nuestro colaborador el Dr. José Eleuterio González que nos proporcionó esos apuntes curiosos.* Como se verá a lo largo del manuscrito (y en el resto de sus libros de historia), nuestro personaje advierte que

proyectos editoriales de entonces, dicha revista tuvo poca fortuna ya que cinco meses más tarde apareció el último número.³⁹ En 1867 -fecha axial para la historia mexicana- presentó su primer libro intitulado *Colección de noticias y documentos para la historia del Estado de Nuevo León*.⁴⁰ Este esfuerzo fue apreciado en su momento por Vicente Riva Palacio en el segundo tomo del mencionado *México...*, donde aborda la historia del virreinato; ahí se apoya en la obra del médico -a quien llama “respetable historiador”- al estudiar la parte que corresponde a la historia del Nuevo Reino de León, como parte de las antiguas Provincias Internas de Oriente.⁴¹ Guillermo Prieto -eminente figura nacional-, fue otro contemporáneo que ponderó la obra del historiador avecindado en Monterrey.⁴²

varios de los documentos ya habían sido publicados en este proyecto. El único ejemplar de dicha revista que he podido ubicar y consultar se encuentra en la Sala de Historia de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, UANL.

³⁹ E. I. Espinosa Martínez, “La construcción de lo “nacional” desde las regiones. *La Revista de Nuevo- León y Coahuila, 1863-64*”, *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*, núm. 30, año X, enero-junio 2009, pp. 103-120.

⁴⁰ Fue publicado en Monterrey por la Imprenta de Gobierno del Estado con 380 páginas. El libro volvió a editarse en el segundo tomo de las *Obras Completas* [1885-88], en una versión aumentada con 716 páginas. En 1975 fue publicada por tercera ocasión cuando la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Departamento de Difusión, lo edita en forma facsimilar.

⁴¹ V. Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. II, 1889, pp. 771 y 772. Ambos personajes como historiadores mantuvieron contacto epistolar lo que les permitió el intercambio de textos, datos e información que utilizaron para desarrollar sus respectivos trabajos. Ver: Edgar Iván Espinosa Martínez, *José Eleuterio González, historiador*, 2010, pp. 62-64.

⁴² G. Prieto, *Obras Completas*, t. XIX, 1996, p. 155. Prieto, en *El Semanario Ilustrado* de octubre 30 de 1868, señaló: *Contentos nosotros, hemos recorrido las noticias de Nuevo León, que sin estrépito avanza; se dedica a mejoras positivas, y consolida la paz con tacto y con prudencia. Nuestro amigo el señor doctor González acaba de publicar en Monterrey una interesantísima Colección de documentos, o mejor dicho, un Ensayo histórico de Nuevo León, profundo y sesudo, como todo lo que sale de la pluma de este sabio y modesto amigo nuestro. Gonzalitos es un luminar para la ciencia, para la juventud un tesoro, para la humanidad doliente un tierno y generoso consuelo, y para Monterrey un justo título de orgullo. Su obra, de que nos ocuparemos muy en breve, es no sólo importante para los estudios especulativos, sobre los que proyecta luz vivísima, sino para cuestiones prácticas que tienen de ofrecerse en la frontera, sobre puntos administrativos y políticos. Nosotros, que somos honrados con la amistad del doctor González, le enviamos las más sinceras felicitaciones por su trabajo.*

Existe aquí una condición relevante desde el punto de vista historiográfico, debido a que aquella pléyade de ilustrados tuvo algo que -desde nuestro presente- puede considerarse una “ventaja” decisiva para interpretar mejor el pasado y reinventar a la nación: conocer el *desenlace histórico* de 1867.⁴³ Esa “segunda independencia” -como se le llamó entonces-, abrió paso al triunfo liberal y a la estabilidad que le acompañó -relativa si se quiere-, lo cual permitió a los historiadores de esa época contar con una perspectiva única para representar el pasado y proyectar el futuro. Puede dimensionarse dicho aspecto en las propuestas historiográficas elaboradas antes de la fecha mencionada. Tomemos como ejemplo la *Historia de Méjico* del y citado L. Alamán, cuyos cinco tomos fueron publicados entre 1849 y 1852. De condición criolla e identificado con el conservadurismo de la época, el historiador concibió la obra en medio de los innumerables problemas y diversas disputas presentes en buena parte de aquella centuria; al no conocer el *desenlace*, Alamán expone un tono pesimista y sombrío sobre el devenir de la nación mexicana. Superada la disputa político-ideológica (al menos en lo esencial), los historiadores pudieron valorar el pasado (en el caso de nuestro personaje, la época colonial) y concebir un “futuro” para elaborar y difundir una historia acorde a los propósitos de la nueva circunstancia: esto es, promover la unificación nacional en torno a un proyecto liberal triunfante.⁴⁴ La aparición del primer texto de historia

⁴³ Ch. Hale, Op. Cit., p.15. Hale afirma que *después de 1867 el liberalismo dejó de ser una ideología en lucha contra unas instituciones, un orden social y unos valores heredados, y se convirtió en un mito político unificador*. Dicho proceso tuvo un efecto profundo y duradero en la historiografía mexicana a partir de esa fecha al hacer un uso político del pasado.

⁴⁴ R. Koselleck, *Pasado Futuro*, 1993, p. 260. El autor señala: *Desde el punto de vista de la historia social, a la factibilidad de la historia se remiten algunos grupos activos que quieren imponer algo nuevo. Estar aliados con una historia que se mueve por sí sola y a la que solamente se ayuda a ir adelante, sirve tanto de auto-justificación como de amplificador ideológico, a fin de ganarse a los demás y arrastrarlos*. El aspecto ideológico que ahora se destaca es útil para el estudio de la historiografía mexicana del siglo XIX, pues el impacto que tuvo en ello el proceso que culminó en 1867 fue crucial. Baste decir que dos años antes (en 1865 durante el II Imperio), Manuel Larraínzar -identificado con el ala conservadora de la época- ya había planteado una propuesta

estatal del doctor González -y del resto de sus trabajos sobre el tema- es parte de ese ambiente.

A partir de entonces comenzó a darse un nuevo impulso a los esfuerzos dirigidos a rescatar, representar y difundir el tema nacional a través de múltiples proyectos editoriales (como ya se mencionó). Ciertas condiciones lo propiciaron como la libertad de expresión, los adelantos técnicos en la imprenta, el ánimo de concordia que privó entre las más prominentes figuras nacionales -a pesar de sus profundas diferencias en el plano ideológico-, lo cual hizo posible ciertas actividades como las “veladas literarias”, así como el compromiso de aquella generación romántica por dirigirse a las masas. En estas condiciones, nuestro personaje continuó su labor como historiador con dos libros más: *Apuntes para la historia eclesiástica de las provincias que formaron el obispado de Linares, desde su primer origen hasta que se fijó definitivamente la silla episcopal en Monterrey* en 1877⁴⁵ y unas *Lecciones orales de historia de Nuevo León* en 1881.⁴⁶

vanguardista para el estratégico estudio de la historia nacional. Ignacio Álvarez hizo el primer ejercicio -que pasó un tanto desapercibido- con sus *Estudios sobre la historia general de México* [1875-77], pero sería la versión liberal del multicitado México a través de los siglos la que acabaría imponiéndose. Como vemos, los liberales triunfantes para “auto-justificarse”, “ganar voluntades” e “imponer algo nuevo”, hicieron *suya* la historia de México al proyectarle un futuro.

⁴⁵ Publicado en Monterrey por Tipografía Religiosa J. C. Chávez con 200 páginas.

⁴⁶ Publicado en Monterrey por la Imprenta del Gobierno del Estado con 200 páginas. Tanto los *Apuntes para la historia eclesiástica* como las *Lecciones orales...* se volvieron a publicar en el tercer tomo de las referidas *Obras Completas*. No resulta muy apropiado el término “obras completas”, ya que para el compendio solo se contemplaron sus opúsculos y su trabajo como historiador. Así, los tomos primero y cuarto los componen, respectivamente, la *Colección de discursos sobre instrucción pública y otros opúsculos* y las *Cartas del doctor Fray Servando Teresa de Mier*. Estas publicaciones fueron editadas de forma austera y sencilla; a diferencia de otros proyectos editoriales de la época (*México a través de los siglos*, por ejemplo), dichas *Obras* no muestran ningún tipo de esmero en su acabado. Tampoco van acompañadas de imágenes, fotografías o bocetos que eran técnicas para entonces muy socorridas en este tipo de empresas culturales. El resto de sus investigaciones (medicina, higiene y salud pública, estadística, composición lírica) se encuentra disperso. Ante esto, no debe olvidarse la inestabilidad que el país vivió (ya señalada y que afectó distintos rubros); de hecho, conmueve la labor realizada por personajes como el doctor González, quienes con todo en contra hicieron un trabajo que ahora nos sirve como testimonio para entender aquella época.

La obra que nuestro personaje realizó desde lo local, también le valió el reconocimiento de instituciones destacadas a nivel nacional. Por ejemplo, el *Boletín* de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística publicó dos de sus trabajos: *El 15 y el 16 de septiembre*⁴⁷ y el multicitado *Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León*.⁴⁸ Este indicio, además de su vínculo con Riva y Prieto, muestran a José Eleuterio González como miembro activo y distinguido de su generación.

Hermenegildo Dávila y la enseñanza de la Historia estatal

Hermenegildo Dávila estudió en la Escuela de Jurisprudencia en el ya mencionado Colegio Civil de Monterrey. Como autor, este abogado también incursionó en el género biográfico inspirado en dos personajes prominentes de la localidad: uno civil [*Estudios biográficos sobre el ciudadano doctor José Eleuterio González*, 1869 y *Biografía del doctor José Eleuterio González*, 1888]⁴⁹ y otro militar [*Biografía del Sr. General Don Juan Zuazua*, 1892]. Asimismo, una publicación periódica de la época le atribuye unas *Lecciones de poética*, editadas hacia 1868.⁵⁰ Por lo que respecta

⁴⁷ *Boletín* de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 2a. época, 1870, t. II, pp. 221-233.

⁴⁸ *Boletín* de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 3a. época, 1873, t. III, pp. 213-272. En cuanto a la recopilación, organización y publicación de datos estadísticos en la región, cabe mencionar los esfuerzos que en ese rubro hicieron Alejandro Prieto [*Historia, geografía y estadística de Tamaulipas*, 1873] y, años más tarde, Esteban L. Portillo [*Anuario coahuilense*, 1886]

⁴⁹ Esta última biografía será la definitiva y es en la que los autores del siglo XX que escriben sobre el afamado Gonzalitos se basarán. Así, en 1975 Aureliano Tapia -sacerdote e historiador michoacano avecindado en Monterrey- editó un facsimilar de esta obra e incluye en el Prólogo un esbozo biográfico de Dávila.

⁵⁰ AGENL, *Periódico Oficial*, enero 27, 1868 [No. 58, Tomo II]. El ya referido José Eleuterio González publicó en este medio respecto a dicha obra: *He visto con sumo placer las “Lecciones de Poética”, que, para los alumnos del Colegio Civil, escribió mi discípulo Don Hermenegildo Dávila: y creo que serán de gran utilidad á los cursantes de literatura. Por su claridad, concisión y buen gusto, merecen ser tenidas como uno de los mejores opúsculos que sobre la materia se han escrito; y principalmente cuando carecemos de un libro verdaderamente elemental y completo para estudiar la poética castellana*. Un ejemplar de este libro se encuentra en la Biblioteca Cervantina del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey.

a los dos primeros trabajos biográficos mencionados, este personaje tiene el mérito de iniciar con los múltiples estudios que a lo largo del siglo XX circularán sobre la vida y obra de José Eleuterio González (1813-1888), prócer de la actividad científica e intelectual en Nuevo León y con quien nuestro personaje tuvo un vínculo del tipo maestro-alumno.⁵¹ De igual forma, Dávila estuvo muy activo en empresas culturales desarrolladas a nivel local; así, participó de forma asidua en diversos proyectos editoriales en donde escribió poesía [*El Horario, Flores y Frutos*], teatro [*Escenas de la Intervención, Obras son amores*] y ejerció la opinión pública [*El Municipio, La Revista de Monterrey*].⁵² Desde un punto de vista político-ideológico, podría ubicarse a este abogado como liberal.

Los catecismos cívicos en Nuevo León

Este personaje también es autor de un *Catecismo geográfico, político e histórico de Nuevo-León*, fue publicado por la Tipografía del Comercio A. Lagrange y Hno. en 1881 y tiene 179 páginas. Asimismo, el respaldo institucional es patente desde el título: “arreglado para el uso de las escuelas de primeras letras y adoptado por el gobierno como texto de lectura, geografía e historia en las escuelas públicas del mismo estado”. El trabajo mencionado tuvo otros proyectos que se materializaron en libros de texto más tarde, lo que indica cierto éxito y el consecuente uso estratégico por parte de la clase gobernante nuevoleonense. Así las cosas, del mismo autor se editó un *Catecismo constitucional de Nuevo León* (dejando de lado lo concerniente a la geografía y a la historia, la base era el librito mencionado y se insertaba en el esquema pregunta-respuesta). Su producción cierra hacia 1896 al publicarse una *Cartilla histórica de Nuevo León* (que continuaba con un claro propósito formativo).

⁵¹ El título completo de la obra es elocuente para advertir dicho vínculo: *Biografía del Dr. José Eleuterio González (Gonzalitos), escrita por su discípulo en bellas letras Lic. Hermenegildo Dávila*, Monterrey, Tip. de Gobierno, en Palacio, á cargo de Viviano Flores, 1888.

⁵² Aureliano Tapia, “Prologo”, pp. VII-XV.

La obra referida está compuesta por tres apartados que cubren los rubros indicados en el título: “libro primero” o “catecismo geográfico” (hemisferios, América, México, Nuevo León), “libro segundo” o “catecismo político” (división política del estado, áreas y ubicación, población) y “libro tercero” o “catecismo histórico” (historia antigua e historia moderna). Llama la atención que el autor de prioridad a los aspectos de la historia nacional y del estado, los cuales desarrolla con amplitud; así, acomoda en dos grandes secciones de forma cronológica lo que considera los principales sucesos: una primera parte que va desde “los primeros habitantes a la Independencia” y una segunda abarca de la “Independencia al exterminio de las naciones indígenas”. De inmediato, destaca la idea que privaba -y, en este caso, se difundía- respecto al nativo americano que habitó en el actual Nuevo León y en toda la frontera norte mexicana: esto es, se trataba de un “problema” para la entidad (también para el país y, de hecho, para toda la civilización Occidental). Si la meta era educar, civilizar y modernizar a la niñez del estado para aspirar al orden y al progreso -según indicaba la máxima del positivismo-, ello suponía no sólo identificar los “males” (en este caso, los indígenas), también implicaba deshacerse de ellos.

La democracia liberal imperante desde hace tiempo y que se encuentra en su fase garantista, calificaría lo anterior como genocidio (uno de tantos que ha habido en la historia de la humanidad). Sin embargo, debe recordarse que en aquellas condiciones (Capitalismo en su fase imperialista y División Internacional del Trabajo), dicha percepción era muy común entre las clases cultas e ilustradas; por tanto, la conclusión a la que se llegaba por parte de quienes se dedicaban a escribir -sin olvidar a los editores y gobiernos que publicaban las obras-, era que si México tenía mil problemas que le impedían insertarse entre las naciones “modernas” y “civilizadas”, era por su población indígena.⁵³

⁵³ La obra de destacados personajes nacionales como V. Riva Palacio [*México a través de los siglos*], G. Prieto [Lecciones de historia patria] o J. M. Roa Bárcena [*Catecismo elemental de la historia de México*], muestra indicios al respecto. Estos

Si bien desde el título se encuentra parte de la respuesta, después del Prólogo y antes de que inicie la obra propiamente dicha, el Gobierno del Estado de Nuevo León, a través del Consejo de Instrucción Pública, presenta un dictamen.⁵⁴ Era el invierno de 1881, el abogado Viviano L. Villarreal ocupaba el ejecutivo estatal y la obrita era respaldada con júbilo por el mentor del autor, un para entonces anciano José Eleuterio González.⁵⁵ En el Prólogo -como se señaló-, el propio Dávila justifica el proyecto.

En su justificación, el autor expone argumentos dirigidos a otorgarle supremacía a la máxima institución: esto es, el Estado. Como se mencionó, movimientos asentados en el país y que representaban en el momento tendencias mundiales (el *romanticismo* y señaladamente el *liberalismo*), impulsaron con fuerza la constitución moderna de los estados nacionales. El basamento de dicha concepción formalista lo constituían tres

ilustrados escribieron muchas páginas sobre la historia de México durante aquella centuria. En ellas, al indígena (al que veían deambular en las calles de pueblos y ciudades, descalzo, sucio, desnutrido, muerto de hambre), lo representan como un problema. En todo caso, si hacen alguna alusión al indígena es respecto a quienes tenían nobleza o habrían mostrado gallardía (Cuauhtémoc, por ejemplo). Para superar tal disyuntiva, estos historiadores optaron por valorar el mestizaje como componente básico de la *mexicanidad*.

⁵⁴ H. Dávila, Catecismo, p. VII. Parte del dictamen señala: *De conformidad con el muy respetable parecer de este Consejo y tomando debidamente el acertado y luminoso dictamen emitido por la comisión encargado de dictaminar el Catecismo Geográfico, Político e Histórico de Nuevo León, escrito por el Sr. Lic. Hermenegildo Dávila, éste gobierno a tenido a bien acordar se adopte dicha obra en todos los establecimientos públicos de instrucción primaria del Estado.* Monterrey, 9 de febrero de 1881. Mauro A. Sepúlveda, Secretario.

⁵⁵ Dos días antes de hacerse público el dictamen, en una carta a mano que acompaña al texto y que aparece después de la portada, el doctor González le escribió a Dávila: *Mi muy querido discípulo y amigo, con indecible satisfacción he visto el Catecismo histórico, geográfico y político de N. León, que U. escribió y se dignó mandarme. Escrito por U. y extraído de mis apuntes, lo considero como si yo lo hubiera escrito, y por consiguiente no sé decir si es bueno o malo; pero sí puedo asegurarle que a mi me gusta, porque sé que será de inmensa utilidad al Estado.* Monterrey, febrero 7 de 1881. Antes de iniciar el libro tercero (o Catecismo Histórico), Dávila refrenda las palabras del doctor González: *Amados hijos míos [Antonio, María y Mercedes], Si algún día oís que es proferido mi nombre con cierto prestigio literario; os mando que al momento recordéis a Gonzalitos, mi maestro en bellas letras, el Mentor de la juventud y benefactor de la humanidad.*

elementos: “soberanía” (poder político), “pueblo” (ciudadanos) y “territorio” (espacio geográfico). El objetivo era crear organismos de tipo coercitivo capaces de ordenar a las sociedades. De tal manera que tanto en su constitución local (Nuevo León) como nacional (México), Dávila se muestra inmerso en el *liberalismo* de la época el cual se encuentra en su fase *estatista*; lo anterior significa que los preceptos políticos de carácter constitucional le otorgarían libertad al individuo, siempre y cuando estuviera dentro de los márgenes del Estado. Así, el individuo, sus derechos en la sociedad y su bienestar debe estar en consonancia con el gran referente: el *estado mexicano moderno*.

La enseñanza del pasado

En el caso del catecismo de Nuevo León (“libro tercero” o “catecismo histórico”), inicia en la página 117 para culminar en la 167 y se encuentra dividido en “primera parte” (o “historia antigua”) y “segunda parte” (o “historia moderna”). Tiene 12 lecciones en la primera parte y 7 en la segunda.

Por el momento histórico que correspondía a la constitución de los modernos estados nacionales, el estudio del pasado resultó estratégico. Amén de que la disciplina consigue su reconocimiento entre las ciencias liberales a lo largo de aquella centuria, también se echó mano de ella para el mencionado propósito de apuntalar al México ya independiente.

Tras los “preliminares”, se presenta la historia de Nuevo León. Esta la divide en “antigua” que va desde la llegada de Hernán Cortés (Conquista de México) hasta el movimiento encabezado por Miguel Hidalgo (inicio de la Independencia nacional), y “moderna” que comenzaría en 1810 hasta *su* presente porfiriano.

El elenco de la historia nuevoleonense lo componen los “primeros pobladores” (indígenas) quienes, al preguntarse por su estado de civilización, responde “en ninguna propiamente; pues vivían en estado salvaje, formando hordas, según sus razas ó familias, manteniéndose de la caza, la pesca y de los productos naturales de la tierra”. En consonancia con el argumento, respecto a su religión indica que “tenían una idea confusa de Dios” y adoraban

al Sol.⁵⁶ Para entonces, el régimen porfiriano estaba por culminar su política de expulsión-extermínio de los grupos indígenas que aun habitaban la región del bajo río Bravo. Lo que se expone en este catecismo por lo que concierne al asunto indígena es parte de la modernidad de la época; en la obrita se piensa qué cabida podían tener dichos grupos étnicos en el anhelado “orden y progreso” de fin de siglo.

Como lo muestran estas líneas, tanto la clase política como la élite intelectual optaron por desaparecer al indígena. Su conclusión fue que no tenían cabida en un país que aspiraba al progreso y modernidad pregonada entonces; de hecho, era común por aquel tiempo pensar que si México no lograba insertarse del todo en ese ambiente era culpa de ese segmento. Por tanto, las campañas y persecuciones que a nivel regional se llevaron a cabo contra estos grupos étnicos son justificadas por el autor. No nos sorprendamos, pues pese a estar en un momento en que se habla de derechos (*liberalismo* en su fase garantista), los indígenas (al igual que personas homosexuales, mujeres, adultos mayores, personas con discapacidad, entre otros segmentos) siguen sin vivirlos a plenitud.

Continúa con los “Pobladores y colonos”, todos peninsulares y ascendidos a la categoría de héroes sobre un pedestal (Urdiñola, Montemayor, Zavala). Nos es para menos, pues el autor toma en cuenta que tuvieron todo en contra (desconocimiento de la geografía, ataques de los indios bárbaros, imposibilidad de propiciar desarrollo) en sus empresas de conquista y colonización.⁵⁷

En este proceso que supuso el avance hacia el septentrión novohispano, Dávila reconoce a los misioneros pues predicaban entre los “salvajes” la religión católica, apostólica y romana. Para él, esos “humanitarios sacerdotes” se merecen las “alabanzas de la historia”.⁵⁸ Antes de ser historiador, nuestro autor refrenda su condición católica que -en muchos sentidos-, aun hoy define en

⁵⁶ H. Dávila, *Catecismo geográfico, político é histórico de Nuevo León*, 1881, p. 118.

⁵⁷ *Idem.*, pp. 121-123.

⁵⁸ *Idem.*, p. 125.

buena medida lo mexicano. Lo anterior muestra que, en pleno Porfiriato y utilizado por los liberales triunfantes, el catolicismo seguía siendo factor de unidad.

Para ilustrar la etapa “moderna” de la historia mexicana, Dávila se muestra como devoto de la causa liberal y republicana. Por tanto, muestra a “venerable cura” (Hidalgo) como el “promovedor de hazaña tan eminente”.⁵⁹ La postura es parecida a la de liberales radicales (Altamirano, Ramírez), para quienes México *es* a partir de los héroes de Independencia; por tanto, la tradición y herencia novohispana (arquitectura, literatura, religión, idioma) debía rechazarse -o de plano destruirse-, pues representaban vestigios de la oprobiosa dominación española. Destaca el autor que el ejemplo de Hidalgo fue seguido en la localidad por otros caudillos (M. Jiménez).

Uso estratégico del pasado

Marco Ferro, en el prefacio de su libro *Cómo se enseña la historia a los niños en el mundo*, inicia con el siguiente planteamiento: “No nos engañemos, la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada a la Historia tal como se nos contó cuando éramos niños”.⁶⁰ Según expone el historiador francés, tal experiencia deja en los individuos percepciones (de todo tipo) que delinean la forma en la cual nos vemos y cómo vemos al resto. En un ejemplo llevado al extremo, las guerras y conflictos bélicos que la humanidad ha suscitado y padecido en diversos momentos tienen -en el fondo-, tal denominador común (pensemos en cómo perciben los japoneses a sus vecinos en Asia, los alemanes a los grupos étnicos eslavos, los cristianos a los judíos, el Estado de Israel a los palestinos, los estadounidenses a los mexicanos y un lago etcétera). Sin pretender mostrar una lista de las miserias de este mundo, la premisa nos servirá para acercarnos a nuestro objeto de estudio.

El argumento anterior contrasta con otro no menos relevante: el hecho de que en los “catecismos cívicos” del siglo XIX, el

⁵⁹ *Idem*, p. 145.

⁶⁰ Marc Ferro, *Cómo se enseña la historia a los niños en el mundo*, 2007, p. 19.

rescate de los sucesos históricos es -en el mejor de los casos y aunque parezca sorprendente- marginal.⁶¹ Es necesario tomar nota de ello, pues como se mostró en el capítulo anterior, los *Catecismos* aludidos de Nuevo León y Coahuila tienen idéntica arquitectónica y cada uno le otorga un apartado (de hecho, el de mayor número de páginas) al pasado de su respectiva entidad.

Tras señalar ambos puntos, considero necesario abordar de manera breve algunas cuestiones: ¿cuál era el debate en torno al oficio de la Historia en nuestro país en aquel tiempo? ¿Qué lugar ocupó el historiador en la sociedad mexicana de la época? ¿Quiénes conformaron este grupo interesado en el estudio del pasado? ¿Qué función le otorgaron a su quehacer?

En México, al menos durante la segunda mitad del siglo XIX hubo reflexión en cuanto a cómo abordar el pasado, tanto desde el punto de vista del método (esto es, científico) como lo relativo a su difusión (incluido en ello su enseñanza). Para ubicar dicha labor intelectual, comienzo por mencionar a Manuel Larraínzar (1804-1884) con *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia hasta nuestros días* [1865].⁶² El indicio de la fecha lo ubica en el Segundo Imperio y el autor lo presentó en sesión de octubre 26 de ese año como colaborador de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Se trató de una propuesta para escribir una historia general de México, pero por tratarse de un periodo usualmente considerado de “traición” y “retroceso” -que además resultó efímero-, quedó al margen. Lo que resulta relevante es que las ideas sobre la historia del abogado chiapaneco, serán retomadas un par de décadas más tarde por Vicente Riva Palacio y su equipo, quienes las plasmarán en el ya citado *México a través de los siglos*. Por lo anterior, debe destacarse en este caso que una propuesta innovadora y vanguardista para el estudio del pasado fuera elaborada desde lo

⁶¹ E. Roldán, *The making of citizens*, 1996, p. 71.

⁶² M. Larraínzar, “*Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia hasta nuestros días*”, 1970, pp. 142-255.

“conservador” (apropiada y articulada después por los liberales triunfantes).

Otro personaje destacado en el plano nacional reflexionó años más tarde al respecto. Se trató de José María Vigil (1829-1909), quien en 1878 publicó *Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria*.⁶³ El trabajo se presentó en “entregas” -estrategia muy socorrida entonces, como se comentó-, a partir de junio 9 y hasta julio 6 de aquel año en *El Sistema Postal*, un periódico que entonces circulaba en la Ciudad de México. Apenas un año antes (mayo de 1877), Porfirio Díaz ganó las elecciones, ejercería el primero de varios periodos al frente del ejecutivo federal y, a la larga, constituiría un régimen de relativa estabilidad (reconocido incluso por Estados Unidos y detonador incluso de cierto desarrollo en algunas regiones). Quizá el rasgo que más llama la atención en el trabajo de Vigil, es su reconocimiento a la etapa colonial (hasta la fecha, periodo considerado oscuro y oprobioso para México), como el inicio de la nación mexicana.⁶⁴ Curioso resulta -por decir lo menos-, que un personaje identificado con el liberalismo y ubicado en un régimen -ciertamente en conformación- asumido como republicano, llame al rescate de la tradición novohispana (catolicismo, español, mestizaje, circunstancias que aun hoy nos definen).

Un debate en torno a este asunto ocurrido a principios de 1891, involucró a Guillermo Prieto (1818-1897) y Enrique C. Rébsamen (1857-1904). El liberal de la “vieja guardia” y el pedagogo de origen suizo avecindado en México, polemizaron respecto a cómo debía enseñarse la historia patria en las escuelas primarias.⁶⁵ El trasfondo fue este: resulta que entre diciembre de

⁶³ J. M. Vigil, “Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”, 1970, pp. 265-278.

⁶⁴ *Idem*, p. 268. El autor plantea: *Un sentimiento de odio al sistema colonial nos hizo envolver en un común anatema todo lo que procedía de aquella época, sin reflexionar que sean cuales fueren las ideas que sobre ello se tengan, allí están los gérmenes de nuestras costumbres y de nuestros hábitos, y que su estudio, en consecuencia, es indispensable para el que quiere comprender los problemas de actualidad.*

⁶⁵ “Segunda polémica acerca del estudio de la Historia Patria en las escuelas primarias, a fines del siglo XIX”, 1970, pp. 286-300.

1889 y marzo de 1890, tuvo lugar el Primer Congreso Nacional de Instrucción en la capital del país.⁶⁶ Entre los participantes -diría artífices-, se encontraba Rébsamen y su aportación quedó plasmada en una *Guía metodológica para la enseñanza de la historia*. Un año más tarde y tras leer dicha *Guía*, Prieto comenzó a publicar a partir de enero 23 cinco escritos en *El Universal* bajo el título de “Curso de Historia”, para iniciar así la polémica. Al mes siguiente, el profesor publicó a manera de réplica en el mismo diario una “Carta Abierta Enseñanza Histórica”.⁶⁷ Destaca en primera instancia el choque generacional entre ambos, que se traduce en la apuesta de dos tendencias de pensamiento: esto es, un “romántico” frente a un “positivista”. Uno de los resultados de dicho proceso fue la tan entonces ansiada “uniformidad” de la enseñanza a nivel nacional.

La constante en estos tres referentes puede sintetizarse -si eso es posible-, en un par de aspectos: por un lado, una suerte de “moralidad de la Historia” (es decir, aprender de las experiencias del pasado para transmitir las a manera de lecciones cívicas); por otro, exaltar el patriotismo tomando como ejemplo el actuar de aquellos personajes colocados sobre el pedestal en calidad de héroes nacionales (a la manera en que la Iglesia ubica y coloca a sus santos). Así, lo que se difunden en los casos mencionados son argumentos dirigidos a “evitar errores”, “eliminar vicios”, “abrazar los elementos de civilización”; en pocas palabras, poner a México a la par de las naciones desarrolladas, todo ello escrito con una erudición que a nuestros días parece arrolladora. Aunado a lo anterior, los planteamientos están impregnados de una apuesta nacionalista que hoy nos puede parecer innecesaria y obsoleta (incluso ridícula); de tal manera que el patriotismo se enseñaba a base de mostrar ejemplos cargados de virtudes cívicas (sabiduría, heroísmo, a veces hasta la abnegación presentes en las hazañas de los “grandes hombres” a quienes, hasta la fecha, se

⁶⁶ E. Meneses Morales, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, 1998, pp. 438 y ss.

⁶⁷ “Segunda polémica acerca del estudio de la Historia Patria en las escuelas primarias, a fines del siglo XIX”, 1970, pp. 286-300.

les rinde honores a su gloria). Lo sabemos: el nacionalismo desde hace tiempo está a la baja (condiciones como la globalización, la liberalización -ya ni hablar de algunas expresiones violentas o manifestaciones de indescriptible barbarie-, lo mantienen acotado o desacreditado). Sin embargo, tratándose de un país que en el siglo XIX estaba en su proceso de constituirse en Estado-nación y que debió lidiar con múltiples desafíos (luchas intestinas, dos invasiones, “pérdida” de territorio), apelar al nacionalismo resultó algo necesario -podría decirse estratégico e ineludible- para erigir a México como Estado nacional.

Ahora, ¿cómo podríamos ligar los postulados de los libritos abordados con lo que se acaba de presentar? ¿Es posible destacar algún vínculo entre las premisas de los grandes personajes nacionales recién referidos con los esfuerzos regionales ubicados en la frontera norte?

En el caso de los argumentos de Dávila, llama la atención que inicie con dos aspectos que aclaran la *función social* de la Historia y del historiador en las circunstancias mencionadas. Identificar qué lugar ocupaba la Historia en el siglo XIX. Las primeras dos preguntas y respuestas explican:

¿Qué es la Historia?

La narración de los hechos pasados para aprovechamiento y utilidad de los hombres.

¿Y en qué medida es útil la historia?

En que el Hombre, juzgando de los hechos que pasaron puede precaver y evitar el mal para lo porvenir; pues, como dice un proverbio, la experiencia es madre de la ciencia.⁶⁸

Además de ser una disciplina que se autodefinía científica, este autor ubicado en un punto de la periferia del norte de México entiende la Historia como una forma moderna de acercarse al pasado a partir de un nuevo uso: su aprovechamiento para el

⁶⁸ H. Dávila, *Catecismo...*, 1881, p. 117.

presente. Si bien sus argumentos están sustentados en la línea de mostrar los hechos tal como ocurrieron (aspiración propia del *cientificismo idealista*), su principal preocupación sigue siendo la de “moralizar” al lector (alumnos de “primeras letras”) a partir de “lecciones” sobre el pasado. En tal planteamiento evitar los errores supondría un presente donde se superaría las penurias de las épocas anteriores (que para el caso de México se prolongaron por décadas).

Bajo la premisa de “juzgar para prevenir”, Dávila en su faceta de historiador responde al perfil de una disciplina que imparte justicia (a manera de un tribunal civil) sobre los hechos y personajes de otras épocas. En un formato como el de catecismo cívico dicho esquema se justifica por completo en una acción que persigue objetivos simultáneos: por un lado, ponderar lo ocurrido a manera de “bueno” o “malo”; por otro, a partir de tal ponderación articular y difundir valores para -como se mostró- moldear un nuevo tipo de ciudadano en un ambiente republicano y liberal.⁶⁹ Como abogado, nuestro autor desarrolla su estrategia para juzgar a los sucesos y personajes de la historia regional que estudia.

De hecho, el último apartado lo dedica a este asunto, una suerte de diagnóstico respecto al “problema” para la civilización:

¿Y cuál ha sido la última campaña de esta guerra?

La de 1878. El Sr. General Treviño la ordenó, moviendo tres columnas al mando de los Coroneles Nicanor Valdez y Suzano Ortiz y Teniente Coronel José María Garza

⁶⁹ G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, pp. 157 y 158. Zermeño identifica a esta etapa de la historiografía mexicana “Historia como tribunal de justicia”, que iría de 1850 a 1910. Al respecto, el historiador señala: *La fase seminal de la historiografía científica mexicana podría describirse como un espacio en el que se imparte justicia sobre el pasado a la manera de un tribunal republicano. Es una perspectiva que, podría decirse, domina el funcionamiento de la historiografía por lo menos hasta antes de la profesionalización. Si es así, entonces el programa de una nueva historia consistirá en la formación de un tipo de historiador-juez encuadrado por el marco legal de una ciudadanía republicana no confesional sino laica. Acaso sea por esa razón que una buena parte de esa historiografía haya sido practicada por profesionales provenientes de las escuelas de derecho, de ingeniería o de medicina, de las ciencias eclesiásticas o de las civiles.*

Galán, cuyas columnas, atravesando el desierto durante un invierno crudísimo, dieron por resultado la aprehensión de muchos indios mezcaleros, entre ellos los capitanes Colorado y Arzate. Con tal expedición, y el haber internado a los Kikapoos, que se hallaban pacíficos en la Villa de Múzquiz [Coahuila], créese, que la guerra contra el feroz hijo del desierto ha llegado á su término. Así lo merece la civilización y lo requieren estos pueblos, cuyo destino, como asentó la Comisión Pesquisidora, no ha sido otro en más de un siglo, que el de luchar con los salvajes, cuyas depredaciones se han recrudecido notablemente por más de medio siglo, y desde el momento en que las tribus bárbaras se pusieron en contacto con las de Estados Unidos.⁷⁰

El asunto de la civilización -ya tratado- se encuentra plasmado en este párrafo. Lo expuesto por el autor representó un choque de culturas con formas de concebir el mundo y estar en él (en este caso, la judeo-cristiana y la amerindia). Ya desde el siglo XVI con la llegada de los invasores europeos a América se dio esta situación; para el caso de lo que hoy es el territorio mexicano, Cortes y sus huestes que, como se ha expuesto, en los textos aludidos dicha experiencia es ubicada como el “inicio” de *nuestra* historia. Para la última parte del siglo XIX, el extremo norte de México con su vasta extensión aun hacía frente a tal circunstancia. Durante siglos, los habitantes de los territorios mencionados (primero del septentrión novohispano y después de 1848 del norte de México y el sur-suroeste de Estados Unidos), hicieron frente a la problemática. Para las últimas décadas de la centuria -momento en que aparecen y circulan las obritas estudiadas-, el asunto se considera saldado a favor de la civilización occidental (esto es, del progreso y el orden).

En su *Cartilla histórica de Nuevo León*, Dávila lo liga tanto con el contenido como con los propósitos del *Catecismo* publicado hacía más de una década. Así, en enero de 1896, al inicio del texto su autor explica:

⁷⁰ H. Dávila, *Catecismo...*, 1881, p. 167.

Agotada la edición que hace quince años hice de mi Catecismo Geográfico, Histórico y Político de Nuevo León y que fue adoptado de texto para las escuelas primarias, me ha parecido conveniente formar la presente Cartilla Histórica y con tanta mayor razón, cuanto que han llegado a mis manos nuevos datos que aclaran varios hechos y que esclarecen otros, que no se mencionaron en aquel Catecismo.⁷¹

Los argumentos de Dávila indican el éxito de aquella primera obra, en cuanto a que el Gobierno del Estado logró repartirlo en las escuelas de la entidad a manera de uso obligatorio (por tanto, tuvo un público lector “cautivo” que supuso varias generaciones de estudiantes). Por otra parte, al abordar el tema se muestra como un historiador moderno, completo, en el sentido de advertir que toda investigación es inacabada y, por tanto, mejorable al hacer alusión de nuevos datos e información que logró conseguir e incorporar a la nueva versión. El último aspecto es reconocido y aceptado prácticamente por todo el ámbito académico.

Culmina su presentación con una referencia al método, pues decidió modificarlo para su entonces nuevo texto.

Para ejecutar este nuevo trabajo adopté el sistema moderno didáctico de exponer la doctrina de cada lección en párrafos breves, de uno o más hechos homogéneos, y en su final formular preguntas relativas. Tal método, a la vez que evita lo fastidioso del diálogo, ejercita la inteligencia del educando. Nada tengo que añadir a lo expuesto, fuera que mi Cartilla ha sido honrada con la aprobación de personas competentes, así en Historia del Estado, como en Pedagogía; pues destinada a la niñez, necesario era, procurar la exactitud de la exposición, sino lo adecuado en la forma y el estilo para la mejor comprensión de las inteligencias infantiles.⁷²

Se ha insistido en que, para la última parte de aquella centuria, la estrategia pregunta-respuesta se consideraba monótona y en

⁷¹ H. Dávila, *Cartilla histórica de Nuevo León*, 1896 [Una palabra].

⁷² *Idem*.

su lugar se empezaron a emplear otras consideradas en el plano educativo “modernas” (en especial, con el influjo del *positivismo*). Como personaje activo en el plano intelectual (hoy diríamos académico), Dávila muestra una preocupación genuina por la mejora continua. Así, a partir de la premisa la cual indicaría que todo es mejorable, su trabajo -que si bien continua en la línea ya abordada en su texto anterior-, entendió que para seguir vigente debía actualizarse (tanto en los aspectos relativos al contenido como en lo referente al método). Tal circunstancia la asumió nuestro personaje y, efectivamente, matizó la forma de presentar su trabajo con la intención de hacerlo actual y mantener su vigencia.

El librito se presenta en dos partes: una dedicada a la Historia Antigua (desde los primeros habitantes hasta los episodios que desembocan en la Revolución de Independencia, precedido de algunas definiciones conceptuales acerca de dicha área de estudio) compuesta de 15 lecciones; otra donde aborda la Historia Moderna (inicia con los sucesos de 1810 y culmina en el Porfiriato, *su presente*) desarrollada -también- en 15 lecciones. La diferencia señalada en cuanto a la estructura expositiva radica en que cada lección es acompañada por su respectivo cuestionario a manera de ejercicio; es decir, la propuesta del autor en la presente obra ya no se limitaba a una mera memorización de la lectura (como fue el caso del *Catecismo*), sino que ahora animaba al estudiante a reflexionar y analizar sobre puntos específicos. El contraste en cuanto al método es ilustrativo, como se muestra en la primera de las lecciones llamada “Definiciones”:

1. Llámese historia, al estudio filosófico de los acontecimientos pasados.
2. La historia es útil por cuanto a que el hombre, juzgando de los hechos que pasaron, pretende precaver y evitar el mal para lo porvenir.
3. Divídese la historia en “Universal” o de todas las naciones de la tierra, en “General” o de una sola nación y en “Particular”, de un solo acontecimiento o de un solo lugar. La historia de la vida de un hombre se llama biografía.

4. La historia particular de Nuevo León se divide en antigua y moderna.
5. La historia antigua comprende todos los acontecimientos acaecidos desde los primeros días de la conquista, hasta el 26 de enero de 1811.
6. La moderna comprende los sucesos verificados desde el 26 de enero de 1811, en que inició la Independencia de Nueva España en el Nuevo-Reyno de León hasta nuestros días.
7. México, en los tiempos de la dominación española, llevó el nombre de Nueva España, y nuestro Estado, el de Nuevo-Reyno de León.⁷³

“Juzgar” y “prevenir” son los propósitos que este historiador pondera. Con ello, sus objetivos eran dos: por un lado, busca condenar o alabar hechos y/o personajes; por otro, mantiene la premisa de considerar a la Historia como “mestra de la vida” (planteamiento ya cuestionado por entonces). Asimismo, llaman la atención las categorías propuestas para el estudio del pasado (“Universal”, “Particular”, “Antigua”, “Moderna”), en consonancia con la Historia científica del momento. Sin embargo, con el paso a la siguiente centuria y el agotamiento del régimen porfiriano, en la entidad se pasará a otro tipo de propuesta historiográficas. Un suceso que calará hondo en dicha transición respecto a la escritura de la historia, será el centenario de la Independencia y sus respectivos festejos. En este ambiente, aparece una obrita que nos sirve como referencia para cerrar el periodo aludido.

Rafael Garza Cantú y el centenario de la nación

Hacia 1910, se experimentaba en México una situación paradójica: por un lado, permanecía un régimen desgastado que, en más de treinta años, había generado cierto desarrollo y mucha desigualdad; por otro, se trataba del año que marcaba el siglo de la vida independiente. Los festejos por tan relevante fecha no fueron desatendidos por el Porfiriato; incluso, a más de cien años

⁷³ *Idem*, pp. 3 y 4.

de aquello, obras arquitectónicas como la columna del Ángel sobre Paseo de la Reforma en Ciudad de México sobreviven para dar testimonio. Otras obras que quedaron inconclusas y que fueron completadas tras la Revolución (el Palacio de Bellas Artes y el Monumento a la Revolución), también formaron parte, en su momento, de aquellas conmemoraciones.

Centrando los argumentos en lo estrictamente historiográfico, resulta que en las entidades se siguió una línea de corte apologético y el texto que ahora nos ocupa fue parte de ese ambiente. Se trata de *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura de Nuevo León, en la centuria de 1810 a 1910*. Se publicó ese mismo año en Monterrey por la Imprenta Moderna y, como se ha comentado, respondió a otros proyectos más amplios. Es decir, se trató de la parte correspondiente a la entidad para elaborar una versión nacional que fue encomendada a Luis G. Urbina (entonces Secretario Particular de Justo Sierra).⁷⁴ En esta línea argumentativa que justifica el texto, nuestro autor pondera al respecto: “Solo nos corresponde enunciar que en tan breve tiempo, en el de menos de un año, de que hemos dispuesto para toda esa inquisición, para escribir e imprimir la obra que resultó más voluminosa de lo que pensábamos, no tuvimos ni la calma ni la tranquilidad necesarias para limpiarla de todo obscuro concepto, o de toda incorrecta o impropia expresión”.⁷⁵ Por lo visto, en nuestro país los problemas de organización para realizar festejos no son nuevos.

Rafael Garza Cantú nació en 1864 en el municipio de Abasolo, N. L. y murió en la Ciudad de México en 1912. Estudió medicina en el Colegio Civil de Monterrey, institución fundada -como se explicó- por el también médico José Eleuterio González. Como autor, en sus trabajos es posible identificar dos áreas de estudio: la historia

⁷⁴ A. Rangel Guerra, “Prólogo”, 1995, p. I. Según Rangel: *La obra conmemorativa se tituló Antología del Centenario, fue realizada bajo la dirección de Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, y solo se publicó la primera parte, correspondiente al periodo 1810-1821. De sus dos volúmenes, el segundo apareció hasta 1911, cuando Díaz ya había dejado la presidencia*. El Prólogo referido es distinto al Prólogo del autor.

⁷⁵ R. Garza Cantú, *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura de Nuevo León, en la centuria de 1810 a 1910*, 1995 [Al lector].

[*Compendio de historia general*, 1899] y la literatura [*Compendio de literatura perceptiva*, 1897]. Respecto al libro que tomamos como objeto de estudio, para el presente trabajo utilizamos una edición facsimilar editada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Gobierno del Estado de Nuevo León en 1995.

La arquitectónica del voluminoso texto de 621 cuartillas, la componen tres secciones (anticipadas por unas palabras “Al lector”, además de un “Prólogo” en dicha edición facsimilar): la primera sobre los “Precursores y apóstoles de la independencia”; la segunda es acerca de “La vida autonómica”; y la tercera refiere a “Escritores y publicistas de los últimos 20 años (1890-1910)”. Son dos figuras las que acaparan la atención del dilatado periodo: por un lado, Servando Teresa de Mier; por otro, el ya mencionado José Eleuterio González. Culmina con una serie de autores a quienes identifica como “discípulos” del doctor González. Así, el libro va desde la obra del Padre Mier -mencionando incluso a otros personajes menos conocidos como el Padre Francisco Javier Treviño-, expuesta como instrumento ideológico para abonar y justificar la Revolución independentista, pasa por la actividad de “publicistas” (quienes debatían sobre los asuntos públicos mediante impresos), hasta llegar a la labor de *Gonzalitos* y su impacto (múltiple obra y la de generaciones posteriores). Hay que señalar que la obra de un personaje como el Padre Mier permanecerá un tanto al margen hasta bien entrado el siglo XX (en este caso, con el rescate y difusión que realizó Edmundo O’Gorman), mientras que un personaje como J. E. González, hasta la fecha sigue teniendo relevancia y reconocimiento local (quizá regional). Entre ambas figuras y su respectiva obra e influencia, el autor muestra cómo se desarrolló una serie de esfuerzos culturales importantes; de manera que publicaciones e impresos (desde periódicos y revistas) hasta impresos que en donde circulaba distinto tipo de creación literaria (poesía, teatro), muestra el rastreo y rescate del cúmulo de actividades literarias y culturales que se llevaron a cabo en la entidad a lo largo de un siglo. La obra de la que se habla también es reveladora en cuanto permite debatir y cuestionar aquella idea -un tanto estereotipada

y maniquea-, de que en el norte de México la gente es “bárbara” y, por tanto, incapaz de crear cultura.

Por otra parte y desde un punto de vista historiográfico, llama la atención la manera en que comienza el Prólogo: “Nos proponemos narrar como imparciales el movimiento literario y la cultura general de Nuevo León...”.⁷⁶ Me recuerda al ya citado Clavigero en su *Historia antigua de México*, donde también al principio ponía como orientación de su obra la “verdad”. Viene a cuento, ya que tanto “imparcialidad” como “verdad” han resultado, hasta la fecha, el sello distintivo del historiador. No nos referimos a una verdad irrefragable (tampoco los autores mencionados aludían a ello); en todo caso, se trata de una meta, un objetivo al cual deben aspirar quienes estudian el pasado para darle solidez y sustento a su trabajo. De tal manera que Garza Cantú al apelar a ser “imparcial”, lo que transmite al lector es un intento por mostrar una historia en base a una búsqueda de fuentes y documentos sobre el tema, para contarla con honradez.

A diferencia de José Eleuterio González y Hermenegildo Dávila -quienes, como se mostró, en sus trabajos plasmaron con claridad conceptos como una idea de la historia-, García Cantú se concentró en rastrear autores, obras y épocas. Pese a ello -y quizá sin proponérselo-, esbozó cierto planteamiento respecto a qué lugar ocupó la entidad en el devenir de la nación y de la humanidad: “Veamos, así, que la centuria que comprendió casi todo el siglo XIX de la *Era Vulgar o Cristiana*, el Estado contribuyó al progreso de toda la República, conforma a esa ley suprema de armonía que rige los destinos humanos, y que trasciende a la materia misma en el vasto movimiento que constituye la existencia y la vida universales”.⁷⁷ En estas líneas el autor nos muestra su eclecticismo al apelar a tendencias de pensamiento múltiples; por ejemplo, desde el *liberalismo* entiende y justifica que el Estado es la máxima institución de las naciones modernas y al progreso

⁷⁶ *Idem*, “Prólogo”, p. 5.

⁷⁷ *Idem*,

lo ubica como una de las aspiraciones que entonces parecían no importar su costo, hasta posturas de tipo organicista reconociendo un contexto en el que, mediante una “ley suprema de armonía”, cada elemento cumpliría con una función específica. Así, Nuevo León como parte de un ente más amplio como México, formarían “época” con el resto del mundo y de la humanidad.

Bajo tal planteamiento, concluye: “...que todo hecho intelectual, toda cultura, cualquiera que sea su magnitud, y cualquiera que sea su importancia, tiene un valor absoluto, que se denomina *verdad, integridad*; y un valor relativo correspondiente a su importancia y su proporcionalidad, respecto al hecho general y único de la cultura humana...”.⁷⁸ Llama la atención una postura conciliadora respecto a la multitud de culturas y civilizaciones, sobre todo por tratarse de una época (principios del siglo XX con el imperialismo en auge), en donde se seguía y completaba el sometimiento -y, en algunos casos, el exterminio- de grupos étnicos alrededor del mundo. Por otra parte, y en una lectura que sugiere extrapolar el argumento, podría hacer una analogía respecto a la Historia académica en nuestro país; una conclusión a la que se ha llegado desde hace unas décadas, es que el estudio de los procesos regionales ha mantenido dicha actividad vigente. Salvadas las distancias y de vuelta a nuestro autor, elaboró una historia estatal ubicándola en el panorama nacional.

Más allá de las consideraciones vertidas por el propio autor sobre la obrita (en particular, el asunto de la premura), *Algunos apuntes...* muestra un panorama completo de las actividades intelectuales, culturales y artísticas más destacadas de Nuevo León en lo respecta al primer siglo de vida independiente de nuestro país. Por último, es necesario comentar que con su libro Garza Cantú abrió una veta que autores de generaciones posteriores continuarán, como son los casos de Héctor González con *Siglo y medio de cultura nuevoleonense* [1946], Genaro Salinas Quiroga con *Historia de la cultura nuevoleonense* [1981] y la edición de Miguel Covarrubias *Desde el Cerro de la Silla. Artes y letras de Nuevo León* [1992].

⁷⁸ *Idem*, p. 9 [Prólogo].

Durante el periodo abordado, destaca la presencia e influencia de un proyecto institucional sin el cual no sería posible explicar, comprender y valora la producción historiográfica de la época: nos referimos al Colegio Civil de Monterrey. Fundado en 1857 por decreto del gobierno del Estado encabezado por Santiago Vidaurri, comenzó sus actividades un par de años más tarde. En esta institución se impartieron opciones a nivel de lo que hoy identificamos como medio superior (Bachillerato) y superior (Medicina y Derecho).

Los personajes aludidos y sus respectivas actividades profesionales -parte de lo cual ahora se toma en cuenta-, tuvo la incidencia del mencionado recinto. Promotor y al propio tiempo heredero de una herencia y tradición liberales, dicho recinto explica en algún grado el desempeño de cada autor presentado. El primero de ellos, J. E. González, como médico entendió la necesidad de contar tanto con una Escuela de Medicina como con un Hospital que se enfocaran a dos aspectos puntuales: por un lado, la posibilidad de atender los requerimientos médicos de la población local; por otro, la contribuir a la formación de profesionales en ese campo. Lo anterior deja claro -como se explicó-, el vínculo metodológico que el también historiador advirtió entre la medicina y el estudio del pasado. Respecto a Dávila y Garza Cantú, ambos fueron estudiantes del Colegio Civil; el primero de Derecho y el segundo de Medicina. El abogado dejó testimonio -como se mostró-, de haber sido alumno y discípulo de *Gonzalitos* en dicho recinto.

Lo que se acaba de indicar nos presenta, también, el ascenso paulatino y constante de una nueva constitución en el plano científico: la especialización. Si el erudito había dominado la escena cultural e intelectual al menos desde el siglo XV con Leonardo da Vinci como prototipo, a lo largo del siglo XIX se impuso la aparición y expansión de un tipo de conocimiento cada vez más especializado. Así, disciplinas como la sociología, la antropología y, en nuestro caso, la historia reclamaron entonces

espacios propios (reglas, ámbito, producción y circulación de un saber) como disciplinas liberales.⁷⁹ Como lo muestra el caso del Colegio Civil, para las áreas de estudio tendientes a la especialización supuso una división (Escuelas, Departamentos) al interior de las nuevas instituciones. Es en este ambiente, de hecho, que las propuestas conceptuales, metodológicas y teóricas que perfilan el estudio científico del pasado quedan definidas y se difunden prácticamente por el mundo entero. Los planteamientos de la *escuela metódica*, en efecto, fueron conocidos y utilizados por los historiadores mexicanos (incluidos los mencionados en este apartado).

Por otra parte, la publicación de obras (y no solo las de los personajes aludidos) también es muestra de la incidencia de editores (tanto oficiales del gobierno del Estado como de particulares), libreros, así como de potenciales lectores (estudiantes del Colegio Civil, público general). En esa línea argumentativa, valga decir que los intelectuales aquí seleccionados no sólo estudiaron, escribieron y publicaron trabajos sobre historia regional; en el caso de J. E. González, estamos ante un autor que abarcó distintas disciplinas (medicina, literatura, educación). En efecto, en el lapso abordado hubo una actividad intelectual y cultural destacada (al menos en el plano local de la capital nuevoleonesa).

Otro aspecto a destacar es lo concerniente a la construcción del *ser* nacional desde las regiones. Si bien en los planteamientos y posturas de los autores y obras revisadas existe una clara alusión a México y la *mexicanidad*, entienden que esta debe rescatarse, elaborarse y difundirse desde las diversas regiones que le componen. En consonancia con ello, es necesario recordar los casos del doctor González y Garza Cantú; ambos trabajos terminaron incidiendo o formaron parte de proyectos editoriales a nivel nacional (el primero citado -y elogiado- por V. Riva Palacio en el *México a través de los siglos* y el segundo considerado por J. Sierra).

Una condición que está presente en el periodo aludido -y en general de quienes entonces se interesan en el estudio del pasado

⁷⁹ P. Burke, *The Polymath*, 2020, pp. 130 y ss.

en esa época en México-, es el autodidactismo. Como se indicó, los tres personajes abordados tuvieron formaciones en profesiones que podrían considerarse “liberales” (en este caso, medicina y derecho). Desde sus respectivas áreas profesionales, cada uno de ellos tomó elementos para estudiar el pasado de Nuevo León y su entorno. Dicho carácter autodidacta permanecerá por décadas en la historiografía de la entidad.

Hacia mediados de la década de 1920 comenzará a circular una obra que, desde el punto de vista historiográfico, consideramos representó un parteaguas respecto a lo que hasta entonces se había hecho en cuanto a la estudio y difusión de la historia local y estatal. Se trata de *Historia de Nuevo León: evolución política y social*, cuya autoría se le debe a David Alberto Cossío.

CAPÍTULO 2

REGIONALISMO, 1925-1942

¿CÓMO ENTRELAZAR LA ETAPA ANTERIOR con la que ahora nos ocupa? Desde un punto de vista historiográfico general, quizá la respuesta está en identificar sus contrastes. Tomemos como punto de partida la siguiente premisa: si en la centuria donde empezamos (siglo XIX) el modelo metodológico y conceptual imperante tuvo su epicentro en el ámbito intelectual y académico germanoparlante, durante las primeras décadas del siglo XX hubo un viraje y fueron los franceses quienes elaboraron e impusieron una nueva propuesta. Sirva de referente la *École des Annales*, tendencia historiográfica creada por Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febvre (1878-1956), cuyo inicio se ubicaría en enero 15 de 1929 con la aparición del primer número de la revista *Annales d'Histoire économique et sociale*.⁸⁰

¿Cuáles serían los planteamientos metodológicos, conceptuales y teóricos propuestos por dicha tendencia? ¿Qué objetos de estudio llaman la atención de estos historiadores franceses del siglo XX? ¿Qué impulsos, no sólo académicos, sino políticos, incluso ideológicos, están presentes en ellos? ¿Existe una ruptura con la tendencia historiográfica precedente en lengua alemana?

De la tradición alemana a la tradición francesa

Como se mostró en el apartado anterior, a lo largo del siglo XIX se realizaron esfuerzos relevantes para la constitución de un ámbito propio para la Historia. De tal manera que normas, valores, prácticas y categorías lograron configurar un campo de estudio sobre el pasado con carácter *moderno*; desde el impacto de tendencias como el *romanticismo* (que supuso otorgarle valor al pasado), aspiraciones metodológicas como objetividad (seguir las reglas de dicho ámbito) e imparcialidad (apegarse a los hechos),

⁸⁰ Aquel primer número se editó desde la Universidad de Estrasburgo, donde ambos profesores laboraban. Con una tradición casi centenaria, la revista se mantiene con el nombre *Annales. Histoire, Sciences Sociales*.

un conocimiento indirecto (saldado mediante el documento) y un sentido de perspectiva (desde el presente hacia el pasado), dieron vida a todo un arsenal científico que supuso una *nueva* relación con ese objeto de estudio. Lo anterior fue acompañado de una institucionalidad (implementación de seminarios, que venían desde 1835 en universidades de habla alemana) y del uso de otras áreas de estudio (las *ciencias auxiliares* como geografía, estadística, heráldica, diplomática, etc.).

Lo anterior puede sintetizarse como el paso de una propuesta de corte *científico empirista* (abanderara por la obra de Humboldt y Ranke), a otra identificada como *escuela metódica* (desarrollada a partir de 1876 por historiadores franceses como G. Monod y G. Fagniez). Esta última adquiere ciertos rasgos (ideográfica, erudita, institucional, laica, republicana, incluso patriótica), que apuntalan un aparato crítico que le permite al historiador establecer una noción de “verdad” a partir de los hechos. Como se explicó, la propuesta más elaborada que logró condensar tales planteamientos fue la ya mencionada *Introduction...* de los historiadores franceses Ch. Langlois y Ch. V. Seignobos en 1898.

Dicha propuesta considerada desde el punto de vista historiográfico “metódica”, quedaría entronizada institucionalmente por varias décadas. Al respecto, baste señalar una referencia con su respectiva contradicción: un tal Marc Bloch, siendo estudiante de Historia y teniendo como mentor a Seignobos, se formó como profesional -entre otras cosas-, a partir de la lectura del libro mencionado y su propuesta metodológica. Décadas más tarde -y aquí aparece la contradicción que anunciaba-, un maduro y experimentado Bloch planteará y encabezará una ruptura que quedará concretada en una nueva propuesta historiográfica: *Annales*.

En un momento en que comenzaba el siglo XX con lo que entonces se consideraron “cracks dramáticos” como la Gran Guerra de 1914 al 1918, la Revolución Rusa en 1917 y el fin de la fase imperialista del Capitalismo en 1929, desde los ambientes más activos política e intelectualmente comienzan a cuestionar una de las premisas que más arraigo y fuerza tuvo

a lo largo de la centuria decimonónica: la noción de progreso continuo. En estas condiciones, Bloch y Febvre expresan un rechazo al modelo historiográfico dominante (heredado del siglo anterior e institucionalizado durante generaciones). En líneas generales, serían cuatro ejes en los cuales el “dúo de Estrasburgo” traza su proyecto: *a)* propone dejar un tanto de lado los aspectos políticos (hasta entonces campo privilegiado por los historiadores, quienes se centraban en los grandes personajes), para acercarse más a fenómenos y problemáticas económicas; *b)* entienden que la Historia por sí sola ofrece una versión parcial del pasado, por lo que de manera imperativa sugieren la necesidad de intercambiar argumentos con profesionales y especialistas de otras áreas de estudio; *c)* lo anterior supondría un renovado vínculo con las Ciencias Sociales (si bien ya tomaba elementos de otras disciplinas, en aquellas primeras décadas del siglo XX se apelaba al conocimiento generado por los especialistas); y *d)* los historiadores mencionados mostraron abiertamente sus posicionamientos ideológicos ante las circunstancias de la época, decantándose por una postura democrática y liberal. Este último punto parecería no ser parte de sus actividades profesionales (menos de su propuesta historiográfica). Pero en un momento en que el mundo se dirigía hacia una disyuntiva por elegir entre capitalismo o totalitarismo, estos académicos pugnan por un ambiente en el que el historiador -y, en general, todos los oficios-, puedan ejercerse a plenitud y en libertad.

La historiografía y la nueva circunstancia en México

Por “nueva” circunstancia y tratándose del inicio del siglo XX en nuestro país, se hace referencia a la Revolución. Durante el periodo inmediato anterior -Porfiriato- se fraguó y difundió una idea de revolución “peyorativa” (es decir, negativa); caos, desorden, inestabilidad y destrucción fue de lo que se valió aquel régimen para desprestigiarlo y -hasta donde pudiera- anularlo.⁸¹ Razones no faltaban, pues es cuestión de revisar la experiencia del siglo XIX mexicano para elaborar una lista de los tropiezos, fracasos,

⁸¹ E. Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, 2002, p. 373.

confrontaciones y pérdidas desde el inicio de la revolución independentista hasta el conflicto tuxtepecano (que justamente marcó el ascenso al poder del militar y caudillo oaxaqueño).

A partir de dicho proceso que tumbó al gobierno de Díaz que iría de 1911 a 1917, la idea de Revolución cambia; ya no se trataba de algo que trajera problemas y calamidades, sino que, a partir de entonces, se le otorga un sentido de mudanza y transformación cuyas metas y objetivos necesariamente son regeneradores y positivos. Los diversos caudillos que se sucedieron en los primeros años del proceso revolucionario (desde Madero hasta Carranza), hicieron un uso político del concepto (“regeneración”, “progreso”, “renovación”, “construcción”, “proyección”, “justicia”). No había duda: lo mejor para el país estaba por venir.

Lo anterior impulsó, entre otras cosas, un nacionalismo ya no romántico al estilo decimonónico, sino *revolucionario*. Quizá los ejemplos más puntuales, connotados y perdurables por su contribución e impacto fueron los casos de escritores y artistas plásticos. La obra de personajes como Ramón López Velarde, así como las actividades de agrupaciones como El Ateneo de la Juventud en pleno movimiento armado, son muestra de ello. Pero quizá sea la novela de la revolución -creada justo en esa experiencia armada-, la que mejor plasma esos “nuevos” valores. Así, Mariano Azuela y su texto *Los de abajo* publicada en 1915, se considera lo que inaugura una veta de la literatura del XX mexicano que perdurará por décadas.⁸² Por lo que refiere a la labor de pintores, la máxima muestra de aquel nacionalismo impulsado (podría decirse desbordado) por la Revolución, fue el movimiento que dio vida al *muralismo mexicano*. El proyecto plástico mencionado vivió su auge entre 1921 y 1940 (justo en el lapso en que se institucionaliza aquella lucha armada). Encabezados por D. Rivera, J. C. Orozco y el Doctor Atl, crearon una obra pictórica de carácter monumental cuyo propósito era

⁸² En esta línea desarrollada por la literatura mexicana del siglo XX, aparecerán otros autores con obras notables cuyo escenario es la Revolución Mexicana. Martín Luis Guzmán publicará *El águila y la serpiente* [1928] y *La sombra del caudillo* [1929], donde relata y retrata episodios de ese proceso. Décadas más tarde, Helena Garro publicará *Los recuerdos del porvenir* [1963], novela ambientada en la Guerra Cristera (que forma parte de aquella lucha intestina).

exaltar el movimiento armado no sólo tomando en cuenta a los héroes, pues también integraron a personajes populares y a menudo anónimos.

Esfuerzos de este tipo no sólo quedaron plasmados en textos o muros. Encaminada (y empeñada) hacia su institucionalización, a partir de la década de los treinta quienes dirigen la Revolución desarrollan proyectos que justifican dicha necesidad institucional. Por ejemplo, en 1930, el ejecutivo federal anuncia la creación del Archivo Histórico de la Revolución. Lo anterior fue acompañado de otras iniciativas que produjeron obra gráfica [*Calendario Nacionalista*, 1930] y escrita [*La Revolución Mexicana*, 1934; *Diccionario Biográfico Revolucionario*, 1935; *Historia de la Revolución Mexicana*, 1936].⁸³

A las referencias presentadas hasta ahora, considero necesario mencionar un proyecto arquitectónico que está convertido en uno de los símbolos máximos de aquella gesta de principios del siglo XX. Me refiero al Monumento a la Revolución. Iniciado durante el Porfiriato para albergar al poder legislativo y que quedó inconcluso por la lucha intestina, los “revolucionarios” decidieron convertirla en símbolo perpetuo de las causas que anhelaban y otorgarle un lugar en la memoria nacional.

Los ejemplos que se acaban de comentar, nos muestran de la forma en cómo la Revolución -por parte de sus elementos activos intelectualmente-, fue convertida en “monumento”. Retomando lo que se ha explicado entorno a la Historia y los historiadores mexicanos del siglo XIX con otros acontecimientos devenidos monumentos -la Constitución de 1857 o el propio Porfiriato (ya defenestrado por los “revolucionarios”)-, en los albores de aquel nuevo siglo se volvió a echar mano de esa estratégica necesaria en términos políticos e ideológicos.

En México, sin embargo, lo que se encuentra en la propuesta de historiadores de la época -así como en los estudios historiográficos al respecto-, permanece un apego a aquellos planteamientos decimonónicos de la escuela histórica alemana (particularmente los presupuestos conceptuales y metodológicos emanados de la

⁸³ Florescano, *Op. Cit.*, 420 y 421.

obra de Ranke). Por tanto, la presencia e influencia de la propuesta de *Annales* en el ámbito mexicano tomará décadas en hacerse sentir.⁸⁴

Para acercarnos a este lapso, planteamos la siguiente hipótesis: el inicio y desarrollo de la etapa aludida, formó parte de una serie de cambios que supusieron reconstruir el Estado mexicano tras la Revolución de principios de siglo XX que sobrevino al Porfiriato. Expuesta la premisa, consideramos relevante explorar dichos cambios en el ámbito de la Historia; por tanto, algunas cuestiones a responder son quiénes fueron parte de ese ámbito, qué instituciones se crearon y, lo más importante, qué ideas sobre la Historia se articularon, debatieron y circularon. Lo que nos interesa explicar es cómo las condiciones mencionadas delinearon una “nueva”⁸⁵ forma de estudiar el pasado y de representarlo.

Desde el punto de vista de la Teoría Política, se asume que el Estado es la suma de instituciones que le constituyen; de tal manera que los entes creados en los más diversos campos (educación, salud, economía, seguridad, incluso aquellos ubicados en el ámbito de la Iniciativa Privada), conformarían a la máxima

⁸⁴ C. Aguirre Rojas, “La presencia de la corriente francesa de los Annales en México”, 2003, p.151-178. El autor señala al jurista Ezequiel A. Chávez (1868-1946), como uno de los primeros académicos mexicanos en acercarse a dicha tendencia a través de su revista (entre 1929 y 1938). Pese a tal hallazgo, la influencia de los *Annales* en la historiografía mexicana empezará a notarse hasta la década de 1960.

⁸⁵ Escribo “nueva” ya que debe recordarse que, a lo largo del siglo XIX, en México se desarrolló toda una tradición historiográfica que es posible rastrear -al menos-, desde que se consuma la Independencia y trasciende al Porfiriato. Así, pueden mencionarse autores como J. M. L. Mora, L. Alamán, G. Prieto, V. Riva Palacio o J. Sierra, cuya obra sirvió en su momento para contribuir a la consolidación del entonces incipiente Estado mexicano. Además, existen otros trabajos que, si bien son menos conocidos, su relevancia para la historiografía llevó a algunos historiadores profesionales del siglo XX a su rescate y estudio. Es el caso -ya citado-, de J. A. Ortega y Medina -español exiliado en nuestro país e incorporado como profesor a la UNAM-, quien en 1970 presentó *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, compilación que reúne textos elaborados en México entre 1824 y 1936. Con lo anterior se pretende indicar que, si bien la profesionalización del oficio es un proceso de la pasada centuria, al iniciarse ya existía un cúmulo de reflexión acerca de la Historia, los historiadores y su *función social* en el entorno intelectual y político mexicanos.

institución.⁸⁶ A partir de tal planteamiento y tomando el caso de México, la Revolución que abrió la nueva centuria para nuestro país, implicó *reinventar* el Estado nacional que, a su vez, supuso la creación y operatividad de nuevas instituciones.⁸⁷

¿Cómo afectó dicha recomposición al estudio del pasado y a la escritura de la historia?, ¿estuvieron los historiadores implicados en tal proceso? El inicio de operaciones de centros académicos hacia fines de la década de 1930 y principios de 1940, nos sirve de indicio para identificar esa nueva etapa. En concreto, son dos los casos que tomamos como referentes: por un lado, el esfuerzo editorial llevado a cabo desde el Fondo de Cultura Económica [1934];⁸⁸ por otro, un proyecto educativo -echado a andar casi a la

⁸⁶ Tomamos la referencia al concepto desglosada por P. Schiera en el *Diccionario de política: En este sentido, el Estado moderno europeo aparece como una forma de organización del poder históricamente determinado y, en cuanto tal, caracterizado por una filiación que le hace peculiar y diferente de otras formas también históricamente determinadas y, en su interior, homogéneas de organizaciones de poder. El elemento central de tales diferenciaciones consiste, sin duda, en su progresiva centralización del poder por una instancia cada vez más amplia, que termina por comprender el ámbito entero de las relaciones políticas. De este proceso, basado en la afirmación concomitante del principio de la territorialidad de la obligación política y en la progresiva adquisición de la impersonalidad del mando político a través de la evolución del concepto de officium, surgen los rasgos esenciales de una nueva forma de organización política: el Estado moderno, precisamente* [p. 626].

⁸⁷ Como referencia y para continuar con el argumento anterior, señalemos la creación de un par de instituciones emanadas del proceso revolucionario mexicano: la Secretaría de Educación Pública [1921] y el Banco de México [1925]. Ambas entidades tuvieron como propósito organizar y centralizar las actividades de sus respectivos ámbitos bajo la tutela del nuevo Estado que se perfilaba. Valga agregar la incidencia de dos personajes en este proceso: José Vasconcelos y Manuel Gómez Morín. Es decir, el nuevo Estado nacional implicó la conjunción de instituciones e individuos para controlar y centralizar, en este caso, actividades como la educativa y la monetaria como parte del conjunto de las relaciones políticas.

⁸⁸ V. Díaz Arciniega, *Historia de la Casa*, 1996, pp. 82 y 83; G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, pp. 148 y 149. Díaz Arciniega lo explica la función del Fondo a partir del vínculo con el exilio español en estos términos: *encauzar adecuada u útilmente la enseñanza especializada y la difusión del conocimiento económico, entendido este dentro de un amplio conocimiento social, político e histórico. Por eso, no está de más reiterar que el proyecto cultural que dio origen al FCE en 1934 y el proyecto cultural de la Segunda República coincidieron y se fundieron en uno solo, más amplio, ecuménico, cosmopolita y, sobre todo, volcado hacia un propósito humanista* Por su parte, Zermeño destaca en el plano editorial lo siguiente: *Simultáneamente aparecieron los órganos encargados de difusión y circulación de los resultados de in-*

par- como El Colegio de México [1940].⁸⁹ Recientemente se han señalado dos circunstancias muy puntuales para explicar el proceso anterior: por un lado, el ascenso -y posterior afianzamiento- del régimen político (autodenominado “revolucionario”) que tuvo como una de sus tareas inmediatas proyectar instituciones para la constitución del Estado nacional; por otro, las condiciones imperantes a nivel mundial cuyos cambios demandaban el rediseño de políticas, regímenes y países enteros.⁹⁰

En estas condiciones, México no era el único país que experimentaba tales circunstancias. Otras naciones también padecían trastornos (por lo general con resultados trágicos y con violencia de por medio). Pensemos en las siguientes experiencias: Rusia y su Revolución de 1917, Estados Unidos y su *crack* de 1929 o España y su Guerra Civil entre 1936 y 1939. Estos tres países son ejemplo de los cambios que se presentaban en el mundo; de tal manera que el advenimiento de la Unión Soviética con su “utopía socialista”, la insólita y decidida intervención estatal en la política económica estadounidense delineada por el *new deal* de Roosevelt, así como el arribo de un régimen del tipo “nacional-catolicista” español, muestran la forma en que esos Estados se reinventaron en momentos de crisis.

El último caso mencionado incidió de manera directa en nuestro país y coincidió también con ese ambiente de renovación institucional: el exilio español en México.⁹¹ Así, la premisa

vestigación como el Fondo de Cultura Económica -y un poco después editoriales como Era y Siglo XXI, por mencionar sólo algunas casas editoriales. Como la Secretaría de Educación Pública y El Banco de México en la década anterior, instituciones como el FCE -además de la ENAH y el COLMEX- son muestra de la manera en que se constituía el moderno Estado mexicano tras la Revolución.

⁸⁹ G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, p. 178. El historiador considera que sendos esfuerzos institucionales representan “el inicio de consideración del proceso de profesionalización de la historia”, cuyo propósito era “la instalación de espacios organizados *exprofeso* para la producción de historiadores encargados de elaborar y preservar la memoria legítima de las naciones hispanoamericanas”.

⁹⁰ G. Zermeño, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, 2013, p. 1695.

⁹¹ G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, p. 178. Aquí se refiere: *el exilio español se constituye también en un legado duradero fundado en la aspiración de construir un proyecto histórico-filosófico de la modernidad hispanoamericana, de*

indicaría el vínculo entre la constitución de un nuevo régimen y la llegada a México de peninsulares quienes contaban tanto con cierto perfil político (podría decirse liberal) como con una postura intelectual (que podría identificarse como vanguardista). A lo anterior hay que agregar que en el plano nacional ya existían grupos intelectual y políticamente activos quienes, en algunos casos, promovieron la llegada de aquellos personajes desde el otro lado del Atlántico.⁹²

Historia e historiadores después de la Revolución Mexicana

Bajo estas circunstancias, ahora abordamos algunas propuestas de personajes que elaboraron reflexiones sobre la Historia en las décadas de 1920 y 1930. Con lo anterior, pretendemos aclarar qué condiciones (académicas, intelectuales, incluso ideológicas) privaron en el ámbito para entonces ya encaminado hacia la etapa profesional.

Comencemos con las reflexiones de Emeterio Valverde Téllez (1864-1948). Sacerdote mexicano que, por su sólida preparación, estudió temas de filosofía e historia. De esa actividad tomamos tres escritos que, aunque breves, resultan referencias relevantes en cuanto a la reflexión que desde México se hacía respecto al estudio de la Historia.

El primero de ellos data de mediados de enero de 1922 y fue una “Alocución pronunciada por el Illmo. y Revmo. Sr. Obispo de León... al inaugurarse el Centro de Estudios Históricos Francisco

cuño neokantiano, pero sazonado con los principios reguladores de la escuela metódica francesa. Como se señaló, el exilio español tuvo particular incidencia en las tareas asignadas al Fondo de Cultura Económica, pues entre sus primeros trabajos editoriales se ubicaron traducciones al español de autores alemanes en el área de las ciencias sociales y humanidades. En el plano historiográfico, parte de la obra de L. von Ranke (“padre de la historia científica”) comienza a difundirse en México debido a estos esfuerzos.

⁹² Tomemos como referencia el vínculo maestro-discípulo entre Rafael Altamira (1866-1951) y Silvio Zavala (1909-2014). El maestro español y su discípulo mexicano se conocieron en Madrid en la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas fundada a principios de siglo XX. Ante la lucha intestina en España y el advenimiento del franquismo, Altamira llega a nuestro país y las labores académicas de dicha Junta continuaron en El Colegio de México a partir de los años cuarenta. Lo anterior lo señala el propio Zavala en un par de conversaciones con P. Blackwell [1982] y J. Meyer [1993].

del Paso y Troncoso”. Para entonces, hacía más de una década que se encontraba al frente de la Arquidiócesis de esa localidad; como sacerdote, se integra a la lista de oficios (abogados, médicos, literatos, militares, etc.) que, en su momento, se interesaron por el estudiar el pasado. Asimismo, la alusión a un organismo local dedicado a la actividad intelectual y en específico al estudio de la historia, nos muestra cómo a lo largo y ancho del territorio nacional había esfuerzos colectivos cuya preocupación era el pasado mexicano.

En este texto, su autor centra sus ideas en ubicar a la disciplina como un conjunto de tareas científicas. De entrada, a la historia la ubica “entre los estudios más seductores para el espíritu humano”.⁹³ Más allá de parecer una mera opinión, integra a su argumentación términos como “indagación”, “verdad de los hechos” y “construir” en una serie de procedimientos que, según él, entrelazarían ciencia y arte. Respecto a la ciencia, insiste en tomar elementos de otras disciplinas (sociología, filosofía) para robustecer el trabajo. Pero, al mismo tiempo, apela al arte para “embellecer el relato... sin menoscabo de la verdad”. De hecho, el entonces obispo pone una apuesta que hoy se consideraría alta: “armonizar en la historia lo verdadero, lo útil y lo deleitable”. Podría decirse que los primeros dos aspectos están bien ubicados por el ámbito (esto es, qué se considera “verdadero” a partir del uso de fuentes y lo “útil” en cuanto qué se puede y debe estudiarse). Respecto a lo “deleitable”, pareciera no ser una preocupación de los historiadores. Remata aseverando que este oficio apenas lograba por aquel tiempo, un estatus científico en según lo estipulado por una *modernidad* decimonónica.

Meses después, casi por terminar ese mismo año, presentó una segunda “Alocución pronunciada en la distribución de premios del Seminario Conciliar de la Diócesis de León”. De entrada, recuerda las actividades académicas de personajes decimonónicos activos intelectualmente en México (en concreto, la de José Eleuterio

⁹³ E. Valverde Téllez, “Alocución pronunciada por el Illmo. y Revmo. Sr. Obispo de León al inaugurarse el Centro de Estudios Históricos Francisco del Paso y Troncoso, la noche del 17 de enero de 1922”, 1999, pp. 95.

González ya mencionado y abordado en el capítulo anterior). Era desde esos escenarios donde resultaba propicio exponer ideas y argumentos sobre “ciencias y artes”, con la intención de “acaso despertar latentes aptitudes” en los estudiantes.

En aquella ocasión, el religioso se refirió a la Historia, como “la narración verdadera e imparcial de importantes acontecimientos pasados, señalando al propio tiempo las causas que los produjeron, las consecuencias que de ellos se siguieron y las enseñanzas que al hombre proporcionan”.⁹⁴ Varios ecos están presentes en estas líneas; desde apelar a la “imparcialidad” anhelada por los historiadores del siglo XIX cuyo compromiso era otorgarle un carácter científico al oficio, hasta continuar anclado en premisas tan antiguas sintetizadas en la máxima *Historia magistra vitae*. A lo anterior agrega el binomio “causas-consecuencias” del pasado, una postura mecanicista que nuestro personaje considera útil para el estudio del pasado. Lo anterior lleva al autor engarzar tres aspectos más que, hasta la fecha, siguen siendo considerados por el ámbito. En primera instancia los “hechos” (que considera “fondo primario de la historia” y los identifica como “físicos, intelectuales y morales” de individuos y grupos). Como se aprecia, existe un apego de tipo rankeano por apegarse a “lo que realmente ocurrió”. Después señala la “narración histórica” (la forma en que el historiador debe presentar esos hechos). Formado en la tradición retórica del siglo XIX, Valverde reconoce la importancia de contar lo que pasó; el relato, asevera, “no ha de ser un esqueleto descarnado y seco, sino antes bien ha de parecer un organismo viviente y hermoso”. El que en la actualidad poco se conozca la actividad del historiador profesional, me pregunto si este aspecto descuidado por los profesionales tendrá que ver con ello. Si bien nuestro autor apela a la necesidad por parte del estudioso del pasado por tener una buena pluma, concluye que la escritura de los hechos debe apegarse a una “verdad rigurosa”. Por último, destaca el imperativo de apelar las “ciencias auxiliares de la

⁹⁴ E. Valverde, “Alocución presentada en la distribución de premios del Seminario Conciliar de la Diócesis de León, efectuada el 23 de diciembre de 1922”, 1999, p. 99.

historia”; desde la heurística y diplomática hasta la geografía y la arqueología, las presenta y considera como “saber indispensable”.

Sus últimas reflexiones al respecto las presentó al año siguiente. Se trató de un “Discurso sobre la filosofía de la historia, para la distribución de premios del Seminario de León, el 15 de agosto de 1923”. Como en las ocasiones anteriores, se dirige a un público específico: “sacerdotes” y “seminaristas” que culminaban sus actividades formativas.

Justo de este grupo es de donde al autor considera surge el segmento, en toda “nación civilizada” de “eruditos historiófilos” y “curiosos historiógrafos”.⁹⁵ A ellos les correspondería -y se les debe-, construir el arsenal conceptual necesario para los hechos históricos. Como ejemplo toma la obra -entonces recién publicada- de dos destacados religiosos interesados en el estudio de la historia nacional: Mariano Cuevas (1879-1949) y Francisco Banegas y Galván (1867-1932). En particular, se refiere a la *Historia de la Iglesia en México* -cinco volúmenes publicados entre 1921 y 1926-, así como a la *Historia de México* publicada ese mismo año. Lo anterior es una muestra de la contribución que ciertos religiosos han hecho al ámbito de los estudios históricos en México en diversas épocas (desde la etapa colonial hasta el presente). Incluso, es conocida la incidencia de personajes de la Iglesia en la proyección de actividades académicas, como fue el caso del jesuita José Bravo Ugarte (1898-1968) en la Universidad Iberoamericana.

En ellos, Valverde encuentra -de manera implícita-, una propuesta de construcción conceptual que identifica como una “filosofía de la historia”. En concreto, se trata de “métodos de investigación” que considera imperativos en la historia para comparar, interpretar y comprobar los hechos que se estudian. Dichos métodos, a su vez, conllevan una serie de presupuestos que orientan la investigación; así, la “lógica rigurosa en el estatuto de las relaciones”, el “observar y señalar la finalidad inmediata de las causas”, “deducir las enseñanzas del pasado” y

⁹⁵ E. Valverde, “Discurso sobre la filosofía de la historia, para la distribución de premios del Seminario de León, el 15 de agosto de 1923”, 1999, p. 106.

reconocer un “criterio... como medio para conocer la verdad”, son aspectos necesarios para un análisis de los sucesos históricos. Hacer alusión al carácter “implícito” presente en las obras de aquellos personajes, será objeto de distinción para las venideras generaciones de historiadores profesionales, para quienes todo ese arsenal conceptual, teórico y metodológico debe estar explícito en sus investigaciones.

Otro personaje que dejó por escrito una reflexión sobre la historia anclada en circunstancia mexicana de aquella época, fue Rafael Ramos Pedrueza (1897-1943). Profesor en distintas instituciones (Escuela Nacional Preparatoria, Escuela Superior de Comercio, Universidad Nacional Autónoma de México), en su escritura decanta la influencia de dos revoluciones pioneras en el siglo XX: la rusa y la mexicana. Como a muchos, los cambios súbitos acaecidos entonces le llaman la atención y entiende que se trata de tiempos que presagian nuevas etapas. Desde tal perspectiva, nuestro autor elabora su propia concepción de lo para él debe ser la historia, el historiador y el papel que le toca en tal entorno.

El texto que ahora tomamos como objeto de estudio es “Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia”, cuya fecha indica 26 de noviembre de 1931.⁹⁶ Como se sabe, se trata de un momento en el que la Revolución en México se encamina hacia su institucionalización; apenas un par de años antes, las principales fuerzas revolucionarias se habían organizado en torno al Partido Nacional Revolucionario. En esas condiciones, el maestro normalista tiene dos cosas claras: el *materialismo histórico* es la vía interpretativa de los hechos pasado y el historiador debe ser instrumento de aquella oleada revolucionaria.

Para Ramos, la historia tiene un doble cariz: es ciencia y es arte. “Ciencia, porque está construida por un conjunto de verdades coordinadas, cuya finalidad es exponer el pasado. La construcción histórica, con ciencias y elementos auxiliares, más eficientes a

⁹⁶ R. Ramos Pedrueza, “Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia”, 1999, pp. 331-367.

medida que avanza el progreso industrial, se depura de falsedades y adquiere la categoría de ciencia positiva”.⁹⁷ Ciertos elementos nos hacen ver a este historiador aun en el ámbito decimonónico; “verdades coordinadas” que constituyen sistema, “ciencias y elementos auxiliares” en lo que se apoya y complementa el estudio del pasado, “progreso industrial” como rasgo incuestionable de la racionalidad y “la categoría de ciencia positiva” como sello infalible de conocimiento en el grupo de las Ciencias Sociales. Respecto al arte, lo justifica como necesario en cuanto que “toda exposición histórica requiere diafanidad que transparente su perspectiva. Imposible evocar epopeyas y tragedias en estilo deforme carente de colorido y pureza. El artista es creador. El historiógrafo, reconstructor. La exposición histórica constituye uno de los aspectos más interesantes del arte literario”.⁹⁸ De nuevos, evoca los planteamientos y preocupaciones de *su* siglo anterior; al igual que aquellas generaciones “románticas”, este personaje reconoce la necesidad de todo historiador a tener una buena pluma y vena de escritor. En realidad, apelar a la dupla “ciencia-arte” nos recuerda el vínculo que por siglos tuvieron historia y literatura; vínculo que a lo largo del siglo XIX se rompió (o debería decir, “se negó”), mientras la historia reclamaba su lugar entre las ciencias.

Por otro parte, sus convicciones ideológicas lo llevan a aseverar que la caída del capitalismo se acerca; por supuesto, dicho sistema sería reemplazado por el socialismo. Tal compromiso reconoce afecta su postura de historiador, pues este debe definirse ante los acontecimientos presentes. Al respecto, afirma categórico: “La imparcialidad absoluta en esta ciencia es imposible. La adhesión, revolucionaria o conservadora, se manifiesta no solamente en la interpretación de los hechos, sino en su selección”.⁹⁹ Al encontrarse en momentos que considera definitorios para México y el mundo, Ramos concluye que una postura imparcial es utópica. Al propio tiempo, tales convicciones le llevan al aspecto conceptual de su

⁹⁷ *Idem*, p. 331.

⁹⁸ *Idem*, p. 332.

⁹⁹ *Idem*, p. 332.

propuesta; esto es, el empleo de los preceptos del *materialismo* para interpretar los hechos históricos. En tal sentido -y a manera de prólogo-, distingue “cuatro grandes periodos” de la humanidad: “cavernario”, “pastoril”, “agrícola” e “industrial”.¹⁰⁰ Dicha travesía universal supone -para nuestro autor-, el éxito del progreso en todos los sentidos.

Por último, respecto a la propuesta de estudio de la historia de México, esta debe orientarse por lo que llama “criterio fuertemente revolucionario”.¹⁰¹ A sus ojos, la figura que debe elaborar y difundir la historia nacional es el “maestro revolucionario”; comprometido con la Revolución, este debe diseminar entre sus estudiantes que el movimiento “vive y triunfa”, que es el germen de la “conciencia de clase” y de la “organización proletaria”.

Ramos tiene el mérito de ser el primero en el país en introducir en los estudios históricos los elementos del *materialismo histórico*. Pasarán décadas para que los historiadores profesionales retomen dichos elementos. De hecho, en la historiografía nuevoleonesa será hasta los años sesenta que aparecerá una primera aproximación al pasado local bajo esta perspectiva.

Cierro este recorrido con Alfonso Teja Zabre (1888-1962). A este abogado de profesión se le debe una *Historia de México. Introducción y sinópsis. La biografía de México*, trabajo que data de 1931. Se trata de un trabajo extenso y acucioso conformado por XV apartados donde reflexiona sobre el oficio y su necesaria “renovación”.

De entrada, expone *sus* razones que deben atenderse renovar “los métodos y las formas de estudio históricos”¹⁰² en un país que -como se ha explicado-, se reconstruía y reinventaba tras años de luchas intestinas. Así, desde identificar hechos nuevos y corregir errores (planteamiento que recuerda la epistemología evolutiva del siglo XX), pasando por apelar a las Ciencias Sociales y un hincapié en un incipiente *sentido de perspectiva* (que el tiempo

¹⁰⁰ *Idem*, p. 333.

¹⁰¹ *Idem*, p. 338.

¹⁰² A. Teja Zabre, “Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México”, 1999, p. 369.

pase para otorgarle al objeto de estudio su justa dimensión), hasta tomar en cuenta cada época en su individualidad, la enseñanza de la historia y reconocer que cada generación tiene el deber de “reconsiderar” su pasado.¹⁰³

Otro aspecto que llama la atención de este texto, es su preocupación por “la fase didáctica o escolar”; a los ojos de Teja, de suma relevancia resulta lo anterior, ya que responde a la formación cívica de niños y adolescentes. A su parecer, la enseñanza de la historia debía ser “atractiva, fácil, grata, divertida”.¹⁰⁴ Tal inquietud no es gratuita, pues por tratarse de momentos en que se transita a un nuevo régimen y se constituyen nuevos poderes, el autor advierte la existencia “propaganda y partidismo” al estudiar los sucesos del pasado (cualquier parecido con la situación actual, es mera coincidencia). Por lo anterior, concluye exponiendo que la historia en esas primeras décadas del siglo XX, apenas da sus primeros pasos “como ciencia en formación”.¹⁰⁵

A partir de ahí, este abogado interesado en la historia apela a una serie de prominentes filósofos (los alemanes A. G. Keyserling, O. Spengler y K. Marx, el austriaco S. Freud, así como el francés H. Bergson), para apuntalar su propuesta conceptual y metodológica. En dicha propuesta presenta y discute lo que entiende por “historia moderna”, para la cual es imperativo apelar y conocer los aspectos más variados de la vida humana (“ciclos históricos de civilizaciones”, “formas económicas y modos de producción”, “impulsos reprimidos”, “interpretaciones de tipo biológico”). Lo que se desprende de todo este tipo de hechos (datos, información), los expone en tres grandes ramas: Ecología (referente a la geografía territorio, clima, recursos naturales); Demografía (población urbana y rural, centros productivos, zonas y regiones, condición étnica, idiomas); y Sociología (Estado e instituciones, Gobierno, Legislación y Normatividad, Educación, Arte).¹⁰⁶

¹⁰³ *Idem*, pp. 369 y 370.

¹⁰⁴ *Idem*, p. 371.

¹⁰⁵ *Idem*, p. 372.

¹⁰⁶ *Idem*, pp. 458 y 459.

La propuesta elaborada por Teja está en consonancia con lo que por esos tiempos lleva a cabo *Annales*; se trata de una apuesta por una historia completa y plenamente científica, para lo cual se ve obligada a conectarse con otras disciplinas (pero no aquellas del siglo XIX, sino las que integran las *modernas* Ciencias Sociales). Ahora veamos cómo se encontraba el panorama historiográfico en la entidad que nos ocupa.

David Alberto Cossío y la *Historia de Nuevo León: evolución política y social, 1925-1933*

En el plano local, la figura de Cossío guarda cierta semejanza con la del doctor González (ya abordado en el capítulo anterior). Como aquel médico del siglo XIX devenido historiador oriundo de Guadalajara, David Alberto Cossío Anaya se convirtió en nuevoleonés por adopción; nació en San Luis Potosí en junio 7 de 1883 y llegó a la Monterrey en los primeros años del siglo XX (en pleno auge del primer brote de industrialización durante el Porfiriato), y murió en agosto 16 de 1939. Al igual que el personaje predecesor, se quedaría por el resto de sus días en la capital de Nuevo León.¹⁰⁷

Otro aspecto donde existe vínculo entre ambos tiene que ver con su respectiva obra. Es decir, como aquel ilustrado mexicano decimonónico que como polígrafo cultivó diversos géneros (medicina, estadística, literatura, historia), Cossío con su escritura incursionó en el periodismo (fundó y colaboró periódicos y revistas locales como *La Semana*, *El Zig-Zag*, *El Porvenir*), la literatura (poesía, teatro) y la historia. Como *Gonzalitos* una centuria atrás, el potosino avecindado en el regiomonte también ocupó de forma breve puestos en la administración pública local y estatal.¹⁰⁸ Pese a pertenecer a generaciones distintas y aun viviendo en épocas diferentes, lo anterior muestra que durante varias décadas del siglo XX (al menos en el ámbito local), fue común en aquellos

¹⁰⁷ Si bien falleció en Ciudad de México, tras su deceso sus restos fueron trasladados a Monterrey donde fue sepultado.

¹⁰⁸ Ocupó la Secretaría General y la Tesorería General en tiempos del gobernador G. Siller.

personajes activos política e intelectualmente continuarán abordando diversos campos de estudio. La especialización en el ámbito del estudio del pasado tomará más tiempo.

La obra inicia con un breve apartado que lleva por nombre “En el atrio” (una suerte de introducción). En de importancia para el presente trabajo en el sentido de que en ella su autor plantea algunas reflexiones acerca de su oficio. Sirva lo siguiente de ejemplo:

La historia es el fiel relato de los acontecimientos que son dignos de memoria, es inconcluso que verdad histórica sea la más alta a la que puede aspirar el historiador. Cuando se es sincero y se poseen los indispensables documentos para escribir lo que vendrá a ser la piedra fundamental en que apoyen los juicios de las futuras generaciones; y se tiene la certeza de los sucesos que se van a narrar, la labor es relativamente fácil.¹⁰⁹

La noción de “verdad histórica” de Cossío no es diferente de la preocupación que otros interesados en el estudio del pasado han planteado (más allá de la distinción entre “autodidacta” y profesional). Pienso en un personaje -ya citado- como Clavigero, quien en el siglo XVIII y en su exilio aspiraba como historiador a la “verdad” sobre lo que consideraba la historia de los antiguos mexicanos.¹¹⁰ Como se explicó en el apartado anterior, en el siglo XIX personajes como L. Alamán (en el plano nacional) y J. E. González (en el plano regional) en su afán por hacer un estudio científico del pasado, también orientaron sus esfuerzos a la construcción de una “verdad histórica”. Así que, en las primeras décadas del siglo XX, en este historiador ubicado en el norte de México en cierta forma se mantiene dicha premisa.

Cuando, no obstante, esos buenos propósitos de sinceridad, hay que trabajar arduamente para reunir de aquí y de allá esos materiales diseminados o mixtificados, unas veces

¹⁰⁹ D. A. Cossío, *Historia de Nuevo León. Evolución política y social*, t. I, 1925 [En el atrio].

¹¹⁰ F. X. Clavigero, *Historia antigua de México*, 1978, p. X [Prólogo]. El autor parte de la siguiente premisa: *Al escribir me he propuesto como principal objeto la verdad.*

por el interés político, otras por el religiosos o puramente personal; cuando esos valiosos datos se han extraviado por el descuido oficial o particular y las naturales destrucciones del tiempo, las guerras o los saqueos de los bárbaros, la tarea es por demás escabrosa.¹¹¹

Además de refrendar el compromiso metodológico de considerar al documento como el punto donde descansa la investigación, sus palabras aluden a una situación que -por increíble que parezca-, aun es un problema: la adecuada conservación de fuentes. De suyo, parte del trabajo del historiador es organizar, catalogar, ordenar y cuidar todo tipo de materiales que nos den idea de otras épocas y de otras culturas. Sin embargo, dicha labor parece estar subestimada en el ámbito académico (ya ni hablar de las autoridades encargadas de su resguardo). Hablo de que cuando un historiador llega a un Archivo, por lo primero que pregunta es por algún catálogo para tener idea que material está disponible. La existencia de dicho catálogo -si es el caso-, es prueba de que ya se realizó un trabajo propio de historiador. Aunque no lo menciona, sospecho que el propio Cossío se enfrentó a tales dificultades (montañas de documentos polvorientos, desorganizados y posiblemente en mal estado), para hacer su obra. Por otra parte, para la viabilidad de una investigación, también me lleva a pensar en otro tipo de dificultades para el historiador cuando no encuentra material y documentación sobre su tema de estudio.

El ilustre jalisciense doctor don José Eleuterio González, hijo voluntario y queridísimo de esta noble y hospitalaria tierra, en uno de sus sabios libros dijo que para escribir la historia de Nuevo León, era necesario estar debidamente expresado por el Gobierno del Estado; yo discrepo de esa opinión respetabilísima, porque creo que así es más fácil conservar la independencia de criterio y el respeto a la verdad histórica de que hablo antes; y debido a esto, sólo me valgo, robando horas a la ruda lucha por la vida y a veces al necesario descanso, del entusiasmo y patriotismo

¹¹¹ *Idem.*

del editor, sr. Jesús Cantú Leal, para publicar esta obra encomendándome a la benevolencia y a la cultura del pueblo de Nuevo León. A éste, pues, me acojo.¹¹²

Lo anterior es relevante en lo que corresponde a la historiografía, pues hay una clara alusión a aquellos que lo han antecedido en dichos esfuerzos. Como se mostró en el apartado precedente (a manera de hipótesis), consideramos que la obra del doctor González en la segunda mitad del siglo XX, representa el inicio de la tradición historiográfica estatal (incluso regional). Pues hace un siglo, Cossío ya reconocía la aportación del médico devenido historiador; si bien le cuestiona que haya sido el Estado (suma de todas las instituciones y máximo poder), el sostén de su labor intelectual, ello no le impide ubicarlo como el primer historiador de la entidad. En este sentido, la postura del potosino se adelanta a aquellas voces que, décadas más tarde, sugerirán que el sitio desde donde el historiador puede desempeñar su actividad con mayor libertad, es desde los márgenes del Estado.

En cuanto al contenido, la obra en cuestión la componen seis volúmenes. Los primeros cuatro se publicaron en 1925 (el primero en febrero, el segundo en mayo, el tercero en agosto y el cuarto en noviembre). En abril de 1926, se publicó el quinto. Hasta febrero de 1933, se completó la saga con el sexto y último volumen. Valga agregar que en el *inter* -concretamente en 1927-, el autor elaboró un texto a manera de compendio donde condesaba la Historia estatal.¹¹³ La obra fue publicada en la imprenta de J. Cantú Leal, ubicada en Monterrey. En el año 2000, el H. Congreso del Estado de Nuevo León publicó sus *Obras Completas* en XII volúmenes.¹¹⁴

¹¹² *Idem*.

¹¹³ Se trata de la *Historia de Nuevo León* y se presenta como “compendio de la obra del mismo autor, que fue adoptada para consulta por el Consejo de Educación Pública en el Estado”. En contraste con la temporalidad de los seis volúmenes que ahora abordamos, en este texto preparado para su uso en escuelas públicas, el autor decide cubrir una temporalidad que va desde el siglo XVI hasta todo el siglo XIX (es decir, culmina con la administración porfirista de Bernardo Reyes).

¹¹⁴ Su composición es: I-VII, *Historia de Nuevo León: evolución política y social*; VIII, *Púas, Manantiales Eternos*; IX, *Vidas Soñadas, Humos, Guirnaldas y otros poe-*

La arquitectónica de la obra inicia en el siglo XVI, entre 1596 fecha en que se funda la capital nuevoleonense hasta 1639. En dicho lapso, el autor en el primer volumen se centra en dos factores muy puntuales: por un lado, las poblaciones indígenas de la región (a quienes identifica como “feroces tribus”) hasta la llegada de Martín de Zavala (colono, conquistador y gobernador de lo que entonces se proyectaba como el Nuevo Reino de León). El siguiente periodo del segundo libro continúa en 1639 y lo prolonga hasta 1710, poniendo énfasis en los procesos expedicionarios y consolidación de asentamientos hacia los territorios contiguos de las actuales Coahuila y Tamaulipas. El tercer espacio temporal del volumen número tres abarca de 1710 hasta 1798, enfocando sus argumentos en estas situaciones: la fundación de Linares (municipio ubicado en el centro este de la entidad), cuya relevancia en la historia estatal y regional radica en que se constituyó como tal para ubicar en esa población la silla episcopal del Obispado de las Provincias Internas de Oriente; la continuación del proceso de colonización del actual territorio tamaulipeco; y la influencia de la Revolución francesa. La temporalidad del libro número cuatro va de 1798 hasta 1821, en el cual se presentan algunos de los acontecimientos en el estado que dieron pie a la insurrección y a la posterior Independencia de México. El volumen quinto va de 1821 a 1829, periodo en el cual el historiador presenta los intentos por formar gobiernos en la entidad tras la lucha independentista. Por último, el sexto tomo que aparece siete años después, aborda algunos de los sucesos acaecidos entre 1829 y 1847; así, asuntos relativos a la letal epidemia de cólera de la primera mitad de aquel siglo hasta los conflictos con los colonos texanos, la intervención militar de López de Santa Anna y la invasión del ejército estadounidense, es lo que reclama la atención del autor. Con un total de más de 1700 páginas, se trata del trabajo más ambicioso sobre el proceso histórico estatal elaborado hasta entonces. En consonancia con

mas; X, Los Dos Muñecos y otros cuentos, El Paraíso de los Turistas; XI, ¡La Rebelde!, Deuda de Gloria, El Abismo, El Diablo Romántico; XII, Los Amigos del Señor Gobernador, La Alegría de la Neurastenia, Mujeres en Acción, La Voz del Apóstol.

lo anterior y toda proporción guardada, esta breve presentación del contenido temático recuerda al *México a través de los siglos*; es decir, se trata de una historia de “grandes miras” que pretende abarcar el todo a partir de los principales hechos en el devenir de la entidad.

Por otra parte, llama la atención que Cossío decida culminar su historia con aquellos acontecimientos que, en el plano nacional, fincaron la gran derrota para México y que, sin embargo, para lo que quedó definido como la frontera norte desde 1848, supuso las nuevas condiciones para un posterior desarrollo en Nuevo León y particularmente en Monterrey. Por entonces -décadas de 1920 y 1930-, tal contraste y paradoja cada vez era más notable: por un lado, una ciudad cuyas actividades la integraban cada vez más a la economía del sur de Estados Unidos (Texas, en particular); por otro, una creciente animadversión y resentimiento a nivel nacional hacia el vecino del norte (impulsor del desarrollo económico en la frontera).

En la historiografía estatal, el esfuerzo de Cossío se considera una suerte de continuidad no sólo respecto a la tradición que aquí ubicamos a partir del siglo XIX (iniciada por el doctor González), sino incluso con las crónicas de los primeros colonos y conquistadores en el temprano siglo XVI (Alonso de León, por ejemplo).

Vito Alessio Robles y *Monterrey en la historia y la leyenda*, 1936

José Vito Alessio Robles (1879-1957), nació en Saltillo y murió en Ciudad de México. Estudió en el Ateneo Fuente de la capital coahuilense y después en el Colegio Militar donde se graduó como Teniente del Cuerpo de Ingenieros. Luego destacaría en otras facetas: diplomático, profesor, político e historiador. Al seguir su biografía, las dos últimas actividades parecen entrelazarse; es decir, en 1927 nuestro personaje decide sumarse a la candidatura de José Vasconcelos a la presidencia para las elecciones del año siguiente. Ante la derrota de su candidato, para 1929 se exilia en Estados Unidos (en particular, en Austin, la capital texana).

Si bien para entonces ya había publicado su primer libro,¹¹⁵ hay quienes consideran que dicho exilio significó el inicio de su trayectoria como historiador.¹¹⁶

En efecto, durante la década de 1930 a 1940 Alessio Robles destacará por su prolífica obra sobre los procesos históricos del noreste mexicano. De hecho, desde el plano historiográfico es posible identificar tres grandes vertientes en su obra: una tiene que ver con la relacionada con la Historia del septentrión novohispano [*Francisco de Urdiñola y el norte de Nueva España*, 1931; *Coahuila y Texas en época colonial*, 1938]; otras con sus trabajos biográficos [*El derrotero de Martín de Alarcón en Texas*, 1933; *Fray Agustín de Morfi y su obra*, 1935; *Ramos Arizpe*, 1937; *Alejandro de Humboldt: su vida y su obra*, 1940]; y una más relativa al abordaje y difusión de Historias locales [*Acapulco en la historia y la leyenda*, 1932; *Saltillo en la historia y la leyenda*, 1934].

Nuestro interés en acercarnos a este historiador radica en que elaboró una de esas historias locales sobre Monterrey. Todo indica que las versiones sobre el puerto del Pacífico mexicano y la capital del vecino Coahuila, resultaron exitosas. De tal manera que se conjugó la decisión de la editorial (Antigua Librería Robredo) y la disposición del autor por elaborar una tercera versión, en esta ocasión sobre la población al pie del cerro de La Silla. Al respecto, en la Introducción el autor corrobora lo mencionado y aclara sus propósitos: “La benévola acogida que han tenido mis libros “*Acapulco en la Historia y la Leyenda*” y “*Saltillo en la Historia y la Leyenda*”, me ha inducido a publicar este sobre Monterrey, sujeto a un plan semejante a los anteriores ya mencionados, es decir un libro de divulgación histórica con los datos más indispensables para los turistas.”¹¹⁷

A todas luces, el librito continúa la tradición literaria identificada bajo el concepto “manuales”. Este tipo de obra de amplia

¹¹⁵ *Bibliografía de Coahuila, histórica y geográfica*, Col. Monografías Bibliográficas Mexicanas, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1927.

¹¹⁶ A. Berrueto González, *Vito Alessio Robles, egregio historiador coahuilense*, 2004, p. 17.

¹¹⁷ V. Alessio Robles, *Monterrey en la historia y la leyenda*, 1936, Introducción.

circulación en México a lo largo del siglo XIX, tuvo variantes como libros de texto, libros de instrucción, literatura “para el buen comportamiento” y guías de forasteros. Se trató de un tipo de lectura con un claro propósito orientador, cuyo objetivo era informar a los viajeros (mexicanos o extranjeros) que llegaban preferentemente a la Ciudad de México.¹¹⁸ El libro *Monterrey en la historia y la leyenda* que apareció en 1936, con 264 páginas divididas en 16 capítulos y le acompañan ilustraciones, en cierto modo continúa aquella tradición de ediciones decimonónicas. Así, el autor se propone dar a conocer al lector sobre “las bellezas de un sitio” y “la historia de un lugar”; para el caso de la capital nuevoleonesa, Alessio Robles destaca el contraste entre “los ojos de agua de Santa Lucía” (lugar de la fundación de la actual ciudad) con el desarrollo industrial iniciado durante el Porfiriato (y que, por entonces, estaba por experimentar un segundo momento de auge).

Dirigido a un público lector que pudiéramos identificar como “general”, el autor entiende que la escritura debe ser distinta al de otros trabajos que ya había publicado. En tal sentido y de forma por demás atinada, comenta: “Tratando de restar aridez al relato, he procurado recoger en este libro todos los datos históricos de importancia y todas las tradiciones y leyendas de Monterrey”.¹¹⁹ Como historiador, Alessio Robles muestra que entendía la distinción entre investigar y divulgar. Así, supo adaptarse a sus respectivos lectores; por un lado, los especialistas que requieren estudios acuciosos sobre algún tema; por otro, turistas y viajeros que necesitan otro tipo de información (quizá más ligera y puntual). En 1978, la editorial Porrúa publicó en un volumen las historias de las tres ciudades mencionadas, acompañadas de una presentación de Vito Alessio Robles Cuevas.

Santiago Roel y *Nuevo León apuntes históricos*, 1938

Si un texto logró dejar un impacto en Nuevo León por varias generaciones, su autoría se le debe a este historiador. Santiago

¹¹⁸ M. Corvera Poiré, “Guías de forasteros en el México del siglo XIX”, 2005, pp. 353 y 354.

¹¹⁹ Alessio, *Op. Cit.*, Introducción.

Roel Melo (1885-1957), estudió Derecho y desde joven participó en proyectos editoriales. Si tomemos como punto de partida *Redención* -cuya publicación se prolongó desde 1903 hasta 1910, hasta su participación en *El Porvenir* en la primera mitad de la década de 1930, el personaje dejó claro que contaba con vena de escritor que le acompañó el resto de su vida.

Como historiador, en Roel es posible identificar dos grandes áreas de interés sobre el pasado regional. Por un lado, destaca el estudio acucioso sobre algunos gobernadores [*Correspondencia particular de D. Santiago Vidaurri*, 1946]; por otro, su acercamiento biográfico sobre personajes célebres de la entidad, sean religiosos (Fray Servando Teresa de Mier), civiles (J. E. González) o militares (Gral. L. Garza Ayala).

El texto en el que ahora nos centramos, el autor lo tenía listo desde un par de años antes.¹²⁰ La primera edición se presentó en dos volúmenes publicados por Talleres Linotipográficos del Estado. Más tarde, aparecerá en un solo volumen publicado por diversas instituciones (Librería México, Universidad de Nuevo León, Imprenta Bachiller, Ediciones Castillo). De esta última, existen ediciones de mediados de la década de 1980.

La onceava edición de 1963 -con 337 páginas y 51 capítulos-, llama la atención al incorporar un Apéndice en el cual aborda asuntos relevantes del presente de Monterrey y del Nuevo León; de tal manera que dedica un espacio para los festejos del centenario del Colegio Civil en 1957, la construcción de Ciudad Universitaria, así como el inicio de transmisiones de la televisión a nivel local.

Al inicio del texto de la séptima edición publicada en 1957 por la entonces Universidad de Nuevo León, el autor hace la siguiente aclaración: “Este libro no es una Historia propiamente, en el sentido moderno de la expresión, pues no constituye ciencia ni labor artística, si bien en él se hacen observaciones críticas y quizá no carezca de amenidad y de atractivos. Es sólo una relación cronológica de acontecimientos, y por eso lo he titulado

¹²⁰ El manuscrito se encuentra en la Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en el fondo que lleva su nombre (FSRM).

APUNTES HISTÓRICOS, que por lo menos servirán para orientar al lector que quiera profundizar en sus investigaciones o a quienes en lo futuro traten de escribir con más acierto la historia de nuestro Estado”.¹²¹ Desde la aparición de este librito, ya han pasado casi cuatro décadas del siglo XX y la profesionalización del oficio ya se encuentra encaminada en nuestro país. Pese a lo anterior, es claro que la postura de su autor sigue anclada en los parámetros de la historiografía decimonónica; hablar de “sentido moderno” del estudio del pasado como “ciencia y/o arte”, recuerda las posturas de personajes locales como el médico J. E. González, incluso a otros historiadores mexicanos del siglo XIX (V. Riva Palacio o G. Prieto, por ejemplo).

Después aparece una reflexión sobre el trabajo: “Fruto de un paciente y laborioso trabajo de investigación y de selección durante un cuarto de siglo, son estos Apuntes que he procurado ordenar en forma breve y amena para ponerlos al alcance de todos, con el deseo de que sea mejor y más ampliamente conocida la historia del Estado, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días”.¹²² Llama la atención la alusión al tiempo que le tomó elaborar el texto (“un cuarto de siglo”). En tal sentido, la obrita antecede tanto a la ya abordada de Cossío como a la de Alessio Robles. Por otra parte, con la burocracia que ha acompañado a la profesionalización del oficio en nuestro país, resultaría impensable que un historiador piense siquiera en prolongarse tanto tiempo con un mismo proyecto.

El argumento anterior lo refrenda el propio Roel, con la siguiente afirmación: “Es la Historia el gran espejo de la vida, que instruye con la experiencia y corrige con el ejemplo, decía un escritor. Pero la Historia patria, y mejor la del terruño, es más todavía, porque aduna a la experiencia y al ejemplo, el cariño por todo lo que es más nuestro”.¹²³ Aquí nos encontramos con el planteamiento que dominó el estudio de la Historia desde la antigüedad hasta el siglo XIX, sintetizado en la máxima *Historia Magistra Vitae*. Términos

¹²¹ S. Roel, *Nuevo León, apuntes históricos*, 1957 [primera página].

¹²² *Idem*, p. III [Motivo y Objeto].

¹²³ *Idem*, p. IV [Motivo y Objeto].

como “experiencia”, “ejemplo”, “terruño” remiten de manera inevitable al *romanticismo* que arraigó en México durante aquella primera centuria de vida independiente de México; nuestro autor, nacido justo en aquel tiempo, carga con los ecos (si es adecuada la palabra) de esa tendencia entonces dominante. En todo caso, Roel como historiador en pleno siglo XX pareciera continuar comprometido con la premisa de enaltecer el lugar de su entidad y su región, en un momento en el que en México se proyecta la profesionalización del oficio (lo cual implicará romper con esa exaltación al terruño).

La relevancia de este historiador y su quehacer a nivel estatal es indiscutible. Para sustentar lo anterior, baste señalar que la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística -institución en la que se involucró y donde colaboró-, publicará a partir de 1964 la revista *Roel* en honor al historiador.

Ciclo de estudios históricos, 1940

Para cerrar este periodo, resulta relevante hacer mención a una serie de actividades que muestra la incipiente dinámica institucional de la historiografía local hacia el final de la primera mitad del siglo XX. De hecho, a manera de secuencia, fueron algunas iniciativas y compromisos de tipo organizativo que materializaron el esfuerzo de quienes por entonces estaban interesados en el estudio del pasado regional. Incluso, rastrear tales esfuerzos nos remite a lo que al respecto se hacía en la capital del país; en específico, me refiero a la creación de la Academia Nacional de Historia y Geografía en mayo de 1925. Poco más de una década después, -en noviembre de 1937-, un grupo encabezado por el historiador Héctor González fundó la sección local del Ateneo Nacional de Ciencias y Artes (correspondiente a la referida Academia). Aquella institución capitalina ya había organizado dos congresos de Historia y con la labor llevada a cabo por sus pares desde Monterrey, se decidió celebrar en esa ciudad el Tercer Congreso justo al cierre de aquel año (diciembre 20 al 24). En dicho evento se involucró otra institución cuyo inicio de labores era reciente: la entonces Universidad de Nuevo León [UNL, 1933], siendo su

Aula Magna el recinto que albergó tal Congreso.¹²⁴ Es decir, en esta práctica historiográfica local nos encontramos ante circunstancias propias de un vínculo de tipo “centro-periferia” (condición que, por cierto, se mantendrá en etapas posteriores).

Como se muestra, al desarrollarse el Ciclo en cuestión de 1940 ya existían un camino recorrido que suponía contar con respaldo de tipo organizativo e institucional (integrantes, vínculos, apoyo de distinta índole y, por supuesto, investigación en el área cuyos resultados sería presentados y difundidos). Se trató de una serie de conferencias desarrolladas del 15 al 18 de octubre del año referido en la capital del Estado. Como se comentó, lo organizó el Ateneo Nacional de Ciencias y Artes (centro estatal correspondiente a la Academia Nacional de Historia y Geografía). Dicho evento preparó cuatro mesas (una por día) preparadas “en honor y memoria” de personajes específicos. La primera fue dedicada al “Sr. Ing. D. Enrique Schulz” (profesor alemán avecindado en México estudioso de la Geografía) y destacó la presencia de Santiago Roel. La segunda fue para José Eleuterio González (*Gonzalitos*), y contó con la participación de José Pedro Saldaña y Carlos Pérez-Maldonado. La tercera se centró en David Alberto Cossío (fallecido un año antes) y en ella fue ponente Helio Flores Gómez y la cuarta fue centrada en la figura de Fray Servando (El Padre Mier), en la que estuvo presente Héctor González.

Podría afirmarse que con este Ciclo de Estudios Históricos, se inició en forma la institucionalización de las prácticas del oficio de historiar en la entidad. Como se mostrará, en las décadas siguientes se concretarán una serie de esfuerzos que serán la base para otras actividades, cuyo objetivo será encauzar y afianzar el estudio del pasado en el entorno mencionado.

En el periodo abordado, destacan a grandes rasgos tres circunstancias muy puntuales. En lo historiográfico, la obra de

¹²⁴ G. de León, “La Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística”, 1996, pp. 11 y 12.

Cossío, Alessio Robles y Roel se distancia abiertamente de los postulados positivistas (postura que desde el siglo XIX dominaba a nivel local). Para estos historiadores, más que el rigor por el dato, el hecho (el cual, cabe aclarar, no pierden de vista del todo), su preocupación principal fue destacar aquello que hace singular a la entidad que es su objeto de estudio. Lo anterior se hace evidente al rescatar figuras, episodios, sucesos y lugares que la Historia nacional simplemente no registraría. Lo anterior me lleva a señalar una revitalización del regionalismo. En efecto, si desde la Ciudad de México difícilmente se pondría atención a los detalles del pasado en las regiones, la alternativa quedaría en el quehacer de los historiadores locales. Esta postura queda plasmada en la obra de los tres personajes aludidos del periodo. Finalmente, indicios como la organización de los eventos mencionados (“Ciclo de Estudios Históricos”), supuso la vinculación con otros colegas agrupados en otras zonas del país, lo cual cimentó los primeros pasos dirigidos a institucionalizar las actividades del oficio en la entidad. Cabría agregar que el autodidactismo sigue dominando la escena, lo que aun obliga a los historiadores de la época a partir de su experiencia en otras áreas de preparación.

CAPÍTULO 3

INSTITUCIONALIZACIÓN,
1942-1974

COMO HEMOS VISTO, los momentos, tránsitos y etapas de la historiografía mexicana (nacional) y de la región aludida (Nuevo León y el *noreste*), no necesariamente embonan o coinciden. Al abordar a sus autores, sus obras y sus instituciones, lo que nos muestran es que cada una ha respondido a sus propias metas, proyecciones y aspiraciones. Por lo que respecta a la periodización propuesta, responde a dos situaciones concretas que incidieron en el estudio del pasado en la entidad: por un lado, la fundación de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística de Nuevo León (SNHGE); por otro, el inicio de actividades del programa de licenciatura en Historia en la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL).¹²⁵

El exilio español y el estudio de la historia

En este ambiente, en México a partir de 1940 comienzan a configurarse ciertas condiciones que permiten identificar el inicio de una forma de acercarse al pasado que perdurará por décadas. Para acercarnos a ello, tomamos como referencia algunos de los escritos elaborados por historiadores ubicados en el periodo mencionado. La intención es encontrar en dichos trabajos las reflexiones que dejaron respecto al oficio que ejercieron en un momento que se perfilaban nuevas circunstancias. Bajo tal premisa, comenzamos con el texto *La teoría de la historia en México*. Se trata de una compilación elaborada por Álvaro Matute, cuyos trabajos muestran parte de la tradición historiográfica mexicana de un periodo específico del siglo XX.¹²⁶ Así, durante aproximadamente tres décadas en nuestro país se llevó a cabo un ejercicio reflexivo acerca del oficio y de su práctica en una etapa

¹²⁵ La institución recién había obtenido su Autonomía, con la promulgación de la Cuarta Ley Orgánica del junio 6 de 1971.

¹²⁶ El trabajo mencionado apareció en 1974, abarcaba el periodo de 1940-1973 y tuvo una segunda edición en 1981. En 2015, apareció una tercera versión cuyo corte temporal es 1940-1968.

que se perfilaba hacia la profesionalización. Las ideas y nociones plasmadas por historiadores (mexicanos y españoles ya exiliados acá), nos sirven para recrear el panorama que señalado.

Desde un punto de vista institucional, 1938 es el año que nos puede servir de referente. Entonces La Casa de España como proyecto institucional del Estado mexicano, comenzó a recibir a algunos intelectuales españoles que habían huido de su país natal asolado por luchas intestinas.¹²⁷ Un par de años más tarde, dicho proyecto quedó cristalizado con el nombre que lleva hasta la fecha: El Colegio de México.¹²⁸ En lo que se refiere al estudio de la Historia, desde este recinto se desarrollaron algunas de las discusiones y se proyectaron algunos de los planteamientos que delinearían la constitución profesional del oficio. Producto de ello serán las publicaciones que a partir de entonces editará la institución.

Ramón Iglesia

Una de esos primeros trabajos editados por la institución recién fundada será el de un exiliado español: Ramón Iglesia Parga (1905-1948). Nació en Santiago de Compostela y más tarde se trasladaría a Madrid para estudiar Filosofía y Letras. Desde los años veinte, este gallego devino en trotamundos; estuvo en Suecia, Alemania, Francia, México y, por último, Estados Unidos donde le encontró la muerte.

El texto al que nos acercamos es “La historia y sus limitaciones” y, en principio, apareció como parte del libro *El hombre Colón y otros ensayos* publicado en 1944 y cuya dedicatoria indica: “A mis alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México”. El trabajo al que aludimos fue una conferencia dictada

¹²⁷ D. Cosío Villegas, *Memorias*, 1976, p. 179. Como uno de los impulsores del proyecto y fundadores de la institución, Cosío comenta que “el presidente Cárdenas había dictado un acuerdo en julio de 1938 creando la Casa de España en México”.

¹²⁸ Idem, p. 177 y ss. Al respecto, Cosío recuerda lo siguiente: *El problema más serio, sin embargo, era que la Casa, concebida como un alojamiento transitorio, es decir, mientras la República se imponía a los sublevados franquistas, se veía ahora, en 1939, ante la disyuntiva de desaparecer o transformarse en una institución permanente con fines distintos y aun con un nombre nuevo.*

en la Universidad de Guadalajara en mayo de 1940 -meses antes de la fundación de El Colegio-, en la cual esboza argumentos acerca de la historia, su conceptualización y el respectivo ejercicio de la práctica.

El punto de partida que toma Iglesia es la segunda mitad del siglo XIX, momento en el cual la Historia reclama su lugar en el concierto de las ciencias modernas. En específico, apela a la propuesta metodológica de E. Bernheim desglosada en el ya citado *Lehrbuch...* publicado en 1889.¹²⁹ Este exiliado español en México considera que “el tratado de metodología histórica” del historiador judeo-alemán, “en su conjunto, no ha sido superado”.¹³⁰ Como se explicó, se trata de un diseño que suele ubicarse dentro de la tendencia positivista decimonónica y que, de hecho, testimonia el cúmulo de esfuerzos que a lo largo de aquella centuria se desarrollaron para dotar al oficio de un método acorde a los postulados de las ciencias modernas.

Pese a lo anterior, Iglesia admite que ello no ha resuelto la situación de la Historia en cuanto a su condición de ciencia. Por tanto, recurre a otro pensador alemán, Heinrich Rickert (1863-1936) para tomar la categoría de “ciencias culturales” (a manera de alternativa a las ciencias naturales y su *monismo metodológico*). A partir de tal distinción, el historiador español expone algunos de sus argumentos conceptuales respecto a la práctica del oficio: el carácter selectivo que el historiador otorga a los hechos (lo cual sirve para identificar lo relevante en los procesos históricos); aunado a lo anterior, señala la necesidad de reconocer que el historiador parte de sus prejuicios (a partir de lo cual selecciona los hechos) para realizar su labor; asimismo, reconoce que todo historiador escribe desde una posición determinada (ideas, valores, principios).¹³¹ En cuanto al método, menciona algunas estrategias que considera útiles para el estudio del pasado. Una de ellas

¹²⁹ Llama la atención que Iglesia en su disertación no mencione otro texto de aquella época (el ya mencionado e incluso, en el ámbito hispanoparlante es más conocido que el escrito por Bernheim): la *Introduction aux études historiques* de Ch. Langlois y Ch. V. Seignobos.

¹³⁰ R. Iglesia, “La Historia y sus limitaciones”, 2015, p. 40.

¹³¹ Iglesia, “La Historia...”, pp. 46-48.

tiene que ver con el documento: “La labor propiamente dicha del historiador no comienza hasta que, en presencia de cierto número de materiales, de documentos del pasado, por fuerza limitados e incompletos *siempre*, no emprende su labor de elaboración y síntesis.”¹³² Así, ir a los archivos (públicos, eclesiásticos, privados) y encontrar e identificar documentos (decretos, misivas, cartas, revistas, periódicos) sería el primer paso para construir el dato, sustento de lo que se exponga sobre algún tema. Aquí subyace la principal diferencia metodológica entre lo que nuestro autor distinguía como ciencias naturales y ciencias culturales (entre las que se encuentra la Historia): mientras en la biología o química el dato es algo dado, “puro”, el historiador -como “científico cultural”-, se ve obligado a darle forma -en este caso, a “elaborar” y “sintetizar”- a la información y documentos con los que trabaja (“elaboración y síntesis”).

En la propuesta de Iglesia se encuentra otro rasgo que, si bien puede ser sutil, llama la atención: se trata del resultado más concreto del oficio de historiar -el libro- y su potencial alcance. Tras señalar los peligros de una posible “deshumanización” del estudio del pasado -uno de ellos lo “inaccesible” que en ocasiones llega a ser el trabajo de los profesionales y del “orgullo” que a algunos causa-, remata de la siguiente manera: “El libro no es una especulación de alta matemática, coto cerrado para las personas no iniciadas. Su misión ha de ser llegar al mayor número de lectores”.¹³³ Dicha circunstancia está vigente en el ámbito académico, que se ha convertido en ese “coto cerrado” del que habla nuestro autor. Sirva de referencia la producción editorial (revistas especializadas, compilaciones, libros, etc.) elaborada durante décadas desde la academia por los historiadores profesionales (con sus posgrados y reconocimientos). Ahora pensemos en el alcance de dicha producción; es decir, quiénes leen esas publicaciones. Pues otros especialistas, estudiantes interesados en los temas tratados y nada más. La justificación de una actividad que pretende ser científica como la Historia, se haya

¹³² *Idem*, p. 56.

¹³³ *Idem*, p. 65.

en producir conocimiento a partir del estudio de algún proceso histórico (lo cual se cumple sobradamente). Pero tal justificación encierra su propia flaqueza: esto es, su impacto queda reducido al nicho desde donde se produce.

La permanencia de Iglesia en nuestro país puede considerarse breve. A diferencia de otros peninsulares asilados en México -el caso de Luis Buñuel sería un ejemplo, si bien en otro ámbito, pues vivió aquí hasta su muerte en 1983-, nuestro historiador permaneció hasta 1942.

Rafael Altamira

Otro académico peninsular que arribó a nuestro país con el exilio fue Rafael Altamira y Crevea (1866-1951). Altamira ya había estado en México entre 1909 y 1910 e impartió cursos y conferencias sobre Derecho (profesión que estudió y ejerció). Desde el punto de vista generacional recibió la influencia de dos situaciones muy puntuales: el krausismo que arribó a España y los acontecimientos de 1898 que afectaron a su país. Así, este abogado de profesión e historiador por convicción recibió tanto el compromiso de una enseñanza de cariz liberal como la preocupación por renovar una hispanidad en (aparente) crisis.

En lo que se refiere a lo historiográfico propiamente dicho, nos enfocamos en una actividad académica que el personaje llevó a cabo en El Colegio de México (a poco tiempo de su fundación). Fue durante su “segunda estancia mexicana” (esto es, la del exilio entre 1944 hasta su muerte), cuando entre junio y diciembre de 1946 impartió un curso para estudiantes de esa institución que tituló “Preparación para la técnica de la historiografía humana”.¹³⁴

Al leer la propuesta de Altamira para este proyecto, la palabra que resulta clave es civilización; es decir, como historiador considera “la vida de los pueblos” y “las actividades humanas” como “concepto moderno” de la historia de la humanidad.¹³⁵

¹³⁴ El Colegio de México lo publicó bajo el título *Proceso histórico de la historiografía humana* en 1948. En 2011, a 60 años de la muerte del autor, la institución a través del Centro de Estudios Históricos publicó una segunda edición la cual utilizamos.

¹³⁵ R. Altamira, *Proceso histórico de la historiografía humana*, 2011, p. 11.

Tal planteamiento recuerda la propuesta historiográfica de F. Braudel (quien, por entonces, está por publicar su obra más emblemática); hablo de esa “historia total”, que para hacerla comprensible debe considerar el todo. Al propio tiempo, al ver el desglose del contenido temático del curso, la postura del historiador español muestra un eurocentrismo; si bien en un primer momento contempla la herencia islámica en la península ibérica (en concreto, los *Prolegómenos* de Abenjaldún), su hilo conductor es la tradición cristiana a partir del medievo europeo (que considera “retroceso” al abandonar “la dirección de una civilización ya muy avanzada anteriormente”), pasando por el Renacimiento (donde incluye “cronistas de Indias”), el Siglo XIX (la “corriente crítica en materia histórica” y el “problema de la verdad”) y lo que iba del XX. En este último momento del cual es testigo (y en cierto modo copartícipe), subraya lo que considera una “crisis de la historiografía” que había sucedido entre 1933 y 1945; comprometido desde los planos político e intelectual con la idea de civilización, el desastre desatando entonces mostró que la humanidad también es capaz de destruir y aniquilar. ¿Quedaba espacio para la civilización? Su propuesta la cierra con un llamado a integrar a la literatura (“amena”) como “auxiliar de la historiografía”. Tal argumento está en consonancia con la propuesta de Edmundo O’Gorman, para quien Historia y Literatura (a quien consideraba “primas-hermanas” por su vínculo que en la tradición occidental data desde la antigüedad), debían complementarse.

Historicismo

Si desde El Colegio de México se daban pasos hacia una incipiente profesionalización en la disciplina, desde otra institución también se contribuía a la nueva circunstancia. Así, la Universidad Nacional Autónoma de México formaba historiadores profesionales y publicaba investigaciones. Tomemos el caso de Edmundo O’Gorman y su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Publicado por esta institución en 1947, el texto es “la tesis para obtener el grado de maestro en filosofía con especialidad en

historia”, en la cual desarrolla de manera ambiciosa y coherente una propuesta de teoría de la historia en el ambiente y experiencia americana (de la que México es parte).¹³⁶

Según lo ha explicado Álvaro Matute, existe un “historicismo mexicano” de carácter “vitalista y existencialista” y se inspiraría en autores como el filósofo alemán Wilhelm Dilthey y el filósofo español José Ortega y Gasset.¹³⁷ Originado en el pasaje de fines del siglo XIX y principios del XX en el ambiente de lengua alemana, el *historicismo* resulta ser una serie de corrientes de pensamiento que confluyen entre una “filosofía que es historia”.¹³⁸ Entre sus rasgos, destacan su “anticartesianismo” y “antipositivismo”, así como un impulso de un movimiento predecesor, el *romanticismo*. A nuestro país, dicha tendencia llega por parte de filósofos españoles que estudiaron en Alemania; el más importante de ellos, el ya mencionado Ortega. La obra “ortegiana” y con ella la tendencia de la que hablamos, se asentarán en México con el exilio español a partir de los años treinta del siglo pasado. Así, académicos notables como Eugenio Ímaz, Eduardo Nicol, Juan Roura-Parella y José Gaos contribuyeron a implantarlo en la tradición mexicana.¹³⁹ El último personaje mencionado influirá de manera decisiva en la propuesta historiográfica de Edmundo O’Gorman.

O’Gorman nació en 1906 y murió en 1995. Podría afirmarse que sus condiciones de vida fueron las propias de una familia destacada (la ascendencia británica presente en sus apellidos y el acceso a una educación que incluyó la veta artística, son indicios elocuentes). Baste decir que Juan O’Gorman -artista plástico y arquitecto, participe del proyecto de Ciudad Universitaria al sur

¹³⁶ E. O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, 2006, p. VII. El autor inicia con el siguiente argumento: *El propósito de esta obra es promover la difusión de la pregunta histórico-fundamental acerca de la realidad del acontecer americano, o sea la pregunta que inquiere por el ser de América*. Como se indica, en el 2006 la UNAM publicó una segunda edición facsimilar conmemorativa al centenario del nacimiento del historiador.

¹³⁷ Á. Matute, *El historicismo en México*, 2002, pp. 9 y 10.

¹³⁸ *Idem*, p. 15.

¹³⁹ *Idem*, pp. 35-56.

de la capital mexicana con los espectaculares murales-, fue su hermano mayor. Estudió leyes en la elitista Escuela Libre de Derecho, pero hacia los años treinta “descubre” su vocación de historiador. Otro dato que nos permite ubicar a nuestro personaje en el ambiente académico -entonces en ciernes-, es la dedicatoria que el autor hace de su libro: “A José Gaos, maestro de siempre y siempre amigo”. Como se sabe, Gaos (1900-1969) fue otro de los “filósofos-historiadores” españoles que arribaron al país incorporándose a labores académicas (en este caso, a la UNAM).

De tal manera que O’Gorman ofrece una idea de lo que entiende es este oficio, para lo cual parte con una definición de quien lo ejerce: “Podría decirse que el historiador es el hombre a quien se le ha encomendado la tarea de disculpar ante sus contemporáneos la manera de vida de las generaciones pasadas. Su misión consiste en dar explicaciones por los muertos, no en regañarlos; entre otras poderosas razones, porque no puede imaginarse empeño más vano”.¹⁴⁰ El planteamiento se acerca -y antecede por décadas- al que más tarde desplegarán autores como Michel de Certeau; al igual que para el historiador ya citado al principio de este trabajo, este abogado interesado en los procesos históricos entiende que estudiar el pasado supone, ante todo, contemplarlo como *otredad*. Pero esa alteridad que es considerada lo “otro”, lo “distinto” no es algo ajeno a nosotros; diría nuestro autor que esas experiencias (pasado) se encuentran en y definen aquello que somos (presente). Lo anterior nos lleva a otro concepto también considerado por este historiador: perspectiva. El *sentido de perspectiva* es un elemento conceptual de la historiografía, el cual supone contemplar el pasado en su especificidad y, al propio tiempo, vincularlo con nuestro presente. La “verdad histórica” a la que aspira O’Gorman va en este sentido: “Ver al pasado con esta perspectiva futura es la fórmula correcta de la actitud del historiador. El fin último de mostrar a la existencia su historicidad, postula, pues, la elaboración de una verdad histórica, o sea el conocimiento del pasado, que, como sabemos, será saber de sí mismo.”¹⁴¹ Si la experiencia

¹⁴⁰ O’Gorman, *Crisis...*, p. 10.

¹⁴¹ *Idem*, p. 223.

histórica se encuentra en alguna parte, este personaje diría que es en nuestro presente; si algún valor, sentido o significado le otorgamos al pasado, es porque nos afecta en nuestra vida.

Quizá la apuesta más osada y radical del historiador en cuestión, sea la que alude a darle un nuevo concepto al oficio: *historiología*.

La tarea del historiador deberá consistir, pues, en hacer inteligible científicamente ese ser objeto tan singular que el descubrimiento de la realidad de la historia ha creado. Ahora bien, puesto que hacer inteligible el ser de algo es revelar su estructura, debe concluirse en definitiva que la verdadera ciencia histórica, la historiología, consiste en mostrar y explicitar la estructura del ser con que dotamos al pasado al descubrirlo como nuestro. Así se anuncia lo que es la historia como ciencia independiente, y adviértase que ante todo se trata de mostración de una realidad, y no de la de-mostración de tal o cual idea o imagen.¹⁴²

Como se aprecia, O’Gorman no se alinea a la propuesta que por esos años empieza a afianzarse con la profesionalización del estudio de la historia en México (esto es, el *positivismo*). Más que “demostrar” -quizá el rasgo más ponderado del trabajo científico-, la premisa expuesta va en busca de encontrar el *sentido* a ese “descubrimiento de la realidad histórica” (en este caso, el *ser* de América). Por tanto, la apuesta de este historiador se ubicaría en otra tendencia -hasta la fecha, un tanto al margen-: el *historicismo*. Conocemos el desenlace: por un lado, la categoría conceptual de *historiología* no prosperó (me pregunto si alguien se acuerda de ello ahora); por otro, al avanzar y consolidarse la nueva etapa -al menos en el periodo aquí considerado-, fue la tendencia positivista la que acabaría imponiéndose.

Para cerrar, nos detenemos en un asunto que le generaba conflicto y preocupación a don Edmundo y lo externó en los siguientes términos:

¹⁴² *Idem*, p. 269.

Dada la índole de la crisis que por todos rumbos invade a nuestra cultura, acertar o no acertar es secundaria. Lo que importa es expresarse con valor; darle la cara a los verdaderos problemas, que siempre son los propios, los íntimos. Refugiarse, como es ya común, en la ambigüedad del silencio, baluarte de falsos prestigios, es cobardía y tanto más cuando se ampara con la fama. Tratar por cuenta y riesgo propios, hasta donde den las fuerzas, de aclarar por sí mismo y para los demás, el significado de las actividades del espíritu es la única forma de salvación intelectual; para quien guste concebirse a sí mismo como hombre de ciencia, es una obligación precisa.¹⁴³

Como vemos, se trata de un asunto que rebasa al historiador, su oficio y su ámbito. En estas líneas se alude, en todo caso, a la forma en cada individuo debe asumir sus posturas (y en ello estarían incluidas sus limitaciones, pasiones y perversiones). Viene a cuento si tomamos en cuenta ciertos rasgos presentes tanto en nuestra “cultura cívica” que compartimos los mexicanos (amiguismo, compadrazgo, lambisconeo) como en el ámbito académico (arrogancia, vedetismo, burocracia absurdamente excesiva) que, en más de una forma, nos afectan. Bajo tales condiciones, para O’Gorman la única posibilidad de honestidad intelectual ante la crisis -de entonces y de ahora- debe venir del compromiso individual.

El consenso académico en México indica que, en el plano historiográfico, el *revisionismo* irrumpió en los años sesenta. Tras echarle un vistazo a la propuesta de O’Gorman, puedo decir que se trata de una acepción próxima al revisionismo. Lo anterior debe sustentarse en las condiciones imperantes en la época en la cual el autor presentó su trabajo; esto es, un ambiente dominado por el *positivismo* heredado del siglo XIX. En tal sentido, la apuesta “ogormaniana” -si se me permite el término-, fue una apuesta por buscar y encontrar nuevas vetas conceptuales y metodológicas para aclarar aspectos relativos a ciertas cuestiones (“la invención de América”, quizá el más ambicioso y radical de

¹⁴³ *Idem*, p. XII.

sus argumentos). Dicha búsqueda la encontró en el *historicismo*, tendencia que por aquel momento apareció como el “otro” gran bando que le disputaba a los positivistas las interpretaciones acerca de los sucesos históricos. En realidad, este “filósofo-historiador” elaboró su obra a contracorriente, siempre contestatario ante las exigencias académicas de la nueva circunstancia en el oficio (que desde entonces ya apuntaba hacia un abrumador rigor metodológico).

La profesionalización de la historiografía mexicana

... no admitir ninguna afirmación o hipótesis sin hallarle una comprobación documental y tan primaria como fuere posible. Sólo así podía darse al estudio una cimentación firme, y sólo así puede avanzar el conocimiento y la inteligencia de nuestra historia.

Daniel Cosío Villegas

Otra figura señera en ese lapso fue Daniel Cosío Villegas (1898-1976). Historiador y politólogo, la mención de este personaje se justifica por la incidencia de su labor en las áreas de gestión y de investigación. En el primer rubro señalado, los esfuerzos de Cosío se desplegaron en traer a algunos profesionistas españoles a nuestro país¹⁴⁴, así como en la puesta en marcha de proyectos institucionales como los mencionados Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. En el otro aspecto -es decir, en lo estrictamente historiográfico-, impulsó la creación de la revista *Historia Mexicana* y coordinó la monumental *Historia Moderna de México*. Ambos esfuerzos mantienen hasta la fecha su impacto en el ambiente académico. Al final de su vida, don Daniel también proyectó y promovió desde El Colegio dos trabajos colectivos

¹⁴⁴ Cosío, *Memorias*, p. 175. En sus *Memorias*, Cosío menciona los casos de José Gaos (“discípulo de Ortega y Gasset, formado en la filosofía alemana”) y Gonzalo Lafora (“médico, pero siquiatra, es decir, de una especialidad menos que desconocida en México”). Con preocupación y sinceridad, nuestro autor percibió lo que ello suponía: *Muchos problemas se nos echaron encima, por supuesto. El más inmediato era el acomodo material de los nuevos huéspedes. El de Alfonso [Reyes] y el mío nacía de esa gran duda que nos angustiaba: ¿el intelectual mexicano aceptaría la presencia de los españoles? ¿No estallaría nuestra conocida xenofobia?*

más que, actualizados, mantienen su vigencia: la *Historia mínima de México* [1973] y la *Historia General de México* [1976].

La puesta en marcha de El Colegio de México requirió distinguirlo de las instituciones y ofertas educativas ya existentes (por ejemplo, la Universidad Nacional Autónoma de México). En tal sentido, se contempló el modelo del Collège de France y para su organización se propuso crear Centros en los que se ubicarían las distintas áreas de estudio.¹⁴⁵ Asimismo, dicha proyección sugería que cada Centro tuviera su propia publicación especializada en donde se mostrarán los resultados de investigación. En ese ambiente, el Centro de Estudios Históricos presentó el primer número de *Historia Mexicana* en septiembre de 1951.¹⁴⁶

El otro proyecto supuso una propuesta académica de grandes miras. Por ello, la *Historia Moderna de México* se asemeja a aquellas empresas culturales del siglo XIX (por el número de participantes, por lo que englobaba en temáticas, por el tiempo que tomó su elaboración); así, el primer volumen de la obra apareció en 1955 y el último hasta 1972. De tal manera que no es casual que Cosío poco antes de morir reflexionara al respecto -con ánimo un tanto exaltado- y tomara como referencia a una de las mayores empresas culturales colectivas del siglo XIX: *México a través de los siglos*.¹⁴⁷

Cosío encontró el impulso -¿o debería decirse justificación?- de la mencionada obra no tanto en el pasado, sino en las condiciones

¹⁴⁵ *Idem*, p. 178. Cosío Villegas lo tuvo claro desde el principio: *La nueva institución, en cambio, podía y debía dedicarse a preparar la élite intelectual de México*.

¹⁴⁶ El volumen estuvo compuesto por cinco secciones: Artículos (Agustín Yáñez, José Miranda, François Chevalier, Felipe Tena Ramírez y Pablo González Casanova), Archivos y Documentos (Daniel Cosío Villegas), Crónicas (Miguel de la Mora L. y Moisés González Navarro), Testimonios (Catalina Sierra Casaus, Elena Martínez Tamayo, Luz María Frutos) y Crítica (Leopoldo Zea).

¹⁴⁷ Cosío, *Op. Cit.*, p. 207. El autor rememoraba sobre aquel proyecto lo siguiente: *El contraste entre la alegría que me produjo tentar, sobrepensar, acariciar el primer tomo de la Historia y el estado de ánimo en que me halló la aparición del décimo y último, fue bien marcado. A punto de aparecer el primero, ideé manifestar públicamente mi agradecimiento a la "Gran Nación Mexicana" por habernos permitido hacer este trabajo, tranquila, reposadamente. Y esto porque yo había avanzado en mis investigaciones lo bastante para enterarme de las condiciones en que Vicente Riva Palacio dirigió México a través de los siglos*

en las que se encontraba México al mediar el siglo XX. Para aquella generación a la perteneció este abogado y politólogo, resultaba ineludible preguntar hacia dónde iba la Revolución desatada en nuestro país a principios de siglo y más tarde -aunque parezca paradoja-, institucionalizada. Por ese entonces y antes de empezar a circular el trabajo colectivo mencionado, nuestro autor desglosó algunos argumentos al respecto en un ensayo que tituló “La crisis de México”.¹⁴⁸ En sus *Memorias*, el personaje en cuestión lo explica de la siguiente manera:

Debe añadirse otra circunstancia más: como los jóvenes de aquella época, yo admiré la obra revolucionaria de Cárdenas, entre otras razones, como lo he dicho en alguna parte, porque la hizo con el equipo de trabajo más pobre de la historia revolucionaria, salvo, quizás, el de Luis Echeverría. Pero cuando Cárdenas favoreció la candidatura del general Ávila Camacho no hallamos otra explicación que la de que México retrocedía en lugar de avanzar hacia las metas que la Revolución se propusiera alcanzar. Agréguese a esto que desde los primerísimos meses del gobierno de Alemán se acentuó como propósito principal de la acción gubernativa el progreso material del país, como antes lo había hecho Porfirio Díaz.¹⁴⁹

Aludir a la analogía de ambas épocas de la historia nacional, resulta por demás provocadora y atinada: si Díaz aparece en el elenco decimonónico como quien fue capaz de estabilizar al país para después convertirse en el líder vetusto de un gobierno que terminó en una parálisis, el régimen que institucionalizó la Revolución -que, de hecho, destronó al Porfiriato-, parecía, a decir de Cosío, encaminarse a repetir el proceso: un proyecto político que, al paso del tiempo, se desvirtuaría al alejarse de los propósitos que le impulsaron. Esto es, los diez tomos de la *Historia Moderna de México* resultan un esfuerzo por explicar el presente.

¹⁴⁸ *Cuadernos Americanos*, marzo 1947.

¹⁴⁹ *Idem*, p. 199.

En cuanto al contenido, la obra ofrece una panorámica completa de las últimas décadas del siglo XIX mexicano (política interna, sociedad, economía, así como la política exterior del régimen porfiriano). Alguna vez Cosío mencionó que en su trayectoria pública había cambiado varias veces de “casaca intelectual”; con ello hacía referencia a su acercamiento en distintos momentos a diversas áreas de las Ciencias Sociales o Humanidades (filosofía, sociología, derecho, economía, historia y política).¹⁵⁰ Pues todo indica que semejante recorrido le permitió proyectar una obra tan amplia y acabada, cuyos resultados e interpretaciones servirán como punta de lanza para el *revisionismo histórico* que por entonces ya se perfilaba: es decir, un “desencanto” con la Revolución que propiciaría nuevas investigaciones a partir de los años sesenta.¹⁵¹

Por último, también llama la atención que este historiador valore el tiempo que se otorgó para el desarrollo pleno de la obra en su conjunto (como lo reconoce en la cita a pie de página numero 34). Viene a cuento mencionarlo, pues la comparación con las condiciones actuales en las que trabaja el historiador -y, en general, el académico-, reflejan un contraste tremendo. Baste decir que, desde hace tiempo, este ámbito profesional se encuentra organizado mediante una burocracia cada vez más excesiva y asfixiante. Lo anterior se percibe, entre otras cosas, por el hecho de que dicha burocracia se ha concentrado en imponer y ponderar resultados a corto plazo. Quizá sea esa la razón principal de que ya no se contemplen proyectos de tal relevancia. Lo que restaría comentar respecto a este personaje, es que en torno a él se forjaron nuevas generaciones de historiadores (entre ellos, L. González) ya con un carácter profesional en el oficio, quienes abanderarían con su quehacer la ruptura que supuso el *revisionismo* mencionado.

Historiografía y nuevas instituciones en Nuevo León

Aquí se mostrará cómo además de los referentes mencionados de la SNHGE [1942] y la licenciatura en Historia en la UANL

¹⁵⁰ *Idem*, p. 193.

¹⁵¹ E. Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, 2009, pp. 71 y ss.

[1974], otras actividades resultaron determinantes para robustecer la actividad historiográfica en la entidad. Incluso, hacia la última etapa de este periodo se generará una suerte de renovación en los estudios sobre ciertos procesos históricos. Además, otras dos situaciones de relevancia tuvieron lugar en el lapso abordado: los festejos por el aniversario 350 de la fundación de Monterrey en septiembre de 1946 y la Primera Reunión entre historiadores mexicanos y estadounidense en septiembre de 1949.

Si bien ya existían agrupaciones cuyos esfuerzos se orientaban a actividades culturales (incluidas el estudio de la historia), consideramos que la SNHGE logró identificar con puntualidad qué responsabilidades le correspondían al oficio de historiador en la entidad. En sus estatutos -reformados en 1972 y 1976-, la institución fue concebida como “Asociación Civil de Nacionalidad Mexicana” y que, por tanto, “se rige por las Leyes Nacionales y en especial por las disposiciones relativas por el Código Civil” de la mencionada entidad.¹⁵² Sus objetivos -según lo indica el artículo 2 de dichos estatutos-, eran “realizar estudios e investigaciones históricas, geográficas y estadísticas, a fin de contribuir principalmente a cultivar el estudio, la investigación, fomento y propagación de dichas disciplinas, procurando el conocimiento de los problemas del Estado y la Nación Mexicana”.¹⁵³ Al frente de la Sociedad se encontraría un Presidente cubriendo periodos de un año, siendo el profesor Timoteo L. Hernández (1906-1984) el primero en ocupar el cargo. Hernández -egresado de la Escuela Normal Superior del Estado-, ocupó la posición hasta 1965.¹⁵⁴

Tras asumirse como Asociación Civil y después de tres décadas de actividad, la Sociedad crea e instituye la condecoración llamada Medalla al mérito histórico “Capitán Alonso de León”.¹⁵⁵

¹⁵² *Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística. Documentos básicos*, 1996, p. 17 [art. 1].

¹⁵³ *Idem*, [art. 2].

¹⁵⁴ *Idem*, pp. 63 y 64. Hasta 1996 -año en que se cierra el periodo estudiado en el presente trabajo-, 28 personas habían ocupado la Presidencia. Entre ellos, destacan J. P. Saldaña, I. Cavazos, A. Tapia, C. Morado y C. Garza Guajardo.

¹⁵⁵ *Idem*, p. 47. La justificación la presentan en una “exposición de motivos”: *La Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A. C. (SNHGE), desde su fundación en el año de 1942, mantiene entre sus propósitos y objetivos sociales, el de*

La distinción identifica tres categorías (internacional, nacional y local) y hasta 1995 se había impuesto a 81 personas. Entre ellos se encuentran historiadores estadounidenses (W. Borah o N. Lee Benson), así como destacados historiadores mexicanos (D. Cosío Villegas, S. Zavala, E. Krauze).

Otra circunstancia relevante desde el plano de la historiografía estatal, ocurrió en abril de 1943 (casi un año después de fundada dicha asociación). Entonces tuvo lugar en la Ciudad de México la Segunda Feria del Libro. En dicho evento, el Gobierno del Estado de Nuevo León se hizo presente y parte de sus actividades fue una alocución elaborada y leída por el reconocido literato Alfonso Reyes. El escrito lleva por título *Los Regiomontanos* y se presentó como “una finísima joya literaria y constituye el más sincero, justo y entusiasta pregón que haya sido dedicado a Monterrey”.¹⁵⁶

Este destacado hombre de letras para entonces encumbrado por una trayectoria reconocida en México y otros países, reflexiona acerca de lo que considera una tradición cultural en la entidad, la cual identifica desde los momentos fundacionales en la última parte del siglo XVI. El autor lo argumenta en los siguientes términos:

Desde los fundadores de Nuevo León -cronistas y capitanes al par, Carvajal, León y Montemayor- los gobernantes mismos fueron a veces hombres de letras y armas, que sabían tomar, como Garcilaso, “ora la pluma, ora la espada”. Desde los prenuncios de la Independencia se mueven las plumas de los neoloneses para dar impulso naciente al nacimiento de la nación. El ágil fantástico

difundir y promover el conocimiento de los hechos trascendentales de la historia regional y nacional, así como estimular el estudio y la investigación que al mismo particular realicen, no solamente sus miembros, sino cualquier otra u otras personas, nacionales o extranjeras, interesado principalmente en nuestro pasado histórico regional y, por extensión, del Noreste de nuestro país, con el cual dicho pasado se encuentra plenamente identificado.

¹⁵⁶ A. Reyes, *Los Regiomontanos*, 1943. Apareció en el *Álbum 350 aniversario de la fundación de Monterrey*, publicado en 1946. En 1996 en torno a los festejos por los 400 años de la ciudad, el Gobierno del Estado de Nuevo León editó un facsimilar (donde también integra el trabajo alusivo a los 300 años de la ciudad en 1896). Dicha edición facsimilar es la que se utiliza en el presente trabajo.

Fray Servando -duende de la Independencia- contrasta con la solidez del José Eleuterio González, el popular “Gonzalitos”, que hacinaba una erudición rara en sus días y, uno de los primeros, trató la historia local como capítulo digno y coherente de la historia patria. Cuna a la vez de poetas y preceptistas, se sostiene en la tradición literaria de Nuevo León el sabio contraste entre acicate y el freno, así como en las actividades generales de nota -según advertimos- la dichosa cooperación entre preparación teórica y el éxito práctico. Abundan en el acervo regional claras manifestaciones de la poesía, el discurso, el ensayo, la teoría literaria, la narración, la erudición histórica, la prosa polémica y el periodismo, la Facultades de Medicina y de Derecho tienen bien ganado renombre.¹⁵⁷

En efecto, para mediados del siglo XX la cultura nuevoleonesa ya tenía un camino recorrido, cuyo testimonio es la obra de personajes destacados que Reyes decide rescatar y honrar. Más adelante, en el siguiente párrafo, continúa con una lista de lo que considera “nombres evocadores”; entre otros, incluye a los ya considerados H. Dávila y R. Garza Cantú, S. Roel y D. A. Cossío, incluso reconoce a extranjeros como el colombiano R. Arenales y el dominicano M. Enríquez Ureña. Para el “regiomontano universal”, aquella tradición continuaría hasta *su* presente. En ese sentido, también hace mención al siguiente autor cuya obra elegimos: Héctor González.

Héctor González y Siglo y medio de cultura nuevoleonesa, 1946
En la línea trazada hacia principios del siglo XX por Garza Cantú, aparece este texto justo en el año de los festejos por el 350 aniversario de la fundación de Monterrey. En todo caso, no resultó un esfuerzo asilado. Varios ejemplos de obra laudatoria fueron publicados entonces con el mismo propósito: sirvan de referencia mencionar a Miguel D. Martínez Rendón y su *Homenaje a Monterrey en el CCCL aniversario de su fundación*, así como a Carlos Pérez-Maldonado y *La Ciudad Metropolitana de nuestra*

¹⁵⁷ *Idem.*

señora de Monterrey. CCCL aniversario de su fundación. 1596 Septiembre 20 1946. Asimismo, Luis Tijerina elaboró un *Canto al escudo de Nuevo León* en 1943 y un *Canto a Monterrey* en 1946, publicado ese mismo año por el Ayuntamiento de la ciudad y el Gobierno del Estado. También Raúl Rangel Frías se sumó a tales esfuerzos al preparar y presentar su *Teoría de Monterrey*. De igual forma destaca el *Álbum de aniversario de la fundación de la ciudad de Monterrey, N. L.*, cuyo director fue J. Flor Navarro y el editor fue J. A. Cruz.

El autor aludido, Héctor González (1882-1948), tuvo como otros del elenco que ahora se aborda, una actividad múltiple; fue abogado de profesión, ocupó cargos públicos (notario, juez) e incursionó en política en varias entidades (Nuevo León, Tamaulipas y Baja California). En el plano cultural, también mostró su compromiso al formar parte de diversas tareas; desde participar en la elaboración del proyecto para erigir la entonces Universidad de Nuevo León (siendo Rector de dicha institución a fines de 1933),¹⁵⁸ hasta formar parte de grupos locales intelectualmente activos (por ejemplo, la Sociedad Científica y Literaria José Eleuterio González en 1899).¹⁵⁹ En consonancia con lo anterior, también se sabe de su participación en publicaciones periódicas (*Revista Contemporánea, El Noticiero, Zig-Zag*) y, por un tiempo, hizo una contribución editorial en *El Porvenir*.¹⁶⁰ Otro dato que no es menor indica la traducción en 1920 del poema de corte sobrenatural *The raven*, publicado originalmente en 1845

¹⁵⁸ G. H. Pérez, *Historia política en Nuevo León*, 2013, p. 244. Aquí se afirma que el Consejo Nacional Estudiantil desde 1930 planteaba la necesidad de crear universidades regionales. A fines de febrero de 1933, se constituyó un Comité Organizador conformado por enviados de dependencias federales (N. Bassols y P. de Alba de la SEP) y personajes destacados a nivel local (F. A. Cárdenas, entonces gobernador de Nuevo León). Héctor González -por ese tiempo Director de la Escuela de Jurisprudencia cuya actividad institucional venía desde inicios de la segunda mitad del siglo XIX-, fue parte de dicho Comité y, al terminar ese año de 1933, fue designado segundo Rector de la naciente institución.

¹⁵⁹ En ese esfuerzo también se involucraron otros personajes que a nivel local destacarían como historiadores, como fueron los casos de Santiago Roel Melo y Nemesio García Naranjo.

¹⁶⁰ Periódico editado en Monterrey desde 1919. Fue en la década de 1920 cuando nuestro personaje colaboró en dicho medio.

cuya autoría se le debe al escritor estadounidense Edgar Allan Poe. Lo anterior nos muestra a una persona con preparación sólida (en este caso, conocedor de otro idioma lo que le permitió adentrarse en la literatura de un país con cultura distinta). Toda esta actividad la llevó a cabo en momentos en el que tanto México como Nuevo León, están en un proceso de reconstrucción (es decir, la etapa en que la Revolución de principios de siglo se institucionaliza). Se trata, como vemos, de un personaje que mantiene el perfil de aquellos que ya hemos abordado: profesionista que con su quehacer abarcó diversas actividades.

Interesado en la Historia, desde el plano historiográfico llama la atención dos de sus trabajos: una *Biografía del Fray Servando Teresa de Mier* publicada en 1910 y *Tres libros acerca del Emperador Maximiliano* de 1947. El contraste en los textos mencionados puede detectarse desde lo sutil (la edad que tiene en uno y otro momento, por ejemplo), hasta los personajes que aborda (por un lado, quien justificó intelectualmente la Independencia de México al grado de convertirse en el guía de la gesta revolucionaria; por otro, retomar en pleno siglo XX a una figura que hasta la fecha se le ubica como villano). En lo que concierne a acontecimientos históricos locales, destaca el escrito *Universidad de Nuevo León. Testimonio de fundación* publicado en 1933 y una *Historia del Colegio Civil* de 1945.

Se indicó al principio que el libro abordado guarda cierta relación con *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura en Nuevo León*, que abarca dichos rubros en la entidad durante la primera centuria de nuestro país. El texto en cuestión de 384 páginas, fue publicado por la Editorial Botas en el entonces México, D. F. Por lo que refiere a su arquitectónica, la componen dos partes: una para identificar “épocas” y otra donde ubica las “noticias bibliográficas”. Asimismo, la similitud pareciera estar también en los motivos (festejos por fechas emblemáticas que impulsaron los respectivos proyectos). Sin embargo, González aclara en la “nota preliminar” lo siguiente: “El año de 1943, a invitación del Gobierno del Estado; se formó una comisión para preparar el material que debía enviar Nuevo León a la Segunda

Feria del Libro celebrada en la ciudad de México”.¹⁶¹ Se trató de aquella actividad oficial, institucional ya mencionada en la cual participó también A. Reyes. En concreto -y en esto si continúa con el esfuerzo ya citado R. Garza Cantú en 1910-, elaborar una bibliografía (“lista de escritores y periodistas”) concernientes al referido Estado.

En un ejercicio en apariencia sencillo, nuestro personaje pronto advierte las dificultades de dicha tarea. Para elaborar ese “catálogo de escritores”, debió decidir a quiénes integrar y por qué; y, al mismo tiempo, a cuáles descartar (algo parecido a lo que nos enfrentamos en este proyecto). El abogado devenido en historiador lo resolvió con la siguiente propuesta. Primero, identificó y dividió a los escritores en cuatro grupos. Después, postuló criterios para ubicarlos: los “oriundos” de la entidad; los de “origen foráneo avecindados” en la entidad; los “oriundos de Nuevo León que han desarrollado su obra fuera del Estado”; y “los que han tratado de asuntos o personas de Nuevo León, aun cuando no puedan considerárseles como vecinos del Estado”.¹⁶² A lo largo de la obra, el autor destaca y se concentra en los tres primeros grupos.

Continúa con la identificación de cinco “épocas”: 1) la etapa colonial hasta la guerra de Independencia; 2) del fin de la guerra de Independencia hasta terminar la guerra contra el Imperio; 3) de la consolidación de la Independencia, hasta el General Bernardo Reyes (gobernador porfiriano del Estado); 4) los tiempos del General Bernardo Reyes; y 5) la época de la Revolución y tiempos posteriores. Respecto a la primera época, el autor inicia con un planteamiento que sigue vigente: “Monterrey, y quien dice Monterrey dice todo el entonces Nuevo Reyno de León, no tenía todavía a fines del siglo XVIII nada que pudiera llamarse manifestación de vida intelectual”.¹⁶³ El planteamiento hace alusión a la concentración cada vez más aguda de actividades en Monterrey; de hecho, conforme pasa el tiempo -sobre todo el siglo

¹⁶¹ H. González, *Siglo y medio de cultura nuevoleonense*, 1946, p. 15.

¹⁶² *Idem*, pp. 15 y 16.

¹⁶³ *Idem*, p. 21.

XX y lo que va del XXI-, la capital estatal sigue concentrando cada vez más rubros y actividades (población, economía, educación, etc.). Si en la etapa colonial nuestro autor considera que la citada ciudad era el reino entero, la situación actual lo ha acentuado de forma alarmante. En tal sentido, para González el inicio de actividades del Seminario Conciliar en 1793 representa el punto de partida de lo que denomina “cultura nuevoleonesa”.¹⁶⁴ Pese al indicio anterior, las actividades culturales, educativas e intelectuales se vieron obstaculizadas por décadas. Tomando en cuenta lo anterior, hubo que esperar hasta mediados del convulso siglo XIX para que se erigiera otra institución de similar impacto: el Colegio Civil de Monterrey.¹⁶⁵ Constituido por decreto en 1857 durante la hegemonía de S. Vidaurri, un par de años más tarde inició sus labores académicas (en este caso, ofreciendo a los estudiantes bachillerato, jurisprudencia y medicina). El siguiente momento que destaca es la Universidad de Nuevo León en septiembre de 1943; le entonces llama “nueva Universidad”, en alusión a que dicho esfuerzo institucional por crear una casa de estudios a nivel superior comenzó una década antes (de lo cual el autor formó parte).¹⁶⁶ Bajo estas condiciones institucionales, las instancias mencionadas fungen como una suerte de columna vertebral mediante las cuales se ha desarrollado diversidad de proyectos académicos (estudios a nivel medio superior y superior), culturales (publicaciones periódicas y proyectos editoriales) e intelectuales (personajes destacados que han abanderado generaciones) a nivel regional. En ese cúmulo de actividades señaladas, tres años más tarde tendrá lugar un evento cuyo impacto en la historiografía local se mantiene hasta la actualidad.

Primer Congreso de historiadores de México y EE. UU., 1949

Los vínculos entre historiadores de los países mencionados datan, al menos, del siglo XIX. Por ejemplo, Eric Van Young -experimentado historiador estadounidense y estudioso de los

¹⁶⁴ *Idem*, p. 25.

¹⁶⁵ *Idem*, p. 28.

¹⁶⁶ *Idem*, p. 129.

procesos históricos en México-, logra documentar el intercambio epistolar en calidad de interesados en el pasado entre Lucas Alamán y William Hickling Prescott casi al mediar la citada centuria.¹⁶⁷

Casi cien años después, se concreta un esfuerzo colectivo que reunió a algunos de los académicos más destacados de ambos lados de la frontera. Aquel Primer Congreso se llevó a cabo en Monterrey y en Saltillo del domingo 4 al viernes 9 de septiembre de 1949. Tres personajes se dieron a la tarea de organizar el evento: el historiador mexicano Silvio Zavala, el historiador estadounidense Lewis Hanke y, a nivel local, el compromiso del historiador Carlos Pérez-Maldonado resultó crucial (en este caso, a través de la Academia de Ciencias Históricas de Monterrey fundada en abril de 1947).¹⁶⁸ Otras instituciones académicas también se sumaron a dicho proyecto como la entonces Universidad de Nuevo León (lugar de la inauguración), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (recién fundado en 1943 y donde se llevaron a cabo cuatro de las cinco sesiones), el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la American Historical Association.¹⁶⁹ Asimismo, la Biblioteca Pública de la capital coahuilense, albergó la primera sesión del lunes 5 de septiembre. En consonancia con lo anterior, otras instancias locales como asociaciones civiles (Club de Sembradores de Amistad de Monterrey) y empresariales (Cervecería Cuauhtémoc), también se sumaron ofreciendo cena y almuerzo (respectivamente), a los participantes.

Pese al escepticismo de algunos de sus organizadores y participantes,¹⁷⁰ se consideró un éxito en cuanto a la calidad y variedad de los trabajos presentados. Los ejes temáticos en los que se agrupó a los especialistas y sus ponencias fueron: la enseñanza de la historia, la conservación y organización de

¹⁶⁷ E. Van Young, *A life together*, 2021, p. 661.

¹⁶⁸ “Advertencia”, 1999, p. 7.

¹⁶⁹ “Palabras de Carlos Pérez-Maldonado”, 1999, pp. 376-378.

¹⁷⁰ “Palabras de Daniel Cosío Villegas”, 1999, p. 369. El creador de instituciones como el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, además de ser participante del evento, externó al final: “fui un escéptico de la posibilidad misma de reunirlo y todavía más, de sus posibles frutos”.

fuentes históricas, las relaciones económicas entre México y EE. UU., las provincias fronterizas, la historia literaria, los desarrollos históricos comparativos, así como un anticipado esbozo de historia intelectual. Entre los ponentes destacaron Vito Alessio Robles (Universidad Nacional Autónoma de México), José Luis Martínez (El Colegio Nacional), Alfonso Reyes (El Colegio de México) y Leopoldo Zea (Universidad Nacional Autónoma de México). Incluso entre los “comentaristas” aparece José Bravo Ugarte, historiador jesuita y futuro fundador del Departamento de Historia en la Universidad Iberoamericana. Asimismo, entre los académicos estadounidenses podemos mencionar a W. H. Cartwright (Boston University), P. W. Gates (Cornell University), S. Persons (Princeton University) y L. Saunders (University of New Mexico).

En aquel momento y como se explicó, en México la Historia comenzaba su periodo de profesionalización; en contraste, en EE. UU. dicha profesionalización databa desde las últimas décadas del siglo XIX.¹⁷¹ Por otro lado, la trascendencia de ese Primer Congreso supuso un punto de partida para la organización sistemática de posteriores actividades (la siguiente se organizó en Austin, Texas en 1958). Otro hito relevante en este esfuerzo ha sido la incorporación de historiadores canadienses a partir de 1994 (en un ambiente en donde los tres países ya estaban involucrados en el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica).

De aquel elenco que entonces se dispuso a debatir sobre la Historia, retomamos la disertación de Alfonso Reyes (1889-1959). La obra que como escritor elaboró el citado personaje abarca la poesía, el ensayo, la narración, así como la crítica y la teoría literaria. Contemporáneo a J. Vasconcelos y A. Caso, su compromiso político e intelectual le hizo copartícipe de aquellas generaciones que se sumaron a la proyección del régimen emanado de la Revolución mexicana.

El trabajo al que se hace alusión lo tituló “Mi idea de la historia” y como escritor señala “el valor estético” que considera debe acompañar al oficio. Oriundo de un lugar que para entonces

¹⁷¹ P. Novick, *Ese noble sueño*, 1997, pp. 64 y ss.

ya descollaba como foco de la industria pesada y su desarrollo industrial, alertaba sobre cómo ello “ha inficionado la mente de los escritores”;¹⁷² con la anterior referencia -en la que incluía a los historiadores-, hacía alusión al peso que se comenzaba a dar al dato y, en general, al valor de la “producción” en las condiciones del ámbito académico en ciernes (artículos, libros, ponencias). Para este personaje -por tanto-, la *función social* del historiador no era un asunto medible en cuanto a cantidad, sino de calidad, forma y fondo.

Más adelante en este ensayo, su autor toca puntos que tiene que ver con lo metodológico. Uno de ellos tiene que ver con un aspecto ya tratado por los historiadores anteriores: los datos, por sí solos, dicen nada. Al respecto, su planteamiento indica: “Ni piedras ni documentos hablan por sí: el historiador es el ventrílocuo -o si os parece más noble- el mago que los hace hablar.”¹⁷³ Al igual que Iglesia y O’Gorman, Reyes entendía que es el historiador con su arsenal metodológico y capacidad interpretativa quien “traduce” al presente los hechos del pasado. En tal mecanismo, este literato indica tres momentos que compondrían la faena: “Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que encierran el “triángulo de las fuerzas”, y ninguno debe faltar”.¹⁷⁴ Los primeros dos (“dato” e “interpretación”) podría decirse que se mantienen hasta la fecha ponderados entre los historiadores profesionales; el último (“buena forma artística”), sospecho que desde hace tiempo no se encuentra en el radar de quienes ejercen el oficio. Baste señalar el siguiente contraste: mientras el alcance de los resultados de investigación (libros, compilaciones, revistas) por parte de académicos se limita a su propio ámbito (de por sí restringido a otros colegas y estudiantes), quienes como escritores se dedican a publicar trabajos de Historia (el caso de F. Martín Moreno tal vez sea el más elocuente, aunque hay quienes también ubicarían en el mismo sitio a E. Krauze), suelen tener un mayor impacto en un

¹⁷² A. Reyes, “Mi idea de historia”, p. 134.

¹⁷³ *Idem*, p. 135.

¹⁷⁴ *Idem*, pp. 136 y 137.

potencial lector. En tal sentido, quizá la diferencia estribé en lo que indicaba Reyes hace casi siete décadas: además de preocuparse por darle sustento a su trabajo (datos, información y su respecto manejo metodológico y conceptual), el historiador profesional debería retomar aquella tradición de siglos que sugeriría escribir no tanto siguiendo las cimas de la estética, sino en una forma accesible al público.

Nemesio García Naranjo y Una industria en marcha, 1955

La selección que ahora se aborda es identificada en la historiografía regional como “crónica”, cuyo propósito “es presentar de forma clara, cómo nace y se desarrolla una industria, hasta convertirse en un gigantesco emporio, que traspasa los límites geográficos de la entidad y del país”.¹⁷⁵ En efecto, al mediar la centuria la capital nuevoleonense destaca como polo de un descolante proceso de industrialización sin precedentes en México y en América Latina.

El autor, Nemesio García Naranjo (1883-1962), tuvo una variada actividad en diversos campos; abogado de profesión, ejerció el periodismo, fue literato, ocupó cargos públicos y también se interesó por la historia.¹⁷⁶ Desde un punto de vista generacional, podría ubicarse a la par de personajes como J. Vasconcelos y A. Reyes. Nacido en Lampazos, municipio ubicado al norte de la mencionada entidad, pronto tiene la oportunidad de desplazarse a Monterrey para estudiar en el Colegio Civil. En un trabajo publicado recientemente, se afirma que en dicha institución tuvo como profesor al ya referido Rafael Garza Cantú.¹⁷⁷ A inicios del siglo XX, se trasladó a la Ciudad de México para estudiar Derecho en la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia.

¹⁷⁵ R. Reyes, “Presentación”, 1990.

¹⁷⁶ Sus prolíficas Memorias -diez tomos impresos entre 1956 y 1963-, dan una idea de los géneros que como escritor cultivó: *Panoramas de la infancia, vistos desde la vejez; Recuerdos del Colegio Civil; La vieja Escuela de Jurisprudencia; Dos bohemios en París; El crepúsculo Porfirista; Elevación y caída de Madero; Mis andanzas con el General Huerta; Nueve años de destierro; Mi segundo destierro; y La repatriación definitiva.*

¹⁷⁷ V. Barreda Enderle, *Los desahogos del desterrado*, 2021, p. 18.

Pero si existe una situación que, hasta la fecha, tiene una carga negativa sobre el personaje, es su colaboración con Victoriano Huerta (uno de los villanos predilectos de la historia patria); en este caso, se desempeñó como Ministro de Instrucción Pública. En realidad, el mismo abogado pone fecha al momento que su destino tomó rumbo definitivo: 1909.¹⁷⁸ Como se sabe, fueron tiempos convulsos para nuestro país y de cara a la sucesión presidencial, García Naranjo decidió no apoyar a Bernardo Reyes en sus aspiraciones. Él mismo reconocerá, en un ejercicio de remembranza, que desde el siglo anterior se desencadenaron conflictos entre los Reyes (emisarios del porfiriato en el Estado) y su familia (disidentes de lo que calificaban como “despotismo regional”).¹⁷⁹ Después de ello y mientras se constituía un nuevo régimen, las consecuencias desembocaron en dos situaciones muy puntuales: un destierro que se prolongó por casi dos décadas y cargar con el *sambenito* de traidor. ¿Nos encontramos ante un escritor segundón y maldito?

Para 1955, nuestro autor se encuentra en su vejez y Monterrey experimenta su “primavera industrial”. *Una industria en marcha* se publicó en el entonces México, D. F., con una introducción, conclusiones y siete capítulos distribuidos en 92 páginas. En 1990, el Archivo General del Estado de Nuevo León en su Colección Cuadernos del Archivo no.45, reprodujo un facsimilar con una Presentación de Rosario Reyes que utilizamos ahora. Llama la atención que en este facsimilar se integre como colofón un *Credo*; se trata de un breve texto -una cuartilla-, también autoría de García Naranjo, que en las escuelas públicas del Estado se distribuyó bajo el título “El credo de Nuevo León”. En él, se exalta el sentido de pertenencia a la entidad a partir de los logros (particularmente económicos) de la aristocracia local. Lo anterior cobra sentido, si se toma en cuenta que el librito en cuestión es una alabanza a la ciudad.

Respecto a la obrita citada, sus argumentos los centra en una empresa: Cervecería Cuauhtémoc (hoy Heineken México):

¹⁷⁸ *Idem*, p. 77.

¹⁷⁹ *Idem*.

“Al comenzar a escribir esta crónica considero un deber afirmar que siendo nuevoleonés no pude permanecer ajeno al acontecimiento singular Sexagésimo-quinto aniversario de la Cervecería Cuauhtémoc, porque es motivo de orgullo que una industria ejemplar llegue a los sesenta y cinco años de vida en nuestra patria”.¹⁸⁰ Fundada en 1890, se trata de la más antigua de las industrias que aún están activas en la ciudad (a manera de contraste, valga recordar otra industria pionera de la localidad como fue Fundidora Monterrey, vigente desde 1903 hasta su cierre en 1986). Así, el abogado de profesión realiza una loa a quienes identifica como “capitanes” de la gran empresa regiomontana (los Calderón, los Garza, los Muguerza, los Sada). Después vendrá la industria siderúrgica (ya mencionada), la del vidrio, la del cartón, la de refrescos, incluso promover proyectos educativos (Tecnológico de Monterrey), pero en el principio -por decirlo así-, fue la cerveza.

Fruto en parte de la política porfirista, pronto se vio afectada por la Revolución del nuevo siglo. El vendaval desatado puso a prueba dicho esfuerzo de la élite regiomontana y señala que hasta abril de 1914 se dejaron sentir las complicaciones para la empresa.¹⁸¹ En ese momento, un grupo revolucionario incautó la fábrica y provocó pérdidas considerables; dicha intervención se prolongaría hasta noviembre. De hecho, un año antes la capital del Nuevo León ya había padecido los primeros embates de facciones constitucionalistas (P. González, J. Carranza y A. I. Villarreal).¹⁸² Para el oriundo de Lampazos, se trató de una “resurrección”, una muestra de que los bríos de aquellos empresarios eran “a prueba de bombas”. Muestra de ello fue la ramificación (que califica de “leyenda”) de la cervecería, en las siguientes décadas, en distintos puntos del territorio nacional.¹⁸³

Resulta por demás llamativo la forma en que el autor cierra sus argumentos en el librito en cuestión: por un lado, identifica una

¹⁸⁰ N. García Naranjo, *Una industria en marcha*, 1990, p. 5.

¹⁸¹ *Idem*, p. 48.

¹⁸² I. Vizcaya, *Monterrey bajo sitio*, 1988, p. 19.

¹⁸³ N. García Naranjo, *Op. Cit.*, p. 58.

industria “comprensiva y humanitaria”; por otro, los esfuerzos en pro de la cultura por parte de dicha élite. García Naranjo comienza así: “En los capítulos anteriores he hablado de la potencialidad económica y manufacturera que supo desarrollar la Cervecería Cuauhtémoc; y aunque la multiplicación creadora de la riqueza merezca, por sí sola, el más cálido de los elogios, de muy poco habría servido si el progreso industrial se hubiera logrado con las lágrimas de los trabajadores”.¹⁸⁴ Bajo tales postulados, es conocida la política que estos patrones mantiene hasta la fecha respecto al trato brindado a sus empleados. La premisa, de hecho, proviene del cristianismo primitivo: aquel que tiene más, debe asumir más responsabilidades con quienes no tienen. En concreto, este historiador señala ejemplos como los salarios a los trabajadores (incluidos extranjeros traídos por la empresa en sus inicios), los servicios médicos (incluso antes de la fundación del Instituto Mexicano del Seguro Social en 1943), la Sociedad Cooperativa (mediante la cual se cubrían ahorros para retiros y otros aspectos relativos a la prevención), el Departamento de Bienestar (orientado a ayudar a que los trabajadores tuvieran casa propia), así como la Sociedad Cuauhtémoc y Famosa (que se avoca tanto a ofrecer capacitación como al esparcimiento de empleados y sus familias).

Israel Cavazos y El Colegio Civil de Nuevo León, 1957

Si hay un personaje en la historiografía de Nuevo León cuyo quehacer impactó de manera definitiva no sólo a la historia, sino a varias vetas de la cultura estatal, es Israel Cavazos (1923-2016). Con una vida dilatada que estuvo a punto de llegar al centenario, este historiador fue estudiante de las primeras generaciones de El Colegio de México [entre 1948 y 1950]. A partir de entonces, participó en numerosas labores y ocupó diversos cargos, varios de ellos relativos a la organización de archivos (municipales, general del Estado, del Congreso del Estado) y acervos (Biblioteca Universitaria Alfonso Reyes, Biblioteca Pública del Estado), así como en la docencia (Departamento de Historia en la -entonces-

¹⁸⁴ *Idem*, p. 69.

Universidad de Nuevo León, profesor pionero en el Programa de Historia en la ya UANL). Asimismo, fue cronista de Monterrey desde agosto de 1992 (tras el deceso de J. P. Saldaña, quien ocupaba el cargo), hasta su muerte.¹⁸⁵

César Morado identifica cuatro áreas donde el historiador se desempeñó durante su prolongada trayectoria: biógrafo, cronista, bibliófilo y archivista.¹⁸⁶ Es en el primer rubro donde destaca parte de su obra, en la cual se enfoca tanto en los individuos más ilustres del Estado [*José María Parás*, 1951; *Juan Bautista Chapa: cronista anónimo del Nuevo Reino de León*, 1953; *Serafín Peña. Semblanza del maestro*, 1976], como en héroes nacionales [*Mariano Escobedo, el glorioso soldado de la República*, 1949].

Del múltiple corpus elaborado por el personaje, decidimos centrarnos en el texto *El Colegio Civil de Nuevo León: contribución para su historia*. Publicado en 1957, fue parte de los homenajes en torno al centenario de la institución. Su arquitectónica la presenta en 160 páginas, 14 apartados, un apéndice e ilustraciones. Además, el trabajo se basa en fuentes primarias (incluso integra fotografías y planos que proyectaron su construcción en diversas épocas). Medio siglo después -con la celebración del sesquicentenario de 2007 que supuso una nueva etapa para el recinto al convertirse en el Colegio Civil Centro Cultural Universitario-, el libro vuelve a publicarse gracias al esfuerzo e interés del Gobierno del Estado de Tlaxcala, el Fideicomiso Colegio de Historia de Tlaxcala y la UANL.

Por otra parte, el libro delinea la función que en rubros como el educativo y lo cultural tuvo dicho proyecto en el periodo abordado. Aquí Cavazos -quizá sin proponérselo-, realiza una breve, pero puntual genealogía tanto de la historia de la institución como del estudio del pasado local y estatal. Empieza -como se hace en el presente trabajo-, con la referencia al doctor González (a quien identifica como “alma de este instituto”) y lo liga con

¹⁸⁵ El Norte, “Israel Cavazos: una década de cronicar historia regiomontana”, agosto 27 de 2002.

¹⁸⁶ C. Morado, “Israel Cavazos Garza: descubridor del mar del norte”, 1998, pp. 82-90.

Hermenegildo Dávila (ubicándolo como “alumno fundador”). En el siglo XX, menciona a Rafael Garza Cantú (“profesor de literatura, lógica y otras materias del Colegio”), así como a H. Flores, R. Rangel Frías y H. González (todos egresados del Colegio y autores de sendas historias sobre el mismo).¹⁸⁷ En el siglo recorrido, todos los personajes referidos en sus respectivas épocas dejaron testimonio escrito sobre la relevancia educativa y cultural de la institución, así como de la historia de la entidad. Más relevante aun para los propósitos de este trabajo, cada uno de esos hombres públicos activos intelectual y políticamente, construyeron con su obra -generación tras generación-, una tradición historiográfica que ahora tomamos como objeto de estudio.

Lo anterior nos da una idea de lo que ha representado una institución como El Colegio Civil de Monterrey -actualmente parte de la UANL-, para la educación media y superior perfilándose hacia su segunda centuria. Este esfuerzo local iniciado al mediar el siglo XIX, es apenas una muestra de un sinnúmero de esfuerzos que, por entonces, grupos y asociaciones conformados por individuos letrados, llevaron a cabo. Si se toman en cuenta referentes de la historia nacional, ubicaríamos dicho esfuerzo institucional como parte del *nacionalismo* de la cultura mexicana proyectado entre 1836 (Academia de Letrán) y 1867 (Restauración Republicana). Como se sabe, muchos de aquellos afanes que llegaron a materializarse duraron poco tiempo -tan poco que ni siquiera existe registro-; en tal sentido, mayor el mérito para quienes se involucraron en ello al fundarlo y para quienes con posterioridad lo han mantenido vigente. Vinculando el argumento anterior con nuestro objeto de estudio, resulta inevitable destacar la presencia de varios de los historiadores que forman parte de esta saga (desde “Gonzalitos” como fundador hasta egresados de diversas épocas) como pilares de aquel organismo educativo. Podría concluirse -quizá de forma algo anticipada-, que la producción historiográfica nuevoleonense se encuentra ligada a las labores de

¹⁸⁷ I. Cavazos, *El Colegio Civil de Nuevo León: contribución para su historia*, 2007, pp. 17 y 18.

dicho recinto educativo. Por último, llama la atención el hecho de que este establecimiento se haya ubicado en la capital del Estado; lo menciono como una muestra más del paulatino centralismo que, en este caso desde inicios de la segunda mitad del siglo XIX, se va perfilando e imponiendo en la entidad.

Raúl Rangel Frías y la definición de una identidad estatal

Si, como hemos visto, uno de los impulsos de la historiografía local y estatal ha sido dotar a la región de identidad, sin duda este autor vuelve a posicionar el tema.

Raúl Rangel Frías (1913-1993) es uno de los personajes con más renombre entre la élite reconocida de la cultura regiomontana durante varias décadas del siglo XX. En su formación, se sabe que cursó bachillerato en el mencionado Colegio Civil de Monterrey y después se traslada a la Ciudad de México para estudiar Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México. Asimismo, por esos años éste personaje estuvo comprometido en actividades culturales (fundó el Circulo de Estudios “Alfonso Reyes” y participó en la edición de diversas publicaciones).¹⁸⁸ Podría considerarse que su etapa profesional la inicia en 1943, al incorporarse a la entonces Universidad de Nuevo León al frente del Departamento de Acción Social Universitaria. Pero su mayor logro lo hará como Rector de esa Casa de Estudios [de 1949 a 1955], al inaugurar la Facultad de Filosofía y Letras en 1950. Décadas más tarde, en esta misma Facultad se fundará el Colegio de Historia. Casi de inmediato, toma otro tipo de responsabilidad: en este caso, política como Gobernador del Estado de Nuevo León [de 1955 a 1961].¹⁸⁹

Se le suele ubicar como parte de la Generación del 29 y su obra es vasta (autor de libros, colaborador en volúmenes, revistas, compilaciones) y variada (escribió ensayo, historia, narración, oratoria). El trabajo en cuestión lo ubica como historiador, y llama la atención desde el título: *Teorema de Nuevo León*,¹⁹⁰ es decir,

¹⁸⁸ S. Flores Longoria, “Semblanza del autor”, 1994, pp. 33-35.

¹⁸⁹ *Idem*, pp. 37-40.

¹⁹⁰ Se publicará por primera vez en 1971 en el libro *Cosas nuestras*. En 1988, se

apela a un concepto matemático para plantear una proposición (argumentos) y demostrarla (en este caso, una identidad regional a partir de la recuperación de ciertos elementos de su pasado). No nos extrañemos, las humanidades (incluida la Historia) cada vez apelan más al lenguaje matemático para dotar de coherencia a sus planteamientos.

En lo que refiere al texto, después del título se expone un detalle revelador: “Examen de una cuestión histórica en el Circulo de Estudios Alfonso Reyes, Monterrey, 1964”.¹⁹¹ A unos años de culminar su mandato en el Ejecutivo estatal, el autor expone ante sus pares (interesados en la cultura local) en un espacio (*lugar*) que él mismo contribuyó a fundar en 1930, una reflexión que pudiera considerarse desde el plano historiográfico ambiciosa. Ya se hizo alusión al lenguaje matemático presente desde el título, pero además en esta obrita se pretende abordar algunos hechos históricos, sociales y económicos, esbozando (supuestos) aspectos espirituales (“espíritu de progreso”) y psicológicos (“formula de una actitud mental”).

Según Rangel, ese “espíritu de progreso” y “formula de actitud mental” habrían hecho posible el desarrollo que a partir del Porfiriato experimentó la localidad (en concreto, de la industria que comenzó a despuntar en la última etapa del siglo XIX). El norte de México, entre cuyas características se encuentran un territorio extenso, escasa población y “falta de complejos culturales”, habría materializado ese despegue de la industria en la capital nuevoleonesa. Incluso, compara ese proceso con el ocurrido por la misma época en el oeste de Estados Unidos.¹⁹² Resulta llamativo que, al hablar de las condiciones del norte del territorio nacional, mencione el “predominio anglosajón” como otro factor que incidió en el proceso.

publicó de forma individual en el número 28 de la colección Cuadernos del Archivo [AGENL]. Un año más tarde, aparecerá como parte de una *Antología histórica*. Para el presente trabajo, tomamos la publicada en la compilación Raúl Rangel Frías. *Escritos* de 1994.

¹⁹¹ R. Rangel Frías, “Teorema de Nuevo León”, 1994, p. 219.

¹⁹² *Idem*, pp. 219 y 220.

Otro aspecto que destaca para hacer posible tal cambio es el liberalismo. Como se sabe, dicha postura de pensamiento político atravesó todo el siglo XIX en nuestro país, agrupando segmentos que iban desde posiciones moderadas hasta las más radicales. Para este abogado devenido historiador, en la entidad esa tendencia liberal habría arraigado sin la “carga” que imponía la religión. Según Rangel, aquellos postulados decimonónicos fueron (aparentemente) adoptados con “naturalidad” por los habitantes del Estado (y del norte de México), y habrían sido factor determinante para el despegue comercial y económico de la región.¹⁹³ Pero como suele suceder con las doctrinas, a veces se cae en excesos; en tal sentido, el autor acusa a S. Vidaurri (caudillo de Nuevo León durante el periodo de la Reforma quien confrontó a B. Juárez y quien también reconoció y se adhirió al II Imperio), de “desviarse” del liberalismo y convertirse en “doctrinario”.

Así, en su recuento de algunos de los sucesos de la historia del Estado que van desde el poblamiento del vasto norte mexicano, la “realidad geográfica”, el auge del comercio y de la industria, los “fenómenos demográficos” (incluidos “indios, mulatos y mestizos”), hasta condiciones relativas a “frontera y guerra”, parece recorrerlas a partir de una suerte de esencialismo (¿“vasconcelista”, acaso?). Una especie de “ser inmutable” constituiría, para nuestro historiador, una “verdad revelada” al reflexionar sobre el pasado de la entidad. Hago alusión al maestro José Vasconcelos ya que, en efecto, para la generación a la que perteneció Rangel Frías, el oaxaqueño identificado como uno de los caudillos culturales de la Revolución mexicana sirvió de modelo e inspiración. Toda proporción guardada, el “caudillo” local emulando al “caudillo” nacional, tomó como compromiso intelectual llevar a cabo una misión civilizadora creando (y recreando) representaciones sobre la sociedad de su época para reinventarla.

Por último, llama la atención que el trabajo mencionado conviva -en términos cronológicos-, con posturas historiográficas que comenzaban a abrir y ahondar en vetas hasta entonces

¹⁹³ *Idem*, p. 221.

exploradas con poca rigurosidad (por ejemplo, la industrialización de Monterrey). Lo anterior, desde el plano de la escritura de la historia, supuso una serie de rupturas que van desde nuevos objetos de estudio hasta nuevos perfiles de quienes hacen dichas investigaciones.

Los Annales en México: Frédéric Mauro y su estudio sobre Monterrey, 1964

Los *Annales* siguen siendo la pauta como tendencia historiográfica y en México se ha iniciado una nueva etapa en lo que se refiere a los estudios del pasado: la profesionalización. La profesionalización de la historia como disciplina se inicia en nuestro país en los años de 1940. Como se explicó, instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México comenzaron entonces a desarrollar proyectos académicos destinados a producir y difundir conocimiento sobre el pasado.¹⁹⁴ Muestra de ello son las ofertas de licenciaturas y posgrados, multitud de publicaciones y la organización de eventos donde se discute lo realizado en dicho oficio. Ambas circunstancias impulsan y propician investigaciones cada vez más analíticas elaboradas por personas con formación de historiador, lo que supuso superar el autodidactismo que imperó por generaciones. Como se explicará, a nivel nacional hasta entonces es posible notar la influencia de tal propuesta cuyo epicentro es Francia (que, de hecho, ya se encontraba en una segunda etapa).

Para la década de 1960, la tendencia historiográfica de *Annales* experimentaba un nuevo cenit. Lo anterior se explica, en parte, por el auge del propio ámbito intelectual francés. Tomemos como referencia los argumentos de F. Dosse respecto a qué condiciones imperaron en Francia a partir de la liberación un año antes del término de la Segunda Guerra Mundial. Entre otras cosas, este historiador parte de la inquietud sobre el devenir para Francia y los franceses tras el conflicto, la derrota y posterior ocupación; con la

¹⁹⁴ Á. Matute, “Introducción a la edición de 1974”, 2015, pp. 19-35; G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, pp. 166-183.

liberación, el país cuna del republicanismo y de la representación ciudadana modernos, se consideró que su nación tenía (debía) hacer frente a la “prueba de la historia”.¹⁹⁵

Un país con una política colonialista que, a su vez, había sido conquistado, ¿qué rumbo debía tomar a partir de recobrar su libertad en 1944? Dicha discusión no sólo permeó en el ámbito de la clase política, pues también tuvo un impacto en las discusiones de los ámbitos intelectual y académico. La obra de autores en diversas áreas de estudio como filosofía (J. P. Sartre), sociología (P. Bourdieu), antropología (G. Dumézil) o historia (F. Braudel), supuso -así sea de forma implícita-, comprometerse con el debate sobre problemas como el papel de la República Francesa respecto a su política colonialista. Asimismo, lo anterior abrió paso en aquel país a un esplendor que derivó en una “edad de oro” de las Ciencias Humanas.¹⁹⁶

En líneas generales, los *Annales* en la “era” Braudel a partir de la segunda mitad del siglo XX, se encuentran en consonancia con aquella “edad de oro” de las Ciencias Humanas en el ámbito francés y que irradió al mundo en diversos campos de estudio. También suponen una pauta del *avant-garde*, siguen la moda del estructuralismo y toman inspiración de los movimientos identificados como “revolucionarios” (en espacial con la resistencia y lucha de pueblos y culturas sometidas por potencias impulsadas precisamente por políticas de corte colonial). El debate sobre este último punto supuso para Francia proyectar y promover una política de descolonización a partir de 1945. Bajo tales circunstancias, de nuevo esta tendencia historiográfica tendió a la vanguardia: profundizó el vínculo entre la Historia y las Ciencias Sociales (en este caso, tomando elementos de la Economía, la Demografía y la Geografía); también apuntaló un acusado carácter “estructural-funcionalista” (lo que supuso un acercamiento a la Antropología, la Sociología y la Ciencia Política); procuró ponderar relaciones de tipo “espacio-

¹⁹⁵ F. Dosse, *La saga des intellectuels français. I. À l'Épreuve de l'Histoire, 1944-1968*, 2018, p. 25 y ss.

¹⁹⁶ *Idem.*, p. 311.

geopolítica”, así como el vínculo “individuo-medioambiente” para explicar los procesos históricos.

En estas circunstancias, la tendencia historiográfica de *Annales* refrenda su presencia y toma nuevos bríos. Superada la etapa formativa iniciada en la década de 1920, al mediar la centuria se concreta un relevo generacional y la figura que toma el mando es Fernand Braudel (1902-1985). Para este personaje existió un impacto entre la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y el estudio del pasado; ser prisionero durante algunos años del conflicto le permitió, con el tiempo, afinar sus nociones de historiador sobre conceptos como “acontecimiento”. Cautivo en campos de prisioneros, Braudel recordará que, en el día a día de esa época, las noticias que llegaban eran acerca de las sorpresivas y contundentes victorias nazis en los diferentes frentes (era el tiempo en que se construyó y difundió el mito de invencibilidad de las *Wehrmacht*). Al terminar el conflicto cuyo resultado fue la derrota del nazismo, como historiador entiende que lo inmediato de poco sirve para entender los procesos históricos; en contraste, llega a la conclusión que apunta a una *gran historia*, aquella que es capaz de ubicar no sólo los detalles, sino el conjunto de situaciones complejas que dan forma a un hecho histórico.¹⁹⁷ A partir de lo anterior formularía lo que quizá sea su propuesta conceptual más conocida relativa a la *longue durée*. Complementa la “larga duración” (periodos estables que cambian lentamente), con la “corta duración” (los acontecimientos de la vida cotidiana) y el “tiempo intermedio” (coyunturas representadas por ciclos, crisis o revoluciones). Otro rasgo relevante de su propuesta es que continúa con la tendencia de tomar elementos de otras disciplinas (en este caso, la Geografía). Para mediados del siglo XX, la geografía consideraba aspectos como la interdisciplinariedad y los estudios comparativos, que incorporaba a los puntos que ya

¹⁹⁷ F. Braudel, *Las ambiciones de la historia*, 2002. En la primera página de este libro y a manera de epígrafe, se reproduce parte de una carta que habría escrito en Mayence y fechada en febrero 15 de 1941, que sintetiza sus convicciones como historiador: *Hay que ver en grande, si no ¿de qué sirve la historia?*

eran parte de su objeto de estudio (superficie, extensión, relieve, clima, recursos naturales, población). Lo anterior hizo que este historiador superara las muy arraigadas proyecciones locales, regionales o nacionales para el estudio los procesos históricos.

Toda esta elaboración conceptual, Braudel logró articularla en un estudio ambicioso sobre un espacio geográfico específico: el mar Mediterráneo. El libro *Le Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* apareció en 1949, justo en torno al relevo generacional en *Annales* que se comentó. Una de las apuestas que resultaría determinante para la nueva historiografía (y que acabaría por entronizar la figura de su autor), fue poner en el centro a la geografía (en este caso, el entorno mediterráneo). En él, este historiador hace confluír las relaciones y los vínculos culturales, políticos y económicos de los pueblos y civilizaciones en ese gran escenario durante el siglo XVI. Así, destaca la convivencia entre cristianos (Imperio español) y musulmanes (Imperio turco) y la apropiación que la especie humana hace del espacio con fenómenos biológicos (flora, fauna) y físicos (mares, montañas, ríos, climas) ya existentes.

De hecho, es en este momento en que dicha tendencia comienza a tener impacto en el ámbito académico de la historia en México (apenas a unas décadas de ser institucionalizado). Según Aguirre Rojas, varios factores incidieron en el proceso. Uno de ellos fue la fundación -en Ciudad de México en 1944-, del Institut Français d'Amérique Latine;¹⁹⁸ con dicho proyecto se retomaba, proseguía y reorganizaba la influencia de la cultura y tradición francesas en la región continental que databa desde el siglo XIX.¹⁹⁹ En el lustro posterior, el vínculo entre *Annales* y los historiadores mexicanos se estrechó aún más con el arribo a París de L. González, P. González Casanova y E. de la Torre Villar como estudiantes de Braudel.²⁰⁰

¹⁹⁸ C. Aguirre Rojas, "La presencia de la corriente de los *Annales* en México", 2003, pp. 164-167.

¹⁹⁹ E. Aillón Soria, "La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto *L'Amérique Latine*, 1860-1930", 2009, pp. 71-105.

²⁰⁰ Aguirre Rojas, *Op. Cit.*

En estas circunstancias, Frédéric Mauro (1921-2001) llegó a Monterrey en 1962. Para entonces, ya había elaborado su tesis doctoral sobre Brasil y el Atlántico en el siglo XVII bajo la dirección de Braudel en 1949. Asimismo, ya era Profesor de Historia Económica en la Faculté de Lettres y Sciences Humaines de Toulouse y estaba por fundar -en 1963 junto con P. Mérimée y J. Roche-, la publicación *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*. En dicha revista aparece en el número II de 1964 el artículo “Le développement économique de Monterrey (1890-1960)”, trabajo pionero desde el punto de vista historiográfico en las investigación sobre la industrialización de la capital nuevoleonesa.²⁰¹

Los resultados que el autor muestra en esta investigación, van desde la identificación de un entorno “regional” (*noreste* de México) de carácter “binacional” (vínculo con el Sur de Estados Unidos, al menos desde el inicio de la segunda mitad del siglo XIX), hasta el uso de una conceptualización considerada entonces vanguardista (“larga duración”). En el primer aspecto señalado, entrelaza la geografía con la historia; de tal manera que la independencia de Texas y la *nueva* frontera supusieron un vínculo inédito entre esa parte del norte mexicano y lo que será el sur de la Unión Americana. Asimismo, condiciones como el río Bravo (límite entre ambos estados nacionales desde 1848) y el entorno del Golfo de México lograron potencializar los intercambios económicos y comerciales de las regiones involucradas. Es el algodón sureño lo que Mauro logra identificar como la materia prima que capitalizó todas estas circunstancias geográficas (entorno regional-binacional), políticas (luchas intestinas tanto en México como en Estados Unidos) y económicas (colocar dicho producto en el mercado

²⁰¹ Para el presente trabajo, utilizamos la edición *Extraits des Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien. Caravelle 1964*. Al texto -que va de la página 35 a la 72-, le acompañan tres anexos (“Sources”, “Calendrier de Conjoncture” y “Tableaux Statistiques”), lo que da un total de 86 páginas. Más de medio siglo después, el ya desaparecido anuario *Humanitas* [núm. 44, ene-dic. 2017] del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL, rescató el texto y publicó una versión en español.

mundial a través del noreste mexicano a cambio de tarifas arancelarias a caudillos de esa zona).²⁰²

En cuanto a la *longue durée*, Mauro también resulta pionero en identificar como punto de partida el fin de la guerra entre los países aludidos y la consecuente redefinición de la frontera. A partir de esta nueva circunstancia en la región, nuestro historiador logra ubicar cinco etapas desde aquel momento hasta *su* presente respecto al grado de desarrollo que, para Monterrey, derivó en su industrialización:

Fluctuaciones de crecimiento de “larga duración”²⁰³

Periodo	Condiciones
1850-73	Prosperidad
1873-93	Depresión
1893-1920	Prosperidad
1920-39	Depresión
1939-62	Prosperidad

En esta “larga duración” propuesta por Mauro, en el primer periodo indica la forma en que los intercambios comerciales y económicos se aceleraron (en este caso, con las condiciones de la *nueva* frontera en el norte de México); le seguirían lustros de estancamiento (en particular, por la contracción de la economía estadounidense tras la Guerra Civil y que se prolongaría hasta finales de siglo), pero con una burguesía de raigambre local ya con recursos como consecuencia de sus actividades comerciales en la etapa anterior; el tercer momento coincide con el afianzamiento del régimen porfiriano en México (incluso con los años de la lucha armada de la Revolución) y con la fase imperialista del

²⁰² F. Mauro, “Le développement économique de Monterrey (1890-1960)”, 1964, pp. 37 y ss.

²⁰³ *Idem.*, p 45.

capitalismo en Norteamérica; ya entrado el siglo XX, la situación de la economía mundial (sobreproducción, especulación) presagiaba el fin de ciclo del imperialismo, también impactó el proceso regional en cuestión; el último momento, a su vez, coincide con las políticas del Estado mexicano al amparo de una “sustitución de importaciones”, que estimularon un nuevo proceso de industrialización en la ciudad.

En síntesis, este historiador es el primero desde el plano profesional en identificar y mostrar la correlación entre el progreso de Monterrey (desde un entorno periférico) a partir de su vínculo con un polo desarrollado (economía del sur de Estados Unidos). Valga agregar en la línea argumentativa ya trazada, que este discípulo de Braudel comparaba el caso de Monterrey con el despunté de Barcelona en España.²⁰⁴

La preocupación de este historiador por el fenómeno en cuestión puede explicarse a partir de dos planos. Por un lado, la tendencia (más política que académica) que entonces imperaba en Francia en cuanto a la inquietud hacia los pueblos y países dominados por las potencias (el proceso de descolonización de medidos de siglo llevado a cabo por esa potencia europea en sus dominios tanto en África como en Asia es muestra de ello). Lo anterior incidió en que cierto sector académico prestara atención a los acontecimientos que sucedían en aquellas zonas y regiones periféricas. Por otro, el “exotismo” -si se me permite la expresión- que para aquellos estudiosos de la época representaba un brote de desarrollo industrial en el “tercer mundo”.²⁰⁵

Incluso, la atracción por estudiar el caso de Monterrey también se hizo presente en trabajos de otras áreas de estudio.²⁰⁶ Uno de

²⁰⁴ F. Mauro, “A propos d’une Barcelone mexicaine: Monterrey et son histoire”, 1967, pp. 395-403.

²⁰⁵ Monterrey en el noreste de México no sería en único caso en América Latina. São Paulo en Brasil o Antioquía en Colombia son otros ejemplos de entornos periféricos que lograron cierto grado de industrialización. En las décadas posteriores, los estudios comparativos entre regiones con cierto grado de desarrollo en entornos periférico (no sólo en América Latina, también en la Europa meridional) se abrieron camino como nuevas vetas para académicos en ambos lados del Atlántico.

²⁰⁶ J. Puente Leyva, *Distribución del ingreso en un área urbana: el caso de Monterrey*, 1969.

ellos se encargó de explorar, en ese fenómeno de prosperidad local, no solo el desenvolvimiento de las élites económicas (diversos sectores productivos), sino qué tipo de distribución se experimentó con el resto de las clase sociales (transferencia de mano de obra según las necesidades de los procesos productivos). En una línea argumentativa próxima a la elaborada por González Casanova, se concluiría que el relativo desarrollo y aparente prosperidad de las actividades industriales fue acompañado de una desigualdad entre las distintas clases sociales que se agudizó en esa década.

Por lo demás, como todo ciclo la “prosperidad” industrial que experimentó desde tiempos del Porfiriato la capital nuevoleonesa, llegó a su fin. Así, el agotamiento de las condiciones para seguir en el sector secundario comenzará a notarse un par de décadas después de que el profesor francés empezó su estudio; para principios de los años ochenta México -y particularmente Monterrey con sus emporios industriales-, experimentó un severo revés. De tal manera que la vuelta de las crisis económicas, las políticas públicas inadecuadas y la aparición de nuevas necesidades, obligaron a la ciudad a virar hacia el sector terciario (servicios) para adaptarse.

*José Pedro Saldaña y sus Apuntes históricos sobre la
industrialización de Monterrey, 1965*

Esfuerzos como el que se acaba de presentar son elaborados por otros autores en la capital del Estado, siendo uno de ellos el de Saldaña.

Podría afirmarse que J. P. Saldaña (1891-1992) fue el último de los historiadores locales de la “vieja guardia”. Su dilatada trayectoria lo llevó por múltiples senderos; de ellos, destacan su labor política y cultural. A partir de esta última -además de ejercer el periodismo-, logró desarrollar una vena de escritor (de la cual se desprende su obra historiográfica).

Es a partir de los años de 1940 que nuestro autor emerge como referente a nivel local. Por un lado, de su obra podemos mencionar *Estampas antiguas de Monterrey* [1942], *Historia y tradiciones de*

Monterrey [1943], *Episodios contemporáneos* [1955], *Episodios de ayer* [1959], *Grandeza de Monterrey* [1969] o los cuatro volúmenes de sus *Crónicas históricas* [1972-86]. Al respecto, un rasgo presente en su obra es el carácter laudatorio para referirse a su terruño. Por otro, sus vínculos institucionales (tanto públicos en el gobierno local como en organizaciones privadas influyentes), le permitieron colaborar e incidir en proyectos trascendentales en su momento. Así, Saldaña fue parte de los Comités (Secretario Técnico y Presidente de la Comisión de Hacienda, respectivamente), designados para organizar los festejos por el aniversario 350 de la fundación de Monterrey en septiembre de 1946. Otro ejemplo es su actividad en ámbitos oficialistas, es su labor como cronista de la capital nuevoleonense desde 1967 hasta su muerte. Es tal su impacto y reconocimiento que la Asociación Estatal de Cronistas fundada en 1987, lleva su nombre.

De igual forma y con estudios en el área de comercio, este personaje también estuvo ligado a la élite empresarial local. Es desde este vínculo que, a través del Centro Patronal de Nuevo León fundado en 1929 para representar y proteger los intereses de los empresarios, Saldaña publicará el libro mencionado. La justificación de tal proyecto encaja en las preocupaciones del presente trabajo: se trata de mostrar que, en un país como México, desde las regiones (“provincia”) también se realizan actividades que se considera necesario reconocer y difundir.

Con frecuencia se nos formulan preguntas relacionadas con la vida Industrial de Monterrey, que no siempre podemos contestar de inmediato, y como nos interesa satisfacer en lo posible tales inquisiciones, resolvimos editar este folleto.

No se trata de una obra completa sino de apuntes históricos de lo que consideramos, y aun así habrá lagunas, errores y deficiencias. Que se nos dispense de todo ello en mérito de nuestras intenciones.

De lo que aparece en estas páginas se descubre a una Ciudad en marcha que, al unir su esfuerzo al vigoroso impulso de la

provincia, pretende acabar con la desilusionante leyenda:
“Después de la Ciudad de México todo es Cuautitlán”.

Que este pronóstico no quede en calidad de buenas
intenciones, para prestigio y honor de los mexicanos.²⁰⁷

Se trata de un folleto de 96 páginas que contiene información sobre diversos rubros de actividades en la ciudad; desde datos oficiales acerca de bolsa de valores, créditos, seguros y finanzas, hasta condiciones sobre la educación pública y la educación superior (la entonces Universidad de Nuevo León, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey). También contempla aspectos de indicadores correspondientes al gobierno federal (impuestos federales, seguro social). Todo lo anterior lo expone para presentar una imagen “moderna” de la ciudad (más allá de la Ciudad de México). Pero en los aspectos donde más énfasis pone el autor es en el acceso a servicios (teléfonos, gas, agua potable, electricidad, vehículos, aparatos para el hogar), para mostrar que -en efecto-, en aquellos años sesenta Monterrey era un lugar desarrollado. Sin embargo -y como lo exhibirán otras investigaciones-, ese despegue industrial no beneficiaría a todos, dejando a segmentos de la población en la pobreza.

Para continuar con el hilo que conduce el presente trabajo -el cual supone, entre otras cosas, identificar la tradición historiográfica en la entidad-, cabe mencionar que el folleto mencionado guarda semejanza con -y, de hecho, emula a-, la estadística elaborada por el doctor González en 1873. Ambos autores en sus respectivas circunstancias, trataron de mostrar un paisaje -a partir de datos e información-, del Estado (siglo XIX) y de su capital (siglo XX).

Además del vínculo historiográfico que se acaba de señalar, durante esa década de 1960 se experimentó un *boom* -si vale el término-, de publicaciones cuyo objeto de estudio era abordar, explicar y analizar el inusitado desarrollo de un lugar (Monterrey) en un país del “tercer mundo” (México). Desde ese ángulo, sirven de ejemplo los trabajos ya mencionados de N. García Naranjo

²⁰⁷ J. P. Saldaña, *Apuntes históricos sobre la industrialización de Monterrey*, 1965, Introducción.

[1955] y F. Mauro [1964]. Incluso en ese elenco de autores aparecen desde escritores como Salvador Novo y su *Crónica regiomontana: breve historia de un gran esfuerzo* [1965], hasta un economista como Jesús Puente Leyva y la *Distribución del ingreso en un área urbana: el caso de Monterrey* [1969]. Fue tal el impacto de dicha tendencia en el ámbito académico, que por entonces estudiosos como el profesor neerlandés Menno Vellinga comienzan sus investigaciones en esa línea cuyos resultados se publicarán en la siguiente década. Otra explicación del fenómeno social aludido fue elaborada por un médico interesado en la historia, cuya filiación de izquierda le permitió (¿u obligó?) introducir en la historiografía local elementos del *marxismo* como veremos a continuación.

Marxismo e historia: la propuesta de Máximo de León

A lo largo del siglo XX, la influencia de la obra de Karl Marx (1818-1883) definió y proyectó tendencias de pensamiento. Así, a partir de 1920 es posible identificar al menos dos grandes líneas: por un lado, el “marxismo soviético” impulsado e institucionalizado por la revolución rusa de 1917 y que paulatinamente viró hacia un carácter dogmático y centralizado; por otro, el “marxismo occidental” que tendió a una apuesta renovadora, crítica y, por momentos, vanguardista. Más tarde, tras el término de la Segunda Guerra Mundial y en décadas posteriores, dicha tendencia volvió a experimentar cierto auge; circunstancias como el ascenso a potencia global de la disuelta URSS, sus “logros” en diversos campos (científico, educativo, deportivo), su vínculo con el Tercer Mundo (en particular las luchas de liberación en Asia, África y Latinoamérica), así como la radicalización política de los años sesenta, dieron nuevo impulso al debate en torno a esas ideas.²⁰⁸

Los puntos relativos a los países con algún grado de marginación y el auge por la obra respecto al *marxismo*, no sólo se dirigió a alentar luchas revolucionarias por la emancipación (Vietnam, Cuba, Argelia), también incidió en un interés por el estudio de las condiciones de subdesarrollo y dependencia de

²⁰⁸ E. Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, 2011, p. 355.

esos países. Lo anterior supuso un viraje -quizás inesperado-: la (re)aparición de intelectuales en un movimiento para entonces de carácter internacional cuyo parteaguas fue 1968. De tal manera que la disidencia política, la contracultura, estudiantes cada vez más comprometidos, incluso el aumento en la producción y circulación de obras “marxistas”, pavimentó el camino a lo que se dio a llamar *nueva izquierda*. No es sorpresivo que bajo estas circunstancias profesores, académicos, maestros y escritores, refinaron el análisis, la teorización, la crítica y la investigación sobre las situaciones políticas, sociales, económicas y culturales. No resulta extraño, entonces, que los ámbitos que terminaron beneficiándose de todo esto hayan sido las Ciencias Sociales y las Humanidades. De forma paradójica, todo este impulso y radicalismo comenzó a distanciar a esos intelectuales marxistas de sus grupos de interés (obreros, campesinos).²⁰⁹

México no resultó ajeno a la influencia de dicha tendencia por esa época. Carlos Illades, historiador y profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana en la Ciudad de México, parte de la siguiente premisa: si la Revolución rusa de 1917 fue el eje sobre el cual se detonó toda una serie de vertientes marxistas, para mediados del siglo XX sería la Revolución cubana lo que imprimiría nuevos bríos a esta corriente de origen decimonónico.²¹⁰ Con ello, se advierte una nueva generación de autores mexicanos (o que se avicindaron en el país), todos académicos ubicados en distintas áreas de estudio; y fue desde esas líneas de trabajo que incorporaron elementos marxistas. Tal como se planteó en el párrafo anterior, fue desde las universidades y las diversas líneas de investigación donde se desplegarían propuestas consideradas en su momento vanguardistas. Así, la economía (A. Aguilar Monteverde), la sociología (P. González Casanova), la geografía (Á. Bassols Batalla), la historia (E. Semo Caley, A. Gilly), ciencia política (A. Córdova) y la filosofía (A. Sánchez Vázquez), mostraron con sus publicaciones tanto rupturas como avances notables.

²⁰⁹ *Idem*, p. 366.

²¹⁰ C. Illades, *El marxismo en México*, 2018, p. 123.

Un aspecto es el que llamó la atención de estos estudiosos: la condición de los países subdesarrollados y su vínculo con aquellas economías centrales. Identificados ellos mismos como “antiimperialistas”, no sorprende que como investigadores universitarios hayan dirigido sus intereses y esfuerzos hacia propuestas como la “teoría de la dependencia”, “economías periféricas” e indagar acerca de las “causas del subdesarrollo”.²¹¹ En consonancia con el argumento anterior, entre 1966 y 1975 se constituyó la ya mencionada *nueva izquierda*; impulsada por los acontecimientos internacionales de 1968, también dirigieron sus esfuerzos a ubicar y estudiar nuevos “sujetos históricos” (por ejemplo, estratos sociales marginados). Todo ello desde el ambiente académico utilizado como escenario de crítica y combate.²¹²

¿Cómo ubicar al personaje en cuestión en este ambiente? Máximo de León Garza nació 1931 y murió en 2001. En primer lugar, se trata de un profesionista. Desde ese ambiente, nuestro personaje fue médico de profesión²¹³ y activista e historiador por convicción. Respecto a sus actividades, es posible encontrar dos instituciones desde donde realizó sus actividades: el Partido Comunista Mexicano (en carácter de militante)²¹⁴ y la entonces Universidad de Nuevo León (como profesor).²¹⁵

Desde ese ambiente, el médico e historiador realizó toda una obra sobre historia local y material de lectura para estudiantes

²¹¹ *Idem*, p. 125.

²¹² B. Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, 2000, p. 229 y ss.

²¹³ *Oigamé. Semanario Independiente de Monterrey*, p. 8, sábado 22 de agosto de 1970; R. de León Garza, “Doctor Máximo de León Garza”, 1996, xviii. Respecto a su titulación como médico y en una suerte de “derecho de réplica”, el propio autor comenta que “ocurrió exactamente el 26 de junio” (sin mencionar el año). Es posible concluir que dicho examen de titulación lo realizó en ese mismo 1970, pues en la semblanza que se cita sobre el autor, indica que “a mediados de 1969 inició los trámites para su examen profesional, los cuales fueron interrumpidos por la inestabilidad que vivía la Universidad de Nuevo León “. Agradezco a José Roberto Medirichaga el haberme facilitado el citado material hemerográfico.

²¹⁴ *Oigamé*. Aquí asevera que ingresó al PCM en 1948, pero aclara que entre 1955 y 1961 “estuve fuera del Partido”.

²¹⁵ R. de León Garza, “Doctor Máximo de León Garza”, 1996, p. xix. Aquí se afirma que, en 1973, fue Director de la Escuela Preparatoria No. 3.

de pregrado: *Monterrey, un vistazo a sus entrañas*, 1968 [1976, 1996]; *¿Grandeza de monterrey? Respuesta a d. José P. Saldaña*, 1970; *Ensayo sobre la teoría marxista de las clases*, 1973; *Teoría de la historia*, 1991; *El bipartidismo en Nuevo León: causas y perspectivas*, 1989; *Las izquierdas y las derechas en la UANL: la historia olvidada*, 2000.

El texto *Monterrey, un vistazo a sus entrañas* señala año, autor y título. La portada, dominada por el color rojo y un fondo blanco, hace remembranza a la propuesta plástica y estética del *muralismo mexicano* posrevolucionario (con toda su respectiva carga ideológica). El texto volverá a ser publicado en 1996 por la editorial Minas Viejas, en el marco de los festejos por los 400 años de la fundación de Monterrey.

En su justificación, el autor alude a un cúmulo de situaciones; así, utiliza argumentos como “responder a la necesidad política del momento” (radicalización de la militancia, su integración al Partido Comunista Mexicano en Nuevo León), hasta explicar el “desarrollo del capitalismo” y la “consolidación de la burguesía en ascenso” a nivel local. Más en específico, asegura: “he escrito este trabajo pensando en los trabajadores de Monterrey...”, así como “estudiar las consecuencias del desarrollo económico” de la ciudad. Respeto a su militancia, pretende explicar “de una manera científica y coherente la situación en que viven” los trabajadores.²¹⁶ Para cerrar, remata con una profecía -muy común entonces-: la “inevitabilidad de la revolución”.²¹⁷

A los trabajadores (obreros, mineros, trabajadores del transporte, asalariados del campo) de los emporios ubicados en la capital nuevoleonense, los identifica como clase obrera y los pondera como “producto más típico e importante de todo desarrollo capitalista”. En este orden de ideas, para el médico en su casaca de historiador dicho segmento de la sociedad nuevoleonense tiene y debe asumir -por decirlo así-, una suerte de *misión histórica*: “no hay ninguna otra clase... capaz de enfrentarse... al poderío político y económico de la gran burguesía y oligarquía”. Al propio tiempo, destaca

²¹⁶ M. de León, *Monterrey, un vistazo a sus entrañas*, 1968, pp. 1-4.

²¹⁷ *Idem*, pp. 103.

algunas condiciones de ese segmento (provenientes del campo, ausencia de legislación laboral y un nivel salarial por encima del promedio nacional). Lo anterior le permite identificar una “calidad un poco más alta del proletariado regiomontano”.²¹⁸

El otro actor en la trama -si vale la metáfora-, es la oligarquía; se trata para él de una “capa de grandes burgueses, que tiene en sus manos los renglones fundamentales y decisivos de toda la economía regional (concentración, ramificación). Por si fuera poco, acusa la presencia -prácticamente intromisión-, del capital yanqui, volviendo a “la economía regiomontana, un apéndice”.²¹⁹

Desde un punto de vista histórico, de León advierte la presencia del proletariado urbano en la región desde hace más de una centuria (mediados del siglo XIX). Entonces marxista acérrimo y militante de izquierdas, no tiene dudas respecto a los planteamientos de la doctrina que abraza: el “proletariado urbano regiomontano está listo, desde el punto de vista objetivo, para cumplir con su papel de sepulturero del capitalismo criollo.” Por “capitalismo criollo”, se refiere al que se desarrolló a nivel local con fuerza desde tiempos del Porfiriato (y se mantiene hasta la fecha). Prosigue con un augurio: el capitalismo criollo “está viviendo horas extras en la historia” y finaliza aseverando que la “burguesía carece ya de toda dignidad nacional”. Como se aprecia, la militancia del autor está presente de principio a fin en todo el texto; en ese tenor, señala y reconoce al Partido Comunista Mexicano como quien ha “forjando poco a poco el núcleo de hombres capaces de encabezar este ejército revolucionario” (él incluido). La meta es clara: hacer una “revolución democrática, popular y antiimperialista”.²²⁰

Más allá de lo incendiario de sus argumentos, el libro toma y expone datos e información de autores (F. Mauro, D. Cosío Villegas) e instituciones (Centro de Investigaciones Económicas-UANL), cuya vocación es claramente académica. Incluso toma referencias de otro historiador local con quien, al ver la luz este texto, se enfrascará en polémica (J. P. Saldaña). También incluye

²¹⁸ *Idem*, p. 27.

²¹⁹ *Idem*, p. 91.

²²⁰ *Idem*, p. 266.

en su bibliografía a N. García Naranjo. Por lo demás, no podía falta la respectiva mención a literatura “de izquierda” (J. L. Ceceña, V. I. Lenin, Programa del Partido Comunista Mexicano).

Isidro Vizcaya y la primera historia profesional

En este punto existe una conexión con otro historiador conocido a nivel local, pero cuya obra hasta la fecha se mantiene un tanto al margen. Se trata de la obra de Isidro Vizcaya Canales y en especial de *Los orígenes de la industrialización de Monterrey. Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución, 1867-1920*, publicado en primera instancia por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey en 1969.²²¹ Dicha conexión la explicita el ya mencionado F. Mauro en el inicio del texto que se acaba de abordar, al reconocer que uno de los trabajos en los que se basó es autoría del entonces profesor del ITESM, Isidro Vizcaya.²²²

Isidro Vizcaya Canales nació en Laredo, Texas un 12 de diciembre de 1917 y falleció un 19 de septiembre de 2005 en Monterrey. Este estadounidense por nacimiento (y, además, guadalupano), desde el punto de vista generacional podríamos situarlo en el plano local junto a otros historiadores que hoy se diría pertenecieron a la “vieja guardia”: J. P. Saldaña, C. Pérez-Maldonado (1896-1990), R. Rangel Frías, Eugenio del Hoyo (1914-1989) e I. Cavazos. Se trata de personajes que comenzaron a ejercer el oficio en una etapa que antecedió a la profesionalización de dicha actividad en la entidad.²²³ Esto es,

²²¹ El texto ha sido editado en tres ocasiones más: en 1971 por la Librería Tecnológico, en 2001 por el Archivo General del Estado de Nuevo León y en 2006 por el Fondo Editorial Nuevo León y el ITESM.

²²² F. Mauro, *Le développement économique de Monterrey*, (1890-1960), 1964, p. 36. El historiador francés menciona lo siguiente: *Nous avons insisté sur l'étude qualitative, une étude quantitative devant être publiée par M. Isidro Viscaya Canales, professeur de l'Institut Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey*. En la bibliografía -en específico en la página 76-, ubica la referencia de dicho autor con el título “*El desarrollo económico de Monterrey* (sous press)”. Se trata del libro *Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, publicado en su primera edición cinco años más tarde.

²²³ E. I. Espinosa, “La práctica historiográfica en Nuevo León. Una arqueología del conocimiento histórico regional, 1867-1996”, 2007, pp. 102-106. Aquí se exponen y analizan cuatro etapas de la historiografía de Nuevo León -y de la región de la cual la

hacia 1974 inicia el programa de la Licenciatura en Historia en la Universidad Autónoma de Nuevo León, momento para el cual los personajes referidos ya llevan años -algunos décadas- en la investigación. Otro rasgo es su formación en campos ajenos a la disciplina; al menos así lo indican los casos de Vizcaya y del Hoyo, cuya formación la obtuvieron en el campo de la ingeniería. Otro aspecto que distinguiría la trayectoria de los historiadores mencionados es el *ámbito* desde donde lo realizaron; es decir, ambos ingenieros interesados en la Historia se desempeñaron como profesores y/o administradores desde la iniciativa privada (en este caso, en el Tecnológico de Monterrey,²²⁴ institución educativa insignia de la burguesía regiomontana cuyo proyecto lo abanderó el propio Eugenio Garza Sada).²²⁵

Otra situación que es relevante referir es un asunto que define el perfil ideológico de nuestro historiador: en este caso, ser coparticipe de la fundación del Partido Acción Nacional en Nuevo León hacia 1939.²²⁶ Con la constitución de un nuevo régimen cuyos rasgos

entidad forma parte- en un periodo que va de 1867 (año de aparición de la primera obra del médico José Eleuterio González) a 1996 (año de los festejos por los cuatrocientos años de Monterrey y la reedición de varias obras de relevancia historiográfica en los planos local y regional): *prolegómenos* [1867-1925], *regionalismo* [1925-1942], *institucionalización* [1942-1974] y *profesionalización* [1974-1996].

²²⁴ J. Ávila, “A Isidro Vizcaya Canales (1917-2005), en memoria”, 2005, p. 33. Aquí se asevera: “A partir de este año [1952, nueve años después de fundarse la Institución] funge durante dos décadas como profesor de geografía de México, en los cursos impartidos en inglés por la escuela de verano del ITESM. Organiza excursiones en los alrededores del Estado [de Nuevo León] y al interior del país, con grupos de estudiantes y maestros norteamericanos”. El dato de hablar otro idioma (inglés) y conocer un área de estudio específica (geografía), nos presenta a un historiador completo y con una formación sólida.

²²⁵ Eugenio Garza Sada (1892-1973), fue hijo de Isaac Garza y Consuelo Sada quienes, a su vez, provenían de familias que conformaban una elite de raigambre local. Durante décadas encabezó al grupo más poderoso e influyente de empresarios regiomontanos, hasta su muerte a mediados de septiembre de aquel año.

²²⁶ Ávila, *Idem*, pp. 26 y 32. Ávila señala: “a finales de noviembre [de 1939] acude, junto con un pequeño grupo de jóvenes entusiastas, a las primeras reuniones de adoctrinamiento en el incipiente partido “Acción Nacional”. En el transcurso de estos años [1940-1950], participa muy activamente en política; recorre grandes zonas del estado de Nuevo León reclutando posibles simpatizantes para “Acción Nacional”, organiza mítines y reuniones cívicas y participa en diversas actividades de promoción de su partido”. En esta línea argumentativa, podría ubicarse Vizcaya como parte de esas *minorías excelentes* (“universitarios que poseían el conocimiento que exigía la mo-

poco a poco apuntaban a una forma de “autoritarismo indulgente”, ciertos estratos de la sociedad mexicana buscaron alternativas que hoy se tildan -muy a la ligera- de “conservadoras”. Valga el contraste con un contemporáneo suyo, el ya mencionado Cavazos quien -como se explicó-, estuvo ligado al sector público (en especial a ciertas instancias de los gobiernos estatal y local, en una época en que el Partido Revolucionario Institucional dominaba casi todo el espectro político). En otras palabras, mientras Cavazos -y, en cierto modo, también los mencionados Saldaña y Rangel Frías- permaneció en el oficialismo posrevolucionario (con la exposición que ello supuso), Vizcaya -como del Hoyo- se ubicó (con una discreción que mantuvo durante toda su vida) en un ambiente académico particular.

Si apelo a la propuesta conceptual de Enrique Krauze desglosada en “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, sería posible ubicar a nuestro historiador en la Generación de 1929; esto es, aquellos nacidos entre 1906 y 1920 que el historiador-empresario caracteriza -de manera paradójica- por su “rebeldía e institucionalidad”. A nivel nacional, fue esa “nueva generación que nació en la revolución sin contemplarla”, que se entregó al “cultivo de la ciencia” y que asumió “la institucionalidad cultural de los años cuarenta”.²²⁷ En suma, se trató de hombres públicos preparados (en la mayoría de los casos profesionistas) que con su compromiso y quehacer -aun desde la incipiente oposición que empezaba a perfilarse, como puede ser el caso de nuestro ingeniero agrónomo-, coadyuvaron a la constitución de lo que Cosío Villegas llamó el “sistema político mexicano”.

dernización del país”) que, organizados en forma casi al mediar el siglo XX, buscaron tanto defender sus intereses (tanto económicos como ideológicos) como una alternativa política (“tercera vía por la derecha”) al régimen imperante que se autoproclamaba único heredero de la Revolución. Ver: S. Loaeza, *El Partido Acción Nacional*, 1999, pp. 107 y 108.

²²⁷ E. Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, 1998, pp. 151-162. El autor remata sus argumentos de esta manera: *los revolucionario-institucionales del 29 contribuyeron como auténticos intelectuales orgánicos [] a consolidar, legitimar e incluso encarnar el sistema mexicano*. Dicha contribución también es posible contemplarla “desde fuera” de aquel sistema político posrevolucionario que se conformaba; es decir, en el caso que nos ocupa, Vizcaya contribuyó como parte activa de una oposición incipiente que el régimen toleró para legitimarse.

Dicho lo anterior, retomamos un par de entrevistas que se le realizaron a Vizcaya (en 1992 y 2002, respetivamente). En ellas se le preguntó sobre cómo se acercó al oficio y dejó algunas pistas.

En la primera de ellas realizada a principios de los años noventa, al preguntarle sobre sus producción historiográfica y lo que le impulsó a llevarlas a cabo, sin empacho y de manera lacónica afirma: “Las causas que han dado vida a mis investigaciones son “raras”; casi todos mis trabajos han sido hechos por casualidad”.²²⁸ Como se verá, en la obra de este historiador puede haber un poco de todo, excepto “casualidad”; en todo caso, lo “raro” en Don Isidro estriba en la forma en que trabajó, con independencia absoluta (un rasgo que con dificultad se percibe en este ambiente). En la siguiente entrevista realizada una década más tarde, sus argumentos para el mismo asunto son más puntuales y atiende a algo ya señalado: su formación.

No creo que sea cosa muy rara eso, porque en México algunos de los historiadores más destacados eran propiamente ingenieros, por ejemplo don Lucas Alamán había estudiado en Europa cuestiones de minaría, Orozco y Berra también era ingeniero, y Vito Alessio Robles era ingeniero militar, entonces es muy difícil saber cómo se inclina uno por la Historia; quizá tuvo algo o mucho qué ver mi padre, que aunque era una persona que había tenido una educación muy limitada, era muy lector y me hablaba de la Revolución Mexicana, conocía a casi todos los generales, no personalmente, conoció a algunos pero los otros de nombre y me platicaba algunas anécdotas de ellos, y como su padre había sido español, yo no lo conocí, ya había muerto cuando yo nací, conocía bastante de la Historia de España y de la Primera Guerra Mundial, me hablaba de todos los personajes, generales, participantes, así es que creo que eso pudo haber influido.

Algunas veces se presentan ciertas circunstancias, un tío mío que fue soldado en la Primera Guerra Mundial,

²²⁸ F. Ruiz Solís, “Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León. Apéndice. De la forma de hacer historia”, 1992, p. 157.

algunas veces cuando visitaba su casa su esposa me sacaba unos libros, eran cuatro o cinco volúmenes, con fotografías de los ejércitos que participaron y yo me entretenía viendo los monitos cuando eran niño, probablemente eso también influyó.²²⁹

Ahora que permea la noción -con peculiar arrogancia en el ámbito académico- que para investigar Historia debe contarse con un posgrado (entiéndase, tener un doctorado), el entrevistado parece haber salido del siglo XIX al contar con lo que entonces se identificaba como una “profesión liberal” (en este caso, ingeniero) y desde ahí desplegar su quehacer como historiador. No en vano trae a colación los casos de eminentísimos historiadores mexicanos de aquella centuria (L. Alamán, M. Orozco y Berra, así como V. Alessio Robles ya en el siglo XX). Bajo estos argumentos cabría ubicar al mencionado Krauze, ingeniero de profesión, con Doctorado en Historia por El Colegio de México y -además- exitoso. Un rasgo de los historiadores decimonónicos mencionados fue su vocación documentalista, su búsqueda sistemática de todo tipo de información y datos, su organización y presentación coherente para explicar algún proceso histórico; como se mostrará, dichos rasgos están presentes en la propuesta historiográfica de Vizcaya. Por otra parte, las alusiones hacia su entorno familiar -en este caso, su padre y un tío- como primer factor de acercamiento a dos acontecimientos históricos de trascendencia (uno nacional y otro mundial), quizá nos den una idea de cómo nuestro personaje comenzó a contemplar ciertos sucesos del pasado a manera de referencia para comprender el presente. Asimismo, llama la atención la dosis lúdica -desde hace tiempo tan ajena al y desdeñada por el ambiente académico- que el entrevistado agrega a su respuesta, al admitir con naturalidad que “me entretenía viendo los monitos cuando era niño”. Hoy que nuestra actividad parece no importarle a nadie -excepto a los pares, y acaso a algunos, tampoco a todos- y que, por tanto, es cuestionada en cuanto a su “función social”, a su “utilidad”, tal

²²⁹ E. Derbez, “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, 2002, p. 61.

vez sea tiempo de considerar -sino el aspecto lúdico-, al menos presentar los resultados de la forma más sencilla posible y aspirar de esa forma llegar a un público más amplio.

Ligado a lo anterior, en sendas entrevistas el historiador habla sobre el oficio y su “función social” (esto es, qué hace el historiador y para qué sirve la Historia). En cuanto a la función del historiador, lo justifica en los siguientes términos: “Tratar de expulgar (sic) los datos. Cuando usted realiza su trabajo de investigación es consciente de que puede ofrecer a la gente una interpretación personal, esa es su gran contribución como historiador”. Y agrega: “Si es una persona que no quiere sensacionalismos, trata de apegarse lo más posible a los documentos que está viendo. No tengo el prurito de hacer héroes artificiales, entonces trato de hacer Historia con seres humanos, con todas sus virtudes y defectos”.²³⁰ Nuestro personaje está convencido de que el estudio del pasado se debe hacer de manera científica, metódica y rigurosa cuya piedra angular es el dato y la información contenida en los documentos; en tal sentido, la postura y el proceder que tuvo como historiador son propios de aquellos postulados decimonónicos (al estilo “científico-idealista” de Ranke, por ejemplo) que delinear hasta la fecha la forma de estudiar el pasado. Siguiendo tales presupuestos, la noción de presentar a los sucesos en base a personas de carne y hueso, lo ubica como heredero de ese “realismo” científico articulado y afianzado a lo largo del siglo XIX; a él no le interesan los héroes (y agregaría que tampoco los villanos), sino limitarse a explicar ciertos episodios del pasado (es decir, como historiador refrenda aquella máxima rankeana: *wie es eigentlich gewesen*). Podrían rematarse estos argumentos con la respuesta que da en cuanto a su concepción de la Historia, para lo cual aseveraba: “Es realmente tratar de recrear lo más cerca posible lo que realmente pasó en otras épocas”.²³¹ Como siempre, resulta necesario matizar los comentarios. En este aspecto, Vizcaya (y el mismo Ranke en su momento) no lo plantea como una pretensión de objetividad absoluta o exactitud

²³⁰ *Idem*, p. 63.

²³¹ *Idem*, p. 62.

irrefragable (¿será posible tal cosa?); su preocupación, en todo caso, era hacer un estudio de los procesos históricos en base a una búsqueda sistemática de fuentes, continuar con su respectivo procesamiento metódico para después mostrarlo a un potencial lector con la mayor honradez.²³² En una época como la nuestra, en donde parece privar el escepticismo o un ánimo de que “todo se vale”, bien valdría la pena asumir con honestidad intelectual las responsabilidades propias (como lo planteaba O’Gorman); como historiador, Don Isidro llevó a cabo su obra bajo el entendido que esa “recreación” de “lo que realmente pasó” -que supone, entre otras cosas, construir y difundir conocimiento- es, a lo sumo, un logro parcial.

En esa línea, cabe ahondar en aspectos que podríamos llamar “técnicos” en cuanto a su proceder como historiador. Por ejemplo, la idea que tuvo del documento podría mostrarnos cómo desarrollaba los pasos para hacer sus investigaciones. Al respecto, comentaba:

Creo que los documentos son básicos, algunas veces cuando no son documentos demasiado antiguos, se puede interrogar a personas viejas que les tocó vivir en otras épocas, pero esto es muy delicado, muchas veces no recuerdan bien, confunden cosas y son pocos los viejos que pueden redactar sus recuerdos con bastante acierto. El documento es el mejor respaldo, y puede ser muy variado, no nada más lo que se encuentra en los archivos, sino pueden ser periódicos viejos, naturalmente manejados con cierto criterio. Tratar de cotejarlos con otros documentos. Muchas veces son más útiles los periódicos antiguos que publicaban la noticia tal como les parecía; en la prensa moderna hay mucho sensacionalismo.²³³

²³² En tal sentido, valga de ejemplo lo que el historiador propone en el primer libro aquí considerado y en particular a la interrogante sobre la industrialización de Monterrey: *En este trabajo se expone, con la mayor objetividad posible, algunos de los hechos más sobresalientes y que más pueden contribuir a formular una respuesta adecuada a esa pregunta. Se encuentra en: Los orígenes de la industrialización de Monterrey*, 2001, p. VII.

²³³ Derbez, “De frente...”, pp. 62 y 63.

Si partimos de la premisa que indica que el historiador se curte con y en los documentos, entonces estas líneas presentan a Isidro Vizcaya como un historiador moderno y completo, conocedor de las rigurosas técnicas y reglas necesarias para desempeñar el oficio. Incluso, toma en cuenta que la información y los datos contenidos en dichos documentos deben cotejarse (en este caso y manteniendo su escepticismo, con lo que se denomina “historia oral”). Quienes practican la Historia Oral, mencionarían que la memoria en las personas guarda y organiza de un modo peculiar (no científico, diría nuestro personaje) sus vivencias o experiencias; de ahí que para evitar posibles distorsiones (“muchas veces no recuerdan bien, confunden muchas cosas”), su proceder es de fidelidad (casi decimonónica) al documento. Así y desde el punto de vista de la teoría de la Historia, para conocer el pasado (*otredad*) desde el presente (donde se encuentra situado el historiador), se deduce la necesidad de una mediación, la cual es saldada con el documento. Podemos afirmar que, desde el plano metodológico, Vizcaya sigue los pasos desglosados por la ya referida *escuela metódica*²³⁴ en la segunda mitad del siglo XIX: acercarse a los hechos a través de un conocimiento “indirecto”.

Por último, otro indicio que llama la atención alude a su primer libro contemplado. Publicado en 1969 por el Tecnológico de Monterrey -institución en la que entonces laboraba como profesor-, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey* guarda especial significado para su autor ya que -según aseveraría más tarde-, sería su “primer trabajo más o menos serio”.²³⁵ En otro momento, también recordó:

Los orígenes de la industrialización..., que es mi segundo libro, surge cuando una institución bancaria de la localidad estaba por cumplir su 25° aniversario de fundación,

²³⁴ G. Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, 2002, pp. El autor asevera que dicha propuesta historiográfica “se incorpora formalmente en México en el siglo XX hacia los años de 1940-1970” (esto es, con la profesionalización del oficio). Isidro Vizcaya como historiador elaboró su obra en ese ambiente.

²³⁵ Derbez, “De frente...”, p. 61.

y con este motivo pretendía publicar una historia de Monterrey. Así fue como me hablaron para participar en el proyecto. Originalmente estábamos comprometidos en la investigación, Eugenio del Hoyo, Israel Cavazos y yo. En la división del trabajo correspondió a Eugenio del Hoyo la parte antigua hasta la independencia, y a mí, desde la independencia hasta la década de los sesenta del presente siglo. Contábamos con ocho meses para terminar el trabajo. Al final probablemente no les gustó, porque no fue el elogio a los grandes héroes de Monterrey, sin embargo, pagaron el trabajo y se quedaron con él. El ITESM posteriormente rescató los trabajos, y así se publicaron, seis años después, en 1969, la Historia del Nuevo Reino de León de Eugenio del Hoyo y Los orígenes de la industrialización de Monterrey... al que le quitaron los últimos 40 años, en atención a una recomendación hecha por Luis Astey en virtud de que esa parte todavía estaba un poco floja.²³⁶

Las últimas líneas llaman la atención respecto si al historiador le corresponde estudiar los sucesos del presente; en este caso, la decisión de quitar “los últimos 40 años” por considerar “que esa parte todavía estaba un poco floja”, nos remite a la categoría *sentido de perspectiva*. Desde el punto de vista historiográfico, dicho sentido permanece como herencia metódica del siglo XIX y estipula reconocer y contar con una distancia necesaria entre sujeto (historiador) y objeto de estudio (pasado); es decir, tanto el autor como los procesos que se analizan se encuentran en un contexto determinado y poseen su propia dinámica. Aunado a lo anterior, también debe tomarse en cuenta el riesgo que implica escribir historia contemporánea al no conocer el desenlace del proceso en cuestión. Si nos atenemos a los argumentos vertidos por Don Isidro, se advierte que comprendía y se adhería al principio conceptual indicado (lo que le ubica como un historiador *moderno*). Pero, al propio tiempo, el haber elaborado una versión preliminar de una historia que llegara hasta mediados del siglo

²³⁶ Ruiz, “Apuntes...”, p. 176.

XX, también nos muestra a un historiador que quiso reconocerse en su presente.²³⁷

Hasta aquí, es posible ubicar a nuestro historiador como parte de un ambiente que se constituye en los planos local y nacional, tanto en lo político (nuevo régimen emanado de la Revolución) como en lo profesional (el estudio de la Historia). Este ámbito abrió paso a instituciones -que siguen vigentes-, en las cuales se formaron las primeras generaciones de historiadores profesionales con las respectivas actividades (seminarios, publicaciones, congresos, vínculo con otras disciplinas) como rasgos de la “nueva” circunstancia. En el caso de nuestro autor, su inserción en tales condiciones consideramos fue desde los “márgenes” (y no nos referimos sólo a su ubicación en un extremo de la geografía mexicana); de tal manera que ser coparticipe de una temprana oposición política (fundador e integrante de Acción Nacional en Nuevo León) y desenvolver su faceta de historiador desde un ámbito privado (Tecnológico de Monterrey), nos permiten advertir que se mantuvo en los límites del Estado que entonces se conformaba. Si se sigue el planteamiento de Michel de Certeau, sería ésta la posición desde la cual el estudioso del pasado alcanza mayor libertad y autonomía respecto a su pensamiento y su quehacer, en la medida que se aleja de las instituciones que componen la máxima institución.²³⁸

Expuesto lo anterior, considero un tanto inútil iniciar un “debate” para ubicar a nuestro personaje como cronista o historiador. El primer adjetivo suele usarse -de manera despectiva-, sobre todo para referirse a personas que por mero interés se acercan al estudio del pasado (en particular de entornos locales). Se trataría -según esta concepción simplista y maniquea-, de “viejos leguleyos” que -en apariencia- no hablarían de otra cosa que no sea de su terruño. Bajo tales argumentos, el contraste sería obvio y la contraparte vendría a ser representada por un profesional (que estudió Historia y en muchos casos cuenta con un posgrado).

²³⁷ Como ejemplo de “historia del presente”, se sugiere: *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)* de Enrique Krauze [1997].

²³⁸ M. Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, 2002, p. 20.

Por tanto, vendría a hacer todo lo que la crónica (“provinciana”, “pueblerina”, “parroquial”) no puede hacer (esto es, estudios sólidos, sistemáticos, metódicos, “serios”, capaces de mostrar lo que “realmente pasó”). Pues bien, si tomo en cuenta -como se ha comentado-, la concepción que Vizcaya tuvo de los procesos históricos (reconocimiento de una “distancia” entre el sujeto de estudio y el objeto de estudio, que hace del pasado una *otredad*), la forma de proceder para su respectivo análisis (ante todo metódico, tal como fueron desarrollados sus postulados a lo largo del siglo XIX y que en la centuria siguiente se implantaron en México), así como el resultado (esto es, su obra que, como se mostrará, abrió vetas en las cuales más tarde historiadores profesionales profundizarán), entonces estaríamos ante un estudioso de la historia regional cuya base fue una labor rigurosa y sistemática. Todo ello le valdría su sitio con pleno derecho como historiador.

Respecto a dicho proceso histórico (industrialización de Monterrey) y en lo que concierne a la forma de trabajo (es decir, a la metodología presente en *Los orígenes...*), Vizcaya comienza con un planteamiento escéptico -rasgo que se encuentra en toda su obra- respecto a una idea muy arraigada acerca de la capital nuevoleonesa y su entorno: una ciudad que se gestó en el desierto (aparentemente con todo en contra): “De algún modo ha echado raíces la idea de que la localización de la ciudad y su medio ambiente no han favorecido a un desarrollo industrial tan extraordinario”.²³⁹ Para Vizcaya, lo anterior representa el “lugar común” que, desde su posición, considera su deber aclarar (y, si es posible, desterrar de los anales de la historia local). Lo sabemos, ese tipo de historia (llamémosle “oficialista”) tiene una función muy puntual que podría identificarse con construir y fomentar un sentido de pertenencia (sería esa su razón de ser, su justificación y, aceptémoslo, la humanidad entera la ejerce). De ahí se desprende la idea -hasta la fecha difundida-, de que la altiva Sultana del Norte es fruto de un esfuerzo extraordinario de su gente (como si las personas de las demás ciudades no se esforzaran), pues

²³⁹ Vizcaya, *Los orígenes*, p. VIII [Introducción].

(supuestamente) no cuenta con un entorno natural favorable. De tal manera, como historiador Vizcaya comienza a explicar las condiciones en las que un núcleo poblacional se asentó hacia la última parte del siglo XVI, por lo que toma en cuenta situaciones geográficas del entorno (“corrientes fluviales de poca profundidad”, “agua suficiente”) y ciertos procesos históricos que suponen los primeros rasgos para la conformación de una región (“colonización del Nuevo Santander o Tamaulipas (1747-1755)”, “erección del Obispado de Linares (1777)”). A lo anterior, agrega la apertura de puertos en el Golfo (Soto La Marina en 1781, Congregación del Refugio -hoy Matamoros- en 1820 y Tampico en 1823), expuestos como factores que delinearon de forma paulatina dicho entorno.²⁴⁰ Si bien se ha sugerido el año de 1848 como punto de partida de un proceso que supuso una nueva etapa para la citada zona (básicamente con los argumentos de M. Cerutti), nuestro autor nos muestra cómo ciertos elementos (unos propios de la naturaleza de la zona en cuestión, otros generados por las poblaciones asentadas, incluso por situaciones desatadas más allá de los límites señalados como fue el impacto de las Reformas Borbónicas) gestaron, sobre todo desde la última parte de la etapa colonial, condiciones que favorecerían el entrelazamiento y vinculación de ciudades, puertos y puntos “fronterizos” en ese extremo del territorio novohispano.

Así, su conceptualización del *noreste* como espacio regional articulado queda plasmado en su forma más concreta de la siguiente manera:

Es de destacarse la vinculación que durante muchos años existió entre Monterrey y Matamoros y la influencia que cada una de estas dos ciudades ejerció sobre el desarrollo de la otra, hasta la década de 1880. Matamoros fue el puerto de Monterrey, y éste era el punto recolector de los productos del país que salían al extranjero por Matamoros

²⁴⁰ *Idem.*, p. X [Introducción]. El autor plantea: *La apertura de estos tres puertos tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de la región noreste, y principalmente, en el de la ciudad de Monterrey.* Como se mostrará, O. Herrera retomará y profundizará este planteamiento décadas más tarde.

y también centro distribuidor de los efectos extranjeros importados por el mismo puerto. Para este último propósito, los mayoristas de Monterrey extenderán su red de distribución a los estados de Coahuila, Zacatecas, San Luis Potosí, Chihuahua, Durango, y ocasionalmente, hasta el Nuevo México.²⁴¹

A decir de nuestro historiador, los acontecimientos que poco a poco redimensionaron al mencionado espacio se fraguaron a lo largo del siglo XIX. En principio, la guerra de Independencia en Nueva España habría propiciado la llegada de personas que escapaban del conflicto y encontraron en la región -en particular Nuevo León- condiciones de relativa estabilidad (que se prolongaría hasta los primeros momentos de la etapa independiente). Al propio tiempo, la entidad prosperaba en cuanto a su producción agrícola y ganadera (tendencia que ya se manifestaba desde la última parte de la época colonial). Otro aspecto que también señala es el paulatino posicionamiento de Monterrey como punto dominante (“centro distribuidor”) de este extremo nororiental del territorio nacional. En este ambiente de intercambio comercial, Vizcaya advierte una condición crucial para el desenvolvimiento de la dinámica económica: el contrabando; en tal sentido -y reconociendo que por entonces no había encontrado indicio alguno en cuanto al inicio de tal actividad en la zona-, presenta un dato de los años del I Imperio Mexicano [abril 21, 1822].²⁴²

²⁴¹ *Idem.*, p. X [Introducción]. Es imperativo señalar que catorce años después de la primera publicación de este texto, Mario Cerutti -historiador argentino que arribó a Monterrey a mediados de los años setenta para incorporarse a la recién creada licenciatura en Historia de la UANL-, desarrollará sus investigaciones profundizando en las vetas planteadas por don Isidro. El mapa elaborado por Cerutti hacia 1983 [Imagen 2], presenta el entorno geográfico ya descrito por el ingeniero agrónomo. Dicho mapa volverá a ser utilizado por Cerutti para explicar el “sistema aduanal” y el “área de influencia” de la capital nuevoleonense sobre buena parte del “norte oriental” en la segunda mitad del siglo XIX. Ver: *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX. Gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri (1855-1864)*, 1983 y *Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional (1850-1910)*, 1992.

²⁴² *Idem.*, p. XIV [Introducción]. El autor inserta una pequeña cita que ilustra la situación, en este caso en Tamaulipas: *el contrabando en las villas del norte se hace escandaloso por su volumen, el emperador Iturbide nombra al coronel Manuel Gómez*

Otra circunstancia indicada por el historiador que avivará dicha actividad, será la tensión con los colonos texanos unos años más tarde; ante la definitiva incorporación de esa vasta entidad a la geografía estadounidense y el desenlace de la guerra entre aquel país y México, el nuevo límite binacional materializado en el río Bravo. Estabilizada la situación, de inmediato se establecieron poblaciones en torno a la frontera, que supuso una “desventaja” comercial para los habitantes del lado mexicano; por parte de México, la respuesta del Estado fue crear hacia 1858 una “zona libre” (esto es, la suspensión del pago de derechos de productos extranjeros). Así la situación, las aduanas se convirtieron en el inicio de la segunda mitad del siglo XIX en objeto de disputa entre autoridades federales y quienes detentaban el poder militar y político de la región. Don Isidro entonces logra distinguir dos situaciones más que integra a su análisis: la aparición del *caudillismo* y el impacto de un fenómeno externo.

El primero de ellos lo personifica la figura de Santiago Vidaurri quien, como otros caudillos locales y regionales de entonces, se hizo del poder entre 1855 y 1864 ante la inestabilidad de los gobiernos y debilidad de las instituciones; parte de su proyecto como gobernante supuso habilitar y controlar puertos fronterizos en poblaciones riverañas que iban desde Piedras Negras en Coahuila hasta Reynosa en Tamaulipas cuyo *nodo* era Monterrey. Vidaurri, por tanto, a través de su mando político y militar logró ejercer su dominio en buena parte de una región que ya se articulaba desde hacía tiempo. Lo segundo fue la lucha intestina en la Unión Americana; ante el bloqueo de los puertos ubicados en el arco norte del Golfo de México por parte de la flota unionista, los puntos mencionados del lado mexicano a lo largo del río Bravo se convirtieron -por esos años-, en una salida “natural” de mercancías.²⁴³

Pedraza para que contenga y haga las aduanas más productivas.

²⁴³ *Idem.*, p. XVI [Introducción]. Aquí se muestra otra referencia al respecto: *la aduana de Piedras Negras le producía a Vidaurri, únicamente por derechos del algodón, cincuenta mil pesos mensuales, habiendo recibido en el mes anterior 7 000 pacas, por las que se pagaron a razón de ocho pesos cada una. El tráfico con Texas tenía empleados más de tres mil carros en el comercio, y la circulación de dinero texano en*

¿Qué es posible encontrar en los argumentos de este historiador en cuanto a la categoría conceptual propuesta? De entrada, es posible encontrar en la propuesta historiográfica de Vizcaya se encuentran elementos de diversa índole que utiliza para explicar el proceso histórico que supone el concepto *noreste*. Lo anterior puede constatarse en el análisis y la integración de aspectos relativos a la economía (intercambios comerciales incluido el contrabando), política (caudillos y su influencia, gobiernos y sus proyectos, legislación, inestabilidad gubernamental, conflictos bélicos) y geografía (existencia de recursos naturales, identificación de ciudades y puertos, vínculos entre entidades incluidas aquellas ubicadas, a partir de 1848, más allá de las fronteras nacionales como Texas y Nuevo México). A manera de proyección a los acontecimientos mencionados, Don Isidro desglosa un par de condiciones que incidirán en la nueva etapa de la capital nuevoleonesa: el “desarrollo de las comunicaciones” (telégrafo, teléfono y, sobre todo, el ferrocarril) y una “tendencia hacia la industrialización” (ante la decadencia del comercio). Lo planteado tuvo lugar entre los años que van desde la caída del II Imperio hasta el afianzamiento de Díaz en el poder (esto es, 1867-1890).²⁴⁴ Para este historiador, es 1882 el “año memorable”, el inicio -al menos para la capital nuevoleonesa- de una “transformación verdadera”.²⁴⁵

Por último, el texto aborda la etapa que denomina “la gran industria” que enmarca en el periodo que va de 1890 a 1910. Aquí escudriña dos tipos de causas que propiciaron la puesta en marcha de la Compañía Minera, Fundidora y Afinadora de Monterrey: las externas y las internas. Las primeras refieren a la política arancelaria promovida por el gobierno de Estados

Nuevo León, desde el comienzo de la Guerra de Secesión había llegado a un efectivo de tres millones.

²⁴⁴ *Idem.*, pp. 1-41. Al respecto, el autor indica: *Durante los setentas y ochentas se va creando una conciencia de que el progreso de Monterrey sólo se puede lograr por medio de la industrialización.*

²⁴⁵ I. Vizcaya, *Monterrey 1882. Crónica de un año memorable*, 1998, p. 2. El autor toma como referencia la llegada del ferrocarril a la localidad como parte de la modernidad de la época.

Unidos; en específico, al “arancel Mckinly” aprobado por el legislativo de aquel país en mayo de 1890. A lo anterior, se agrega la “accesibilidad” de la capital del Estado por lo bien “conectada” que se encontraba con otros puntos de la región. También considera relevante la incorporación de “capital foráneo” en el proyecto entonces pionero en México -y en Latinoamérica-, así como la relativa estabilidad del régimen porfiriano. Las segundas tienen que ver con la política de los gobiernos estatales (leyes de protección a la industria, 1888-1889, su vigencia, exención de impuestos y donación de terrenos en un periodo prolongado que encabezó B. Reyes), la “existencia de fuertes capitales ociosos”, mano de obra que considera de calidad (“artesano competente”), proximidad con los Estados Unidos (lo que facilitó la adquisición de equipo, la adopción de “ideas y métodos” de producción), recursos naturales (en este caso, agua) y el “carácter de los habitantes” (“emprendedores”, “arriesgados”, en donde integra a los contingentes que arribaban a la ciudad de otras entidades del país).

Lo que encuentro atractivo de este planteamiento, es que esa burguesía que abanderó los proyectos mencionados (algunos de ellos todavía vigentes), se ha mantenido pese a turbulencias desatadas a lo largo del siglo XX; así, trastornos como la Revolución Mexicana, políticas de tipo intervencionista como el denominado “desarrollo estabilizador”, las crisis económicas cíclicas a partir de los años setenta, incluso ser blanco durante esa época de grupos subversivos como la guerrilla urbana mediante secuestro o extorsión, fueron situaciones que supieron sortear.

En la actualidad, todos estos argumentos están debidamente afianzados en una tradición historiográfica de estudios regionales que desde finales de la década de 1970 comenzaron autores reconocidos y profesionales (algunos de ellos todavía activos). Lo que desataca en este texto, es el posicionamiento pionero respecto a dicho objeto de estudio (industrialización de Monterrey), cuyas vetas serán retomadas y profundizadas por historiadores profesionales en los siguientes lustros y décadas.

Polémica de León-Saldaña

La historiografía mexicana registra al menos cuatro polémicas (dos de ellas en el siglo XIX y otras tantas en la primera mitad del XX). La primera corresponde al intercambio epistolar entre José Gómez de la Cortina y José María Lacunza iniciado a principios de 1844, quedando registro en el periódico *El siglo XIX*. El detonante fue la propuesta gubernamental de un plan de enseñanza para Historia.²⁴⁶ La segunda -ya mencionada en el primer capítulo-, fue en 1891 y tuvo como protagonistas a Guillermo Prieto y Enrique Rébsamen. En ella, el vetusto escritor romántico criticaba la metodología de enseñanza del profesor de origen suizo avecindado en México.²⁴⁷ La siguiente sucedió en 1920 e involucró a Antonio Caso y Agustín de Aragón, centrándose en el libro *Les principes fondamentaux de l'histoire* del historiador rumano Alexandru Dimitrie Xenopol publicado en 1899.²⁴⁸ Hacia 1926, Manuel Brioso y Candiani también se sumó a la discusión.²⁴⁹ La última polémica tuvo lugar en junio de 1945 (ya iniciada la profesionalización del oficio en nuestro país). En el recién instituido Colegio de México, la Sociedad Mexicana de Historia organizó una serie de sesiones en torno a la Historia bajo la nueva circunstancia. La historiografía la identifica con el título “Sobre el problema de la verdad histórica” y participaron Edmundo O’Gorman y Antonio Caso, así como los exiliados españoles Rafael Altamira, José Gaos y Ramón Iglesia.²⁵⁰

En plano local, al terminar la agitada década de los sesenta se desató una polémica entre dos historiadores locales ya mencionados: Máximo de León Garza y José Pedro Saldaña. Como se comentó, en 1968 se publica de manera independiente

²⁴⁶ “Discurso y cartas sobre varias reformas que parece deben hacerse en el método de algunos de nuestros estudios epistolares y científicos”, 1970, pp. 81-132.

²⁴⁷ “Segunda polémica acerca del estudio de la Historia Patria en las escuelas primarias, a fines del siglo XIX”, 1970, pp. 286-300.

²⁴⁸ “Ciclo entorno a Xenopol, o tercera polémica en relación con la historia”, 1970, pp. 390-423. Para 1911, en Madrid se publicó una traducción al español del texto en cuestión.

²⁴⁹ “Las nuevas orientaciones para la constitución de la historia. Exposición compendiada de la “Teoría de la Historia” de A. D. Xénopol”, 1999, pp. 171-271.

²⁵⁰ “Sobre el problema de la verdad histórica”, 2015, pp. 93-130.

y sin sello editorial el texto Monterrey: un vistazo a sus entrañas. Su autor, médico de profesión y miembro del Partido Comunista Mexicano desde 1948, presenta una versión de la historia de la capital nuevoleonesa al amparo de la “teoría marxista-leninista” y la justifica “pensando en los trabajadores de Monterrey”.²⁵¹ Se trata de un libro plagado con los términos propios del lenguaje radicalizado y su respectiva connotación de la época (“capitalismo”, “burguesía”, “imperialismo”, “clase obrera”, “oligarquía”, “capital yanqui”, etc.). Si bien en nuestros días puede parecer una propuesta visceral y recalcitrante, tiene el mérito de introducir la historia marxista sobre el estudio del pasado de la ciudad. Casi tres décadas más tarde, el historiador militante hacía remembranza de aquello:

Dentro de este boom literario pasó un tanto desapercibida la publicación del 1968... pues ni siquiera en los escasos órganos de difusión de la izquierda, mereció el menor comentario, pero a nivel local provocó a sotto voce una especial reacción que llevó a D. José Pedro Saldaña a publicar un texto llamado: Grandeza de Monterrey, en 1969, dedicado francamente a refutar los puntos de vista expuesto por mí en Monterrey un vistazo a sus entrañas.²⁵²

En efecto, fue tal la impronta de tales argumentos a nivel local que ese mismo año y a manera de respuesta, Saldaña publicó *Grandeza de Monterrey*. Queda claro que sus objetivos son muy distintos a los del médico entonces comunista, pues la obrita desde el título traza una línea argumentativa de tipo apologista (de hecho, en las primeras páginas el autor confiesa que se trata “de una obra laudatoria”).²⁵³ El contraste entre ambos autores va más allá de sus respectivos textos; Saldaña vivió un siglo y durante casi seis décadas ocupó la posición de cronista de Monterrey. A todas luces, se trató de un personaje cercano al poder local

²⁵¹ M. de León Garza, *Monterrey: un vistazo a sus entrañas*, 1968, pp. 2 y 3.

²⁵² M. de León, “A manera de explicación previa”, 1996, p. xxvi.

²⁵³ J. P. Saldaña, *Grandeza de Monterrey y Estampas antiguas de la ciudad*, 1973, p. 14. Se trata de una edición que reúne el referido texto de 1968 y otro que fue publicado por primera vez en 1942.

y estatal constituido e institucionalizado tras la Revolución. Por su parte, de León se mantuvo hasta el final en una postura contestataria y por momentos radical. Este episodio que de forma breve se destaca y que resulta atractivo desde el punto de vista historiográfico, se cerró en 1970 cuando el médico comunista publica *¿Grandeza de Monterrey?*; con tono mordaz e irónico, don Máximo respondía a supuestas alusiones de Saldaña y remata exacerbando su postura ideológica.

A manera de recapitulación y remembranza, el antiguo comunista escribió en los años noventa del siglo pasado lo siguiente:

Personalmente respeté esta posición de D. José P. Saldaña y me olvidé del asunto, hasta que en 1990, en ocasión de estarse celebrando por numerosas instituciones culturales y sociales de la localidad, los 99 años bien vividos de D. José, se me ocurrió revisar el contenido ideológico de aquella polémica, encontrando que muy a mi pesar, los hechos ocurridos internacional, nacional y localmente, daban plena razón a D. José, y noqueaban rotundamente las ideas defendidas por mí en los años sesenta y setenta.²⁵⁴

Como vemos, dicha disputa historiográfica no se centró en el estatuto científico de la disciplina, ni en la discusión de aspectos metodológicos o conceptuales. Se trató, en todo caso, del choque de antípodas que acompañó casi todo el siglo XX y que tuvo en ese tiempo su punto más álgido. Ahora bien, desde nuestro presente conocemos el resultado: la Unión Soviética se disolvió y todo indica que el liberalismo se impuso. De hecho, los antiguos adversarios (“socialistas” y “capitalistas”, “izquierdas” y “derechas”), ahora parecen reconocerse en los postulados liberales hasta el punto de asumirlos. Baste decir que dicho aspecto lo reconoció el propio de León Garza en los años noventa poco antes de su deceso. Bajo ninguna circunstancia demerito lo planteado por los historiadores mencionados, pues sus respectivas propuestas representaron -representan- la condición

²⁵⁴ M. de León, “A manera de explicación previa”, 1996, p. xxvii.

de pluralidad que ofrece la historiografía. Sobre el pasado de la urbe regiomontana se han escrito innumerables páginas y en ellas es posible identificar el ánimo, los intereses, el impulso que tuvo -que tiene- cada autor.

Tras este recorrido, es posible identificar tres grandes aspectos relevantes desde el punto de vista historiográfico. El primero es la constitución de instituciones (SNHGE, a lo que habría que incluir la actual UANL y el ITESM), cuyas actividades y tareas fueron dirigidas en sentido estricto al estudio de la Historia local y estatal. Su impacto habrá de incidir y definir el rumbo que en las décadas posteriores tomen los historiadores y las labores de su oficio. Un segundo factor fue de tipo conmemorativo; en este caso, lo relacionado con los festejos del 350 aniversario de la fundación de la capital del Estado, lo cual desató un cúmulo de reflexiones sobre la historia de Monterrey y de Nuevo León. Por último, existe una tercera situación que en el corpus considerado supone una ruptura: en estricto sentido, me refiero a la obra de ciertos autores que comienza a superar la mera presentación y exposición de datos e información sobre el pasado de la entidad y la región. Como se mostró, algunos casos analizados mostraron ser trabajos que comenzaron a sustentarse en el rigor analítico y en el uso de conceptualizaciones y metodologías entonces consideradas vanguardistas. Tan es así, que varias de esas obras aún son consideradas por los académicos en la actualidad. Destaca en lo anterior la incidencia del historiador francés F. Mauro y la obra de I. Vizcaya sobre el proceso de industrialización de Monterrey. Desde aquellos años sesenta del siglo pasado, dicho objeto de estudio comenzó a llamar la atención y dominará en la historiografía de los próximos lustros.

CAPÍTULO 4

PROFESIONALIZACIÓN, 1974-1996

La vanguardia historiográfica

EN EL PLANO ACADÉMICO, la escuela francesa de *Annales* como tendencia historiográfica continúa a la vanguardia en la década de 1970. A más de cuatro décadas de fundada, dicha corriente mantiene una pauta de innovación. Propuestas como abordar aspectos relativos a la “vida cotidiana”, la “microhistoria” y cada vez más orientada a lo multidisciplinar (etnología, psicología, antropología, sociología), serán rasgos que distinguen a ese relevo de la tercera generación. Lo anterior permite a aquellos historiadores identificar y ahondar en objetos de estudio hasta la fecha desconocidos; así, nuevas vetas como la historia de las mujeres, la historia de los niños, incluso de aspectos que pudieran considerarse privados (historia del sexo) o culturales (historia del miedo), aparecen como novedad. Bajo tales circunstancias, figuras como A. Burguière, J. Revel, J. LeGoff, P. Nora o G. Duby irrumpen con su respectiva obra.²⁵⁵ En este ambiente destacan un par de obras colectivas: los tres volúmenes de *Faire de l'histoire* [1974] y a los cinco de *Histoire de la vie privée* [1985-87]; la primera versa sobre el oficio de historiar, mientras la segunda sobre un tema hasta entonces poco estudiado. Otro aspecto relevante es la aparición de historiadoras (sí, mujeres profesionales interesadas en analizar el pasado); Ch. Kaplisch, A. Farge, M. Ozouf y M. Perrot destacan por sus investigaciones en diversos temas (Edad Media y Renacimiento, festivales en el París del siglo XVIII o la historia de las mujeres).²⁵⁶ Una última situación de relevancia, es el vínculo que algunos de estos historiadores franceses mantiene con medios de comunicación (periódicos, revistas, radio, incluso televisión).²⁵⁷ No es un asunto menor,

²⁵⁵ F. Dosse, *La historia en migajas*, 2006, pp. 159 y ss.

²⁵⁶ P. Burke, *La revolución historiográfica francesa*, p. 68. Este último punto me obliga a preguntarme sobre la ausencia de mujeres historiadoras en el presente estudio sobre Nuevo León (al menos en el periodo delimitado).

²⁵⁷ *Idem*, pp. 92 y 93.

pues llama la atención tal sinergia cuyo propósito fue alcanzar la difusión de las actividades del historiador profesional (por lo demás, con poco o nulo impacto en sus respectivas sociedades). Lo anterior me lleva a retomar la disyuntiva académica entre investigación y divulgación; llevar al historiador y sus actividades a los medios de comunicación -cuyo público es más amplio que el de los recintos académicos-, demandaría una serie de habilidades que en el ámbito académico suelen ser subestimadas. Me refiero a que generalmente se le otorga más valor a investigar (producir conocimiento), que a divulgar (socializar dicho conocimiento). En tal sentido, no puedo evitar hacer el paralelismo con México y en particular con un historiador como Enrique Krauze; como se sabe, el también egresado de El Colegio de México utiliza los medios de comunicación (en concreto, la televisión) para difundir su trabajo con éxito (lo cual es criticado, en ocasiones de forma visceral).

Otra tendencia que por esos años se desarrolla con fuerza, proviene de Alemania. Se trata de la *Geschichtliche Grundbegriffe*, la cual retoma elementos de la Historia de las Ideas, la Filosofía, así como del pensamiento político y social contemporáneo. Dicha tendencia la abanderó Reinhart Koselleck, acompañado por Otto Brunner y Werner Conze.²⁵⁸ Bajo la propuesta de una *Semantik Geschichtlicher Zeiten*, se pretende recuperar el significado de términos políticos de una época estudiada, despojándolos de cuanto el tiempo les había añadido, para reconectarlos con su contexto político y social. Como se aprecia, es una construcción conceptual cuyo objetivo es fijar e identificar procesos históricos, indagar la forma en que dichos procesos varían, cambian o mutan y poder explicar su desarrollo y evolución en un tiempo histórico específico. En nuestro país, el profesor de El Colegio de México Guillermo Zermeño en 2011 dedicó un volumen de la revista *Historia Mexicana* a este tipo de estudios, enfocado al caso nacional bajo el título: *Historia conceptual. México, 1750-1850*.

²⁵⁸ A. Gómez Ramos, "Introducción. Koselleck y la Begriffsgeschichte. Cuando el lenguaje se corta con la historia", 2004, p. 9.

El revisionismo en México

Ahora bien, si en la etapa anterior el impacto del exilio español resultó crucial para redefinir la forma de estudiar y representar el pasado, en este otro momento los estudios de historia también tuvieron la influencia de extranjeros. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en aquel periodo ya no se trataba de eruditos (“filósofos-historiadores” como los mencionados R. Altamira o R. Iglesia), quienes tenían en común ciertas cosas con el país que les recibió (compartían idioma, religión, cultura) tras abandonar España. En todo caso, se trató de personas con una preparación especializada (es decir, propiamente historiadores) provenientes de países que -si vale la expresión- eran un tanto “ajenos” a la tradición mexicana (Estados Unidos, Francia, Inglaterra, incluso Argentina), desde donde ya realizaban estudios acuciosos sobre procesos históricos acaecidos en nuestro país (en especial, la Revolución). Otra distinción es que no se trató de individuos que salían de sus lugares de origen por conflictos bélicos o persecuciones políticas, aunque en ciertos casos (A. Gilly, por ejemplo) si manifestaron abiertamente su adhesión y compromiso a causas reivindicativas consideradas de “izquierda” (guerrilla, activismo político, movimientos sociales). Asimismo, historiadores mexicanos ya como profesionales se sumaron a la entonces nueva tendencia que, en ciertos casos, supuso encausar sus trabajos a partir de enfoques hasta ese momento un tanto al margen (como puede ser el caso de la corriente historiográfica francesa). En dicha línea metodológica incluso hubo propuestas de autores que, inspirados en vivencias más bien de tipo personal, desarrollaron investigaciones que abrirían vetas para otro tipo de estudios (sirva de referencia L. González y su propuesta de “microhistoria”). Estos profesionales abanderaron y promovieron con su respectiva obra la renovación que la historiografía mexicana identifica como “revisionista”.

La propuesta a desarrollar contemplaría dos grandes aspectos: por un lado, el impacto que en México tuvieron ciertas tendencias de pensamiento (en especial, la corriente historiográfica de

Annales), las cuales -a su vez-, dieron vida a un *corpus* a partir de la obra de varias generaciones de historiadores; por otro, la proyección institucional -ya implantada en el periodo anterior y cuya esfera se encuentra en los espacios públicos administrados por el Estado-, que apunta a la burocratización del oficio y su respectivo impacto (acceso al ámbito, organización y administración de dicho ámbito, control de recursos, acceso a dichos recursos, qué se considera relevante estudiar, el problema de la publicación y difusión de la obra con la condición de ser costosa y carecer de un mercado). A grandes rasgos, estas fueron las condiciones historiográficas relevantes que imperaron en este último tramo de poco más de dos décadas.

Hasta nuestros días, el año de 1968 es contemplado a nivel global como el gran momento icónico de la segunda mitad del siglo XX. Quizá su fuerza radique en la condición abiertamente contestataria, la cual dio paso a una ruptura de signo iconoclasta.²⁵⁹ Para México, el asunto suele acotarse en el Movimiento encabezado por estudiantes focalizado en la capital del país.²⁶⁰ Dicha movilización cuestionaba -entre otras cosas-, la supuesta estabilidad de la nación mexicana debida a la Revolución; de tal manera que condiciones como el centralismo, la desigualdad, el autoritarismo y la crisis quedaban de manifiesto en un Estado que, paradójicamente, era visto en ese tiempo por la comunidad internacional como ejemplo de lo que se podía y debía hacer desde el “tercer mundo”.²⁶¹

²⁵⁹ C. Aguirre Rojas, “La presencia de la corriente francesa de los *Annales* en México”, 2003, pp. 173 y 174. El autor plantea respecto a 1968: *fue una verdadera y profunda “revolución cultural de larga duración”, que puso fin a los mecanismos de la reproducción cultural que habían sido vigentes en el mundo occidental e incluso en todo el mundo desde, aproximadamente, 1870.*

²⁶⁰ Véase el documental *El grito* de Leobardo López Arretche.

²⁶¹ Un par de situaciones muy puntuales nos sirven de referencias para identificar la relativa estabilidad que experimentaba el país: los JJ. OO. México 68 y la Copa del Mundo México 70. Era la primera vez que se le encomendaba a un país “tercermundista”, “subdesarrollado”, “periférico” la organización de los máximos eventos deportivos internacionales. Al parecer, México era visto por el mundo como un modelo a imitar al grado de habersele otorgado tales compromisos y realizarlos con éxito. Pasará casi medio siglo para que a otro país latinoamericano (en este caso, Brasil) se le concediera la realización de ambos eventos (en 2014 y en 2016 respectivamente), con argumentos

Desde el plano historiográfico, los aspectos mencionados pronto se hicieron presentes en investigaciones realizadas en los ámbitos académicos. En concreto, el caso del centralismo -especialmente aplastante desde la institucionalización del régimen revolucionario a partir de 1940-, abrió paso a cuestionamientos acerca de cómo se habían abordado hasta la fecha ciertos procesos históricos, sociales y políticos a nivel nacional. A partir de tal posicionamiento, la historiografía mexicana tendría una nueva etapa en la que se conjugarían el arribo de nuevas generaciones de historiadores (mexicanos formados en otros países y extranjeros que llegaban a desempeñar su labor), su consecuente acercamiento a lo que en ese tiempo se consideraban nuevas tendencias académicas y sus trabajos que marcaron pauta al grado de convertirse en referentes.

En ese ambiente de renovación, irrumpieron dos textos de particular impacto entre los historiadores profesionales: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* de 1968 y *Zapata and the Mexican Revolution* de 1969. El primero fue autoría de Luis González y González (1925-2003), historiador mexicano coparticipe de la mencionada *Historia Moderna de México* y que antes había estudiado en Francia con uno de los principales exponentes de *Annales*:²⁶² Fernand Braudel.²⁶³ Si bien esa tendencia historiográfica databa desde la última parte

muy parecidos (es decir, para la comunidad internacional ese país sudamericano estaba en la “dirección correcta”). Por lo demás, el término “tercer mundo” hace décadas que ha dejado de utilizarse.

²⁶² Respecto a dicha tendencia, autores como Peter Burke y François Dosse coinciden en ciertos puntos para proponer una periodización de tres momentos: 1929-1955, dominado por la obra de los fundadores M. Bloch y L. Febvre quienes rechazaban la historiografía dominante (positivista) y buscaron un vínculo con las Ciencias Sociales; 1955-1970, cuyo relevo lo tomó F. Braudel y pugnó por una Historia capaz de reconstruir en su totalidad los fenómenos humanos; 1970-1989, marcado por la “fragmentación intelectual”, el “policentrismo” y la multidisciplinariedad. Ver: P. Burke, *La revolución historiográfica francesa*, 1990 y F. Dosse, *La historia en migajas*, 2006.

²⁶³ C. Aguirre Rojas, “La corriente historiográfica “., pp. 166 y 167. Aquí se argumenta: *Entre 1945 y 1950, cuatro mexicanos habían viajado a París para estudiar con el propio Fernand Braudel. Más adelante, detalla: Braudel era entonces un joven historiador con cierto prestigio, aun cuando todavía no publicada El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, y fue entonces cuando tuvo como alumnos a Luis González y González, Pablo González Casanova, Ernesto de la Torre Villar y Fernando Sandoval.*

de los años de 1920 teniendo como uno de sus impulsos romper con la rigidez del positivismo decimonónico, su impacto en el ambiente académico mexicano ocurrió décadas más tarde, justo en esos momentos de transición.²⁶⁴ A partir de tales argumentos, es posible sugerir que el historiador michoacano habría sido uno de los primeros en nuestro país en elaborar sus investigaciones en la órbita conceptual y metodológica de la influyente escuela francesa. Uno de esos aspectos conceptuales desplegados en *Pueblo en vilo*, es el de “microhistoria”; se trató de un intento por buscar otras dimensiones al reto que representaba el estudio de procesos regionales o locales. Ante la pretendida uniformidad, centralización y homogeneidad impuesta a partir de la institucionalización de la Revolución, lo que encontró el también fundador de instituciones académicas, fue una fascinante -y desafiante- pluralidad de realidades presentes a lo largo y ancho del territorio nacional. La relevancia de la obra ha sido tal que desde su aparición hace más de medio siglo, la han publicado dos instituciones: El Colegio de México en 1968 y el Fondo de Cultura Económica a partir de 1984 (con 6 reimpresiones hasta 2018).

Por otra parte, la obra sobre el caudillo revolucionario del sur se le debe a John Womack, Jr. (nacido 1937). Este historiador estadounidense realizó la investigación como parte de su tesis doctoral en la Universidad de Harvard y en 1969 fue publicado su trabajo.²⁶⁵ Como *Pueblo en vilo*, *Zapata and the Mexican Revolution* ponía énfasis en los múltiples ángulos de un fenómeno regional; de tal manera que la multitud de caudillos y grupos, con sus respectivos intereses y posturas ubicados por todo el país, desdibujaba y rebasaba por mucho el cuadro casi idílico de la Revolución como un todo (aparentemente sin fisuras ni

²⁶⁴ *Idem*, pp. 161-178. Para el caso de México, Aguirre Rojas propone una periodización respecto al impacto de dicha tendencia historiográfica: un primer momento de 1929 a 1945, cuya influencia y presencia fue “muy puntual y acotada”; otro que iría de 1945 a 1968 que representó el “primer vínculo institucional”; y de 1968 a 1989, marcada por una “nueva situación policéntrica”.

²⁶⁵ J. Rico Moreno, *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución Mexicana*, 2000, pp. 15.

contradicciones). Un dato ubica el impacto del texto mencionado: sus 26 ediciones que llevaba en su versión al español hasta 2004 en Siglo XXI. A lo anterior debe agregarse la más reciente edición del Fondo de Cultura Económica en 2017 (la cual incluye una reflexión del propio autor a casi 50 años de haber aparecido dicho trabajo). A diferencia de textos como *La Revolución interrumpida* [1971] de Adolfo Gilly y *El proceso ideológico de la Revolución Mexicana* [1973] de Arnaldo Córdova, quienes pretendieron explicar de una forma amplia dicho proceso, el interés de Womack es sobre un caso regional que, de hecho, resultó una tendencia en el ámbito académico dentro y fuera de México. Incluso, el estudio de la Revolución mexicana propició por esos años debates respecto a qué instrumentos utilizar para el adecuado análisis del fenómeno. Ese fue el caso del historiador francés J. Meyer en *La cristiada* [1973], en donde para el abordaje del movimiento cristero entrevistó a veteranos participantes de aquella lucha. Cabe mencionar que en aquel tiempo aún no estaba desarrollada la Historia Oral como un área de la disciplina, por lo que su trabajo fue cuestionado debido al uso de metodologías consideradas más próximas al periodismo. Habría que agregar que desde entonces la lista de investigaciones sobre esta vertiente temática regional se ha profundizado y enriquecido. Como ejemplo, valga mencionar un par de referencias: *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana* [1977] de Héctor Aguilar Camín y *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garradista* [1979] de Carlos Martínez Assad. Los trabajos mencionados ahondan en las experiencias locales y regionales para explicar el gran proceso nacional. Cabe señalar que aquel suceso de principios del siglo XX, todavía es tomado como objeto de estudio por algunos historiadores extranjeros (entre los que destacan los especialistas británicos A. Knight y P. Gardner).

Resulta pertinente mencionar que, en ese ánimo de revalorar las experiencias locales y/o regionales, en el caso de Luis González su trayectoria tuvo un impacto que se plasmó en la concreción de nuevos espacios. Así, gracias a su trabajo de gestión se proyectó El Colegio de Michoacán en 1979. Se trató de una tendencia que

apuntaba hacia una paulatina descentralización, cuyo objetivo era ubicar en distintos puntos del país centros de investigación -cuyo modelo era El Colegio de México-; el propósito era estudiar y conocer las diversas, complejas y problemáticas realidades del territorio nacional, así como para formar nuevas generaciones de académicos en distintas áreas. El último punto destacado advierte sobre una nueva condición en el ámbito académico: el policentrismo. Si a partir de la década de 1940 el inicio de la institucionalidad se desglosó a partir de un “gran centro” (El Colegio de México, aunque también puede mencionarse a la UNAM), que significó la puesta en marcha de una “vanguardia intelectual” (según el deseo del propio Cosío Villegas), a partir de los años setenta [Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1973 y El Colegio de Michoacán, 1979] y ochenta [El Colegio de Sonora y El Colegio de la Frontera Norte, ambos fundados en 1982], se atestiguó una constante y acelerada apertura de Centros de Investigación en algunas entidades. A la par de lo anterior y como parte de sus actividades de investigación, cada Centro mencionado crea su propia revista especializada. En términos historiográficos, se trató de un necesario reconocimiento a la pluralidad (histórica, social, económica, demográfica, cultural, étnica) de realidades presentes a lo largo y ancho del territorio nacional iniciado hacia finales de los años sesenta.²⁶⁶

Una situación aparejada a la tendencia de abrir dichos centros en distintos puntos del país, es la burocratización que de manera paulatina ha acompañado al oficio en esta etapa. En tal sentido, particular mención merece la creación de dos instancias: el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología [Conacyt, 1970] y, con posterioridad, el Sistema Nacional de Investigadores [SNI, 1984]. Para estos organismos del Estado mexicano -al mismo

²⁶⁶ C. Vadillo, *La historiografía política mexicana al diván del análisis*, 2016, pp. 14 y 15. El autor elabora una conceptualización para identificar periodos de la historiografía contemporánea. Durante el espacio de 1968 a 1985, se habría desatado una “crítica de la cultura nacionalista” (heredera de la Revolución Mexicana), que daría paso a una “emergencia de la pluralidad”. De 1985 al 2000, debido al “agotamiento del Estado posrevolucionario y transición democrática”, se impuso un “dominio de referen-tes pluriculturales”.

tiempo “promotores” y “evaluadores” del trabajo científico-académico-, la Historia como disciplina está ubicada en el área de “Humanidades y Ciencias de la Conducta”. La paradoja o contradicción estriba en que mientras en este periodo -al menos al principio-, se desplegó un renovado impulso en cuanto a metodologías, conceptos y teorías que enriqueció el trabajo de la Historia profesional, al propio tiempo se gestó una burocracia que -me da la impresión- ha contribuido a la baja calidad de los resultados (investigaciones, publicaciones, posgrados). Lo anterior se deriva, entre otras cosas, de ciertos parámetros utilizados para evaluar la labor académica (por ejemplo, los tiempos considerados para mostrar tales resultados tanto en investigación como en los egresados de posgrados).

Quizá por lo anterior poca atención se ha puesto desde entonces al debate y discusión en torno a la condición que guarda la disciplina en el ámbito académico. Tomamos tal argumento como referencia, para lo cual centramos nuestra atención en dos ejercicios que consideramos relevantes al respecto. Uno de ellos es el trabajo colectivo *Historia ¿para qué?* Apareció en 1980 editado por Siglo XXI y en él participaron no sólo historiadores (C. Pereyra, L. Villoro, L. González, E. Florescano, A. Córdova, A. Gilly, H. Aguilar Camín), también se integraron las voces de literatos (J. J. Blanco, C. Monsiváis) y un antropólogo (G. Bonfil Batalla). Los enfoques presentes en el volumen provenientes de distintas áreas, muestran cómo la Historia profesional buscaba entonces reencontrarse con las Ciencias Sociales (métodos, teorías, conceptos); no es gratuito, por tanto, que en los trabajos se plasmen alusiones a los aspectos políticos y sociales que México vivía en ese tiempo o había experimentado recientemente (movilizaciones y protestas, crisis económicas). Bajo tal premisa, es posible ubicar un indicio que prácticamente atraviesa toda la obra: la alusión a los sucesos acontecidos el 2 de octubre de 1968. De los participantes, Córdova, Monsiváis, Gilly y Aguilar Camín toman como punto axial los acontecimientos de ese año para escudriñar el papel del historiador en las sociedades contemporáneas; ante la sensación de incertidumbre,

inestabilidad, incluso injusticia que ya permeaba en el país, al historiador parece corresponderle escribir una Historia para las necesidades y escenarios del presente.²⁶⁷ Responder por qué los historiadores hacen lo que hacen, en qué condiciones trabajan y cuál es el resultado (en suma, su *función social*), son algunas cuestiones abordadas desde los ángulos descritos. Por último, un dato que da una idea de la importancia de este texto desde el punto de vista de la discusión historiográfica, es que hasta 2005 llevaba más de 20 ediciones.

El otro texto que se inserta en la línea ya planteada es *El nuevo pasado mexicano* de Enrique Florescano. Como la obra anterior, en esta también es posible calibrar su impacto por el número de veces que se ha circulado (hasta 2009 contaba siete reimpresiones) y los sellos editoriales que lo han publicado (Cal y Arena, Nexos). La obra hizo su aparición por vez primera en 1991 y el autor expone un análisis acucioso acerca de las condiciones imperantes en este ámbito profesional hasta los años ochenta. El historiador comienza por ponderar tres situaciones concretas que inciden en el oficio: la “institución académica” iniciada hacia la década de 1940, las “presiones que ejerce la realidad política y social contemporánea sobre el historiador” y el impacto de “la historiografía extranjera”;²⁶⁸ dichas condiciones habrían dado una “nueva imagen” (recuperación, revalorización, reinterpretación) a los estudios sobre el pasado nacional. Lo anterior supuso un proceso que desembocaría en el citado *revisionismo histórico* que, como se explicó, tuvo en la Revolución mexicana su objeto de debate. Lo que resulta relevante para los propósitos de este apartado, es la serie de señalamiento a los que llega Florescano al final de su reflexión. Se trata de varios asuntos que ubica como “evaluación y desafíos” para el historiador y la Historia. Por un lado, están los que podrían llamarse “pendientes”, vicios y distorsiones con los que el oficio carga desde hace tiempo: la

²⁶⁷ H. Aguilar Camín, “Historia para hoy”, 2004, p. 161. El autor plantea: *La historia que parece urgente para el México de hoy es la que explica y documenta la carga profundamente popular de un proyecto histórico cuyo sentido, sin embargo, es excluir o postergar justamente las demandas centrales de la mayoría que lo han hecho posible.*

²⁶⁸ E. Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, pp. 11 y 12.

“separación cada vez mayor entre investigación y enseñanza”, el “adoctrinamiento”, los “desequilibrios entre la producción de conocimientos, su transmisión al sistema educativo y la difusión en el público”, un alejamiento (sino es que franco desprecio) respecto a una “evaluación crítica de lo que hacemos”, así como una “estructura corporativa” y un consecuente “enclaustramiento de los profesionales” es la lista adusta que se muestra en el texto.²⁶⁹ A lo anterior habría que sumar otros factores que no controla el gremio, como las crisis económicas y su impacto en la falta de recursos para el financiamiento y desarrollo de proyectos. Por otro lado y en contraste con el panorama que se acaba de indicar, el autor aprecia algunas condiciones que han robustecido los trabajos del historiador: ese es el caso del acercamiento a las Ciencias Sociales y sus respectivos métodos, teorías y conceptos; lo anterior ha promovido cierta apertura en cuanto a la diversidad de enfoques cada vez más analíticos; por último, advierte -no sin sorpresa- que “uno de los escasos campos donde hay ebullición, experimentación y continuidad es el de la historia local o regional”.²⁷⁰

A los dos esfuerzos mencionados se sumarían las actividades del Simposio de Historiografía Mexicanista, llevado a cabo en octubre de 1988. Organizado por el Comité Mexicano de Ciencias Históricas y el Gobierno del Estado de Morelos, el objetivo de los participantes fue debatir sobre qué había sucedido con el oficio de la historia en nuestro país en las últimas dos décadas. Un par de años más tarde, se publicaron las *Memorias* que recogen y presentan la multitud de temas y enfoques desglosados en dicho evento.

Para los propósitos de este trabajo destaca el de Guillermo Zermeño, quien plantea a manera de interrogante si la historia estaba en crisis en ese momento.²⁷¹ El entonces profesor de la Universidad Iberoamericana toma como punto de partida “la

²⁶⁹ *Idem*, pp. 160-178.

²⁷⁰ *Idem*, p. 168.

²⁷¹ G. Zermeño, “La Historia. ¿Una ciencia en crisis? Teoría e historia en México, 1968-1988. Una primera aproximación”, 1990, pp. 26-32.

constitución de la historiografía académica” a partir de 1940; sin embargo, advierte que ese proceso careció de un ejercicio de “crítica rigurosa”. El autor no se refiere a otra cosa sino a la negación del gremio por reflexionar sobre su propio oficio. Justo ahí se gesta la noción de “crisis” de la historia profesional en México.

Pero no todo es cuestionable para el ponente en cuanto a la labor de los historiadores profesionales. Al identificar en el historiador una “tensión entre el quehacer intelectual y el quehacer político”, advierte que -al menos desde 1968²⁷²-, habría comenzado cierta reflexión sobre aspectos relativos a qué postura tomar ante los problemas y desafíos de la sociedad mexicana de la época. Lo anterior no sólo remitiría a la postura política -incluso compromisos ideológicos-, de quien estudia el pasado, también implicaría valorar su trabajo en términos de parcialidad.

Asimismo, pondera la ya mencionada “des-centralización” que desde los años setenta da la impresión de acompañar al oficio ya profesionalizado. En consonancia con lo anterior, referencias a ciertos personajes (Octavio Paz) que, sin ser historiador, se han integrado y han sido reconocido por el ámbito académico. Otra referencia es la alusión que hace a la recuperación de la historia regional; en este caso, remite al ya citado L. González y su libro *Pueblo en vilo* que le dio a dicha veta de estudio nuevos bríos. Incluso menciona la también indicada *Revolución interrumpida* de A. Gilly, como un intento por recuperar “realidades suprimidas” por un régimen que, al institucionalizarse, pareció querer sepultar.

La Profesionalización de los estudios históricos a nivel estatal: Licenciatura en Historia, 1974 (UANL)

Si bien las instituciones académicas de mayor presencia en la entidad tienen para entonces décadas de haber comenzados sus actividades, fue hasta este momento en que la UANL tomó la decisión de formar historiadores profesionales. En concreto, fue

²⁷² G. Zermeño, “La historia”, pp. 26-32. El autor toma como referencia a Jesús Reyes Heróles y su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Historia, intitulado *La Historia y la acción*, pronunciado en agosto 7 de 1968.

en 1974 cuando inicia el programa de licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. En el arranque de este esfuerzo académico, destaca la presencia de dos historiadores (ambos parte de *nuestro* elenco): el ya referido Israel Cavazos (para entonces con décadas de experiencia) y Mario Cerutti (profesor argentino que llegó a México para integrarse al proyecto). Fundada en 1950, dicha Facultad ya impartía los programas de Filosofía, Letras y Lingüística Aplicada. A la par de Historia, también iniciaron las licenciaturas de Sociología y Pedagogía. Si se toma en cuenta lo argumentado respecto a la profesionalización del oficio hacia 1940 en nuestro país, tendríamos un primer indicio de un proceso de tipo “centro-periferia”; es decir, al correr de las décadas fue posible continuar con la apertura de este tipo de proyectos en distintas entidades de la república.²⁷³

Como se explicó, no se trató de una situación aislada. A partir de esos años, se pueden advertir esfuerzos sistemáticos en cuanto a la apertura de oferta educativa (grado y posgrado), así como ejercer y fomentar la investigación (nuevas instituciones cuyo objetivo era el estudio académico de los procesos históricos locales y/o regionales). Por tanto, puede inferirse que la apertura del mencionado Colegio de Historia y su oferta educativa a nivel superior (anticipada por los proyectos institucionales mencionados en el apartado anterior), fue parte de aquella descentralización cuyo objetivo fue impulsar la profesionalización del oficio. A lo anterior cabría añadir un supuesto implícito en dicho proyecto: acabar con el ejercicio autodidacta que por entonces aún estaba presente en la entidad.

Historia y Ciencias Sociales: el caso de Menno Vellinga, 1979

Para el estudio de los procesos históricos, los años setenta supusieron profundizar el diálogo con otras ramas de las Ciencias Sociales. Si bien dicha tendencia ya contaba con antecedentes como fue el caso de las Ciencias Auxiliares en el siglo XIX, a partir de esa década tal impronta generó en el área de Historia

²⁷³ Sirva de referencia la fundación en 1963 del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Tamaulipas.

un carácter multidisciplinario. En México, ese encuentro con metodologías y enfoques de la Economía o la Geografía otorgó profundidad a cierto tipo de estudios. Ejemplo de ello es el trabajo del autor que se aborda a continuación.

El primer autor considerado en esta etapa (última del presente trabajo), se centra en el académico neerlandés Menno Vellinga (1939-2015). Su formación la obtuvo en las áreas de Geografía (Escuela de Geografía y Ciencias Sociales de la Universidad de Amsterdam, 1967) y Sociología (Doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Florida, 1975).²⁷⁴ La investigación con la que se tituló, *Economic development and the dynamics of class: the case of Monterrey, Mexico*, resultó ser una excepción entre los académicos de Holanda, pues sus estudios solían concentrarse en procesos de países que alguna vez fueron sus posesiones (en particular, el sureste asiático y el caribe). En 1979, se publica la primera edición al español con el título *Industrialización, burguesía y clase obrera en México: el caso de Monterrey*, bajo el sello editorial Siglo XXI. Una década más tarde aparece una tercera edición (“aumentada”) del libro, que es la que utilizaremos.

Como se aprecia, el trabajo se inserta en la línea temática denominada “teoría de la dependencia”. Como tendencia historiográfica, formó parte de las múltiples propuestas de lo que en los años sesenta y setenta englobó la *nouvelle histoire*. Pero incluso tales preocupaciones hunden sus raíces en los momentos posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, con la creación de la Comisión Económica para el Desarrollo de América Latina (CEPAL) en 1948. Por entonces, la cuestión central era identificar posibles vías (programas, proyectos, políticas), para generar desarrollo en el vasto entorno latinoamericano. A lo anterior es necesario agregar que para la época en que nuestro autor comienza su investigación, hay un auge del marxismo y del estructuralismo para analizar y explicar diversidad de procesos (en este caso, sociales e históricos).

²⁷⁴ Dirk Kruijt, “Menno Vellinga (1939-2015)”, *Hispanic American Historical Review*, 95(4): 662-665, November 2015.

Vellinga afirma que a partir de 1968 se enfocó en el estudio sobre México; de hecho, en su libro indica que otras ciudades también fueron consideradas por su crecimiento industrial (México, D. F., Puebla y Guadalajara). Sin embargo, fue el área metropolitana de Monterrey la que seleccionó tras hacer “observación directa” y confirmar “la idiosincrasia regiomontana” en el proceso de desarrollo mexicano.²⁷⁵ Es decir, este académico reconoció ciertas pautas diferenciales en ese polo de desarrollo (conformación de un grupo empresarial de raigambre local, su notorio contrapeso hacia el gobierno federal y su vínculo con el desarrollo del sur de EE. UU.), respecto a las otras opciones a nivel nacional. Como se sabe, se trató de un momento (aproximadamente tres décadas de “desarrollo estabilizador”) en el que México experimentó cierta estabilidad (política, social y económica). Esa relativa estabilidad le valió reconocimiento a nivel mundial, como lo muestran la designación y organización de dos eventos de gran magnitud: los XIX Juegos Olímpicos de 1968 en Ciudad de México y el IX Mundial de Fútbol en 1970.²⁷⁶ Por entonces, nada parecía empañar la imagen de autoelogio del régimen autoproclamado revolucionario. Así las cosas, a este académico lo que le llama la atención es cómo en entornos periféricos (un lugar al *noreste* de México), se generó cierto grado de desarrollo (industrialización).

El texto en cuestión cuenta con 287 páginas, lo componen cuatro apartados y le acompañan dos apéndices. Para los propósitos del presente estudio, nos centraremos en el capítulo cuarto que es donde se centra en Monterrey. Desde el punto de vista historiográfico, resulta de interés destacar la forma en que Vellinga recupera y profundiza los planteamientos de dos historiadores ya abordados en el apartado anterior: F. Mauro y M. de León. En particular, al referirse al caso de estudio (Monterrey como “ciudad industrial” y su “papel de liderazgo en el proceso

²⁷⁵ M. Vellinga, *Industrialización, burguesía y clase obrera en México*, p. 269.

²⁷⁶ Pasará casi medio siglo para que a otra ciudad y otro país latinoamericano vuelvan a designárseles la organización de los JJ. OO. (Río de Janeiro 2016) y del Mundial de Fútbol (Brasil 2014).

mexicano de crecimiento económico desde principios de este siglo”), en la primera cita a pie de página de ese apartado pondera:

En este nivel, el análisis se debe mucho a los estudios de Mauro (1964) y de De León (1968). En especial, el libro mencionado en último término, escrito por un líder local del PCM, ofrece información excepcional sobre la historia laboral de Monterrey y sobre las idiosincrasias de la burguesía industrial del lugar. No obstante algunas imperfecciones, el libro constituye el primer estudio completo sobre el tema, pero fue boicoteado por la prensa local debido al compromiso político de su autor.²⁷⁷

Al realizar el estado de la cuestión como balance historiográfico sobre el objeto de estudio, nuestro personaje ubicó dos de los trabajos pioneros sobre el tema en el plano regional. Hasta aquí se diría que se siguió el proceso que acompaña a todo proyecto de investigación. El hallazgo, en todo caso, se encuentra en que rescata y utiliza dos trabajos de la historiografía local sobre el tema hasta la fecha poco aquilatados por los especialistas en el ámbito académico. El caso de Mauro, el texto “Le developpment économique de Monterrey” lo publicó en francés en la revista *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien* en 1964. Habrá que esperar más de medio siglo para que se haga una versión al español y la publique el anuario *Humanitas*²⁷⁸ del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL. El caso del otro autor (M. de León) es más llamativo, ya que -como se comentó y por increíble que parezca-, el libro sigue estigmatizado por su postura ideológica y activismo político. En todo caso, lo que resulta relevante de Vellinga es su pragmatismo al momento de hacer la búsqueda de la literatura que en ese tiempo existía sobre el tema. No es poca cosa, ya que entonces como ahora llevamos (cargamos) con una serie de referencias que -para bien o para mal-, orientan nuestras percepciones. Alguna noción tenemos sobre todo lo que nos rodea, y no tanto me refiero a lo que en

²⁷⁷ M. Vellinga, *Industrialización*, p. 91.

²⁷⁸ *Humanitas Digital*, núm. 44, Historia, ene-dic 2017.

aquella época implicaba ser de “izquierda”, “comunista” o “rojo” como una forma de censura. Hablo de que en el ámbito académico -de entonces y de ahora-, hubo y hay una imagen maniquea que identificaba -e identifica-, a los profesionales de quienes no lo son; en este caso, hago alusión a la distinción entre historiador y cronista, entre el “profesional” y el “autodidacta” (condición que la etapa profesional del oficio en México pretendió erradicar). Para cerrar el argumento, valga un comentario final a manera de contraste: por una parte, Vellinga también se apoya en los *Apuntes históricos sobre la industrialización de Monterrey* de J. P. Saldaña; por otra, destaca la ausencia del trabajo de I. Vizcaya.

En lo que refiere al texto propiamente dicho, los planteamientos del académico continúan la línea ya iniciada por las investigaciones de la década anterior (en especial, el trabajo pionero de F. Mauro); es decir, cómo una región con cierto grado de aislamiento desde la etapa virreinal fue capaz de generar desarrollo industrial. A decir del autor, al arraigado sentimiento regionalista se sumó al mediar el siglo XIX a las nuevas circunstancias que definirán la frontera norte de México: la independencia de Texas y su posterior integración a Estados Unidos.²⁷⁹ Dicha tesis esbozada -como se comentó-, por Vizcaya desde la última parte de los años cincuenta, retomada en los sesenta (Mauro, de León), es la que definirá la obra más difundida por los trabajos de los historiadores profesionales a nivel regional desde finales de los años setenta (M. Vellinga) y ochenta (M. Cerutti).

A partir de la redefinición fronteriza entre ambos países, se comenzarán a delinear condiciones para una paulatina acumulación de capital y la burguesía que le acompaña. Dicho segmento es lo que le llama la atención al estudioso por dos aspectos: por una parte, como fenómeno en el ambiente latinoamericano, pues la concepción clásica indicaba la dificultad de que en esas condiciones de atraso pudiera desarrollarse una élite de esas características; por otra, se preguntaba por qué no era objeto de estudio de los académicos.²⁸⁰ En consonancia con lo anterior, le

²⁷⁹ Vellinga, *Industrialización*, p. 92.

²⁸⁰ *Idem*, p. 9 [Prefacio].

despertó interés situaciones como la estructura de poder regional y la manera en que se vinculaba con otros segmentos (es este caso, la clase obrera). En este último punto, podría afirmarse que continúa y profundiza los argumentos expuestos años antes por M. de León.

Las condiciones económicas y geográficas de la capital nuevoleonesa (conformación de una burguesía de raigambre local, proximidad a la frontera norte y su consecuente vínculo con la economía del sur de EE. UU.), la convierten para los académicos en un objeto de estudio relevante para la explicación de ciertos fenómenos. Al tratarse de una experiencia “exitosa” de desarrollo en un entorno periférico (“tercermundista”, se decía entonces), los científicos sociales vieron en ello un reto para investigarlo y explicarlo. El autor en cuestión lo planteó de esta manera: “Monterrey parece ser un caso de una exitosa industrialización autónoma, lo cual le confiere una especificidad, no sólo dentro del contexto mexicano sino también dentro del contexto del Tercer Mundo”.²⁸¹

Las premisas del Vellinga no se detienen en señalar dicho rasgo distintivo de ese lugar en el noreste mexicano. Por contradictorio que parezca, también logra distinguir las condiciones generales del despegue capitalista en la región. Al respecto, afirma: “En el caso de Monterrey la industrialización siguió en forma independiente los patrones clásicos del capitalismo, tal como surgió del capitalismo comercial de la segunda mitad del siglo XIX”.²⁸² El académico se refiere a las fases que pudo identificar en el proceso de desarrollo en cuestión: primero, una acumulación de capital (a partir de intercambios comerciales “irregulares” en un entorno de redefinición de límites fronterizos); segundo, hacía fines de aquella centuria (en pleno Porfirato) se trasladó dicho capital a proyectos productivos inéditos en México (industrialización).

Para el autor, la condición regional de esta burguesía asentada en Monterrey le ha permitido tener (y mantener por generaciones) una cohesión y fuerza a partir de la cual le hecho

²⁸¹ *Idem*, p. 150.

²⁸² *Idem*.

frente a los distintos gobiernos federales. En el libro en cuestión, lo expresa en los siguientes términos: “Los esfuerzos hechos por la burguesía para constituir un bastión industrial, sobre la base de las tendencias regionalistas existentes, a partir del cual el gobierno central pudiera ser desafiado respecto a sus objetivos y medios de sus políticas de desarrollo, condujo a una preocupación creciente por la dinámica política interna de esta base de poder regional”.²⁸³ Se trata de una situación de dos grupos de poder (uno de sólida raigambre local y otro de carácter central), en la cual el primero en distintos momentos (inestabilidad política, crisis económicas, incluso conflictos sociales como la guerrilla de los años setenta), debió tomar decisiones que -en no pocas ocasiones-, lo confrontaron con el gobierno en turno. En ese sentido, la burguesía local como objeto de estudio para este investigador, ha demostrado tener capacidad adaptativa para enfrentar vaivenes y contingencias de distinta índole (desde sus proyectos primigenios en la era porfiriana, pasando por la Revolución de principios del siglo XX y el régimen político subsecuente hasta condiciones como la globalización en las últimas décadas).

Un variable que acompaña a este tipo de desarrollo, es la relacionada con el segmento de los trabajadores. Vínculo siempre conflictivo por los intereses en juego, la dupla patrones-obreros en la industria regiomontana es uno de los aspectos que le llama la atención al autor. En ese sentido, la conclusión a la que llega es contundente: la clase obrera, considerado por la burguesía un competidor potencial, fue neutralizado. El aspecto mencionado será retomado y profundizado por A. Nuncio a principios de los años ochenta.

Para cerrar este apartado, el caso que se acaba de abordar es ejemplo de la incidencia que en el ámbito académico mexicano han tenido los investigadores extranjeros. En concreto, casos como los Vellinga -así como el antecedente con Mauro y de Cerutti años más tarde-, muestran una actitud de apertura que ha incidido en el ejercicio de una práctica cada vez más profesional.

²⁸³ *Idem*, p. 152.

Abraham Nuncio y la élite regiomontana, 1982

El autor en cuestión resulta un caso atípico en el elenco seleccionado para este apartado. Mientras el resto se trata de académicos en el sentido más estricto del término (máximo grado de estudios y especialización en temas de análisis), Abraham Nuncio Limón posee otro perfil. Nació en 1941 en Texcoco, Estado de México. Estudió la licenciatura en Derecho en la Universidad Autónoma de Coahuila, continuando sus posgrados en la UNAM (Literatura Latinoamericana) y en la UANL (Filosofía). Su experiencia universitaria (más de medio siglo como docente y ocupando diversos cargos en instituciones educativas), así como su militancia (de izquierda), lo convierten desde hace décadas en una voz crítica. Desde esa posición, dedicó un libro al estudio de la élite empresarial regiomontana: *El grupo Monterrey*.

El texto apareció a fines de 1982 (en plena crisis económica, en un momento en el que el régimen político era severamente cuestionado y perdía cada vez más legitimidad). Fue publicado por Editorial Nueva Imagen y se advierte que fue resultado de actividades en la asociación civil Oficina de Investigación y Difusión del Movimiento Obrero (OIDMO). Llama la atención que un par de años después, la obrita ya estaba en su cuarta edición. En dicha edición, el texto consta de 341 páginas, siete apartados y ocho apéndices (el último, dedicado a la genealogía de la familia Garza Sada). Para rematar, en la contraportada aparecen dos párrafos -a manera de presentación-, escritos por Carlos Monsiváis.

Como se sabe, era desde los segmentos de la izquierda militante desde donde provenía la crítica más feroz -incluso visceral-, hacía el sistema (incluida la burguesía, objeto de estudio del trabajo en cuestión).²⁸⁴ No resultó este ser un caso aislado, pues baste recordar que una reflexión al respecto también se plasmó en *México, la disputa por la nación*. Se trató de un ensayo cuya autoría se le

²⁸⁴ A. Nuncio, *El grupo Monterrey*. En la penúltima hoja que carece de numeración, se encuentra un párrafo de agradecimientos entre cuyos nombres aparecen Jorge Alcocer y Benjamín Palacios (ambos militantes de izquierda). También menciona a historiadores como M. Cerutti, para entonces ya radicado en Monterrey.

debe a Rolando Cordera y Carlos Tello publicado un año antes. Una de las preocupaciones en su diagnóstico fue sobre el papel y las posibles acciones que tomaría el país del norte ante el desorden en el nuestro. En consonancia con lo anterior y de vuelta a nuestro autor, la imagen en la portada del libro es por demás llamativa: una oveja (en alusión a la burguesía regiomontana) envuelta en la bandera de Estados Unidos (el Imperio) y en su hocico sostiene una pequeña bandera tricolor (con un signo de pesos en el centro en lugar del escudo nacional). Más mordaz no puede ser.

En lo que corresponde al trabajo propiamente, otra “pincelada” de Nuncio es la manera en que inicia el primer capítulo: “En el principio creo Don Eugenio la cerveza, y vio que la cerveza era buena, pero que algo le faltaba, y creó la fábrica de donde salieron las botellas para envasarla, y vio que era buena, pero que algo le faltaba, y creó la fábrica de corcholatas para tapar las botellas, y vio que era buena, etcétera”.²⁸⁵ Esta atinada y, a la vez, jocosa metáfora al Génesis no es del autor, sino que indica que la toma de una publicación del Instituto Tecnológico y de estudios Superiores de Monterrey (al parecer, publicada en los años sesenta). Como buen militante de izquierdas y manteniendo mordaz talante, este abogado devenido historiador no pierde oportunidad para señalar (denunciar) cómo ese segmento diferenciado de la sociedad regiomontana parecía estar dispuesto a que mito (tradición judeocristiana) y realidad (burguesía local) coincidieran en cuanto a la creación (“capitalismo monopolístico”).

Más allá de la inventiva, tal hecho fundacional en la industrialización de Monterrey en tiempos porfirianos, supuso la conformación y articulación de *holdings* (empresas vinculadas en sociedades comerciales), en las que se involucraron familias de la élite económica regiomontana. De tal manera que esos grupos familiares (vinculados no sólo por sus intereses empresariales, sino por relaciones matrimoniales), invertían una parte de su capital en este tipo de inversiones. En tal sentido, Nuncio sigue los argumentos de M. Vellinga al coincidir con el académico

²⁸⁵ *Idem*, p. 27.

neerlandés en cuanto que ello supuso la aparición en la capital nuevoleonense de una “burguesía nacional”.

Existe otro aspecto que este autor señala que resulta crucial para la historia regiomontana contemporánea: el asesinato de Eugenio Garza Sada a principios de la década de 1970. Nuncio lo expone de forma descriptiva: “El 17 de septiembre de 1973 caía acribillado Eugenio Garza Sada, dirigente indiscutible del grupo, durante un fallido intento de secuestro operado por un comando guerrillero de la Liga Comunista 23 de Septiembre”.²⁸⁶ Tal episodio para la historiografía local aun representa un hueco, en cuanto a carecer de un estudio acucioso del hecho histórico. Más allá de la tragedia que representa, este historiador lo toma como punto de inflexión en el seno de la poderosa élite; así, entre “intereses interfamiliares y acontecimiento políticos”, las empresas se dividen entre los hermanos Garza Sada y sus primos (Roberto y Andrés G. Sada). De esta escisión -afirma Nuncio-, se gesta el Grupo Alfa en 1974.

Como se aprecia, la argumentación está en consonancia con los trabajos elaborados por M. Vellinga y M. de León en las dos décadas anteriores.

Mario Cerutti y la conceptualización del entorno regional, 1983

Este historiador continúa con la tendencia ya trazada por M. Vellinga; es decir, se trata de una propuesta de estudio elaborada por un especialista. Cerutti nació en Córdoba, Argentina en enero de 1941 y llegó a México en 1975.²⁸⁷ Se instaló en Monterrey en septiembre de ese año, pues llegó a incorporarse a la recién creada licenciatura en Historia que ofrecía la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UANL. Lo señalado marca una diferencia respecto al “éxodo” latinoamericano de la época a nuestro país el cual, como se indicó, tuvo en el ascenso de regímenes militares su principal impulso. Según comentó alguna vez, estudió periodismo para después acercarse al estudio de procesos sociales

²⁸⁶ *Idem*, p. 175.

²⁸⁷ *El Norte*, “Biógrafo de la industria”, mayo 5 de 2019.

e históricos. En 1989, obtuvo el Doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad de Utrecht, Holanda. Entre sus distinciones está ser integrante del Sistema Nacional de Investigadores e Investigadoras (nivel III) y formar parte de la Academia Mexicana de Historia.

En más de dos décadas en la FFyL, su labor formativa es otro aspecto que destaca. Entre las generaciones de estudiantes que entre los años setenta y noventa se titularon de la licenciatura en Historia, mencionaría los casos de Óscar Flores y Antonio Peña como aquellos egresados destacados en quienes incidió el profesor argentino. La constitución de redes es otra veta que destaca entre sus actividades. Ejemplo de ello es la Asociación de Historia Económica del Norte de México (AHENME, 1992), cuya proyección, promoción y fundación se le debe.

Asimismo, desde dicha institución del norte de México Cerutti ha desempeñado una labor académica que le ha valido reconocimiento nacional e internacional. Como ejemplo, tomemos la revista *Siglo XIX*. Se trató de una publicación periódica especializada, que entre 1985 y 1990 fue respaldada por la mencionada Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto Mora (ubicado en Ciudad de México). En dicho lapso se publicaron 10 números y el historiador argentino avecindado en nuestro país fue el editor.²⁸⁸ En dicha Facultad permanecerá hasta 1999 y a partir del año 2000 se integra a la Facultad de Economía de la misma universidad.

Para este historiador, escudriñar la historia de las empresas y empresarios de raigambre local se debía a dos aspectos muy puntuales: por un lado, la poca o nula atención que hasta entonces habían recibido por los académicos; por otro, los trabajos al respecto se reducían a alabarlos (J. P. Saldaña, por ejemplo) o criticarlos (M. de León, otro ejemplo).²⁸⁹ Dicha postura comprometida con elaborar estudios acuciosos y objetivos sobre el tema, además de llevar implícito superar el autodidactismo (plasmado en actitudes “laudatorias” o “militantes” y que hasta

²⁸⁸ M. Cerutti, “*Siglo XIX*. Revista de Historia”, 2001, p. 903.

²⁸⁹ *Idem*.

entonces prevalecía a nivel local y regional), formó parte del esfuerzo por profesionalizar el oficio en la entidad.

De su vasto trabajo académico, centramos nuestra atención en el libro *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX. Gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri (1855-1864)*.²⁹⁰ Fue publicado por el Archivo General del Estado de Nuevo León en 1983, con una segunda edición en 2004 (la cual utilizamos en el presente trabajo). Si bien para entonces este autor ya había publicado resultados de sus investigaciones (artículos, compilaciones, libros), *Economía de guerra...*, presenta de una forma muy elaborada la noción conceptual que articula a la región de la cual Nuevo León es parte. Desde el punto de vista teórico y metodológico, el texto se encontraría en los parámetros explicativos de la historia regional; así, aspectos geográficos (“cambio en la línea fronteriza”), políticos (“autonomía regional” representada por caudillos), además de otras situaciones internas en México (inestabilidad e invasión) y EE. UU. (Guerra de Secesión), son las piezas que componen este lienzo historiográfico.

El entorno geográfico regional (*noreste*), para entonces se encuentra escindido en dos países (consecuencia de la guerra entre México y Estados Unidos). A su vez, cada país experimenta situaciones internas que implicaron inestabilidad. Por un lado, hacia el sur del río Bravo se atraviesa el periodo de Reforma (iniciado en 1854 con el Plan de Ayutla y que culminaría con la restauración republicana en 1867); por otro, en Norteamérica libran la Guerra Civil (conflicto entre unionistas y confederados). En ambas experiencias de inestabilidad y luchas intestinas, el resultado fue (aun siendo paradójico) la configuración de sus respectivos Estados nacionales. En dicha coyuntura es en la que el

²⁹⁰ Una década antes, el historiador Ronnie C. Tyler (Professor en The University of Texas at Austin y Director Ejecutivo en Texas State Historical Association), indagó sobre el caudillo nuevoleonés en su libro *Santiago Vidaurri and the Southern Confederacy* [1973]. En esa investigación identifica a S. Vidaurri como el “arquitecto del regionalismo” (noreste mexicano) y el “único canal” (para los confederados norteamericanos durante la Guerra de Secesión). Es decir, ya vincula el noreste (México) con Texas (sur de EE. UU.).

historiador argentino encuentra uno de los factores determinantes para la reconfiguración del espacio mencionado.²⁹¹

En este ambiente, se argumenta en el texto que el espacio aludido comienza a articularse debido al aprovechamiento de esas crisis. En concreto, debido a las ventajas de ciertas actividades propias de la coyuntura de la frontera recién fraguada: la apropiación de rentas federales, prestamos de comerciantes y una producción regional.²⁹² En momentos en los que el Estado mexicano parecía inviable, los huecos en los espacios regionales fueron llenados por *caudillos*; en el caso del extremo norte de México -y aun en buena parte del extenso Texas-, la figura de Santiago Vidaurri emergió con fuerza.²⁹³

En lo que respecta a la configuración del entorno, este autor la identifica conceptualmente como *regional-binacional*; esto es, constituida por las entidades mexicanas de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, así como Texas en Estados Unidos. Asimismo, en su argumentación dicho espacio lo contempla en términos de sus vínculos geográficos, económicos y políticos (en espacial, a partir de la recomposición de la frontera entre ambos Estados nacionales en 1848).²⁹⁴ En las condiciones de inestabilidad vigentes en México -identificada por la historiografía como el periodo de Reforma

²⁹¹ M. Cerutti, *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX*, 2004, p. 135. Aquí se plantea: Al estallar la guerra de Secesión, a principios de 1861, y en la medida que los puertos sureños quedaban bloqueados por la poderosa flota del norte industrial, el noreste de México se situaría como el eje vertebral de salida de algodón que, en tiempos de paz, era exportado a Europa por los mismos plantadores.

²⁹² *Idem*, p. 20.

²⁹³ *Idem*, pp. 20 y 21. Al respecto, en este librito se argumenta: Sobre estos tres cimientos Santiago Vidaurri pudo montar y conducir, durante 10 años, considerables contingentes armados, y contribuir de manera decidida y decisiva a la imposición del orden liberal en México. Simultáneamente, esa fuerza militar y política lo hizo emerger como un dirigente regional de marcada autonomía frente al poder central que dificultosamente procuraba consolidar la revolución liberal.

²⁹⁴ *Idem*, p. 99. Al respecto, comenta: La fusión en conjunto del noreste en materia aduanal y arancelaria no era sino una de las expresiones vertebrales de la alianza política y militar que se efectuó contra el levantamiento conservador y la proclamación del plan de Tacubaya. Será en un texto posterior [*Burguesía, capitales e industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional, 1850-1910*, 1992], donde el historiador retomará tal premisa: ubicar en el cambio de la frontera norte mexicana el detonante de cierto desarrollo en el “gran norte oriental”, cuyo núcleo sería la capital nuevoleonense.

Liberal-, dichos caudillos irrumpieron como alternativa para defender sus intereses e imponer orden en sus respectivas zonas de influencia. Incluso Cerutti llega a señalar aspectos y posturas del tipo político-ideológico (por ejemplo, la soberanía como uno de los elementos constitutivos de los Estados modernos) para explicar la articulación del territorio en cuestión.²⁹⁵

El historiador abordado pone énfasis en los diversos procesos regionales y -a manera de esbozo-, advierte que no fueron fenómenos propios de la experiencia de México. Como referencia ubica en América Latina la articulación de regiones que fueron capaces de integrarse al capitalismo de la época. Lo anterior resulta relevante desde el plano historiográfico, pues dicho “acceso” al sistema capitalista generaría cierto desarrollo con carácter periférico. Lo paradójico de este proceso (articulación geográfica, económica, política y militar del *noreste* mexicano), es que se suscita en momentos de inestabilidad y radicalización intestina que, sin embargo, delineaba la trayectoria para la constitución de Estado mexicano *moderno* (en este caso, durante el periodo porfirista ya con un relativo orden).

Bajo estos argumentos, la conceptualización de la región mencionada abre vetas acerca de otros hechos históricos de la época: autonomía regional (S. Vidaurri como jefe político y militar), entorno regional-binacional (redefinición de la frontera norte, lucha intestina en Norteamérica) y una “economía de guerra” (solventar gastos que demandaban los conflictos desatados), circunstancias articuladas en un ambiente de revolución liberal.

Estos planteamientos no quedan ahí. En trabajos posteriores, el autor llevará sus estudios a explicar cómo de aquellas condiciones regionales de inicios de la segunda mitad del siglo XIX, logró conformarse una élite económica local (burguesía) asentada en Monterrey. Décadas más -tarde en plano Porfiriato-, dicho

²⁹⁵ *Idem*, p. 99. En cuanto al personaje clave en el periodo y entorno aludido, el autor asegura: *La reasunción de la soberanía era una antigua experiencia, también, en Nuevo León. Una de las opiniones más consecuentes del vidaurrismo -como tendencia ideológica que se manifestaba en esta área del territorio mexicano- era que de los estados del interior (y muy en especial de los de la frontera septentrional) emergerían las corrientes y fuerzas que podrían salvar la revolución liberal.*

conjunto de familias con capital acumulado por sus actividades mencionadas, optarán por invertir esos recursos en nuevas formas de negocios echando a andar diversos tipos de industrias (cerveza, cartón, siderurgia, vidrio). Algunas de esas industrias aún siguen operando, logrando superar inestabilidades (Revolución Mexicana), para adaptarse a nuevas circunstancias (surgimiento de un nuevo régimen). Lo anterior encaminará a este historiador a tomar elementos de la “teoría de la dependencia” (en especial, marxismo y estructuralismo); esto es, explicar cómo a partir de la División Internacional del Trabajo -rasgo del capitalismo en su fase imperialista-, entornos de países periféricos (Monterrey en el noreste de México) lograron vincularse con economías de países desarrollados (Texas en EE. UU.). Pero Cerutti irá más allá, pues aplicará tales planteamientos para estudiar otros entornos con condiciones parecidas (por ejemplo, Sudamérica y Europa meridional); es decir, como historiador busca explicar cómo desde espacios considerados “periféricos” fue posible que se detonaran polos de desarrollo (al estilo de F. Mauro y su trabajo pionero de los años sesenta, M. Vellinga en la década siguiente, incluso Vizcaya y su temprana explicación sobre la industrialización de la capital de Nuevo León).

Lo que resulta excepcional de dicha conceptualización (“noreste”), es la fuerza que ha tenido y mantiene hasta la fecha, al grado de utilizarse como referencia en otras áreas de estudio como la Antropología, la Geografía o la Sociología.²⁹⁶ Incluso puede decirse que se ha institucionalizado sirviendo de eje para actividades académicas permanentes, como es el caso del Coloquio Internacional sobre el Noreste de México y Texas, cuya primera edición fue en 2003 y desde entonces se realiza cada dos años.²⁹⁷ Además de las disciplinas ya indicadas, en este Coloquio se han integrado investigaciones acerca de los procesos migratorios (“centroamericanos en la región”) y problemáticas de salud (“cultura alimentaria”).

²⁹⁶ C. Morado y L. Hinojosa, *Las Ciencias Sociales en el noreste de México*, 2016, pp. 7-10.

²⁹⁷ R. Arboleyda y C. Morado, *El noreste de México y Texas*, 2024, p. 11.

Desde el plano historiográfico, la relevancia del librito radica en las elaboraciones conceptuales; así, términos como “noreste” y “norte oriental” (Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Texas), le permiten al autor construir y delimitar el entorno regional que es su objeto de estudio. Si bien, como se explicó, desde la segunda mitad del siglo XIX personajes como el doctor González o en el siglo XX Vizcaya ya advertían -de manera intuitiva si se quiere-, los lazos y vínculos dentro de dicho espacio, es hasta los últimos lustros de la centuria pasada que la historiografía regional logra volverlo explícito. Este (aparente) detalle, lo distingue de la mayoría de los historiadores en el elenco seleccionado; como se mostró, en buena parte de los autores expuestos en este trabajo, su respectivo aparato conceptual quedaba en lo implícito (por tratarse de propuestas de historiadores en condición “autodidacta”). La profesionalización que a nivel nacional comenzó hacia 1940 -que, entre otros objetivos, se propuso erradicar el autodidactismo-, en la entidad referida ese proceso comenzará varias décadas después. Por otra parte, los conceptos mencionados (“noreste”, “norte oriental”), hasta la fecha han orientado la investigación de otros historiadores profesionales desde hace varias décadas (A. Gálvez Medrano, M. Ceballos Ramírez, O. Herrera Pérez, C. Velasco Ávila, J. Ramírez Almaraz) sobre diversos temas (autonomía regional, identidad regional-binacional, intercambio económico, lucha contra los grupos indígenas).

Otro aspecto que no debe pasarse por alto, es que la investigación aludida tiene un sólido basamento documental (al respecto, en la Nota Introductoria, el autor destaca “la importante riqueza documental” en referencia al acervo resguardado por y que utilizó en el Archivo General del Estado de Nuevo León). En tal sentido, Cerutti mantiene la metodología (planteada en el siglo XIX y continuada hasta la fecha) de basarse en el documento.

En los lustros posteriores, Cerutti continuará y profundizará sobre la base del concepto “noreste”, y proseguirá estudios a partir de situaciones concretas como “burguesía”, “capitalismo”, “ahorro”, “inversión”, “productores”, “empresarios”,

“propietarios”, “industria”, “procesos de producción” (industria pesada, procesos agrícolas), entre otros.

Monterrey 400: festejos y rescate historiográfico en 1996

Las exposiciones, los congresos universitarios, las publicaciones de libros, todo depende de la conmemoración en turno, para bien y para mal.

Jean Meyer

Cerramos esta saga haciendo alusión al impacto que tuvo en la historiografía estatal los festejos por los 400 años de la fundación de Monterrey. Se trató de una situación típica de lo que J. Meyer llegó a identificar como el “signo anticuario de la conmemoración”;²⁹⁸ el planteamiento explica el viraje -prácticamente obligado- que esas celebraciones (centenarios, bicentenarios, sesquicentenarios en las que se involucran Estado, Gobierno, incluso Iniciativa Privada), han impuesto a historiadores: pasar de un estudio de la historia a otro de recuperación de la memoria. En lo que correspondió a los festejos locales, uno de sus propósitos fue la recuperación de obra cuya aportación se consideró relevante respecto al conocimiento histórico sobre la entidad y la región. Asimismo, dichos festejos promovieron convocatorias que estimularon a quienes realizaban investigaciones, cuyo resultado fue la circulación de nueva publicación.

Memoria de 1896 y 1946

De los esfuerzos aludidos, cabe mencionar que algunos de ellos incluso llegaron a anticiparse un año. Ese fue el caso de la publicación *Los festejos de la fundación de Monterrey en 1896 y 1946*. Se trató de un texto de gran formato y edición facsimilar publicado en 1995 por el Gobierno del Estado de Nuevo León. Asimismo, destaca la inserción de ilustraciones que muestran la variada y rica publicidad de la época. En su portada aparece la pintura titulada *Fundación de Monterrey* -en alusión a aquel suceso de fines del siglo XVI-, obra del artista plástico

²⁹⁸ J. Meyer, “La historia al servicio de...”, 2007, p. 8.

regiomontano Crescenciano Garza Rivera (1895-1958) y en la contraportada se reproducen los escudos de los Gobiernos estatal y municipal, respectivamente. El entonces gobernador Sócrates Rizzo García -quien solicitara licencia para separarse del cargo en abril de 1996-, escribió en la Presentación:

En 1896, los regiomontanos pugnaron por consolidar la industria y el comercio. En 1946, se buscaba perfilar una interpretación histórica del papel de esta importante urbe en el destino del México posrevolucionario. Ahora, en este cuarto centenario de su fundación, los regiomontanos trabajamos incesantemente para resolver los retos que tenemos todos los que vivimos en esta ciudad para corresponder al destino del México moderno; retos que se asumen porque cuenta con Monterrey como una parte vital para el futuro y porque nosotros, a su vez, creemos profunda y fuertemente en México.²⁹⁹

En términos de Historia, la breve ponderación resulta atinada: una suerte de vínculo con el pasado (1896 y 1946) y su proyección al presente (“retos del México moderno”). Ya hacía un centenario de los festejos que correspondieron a los de la etapa porfiriana. Por tratarse del mes de septiembre, aquellas actividades se vincularon con las celebraciones de la Independencia (es decir, las fiestas cívicas de los días 15 y 16, así como lo relativo al *Tercer Centenario de la Fundación de Monterrey* que corresponde al día 20). Respecto a aquellos festejos de 1896, fueron tres personajes destacados a nivel local quienes abanderaron con su oratoria tan solemne ocasión: Virgilio Garza (1865-1911), Enrique Gorostieta (1856-1921) y Bernardo Reyes (1850-1913).

En sus discursos, tanto Garza como Gorostieta -abogados, egresados del Colegio Civil y de la Escuela de Jurisprudencia del Estado-, aluden a la empresa que supuso la conquista y colonización de esa parte de lo que se configuraba como septentrión novohispano; de tal manera que apelan a nombres como Diego de Montemayor (fundador de la ciudad) o Luis

²⁹⁹ S. Rizzo, “Presentación”, 1995.

de Carbajal (militar, conquistador y colono), como el punto de partida en el lejano siglo XVI. En contraste, desde su percepción la población indígena de entonces queda reducida a “tribus errantes”, con una “exaltación indómita de su carácter” y en un “atraso de su estado social”. El resultado fue una “abierta pugna” y “rebelión constante” que derivó en la “desaparición completa de aquellos primeros habitantes”.³⁰⁰ Sobre este tema, las recientes investigaciones etnohistóricas (C. Velasco, J. Ramírez) llegan a conclusiones muy distintas; sin embargo, al terminar el siglo XIX en dichas percepciones sobre el *otro*, era lugar común negarle su sitio a la población indígena no sólo en el pasado (Historia), también en su presente (sociedad mexicana de ese tiempo). Por su parte, Reyes (militar de carrera y a la sazón gobernador porfiriano de la entidad), en su breve discurso se concentró en elogios al destacar el desarrollo (económico, demográfico)³⁰¹ de la localidad que, por supuesto, no hubiera sido posible sin el régimen al cual representaba. En pocas palabras, para el emisario de Díaz el desenvolvimiento de la capital nuevoleonense era debido a la estabilidad del régimen que encabezaba.

Medio siglo después, vuelve a presentarse la necesidad de conmemorar el 350 aniversario de la ciudad. Para tal evento, se planeó y organizó una serie de actividades más elaboradas que aquella que le precedió. Para empezar, entre diciembre de 1945 y abril de 1946, se conformó un “primer comité” en el que figuraron ocupando diversos cargos personajes relevantes de la historiografía local (S. Roel, R. Rangel Frías, H. González y J. P. Saldaña). Asimismo, instituciones que para entonces ya estaba constituidas y en funciones se sumaron a tales esfuerzos. Ese fue el caso de la ya mencionada SNHGE; a unos años de iniciar actividades, su participación resultó imprescindible para tales propósitos.

Desde el plano historiográfico, llaman la atención los trabajos de Santiago Roel y Raúl Rangel Frías elaborados expresamente

³⁰⁰ V. Garza y E. Gorostieta, “Tercer Centenario de la Fundación de Monterrey”, 1995, p. XV-XXIV.

³⁰¹ B. Reyes, *Idem*, pp. XXIV y XXV.

para tal ocasión. El breve texto sobre la *Fundación de Monterrey* del primer autor, presenta una evocación laudatoria del suceso y del personaje que la encabezó (el ya mencionado D. de Montemayor). Al protagonista lo describe como “animoso y valiente español” y “ferviente católico”;³⁰² pero, por sobre todas las cosas, la decisión de fundar una población resultó ser pragmática y de supervivencia: la existencia de agua en el sitio. Así fue que, en un lugar con ríos, arroyos y ojos de agua, Montemayor y algunas familias deciden quedarse en lo que bautizarán como Monterrey. El otro texto, *Teoría de Monterrey*, si bien mantiene el carácter laudatorio (“sentimiento de orgullo y vanagloria”), resulta ser más elaborado en términos conceptuales. Así, respecto al aniversario en cuestión, Rangel Frías se pregunta: “¿qué haremos nosotros los contemporáneos, para proseguir esta obra que han hecho el tiempo y los hombres?”.³⁰³ Diría Rangel que no basta con recordar fechas y nombres (el pasado por el pasado mismo); sino qué han hecho los regiomontanos con ese legado (proyectar dicho pasado hacia el futuro).

Gonzalitos y el Siglo XIX

En este ánimo laudatorio, otra obrita recuperada fue *Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León*, de José Eleuterio González correspondiente al año de 1873. El doctor González en su condición de polígrafo, abarcó diversas áreas de estudio; en este caso, se trata del primer trabajo *moderno* en dicha materia. El impulso que el autor tuvo para elaborar el trabajo en cuestión, fue por demás pragmático. Entre las múltiples actividades que desempeñó, este personaje incursionó -si bien de forma marginal y breve-, en la política local. En concreto, ocupó la gubernatura de la entidad en tres ocasiones: dos de manera interina [octubre-noviembre de 1870 y enero-marzo 1874] y otra constitucional [diciembre de 1872-octubre de 1873].³⁰⁴ Es desde esta posición

³⁰² S. Roel, “Fundación de Monterrey”, 1995, p. XXXV.

³⁰³ R. Rangel Frías, “Teoría de Monterrey”, 1995, p. II.

³⁰⁴ *Los gobernantes de Nuevo León*, 1990, pp. 116-119.

que el personaje se dio a la tarea de buscar, ordenar y presentar los datos e información disponibles sobre diversos aspectos del espacio que gobernaba.³⁰⁵ Su objetivo era claro: conocer las condiciones de la entidad para tomar las decisiones adecuadas respecto a sus problemáticas.³⁰⁶

La relevancia del trabajo en cuestión se reconoció en su momento incluso más allá de Nuevo León. Prueba de ello es que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística -fundada en 1833 y de la cual el doctor González fue integrante y colaborador-, a través de su *Boletín* publicó el trabajo.³⁰⁷ El manuscrito original se encuentra en la Biblioteca de Colecciones Especiales “Miguel de Cervantes Saavedra” [Archivo Méndez Plancarte] del Tecnológico de Monterrey (campus Monterrey).

Más de 130 años después, la obrita es reeditada por la Fundación de Beneficiencia (sic) Jesús M. Montemayor, A. C. Complementan el libro una presentación, prólogo y epílogo de Rafael Garza Berlanga, así como un esbozo biográfico de Fernando Garza Quirós.

Desde la Presentación, sus participantes dejan claro el propósito de tal esfuerzo por “editar y publicar las obras básicas de interés histórico de nuestra región... como una aportación más a los faustos acontecimientos conmemorativos de los 400 años de la fundación de Monterrey”.³⁰⁸ La justificación no deja lugar a dudas ni a cuestionamientos; como se mencionó en el apartado dedicado al personaje decimonónico, se trata del primer ejercicio estadístico sobre la entidad con carácter metódico y científico. A la par de lo anterior, otra ponderación de quienes elaboraron la edición es que para entonces Nuevo León ya había iniciado su incipiente industrialización: en este caso, tomando como

³⁰⁵ E. Espinosa, *José Eleuterio González, historiador*, 2010, pp. 85 y 86.

³⁰⁶ J. E. González, *Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León*, 1873, Prólogo. Aquí el autor explica: *Desde que me encargué del gobierno eché de ver la grandísima falta de una estadística, pues para gobernar un Estado, la primera condición es conocerlo bien.*

³⁰⁷ *Boletín SMGE*, 3era. época, tomo III, 1873, pp. 213-272. Otro trabajo del autor que apareció en esta publicación fue el opúsculo “El 15 y el 16 de septiembre” [2da. época, tomo II, 1870, pp. 221-233].

³⁰⁸ R. Garza Berlanga, “Presentación”, 1996, p. 11.

referencia la fábrica de textiles La Fama, que había iniciado actividades hacia 1854. El propósito del ejercicio laudatorio es claro: se trata de enaltecer el desarrollo industrial como rasgo definitorio de la ciudad y del Estado.

La SNHGE en la conmemoración

Una agrupación que necesariamente debía involucrarse en estos festejos era la multicitada e imprescindible SNHGE. Pieza clave en su momento para coordinar y encauzar institucionalmente los esfuerzos de aquellos interesados en el pasado de la entidad, con más de medio siglo de existencia para entonces y con el estatus de asociación civil, dicha sociedad se sumó a la producción editorial publicando sus *Documentos básicos*. Se trata de una edición de 72 páginas en la cual, además de presentar sus estatutos y reglamentos, le preceden un Prólogo del historiador y archivista Jesús Ávila, así como un breve texto del arquitecto Gerardo de León.

Además de ello y aunque parezca un accesorio, las líneas de la contraportada nos permiten justificar su mención en este trabajo. Escritas por Celso Garza Guajardo (1943-2000), explica los motivos de la publicación como “un aporte a la memoria de nuestra institución”. A lo anterior, agrega que es un “homenaje a sus fundadores y a todos aquellos que en las diversas etapas de la institución han sido factores clave en su sostenimiento y conducción”. Remata con el asunto que resulta imperativo para nuestro trabajo: “En 1996, en el 400 aniversario de la fundación de la ciudad metropolitana de Nuestra señora de Monterrey, la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A. C., está presente, como siempre, con su labor civil por la historia y los documentos básicos en que se fundamenta”.

Garza Guajardo -normalista de profesión e historiador por convicción-, de igual forma fue militante de izquierdas (como el referido M. de León, integró en su momento las filas del Partido Comunista Mexicano desde los álgidos años sesenta). En 1971, ingresó a la SNHGE y desde 1984, encabezó el Centro de Información de Historia Regional de la Universidad Autónoma de

Nuevo León. Para 1996, formó parte de la Comisión de Historia del Patronato Monterrey 400, desde donde se impulsó la edición y publicación de investigaciones sobre procesos de la historia local, estatal y regional. Desde esa posición, incidirá en otros proyectos historiográficos de aquellos festejos.

¿Marxismo inofensivo?

En el tercer apartado de esta saga se mencionó a Máximo de León Garza y su versión (entonces considerada incendiaria), sobre el desarrollo industrial de Monterrey. Pues resulta que en ese exultante y apoteósico 1996, *Monterrey, un vistazo a sus entrañas* publicada por primera vez hacia casi tres décadas, fue otra de las obritas que también acabó por ser objeto de rescate y revaloración. No exagero al emplear el adjetivo “incendiario”. De hecho, en una de las presentaciones que acompañan a la mencionada edición conmemorativa, se afirma lo siguiente:

A mediados del año de 1968, apareció en el regiomonte un libro que causaría conmoción en los medios político, empresarial e intelectual; por primera vez se hacía una radiografía crítica del llamado “Grupo Monterrey” a través del ensayo de 285 páginas de Máximo de León Garza titulado *Monterrey, un vistazo a sus entrañas*.

Las reacciones no se hicieron esperar: a la condena de los voceros empresariales y patronales se opuso la algarabía de los militantes izquierdistas, muchos sumamente convencidos de que la revolución socialista estaba a la vuelta de la esquina.³⁰⁹

Como se mencionó, la impronta del texto fue tal que provocó la polémica ya mencionada con J. P. Saldaña (incluso encendió los ánimos de otro personaje destacado como José Fuentes Mares). En la radicalidad de aquel tiempo -1968-, las tomas (ideológicas) de posición no dejaban espacio para encontrar un término medio o buscar la reconciliación. Sin embargo, para esos años ya de cara

³⁰⁹ H. J. Treviño, “Penetra a la verdadera entraña de este Monterrey grandioso “, 1996, p. V.

al fin de siglo muchas cosas habían cambiado; en concreto, la disolución de la Unión Soviética en diciembre de 1991 -precedida de la caída del muro de Berlín dos años antes-, para muchos significó el fracaso de lo que se denominó “socialismo real”. Para entonces, izquierdas y derechas -cuya disputa había acompañado prácticamente todo el siglo XX-, por paradójico que parezca se reconocían en la adopción de principios liberales (libertades, derechos, tolerancia, equidad, inclusión). En tal sentido, hay un contraste que llama la atención: en su primera aparición, el texto careció de sello editorial, mientras que en la edición que ahora mencionamos, además de contar con respaldo editorial (Minas Viejas), aparece el reconocimiento como parte de los festejos que entonces se le dedicaron a la ciudad. Cómo cambian las cosas: el librito dejó de considerarse “incendiario” y pasó a ser revalorado como parte de la producción historiográfica local.

Para concluir, valga agregar otro dato importante: reconocer que la iniciativa de reeditar dicho texto fue del ya citado C. Garza Guajardo.

Vizcaya, de nuevo

En consonancia con lo anterior, otra publicación parte de esos festejos que desataca en términos historiográficos es *Un siglo de Monterrey. Desde el Grito de Dolores hasta el Plan de San Luis, 1810-1910*. La autoría se le debe al ya mencionado Isidro Vizcaya y resultó ganadora de un certamen organizado como parte de la fecha que nos sirve de referencia. El texto se publicaría dos años más tarde -en 1998-, por la Academia de Investigaciones Humanísticas, A. C. Manuel Ceballos -oriundo de Nuevo Laredo, historiador egresado de El Colegio de México, académico por décadas en El Colegio de la Frontera Norte y quien también integró la Comisión de Historia de dicho Patronato-, en la Presentación del libro afirma: “En aquella fecha, la Comisión de Historia pretendió que se elaboraran tres textos de historia de Monterrey que actualizaran y sintetizaran el pasado de la ciudad. El primero de ellos debería referirse a la época colonial,

el segundo al siglo XIX y el último al siglo actual.”³¹⁰ Un dato relevante es que además del propio Ceballos, Octavio Herrera-historiador tamaulipeco estudioso y conocedor de los procesos regionales en el norte de México-, fueron los dictaminadores del trabajo en mención.

En consonancia con nuestra premisa, existe un aspecto que destaca el investigador fronterizo involucrado en dicho certamen: el libro en cuestión -como el resto de la obra “vizcayana”-, lo vincula con los esfuerzos elaborados por otros historiadores de distintas generaciones, lo que le permite identificar una tradición historiográfica nuevoleonesa. Conocedor del tema, hace el siguiente balance:

Este texto... se coloca dentro de la categoría y género de síntesis de la historia, al estilo de lo que han hecho en el Estado de Nuevo León el licenciado Santiago Roel y el profesor Israel Cavazos Garza. Sin negar la importancia de otros textos -como el de Timoteo L. Hernández, de Andrés Montemayor, de Rodrigo Mendirichaga y algunos más-, que por su género cumplen con otros objetivos, en mi parecer este libro del maestro Vizcaya Canales completa la trilogía de síntesis para la historia de Nuevo León publicadas en el siglo XX, y que han estado destinadas a largos periodos de vigencia historiográfica.³¹¹

Para los propósitos del presente trabajo, la ponderación planteada resulta crucial. En efecto, en la entidad existe una tradición historiográfica que es posible identificar y vincular en el tiempo a partir de la obra de autores de diverso perfil, cuyo objetivo ha sido rescatar, preservar y difundir el pasado de la ciudad, del Estado y de la región. Por otra parte, la cita a la que se hace alusión va en consonancia con el epígrafe de J. Meyer³¹² en este último apartado; al reflexionar sobre los usos (y abusos) de la historia, el experimentado profesor francés avecindado

³¹⁰ M. Ceballos, “Presentación”, 1998, p. IX.

³¹¹ *Idem*, p. X.

³¹² J. Meyer, “La historia al servicio de...”, 2007, pp. 8.

en México, reconoce que tal condición tiene su lado positivo. De tal manera que las actividades que acompañaron a las conmemoraciones como la que nos sirve de cierre, lograron atraer la atención y el compromiso de los poderes locales (político y económico), proporcionar recursos, conseguir financiamiento y -lo que considero más significativo-, momentáneamente llegó a despertar cierto interés en un público más amplio.

Una condición presente en el periodo delimitado, es la puesta en marcha a nivel nacional de un proceso de descentralización de proyectos académicos (los cuales incluyeron el campo de la Historia profesional). Si bien en Nuevo León la constitución de una Universidad estatal se llevó a cabo desde la década de 1930 (que, en cierta forma, buscaba el mismo fin descentralizador), en lo que toca a la profesionalización de la Historia, también tuvo su impacto con el inicio de actividades del Programa de Licenciatura casi al mediar los años setenta.

En consonancia con lo anterior, la presencia de académicos extranjeros y su respectiva investigación marcó la pauta de dicha profesionalización. En los casos abordados, llama la atención el estudio de la acumulación de capitales y su posterior uso en empresas e industrias (algunas de ellas aun activas). Aquí destacan dos aspectos que historiográficamente resultan relevantes: por un lado, un uso sistemático y acucioso de fuentes primarias (en particular, de archivos locales y estatales); por otro, la articulación conceptual elaborada de un entorno regional (*noreste* mexicano) y la conformación de segmentos (burguesía, clase obrera, ya tratados por M. de León desde el periodo anterior) claramente delimitados.

Para cerrar los argumentos, considero necesario señalar que la mayor apuesta de los historiadores en este último periodo fue erradicar el “autodidactismo” (condición que acompañó a la actividad en la entidad desde el siglo XIX). Con lo anterior no me refiero a que los académicos confrontaran -literal y abiertamente-,

a los cronistas; en todo caso, se trató de una situación en la que los profesionales con sus estudios e investigaciones cada vez más acuciosas, le fueron otorgando una mayor solidez y reconocimiento a sus actividades, marcando una diferencia notable respecto a la labor del autodidacta.

Consideraciones finales

La misión primordial del conocimiento histórico es la de un vigía que alerta la conciencia de lo que somos en trance permanente a lo que podemos ser...

Edmundo O'Gorman

EL ABORDAJE A LA SAGA QUE CONFORMA parte de la historiografía de Nuevo León en el largo plazo, muestra cómo las prácticas realizadas por los historiadores ubicados en dichos periodos han cambiado, se han transformado, incluso se han reinventado. Lo anterior muestra que los historiadores y su quehacer también tienen su historia; abordar dicho carácter histórico es válido y necesario, ya que haría posible un ejercicio de autocrítica. Por incómodo o inútil que pueda considerarse, esa actitud reflexiva es la que puede robustecer la solidez científica al oficio (esto es, permite identificar logros, reconocer limitaciones y advertir sobre posibilidades que mantengan vigente tales prácticas).

Respecto a los periodos identificados en el presente trabajo, el primero [1867-1925] guarda coincidencia con la labor que por entonces también realizan los historiadores que suelen ser considerados “personajes nacionales”. Lo anterior se aprecia en dos aspectos: por un lado, la *modernidad historiográfica* de entonces (que supuso otorgarle un estatuto científico al oficio); por otro, la incidencia que ello tuvo en la conformación de los modernos Estados nacionales (en este caso, la constitución de México tras la Independencia). De tal manera que la obra de J. E. González y H. Dávila desde lo regional, iría a la par de la elaborada por V. Riva Palacio o G. Prieto desde la Ciudad de México. Los parámetros conceptuales (historia cívica) y metodológicos (uso documental) para tal mudanza, fueron los fijados por la Escuela Histórica Alemana a lo largo del siglo XIX cuya aspiración máxima era lograr “objetividad” e “imparcialidad”.

Para el siguiente momento de la historiografía en Nuevo León [1925-1942], en todo caso parece darse un distanciamiento entre la historiografía regional abordada y lo hecho desde la capital del país. Situaciones como el conflicto armado de principios de siglo XX y la posterior proyección de un nuevo régimen político a nivel nacional, de alguna forma incidieron en que los historiadores locales de la época concentraran sus esfuerzos en destacar la (supuesta) identidad estatal. Por paradójico que parezca, la constitución de dicho régimen tuvo su impacto en la entidad y se materializó en la creación de nuevas instituciones en el Estado (señaladamente, la Universidad de Nuevo León fundada en 1933 y autónoma desde 1971). Desde esta institución -sumado a otros esfuerzos incluidos los del sector privado como el Tecnológico de Monterrey fundado en 1943-, se le dará impulso no solo a rubros como la educación o la cultura estatales, también incidirán de manera decisiva en el estudio de los procesos históricos regionales.

Posteriormente, en el lapso de poco más de tres décadas [1942-1974] los interesados en el estudio y difusión del pasado en la entidad tuvieron logros relevantes. Como ejemplo, puede señalarse su capacidad para organizarse institucionalmente (SNHGE). Tales esfuerzos continuaron hasta lograr vincularse con colegas a nivel nacional y de otros países (EE. UU.). Si bien se encontró evidencia de vínculos entre historiadores locales desde el siglo XIX (González) con sus pares a nivel nacional (Riva Palacio, Prieto), incluso obteniendo reconocimiento de comunidades científicas (González fue miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística), será hasta la siguiente centuria cuando ello tome fuerza institucional. A lo anterior hay que agregar otra circunstancia historiográfica crucial en dos sentidos: por un lado, la aportación de historiadores extranjeros (F. Mauro) al estudiar procesos regionales (industrialización de Monterrey); por otra, la introducción de tendencias entonces consideradas amenazantes e incendiarias (como fue el caso del marxismo con M. de León). Aquella investigación de 1964 realizada por este profesor francés, resultará el punto de inflexión para un tema que en los lustros y décadas posteriores aparecerá como dominante en la historiografía local.

Por lo que corresponde al periodo de la profesionalización [1974-1996], un hallazgo presente en la obra de los autores aludidos es la ubicación de la frontera norte como parte medular de la conceptualización del entorno regional. Así, para historiadores como M. Cerutti el punto de partida de la constitución de lo que llama “gran norte oriental”, es 1848 (momento en que la frontera norte logra su configuración definitiva). Esta condición geográfica y política permitirá la articulación del mencionado entorno regional, posicionando a Monterrey como su epicentro potenciando su consecuente desarrollo. Si bien un planteamiento que apuntaba a considerar la frontera como punto de encuentro y no como mero límite ya había sido sugerido desde los años sesenta (señaladamente F. Mauro), es en este lapso donde podría afirmarse se institucionaliza. Desde el plano historiográfico, la línea divisoria entre Estados Unidos y México desde mediados del siglo XIX se ha convertido en “centro” (esto es, punto de encuentro de personas, mercancías e ideas).

Asimismo, un aspecto presente en prácticamente todo el *corpus* considerado en este trabajo, es el detalle que no sólo se ha elaborado desde la capital del Estado, también se ha enfocado en ella. Situaciones como su (precipitado) desarrollo industrial a partir del Porfiriato y la consecuente concentración en diversos rubros (económico, político, demográfico, educativo, etc.), ofrecen testimonio de tal fenómeno. En 1997 -un año después de los festejos que utilizamos como referencia-, A. Nuncio reflexionaba al respecto; con tino y agudeza, mencionó al Área Metropolitana de Monterrey como ese “centro” que -para bien y para mal-, define a Nuevo León. En su *Visión de Monterrey*, con resignación y preocupación -que, por cierto, comparto-, concluye que el resto de la entidad “se fue vaciando de pobladores, recursos y significado”. Una suerte de “centralismo regional” -que parece emular al nacional-, atraviesa la historiografía nuevoleonense con las inevitables distorsiones que ello implica.

Tales distorsiones presentes en los autores y sus respectivas obras, deviene en ausencias. Una de ellas es la relativa a la población indígena. Casi siempre representada como un factor “externo”,

“ajeno”, “ilegítimo” en la historia del Estado -y de todo el norte de México-, en las páginas que dan vida a la historiografía abordada suelen ser reducidas a una suerte de estorbo para la imposición, según el momento, de diversos paradigmas (el cristianismo en el siglo XVI o el “progreso” en el siglo XIX). Así las cosas, llama la atención -por decir lo menos-, que la alusión a dichos grupos autóctonos esté presente en emblemas institucionales (el escudo del Ayuntamiento del municipio de Monterrey), incluso en la iniciativa privada (Cervecería Cuauhtémoc, hoy Heineken México). Será hasta mediados de los años noventa del siglo XX cuando desde el campo de la etnografía, los estudiosos comiencen a elaborar una historiografía más acuciosa, realista y equilibrada, en la cual por fin se logra ubicar al indígena como objeto de estudio “en el centro” (es decir, como elemento constitutivo de nuestra historia).

En cuanto al alcance de la obra abordada, la clave está en el lector. Bajo esa premisa, los autores y sus textos tuvieron propósitos variados. Así, historiadores de la segunda mitad del siglo XIX (señaladamente Dávila), dirigieron su obra a un público estudiantil (de “primeras letras”) que, en cierto modo, aseguraba un destinatario (lectura obligatoria en escuelas públicas del Estado). Ya en el siglo XX, otros historiadores (Roel) continuaron en esa línea al tomarse su texto como libro de lectura obligatoria en secundaria por varias generaciones. Por otra parte, los festejos (desde Garza Cantú en 1910 hasta lo elaborado, publicado y rescatado en 1946 y 1996), resultan esfuerzos dirigidos a preservar y difundir una suerte de memoria de lo que ha sido la ciudad y la entidad; de tal manera que su aspiración fue llevar dicha obra a un público amplio (hasta donde fuera posible).

La producción historiográfica en la entidad continúa. Con el nuevo milenio, nuevos y renovados esfuerzos institucionales (convocatorias como las de Conarte -ya desaparecida- y, más recientemente, del Museo de Historia Mexicana), estimularán la investigación sobre la historia regional. Ambos ejemplos muestran la vitalidad y diversidad del ámbito que sigue abriendo vetas, tanto en objetos de estudio (por ejemplo, la llegada y

desarrollo del cine en Monterrey), como en la incorporación de historiadoras (ausentes en el periodo abordado).

Por irregular o accidentado que haya sido el trayecto de esta saga, construyó conocimiento sobre el pasado regional (incluso, permitió elaborar una imagen del regiomontano, del nuevoleonés respecto a sí mismo y al resto de México). Se trata de esa “conciencia” -como la llamó O’Gorman en el epígrafe que acompaña a estas reflexiones finales-, la que se encuentra en tal conocimiento histórico, lo que nos da idea de qué hemos sido, qué somos y qué podemos ser.

Fuentes

Hemerografía

Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (Ciudad de México).

Cerutti, Mario, “Siglo XIX. Revista de historia”, *Historia Mexicana*, Vol. 50, No. 4 (200), abril-junio 2001.

Dirk Kruijt, “Menno Vellinga (1939-2015)”, *Hispanic American Historical Review*, 95(4): 662-665, November 2015.

Derbez García, Edmundo, “De frente y de perfil. Isidro Vizcaya Canales”, *Actas. Revista de Historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, vol. 1, no. 1, enero-junio 2002.

Espinosa Martínez, Edgar Iván, “La construcción de lo “nacional” desde las regiones. *La Revista de Nuevo- León y Coahuila*, 1863-64”, *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*, núm. 30, año X, enero-junio 2009.

El Norte (Monterrey).

El Escolar Médico. Periódico dedicado especialmente á las ciencias médicas. Redactado por los estudiantes de la Escuela de Medicina de Monterrey (Monterrey).

La Revista de Nuevo-León y Coahuila (Monterrey).

Meyer, Jean, “La historia al servicio de...”, *Istor. Revista de Historia Internacional*, publicación semestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), año VIII, número 29, verano de 2007.

Mauro, Frédéric, “Le développement économique de Monterrey (1890-1960)”, *Extraits des Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien. Caravelle*, 1964.

Oigamé (Monterrey).

Zermeño, Guillermo, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, *Historia Mexicana*, Vol. 62, Núm. 4 (248), abril-junio 2013.

Historiografía de Nuevo León (obras y materiales)

“Advertencia”, *Historiadores. Cincuenta años de reuniones internacionales: 1949-1999*, Memoria de la Primera Reunión de Historiadores mexicanos y norteamericanos, Monterrey, 1949, Edición facsimilar conmemorativa, Presentación Andrés Lira, Gilbert M. Joseph, Estudio Introductorio Manuel Ceballos Ramírez, Martín González de la Vara, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León / Universidad Autónoma de Tamaulipas/El Colegio de la Frontera Norte/SEP-Coahuila/National Park Service, 1999.

Arboleyda, Ruth y César Morado, *El noreste de México y Texas. Siete ensayos históricos*, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León [Cuadernos del CEH núm. 15], 2024.

Ávila, Jesús, “A don Isidro Vizcaya (1917-2005). En memoria”, *Sociedad, milicia y política en Nuevo León. Siglos XVIII y XIX. Homenaje al historiador Isidro Vizcaya Canales (1917-2005)*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León [Colección Cuadernos del Noreste No. 2], 2005.

Alessio Robles, Vito, *Monterrey en la historia y la leyenda*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1936.

Barrera Enderle, Víctor, *Los desahogos del desterrado. Destierro y legislación literaria en las Memorias de Nemesio García Naranjo*, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos-Universidad Autónoma de Nuevo León [Colección Cuadernos CEH núm. 9], 2021.

Berrueto González, Arturo, *Vito Alessio Robles, egregio historiador coahuilense*, Saltillo, Gobierno del Estado de Coahuila/Consejo Editorial del Estado, 2004.

- Cavazos, Israel, *El Colegio Civil de Nuevo León: contribución para su historia*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala/Fideicomiso Colegio de Historia de Tlaxcala/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007.
- Cerutti, Mario, *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX. Gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri (1855-1864)*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, segunda edición 2004.
- Cossío, David Alberto, *Historia de Nuevo León. Evolución política y social*, t. I, Monterrey, Imprenta de J. Cantú Leal, 1925.
- Cosío Villegas, Daniel, “Palabras”, Sesión de Clausura, Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, *Historiadores. Cincuenta años de reuniones internacionales: 1949-1999*, Memoria de la Primera Reunión de Historiadores mexicanos y norteamericanos, Monterrey, 1949, Edición facsimilar conmemorativa, Presentación Andrés Lira, Gilbert M. Joseph, Estudio Introductorio Manuel Ceballos Ramírez, Martín González de la Vara, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad Autónoma de Tamaulipas/El Colegio de la Frontera Norte/SEP-Coahuila/National Park Service, 1999.
- Ciclo de Estudios Históricos (Octubre de 1940)*, Monterrey, Academia Nacional de Historia y Geografía, (Centro correspondiente al Estado de Nuevo León), perteneciente al Ateneo Nacional de Ciencias y Artes.
- Ceballos, Manuel, “Presentación”, *Un siglo de Monterrey. Del Grito de Dolores hasta el Plan de san Luis*, Monterrey, Academia de Investigaciones Humanísticas, A. C., 1998.
- Dávila, Hermenegildo, *Catecismo geográfico, político e histórico de Nuevo León*, Monterrey, Tip. A. Lagrange y Hno., 1881.
- _____, *Catecismo constitucional de Nuevo León, adoptado por el Gobierno del Estado como obra de texto en las escuelas*

públicas del mismo, Monterrey, Tipografía del Comercio A. Lagrange y H., 1881.

_____, *Cartilla histórica de Nuevo León*, Monterrey, s/e, 1896.

Espinosa Martínez, Edgar Iván, *José Eleuterio González, historiador*, Monterrey, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León [Colección de Investigación Universitaria 5], 2010.

Flores Longoria, Samuel, “Semblanza del autor”, *Raúl Rangel Frías. Escritos*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León [Biblioteca del Estado de Nuevo León], 1994.

García Naranjo, Nemesio, *Una industria en marcha*, Reproducción facsimilar, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León [Cuadernos del Archivo 45], 1990.

Garza, Virgilio, “Tercer Centenario de la Fundación de Monterrey”, *Los Festejos de la Fundación de Monterrey en 1896 y 1946*, edición facsimilar, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.

Garza Berlanga, Rafael, “Presentación”, *Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo-León, recogidos, ordenados y publicados por José Eleuterio González*, Monterrey, Reedición a cargo de la Fundación de Beneficiencia (sic) Jesús M. Montemayor, A. C., 1996.

Garza Cantú, Rafael, *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura de Nuevo León: en la centuria de 1810 a 1910*, edición facsimilar, Monterrey, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.

González, José Eleuterio, *Algunos preceptos útiles, que pueden servir de introducción al estudio de la clínica, dados a los alumnos de la Escuela de Medicina de Monterrey*, Monterrey, s/e, 1870.

- _____, *Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León, recogidos, ordenados y publicados por José Eleuterio González*, Monterrey, Imprenta de Gobierno a cargo de Viviano Flores, 1873.
- Gorostieta, Enrique, “Tercer Centenario de la Fundación de Monterrey”, *Los Festejos de la Fundación de Monterrey en 1896 y 1946*, edición facsimilar, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.
- J. E. González. *Los médicos y las enfermedades de Monterrey, 1881. La vida y la obra de Gonzalitos*, London, The Welcome Medical Historical Museum and Library, editor Francisco Guerra, 1968.
- León Garza, Máximo de, *Monterrey: un vistazo a sus entrañas*, Monterrey, s/e, 1968.
- _____, “A manera de explicación previa”, *Monterrey: un vistazo a sus entrañas*, Edición facsimilar Monterrey 400, Monterrey, Ediciones Minas Viejas, 1996.
- León Garza, Rodolfo de, “Doctor Máximo de León Garza. Semblanza biográfica”, *Monterrey: un vistazo a sus entrañas*, Edición facsimilar Monterrey 400, Monterrey, Ediciones Minas Viejas, 1996.
- León Torres, Gerado de, “La Sociedad Nuevoleones de Historia, Geografía y Estadística”, *Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística. Documentos básicos*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León/Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A. C., 1996.
- Los gobernantes de Nuevo León. Historia (1579-1989)*, México, J. R. Fortson y Cía., 1990.
- Mauro, Frédéric, “A propose d’une Barcelone mexicaine: Monterrey et son histoire”, *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, Universidad de Barcelona, vol. II, 1967.

Morado, César, “Israel Cavazos Garza: descubridor del mar del norte”, *Israel Cavazos Garza, historiador*, Edición conmemorativa en su 75 aniversario, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León [Dirección de Publicaciones], 1998.

_____ y Lucila Hinojosa (Coordinadores), *Las ciencias sociales en el noreste de México*, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2016.

Pérez-Maldonado, Carlos, “Palabras”, Sesión de Clausura, Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, *Historiadores. Cincuenta años de reuniones internacionales: 1949-1999*, Memoria de la Primera Reunión de Historiadores mexicanos y norteamericanos, Monterrey, 1949, Edición facsimilar conmemorativa, Presentación Andrés Lira, Gilbert M. Joseph, Estudio Introductorio Manuel Ceballos Ramírez, Martín González de la Vara, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad Autónoma de Tamaulipas/El Colegio de la Frontera Norte/SEP-Coahuila/National Park Service, 1999.

Rangel Frías, Raúl, “Teorema de Nuevo León”, *Raúl Rangel Frías. Escritos*, Selección, Prólogo y Notas Humberto Salazar, Semblanza del autor Samuel Flores Longoria, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León [Biblioteca del Estado de Nuevo León], 1994.

_____, “Teoría de Monterrey”, *Los Festejos de la Fundación de Monterrey en 1896 y 1946*, edición facsimilar, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.

Rangel Guerra, Alfonso, “Prólogo”, *Algunos apuntes acerca de las letras y la cultura de Nuevo León: en la centuria de 1810 a 1910*, edición facsimilar, Monterrey, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.

Reyes, Alfonso, “Los Regiomontanos”, *Los festejos de la fundación de Monterrey en 1896 y 1946*, edición facsimilar, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.

- Reyes, Bernardo, “Tercer Centenario de la Fundación de Monterrey”, *Los Festejos de la Fundación de Monterrey en 1896 y 1946*, edición facsimilar, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.
- Reyes, Rosario, “Presentación”, *Una industria en marcha*, Reproducción facsimilar, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León [Cuadernos del Archivo 45], 1990.
- Rizzo García, Socrates C, “Presentación”, *Los festejos de la fundación de Monterrey en 1896 y 1946*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.
- Roel Melo, Santiago, “Fundación de Monterrey”, *Los festejos de la Fundación de Monterrey*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1995.
- _____, *Nuevo León, apuntes históricos*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1954.
- Ruiz Solís, Francisco, “Apuntes para la historia del pensamiento científico de Nuevo León. Apéndice. De la forma de hacer historia”, *Dese el cerro de la Silla. Artes y letras de Nuevo León*, Miguel Covarrubias (ed.) y Erick Estrada (fotografía), Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1992.
- Saldaña, José Pedro, *Apuntes históricos sobre la industrialización de Monterrey*, Monterrey, Centro Patronal de Nuevo León, 1965.
- _____, *Grandeza de Monterrey y Estampas antiguas de la ciudad*, México, Empresas Editoriales, 1973.
- Treviño Villarreal, Héctor Jaime, “Penetra a la verdadera entraña de este Monterrey grandioso...”, *Monterrey, un vistazo a sus entrañas*, edición facsimilar en homenaje a Máximo de León Garza, Monterrey, Ediciones Minas Viejas/Monterrey 400, 1996.
- Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística. Documentos básicos*, México, Universidad Autónoma de

Nuevo León/Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A. C., 1996.

Vizcaya canales, Isidro, *Los orígenes de la industrialización de Monterrey. Una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 2001.

Historiografía mexicana

Aguilar Camín, Héctor, “Historia para hoy”, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 2004.

Aguirre Rojas, Carlos, “La presencia de la corriente francesa de los *Annales* en México. Primeros elementos para su interpretación”, *Tendencias y corrientes historiográficas de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

Alamán, Lucas, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, t. I, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica [Clásicos de la Historia de México], 1985 (edición facsimilar).

Altamira y Crevea, Rafael, *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 2011.

Arenal, Jaime del, “El discurso en torno a la ley: el agotamiento de lo privado como fuente del derecho en el México del siglo XIX”, *Construcción de la legitimidad política en México*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 2008.

“Ciclo en torno a Xenopol, o tercera polémica mexicana en relación con la historia”, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

Briosos y Candiani, Manuel, “Las nuevas orientaciones para la constitución de la historia. Exposición compendiada de la “Teoría de la Historia” de A. D. Xénopol”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Clavigero, Francisco Xavier, *Historia antigua de México, sacada de los mejores historiadores españoles, y de manuscritos y pinturas antiguas de los indios*, traducida por F. P. Vázquez, México, Editorial del Valle de México, 1978.

Corvera Poiré, Marcela, “Las guías de forasteros en el México del siglo XIX”, *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*, Edición Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, Editorial Joaquín Mortiz [Confrontaciones. Los Testigos], 1976.

Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1996*, México, Fondo de Cultura Económica [Vida y Pensamiento de México], segunda edición, 1996.

“Discurso y cartas sobre varias reformas que parecen deben hacerse en el método de algunos de nuestros estudios epistolar y científico”, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

Florescano, Enrique, *La función social de la historia*, Fondo de Cultura Económica, 2012.

_____, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena Ediciones, 2009.

_____, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus [Pasado y Presente], 2002.

- Iglesia, Ramón, “La Historia y sus limitaciones”, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, Selección y Prólogo de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica [Biblioteca Universitaria de Bolsillo], 2015.
- Illades, Carlos, *El marxismo en México. Una historia intelectual*, México, Penguin Random House Grupo Editorial/Taurus, 2018.
- Krauze, Enrique, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, *La historia cuenta. Antología*, México, Tusquets Editores México, 1998,
- Larrainzar, Manuel, “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México”, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.
- Martínez Assad, Carlos, *Los sentimientos de la región. Del viejo centralismo a la nueva pluralidad*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/Editorial Océano, 2001.
- Matute, Álvaro, “Estudio introductorio”, *Edmundo O’Gorman. Historiología: teoría y práctica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México [Biblioteca del Estudiante Universitario 130], 1999.
- _____, (Compilador), *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- _____, “Introducción a la edición de 1974”, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, Selección y Prólogo de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica [Biblioteca Universitaria de Bolsillo], 2015.
- O’Gorman, Edmundo, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* [edición facsimilar], Presentación Juan Ramón de la Fuente, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades [Programa Editorial], 2006.

- Prieto, Guillermo, “Actualidades de la Semana 1”, *Obras Completas*, t. XIX, México, Dirección General de Publicaciones del Consejo para la Cultura y las Artes, 1996.
- Ramos Pedrueza, Rafael, “Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Reyes, Alfonso, “Mi idea de la Historia”, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, Selección y Prólogo de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica [Biblioteca Universitaria de Bolsillo], 2015.
- Riva Palacio, Vicente (director), *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, t. II, México/Barcelona, Ballezá y Cía. Editores/Espasa y Cía. Editores, 1889.
- Rico Moreno, Javier, *Pasado y futuro de la historiografía de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Azcapotzalco [Colección Ensayos 8], 2000.
- Ríos, Norma de los, “De la teoría de la dependencia a los nuevos géneros historiográficos”, *Tendencias y corrientes historiográficas de la historiografía mexicana del siglo XX*, México, El Colegio de Michoacán/Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.
- “Segunda polémica acerca del estudio de la Historia Patria en las escuelas primarias, a fines del siglo XIX”, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.
- Soberón Mora, Arturo, “Las armas de la Ilustración: folletos, catecismos, cartillas y diccionarios en la construcción del

México moderno”, *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora/Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Teja Zabre, Alonso, “Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Vadillo López, Claudio de Jesús, *La historiografía política al diván del análisis: 1970-2000. Crítica del enfoque revisionista*, México, Ediciones Navarra [El ojo viajero], 2016.

Valverde y Téllez, Emeterio, “Alocución presentada por el Ilmo. y Revmo. Sr. Obispo de León... al inaugurarse el Centro de Estudios Históricos Francisco del Paso y Troncoso, la noche del 17 de enero de 1922”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

_____, “Alocución pronunciada en la distribución de premios del Seminario Conciliar de la Diócesis de León, efectuada el 23 de diciembre de 1922”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

_____, “Discurso sobre la filosofía de la historia para la distribución de premios del Seminario de León, el 15 de agosto de 1923”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Vigil, José María, “Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

Zermeño, Guillermo, “La Historia. ¿Una ciencia en crisis? Teoría e historia en México, 1968-1988. Una primera aproximación”, *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*,

México, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Nacional Autónoma de México/Comité Mexicano de Ciencias Históricas/Gobierno del Estado de Morelos, 1990.

_____, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

Bibliografía general

Aillón Soria, Esther, “La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto *L’Amérique Latine*, 1860-1930”, *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2009.

Braudel, Fernand, *Las ambiciones de la historia*, traducción castellana de María José Furió, Barcelona, Editorial Crítica, 2002.

Burke, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa editorial, 2006.

_____, *The Polymath. A cultural history from Leonardo da Vinci to Susan Sontag*, New Haven and London, Yale University Press, 2020.

Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, trad. Paloma Villegas, México, Editorial Era, 2000.

Certeau, Michel de, *L’Écriture de l’histoire*, Paris, Éditions Gallimard [Collection Folio/Histoire 115], 1975.

Dosse, François, *La saga des intellectuels français, 1944-1989. I.- À l’épreuve de l’histoire, 1944-1968*, Paris, Éditions Gallimard, 2018.

Delacroix, Christian, François Dosse, Patrick García, *Les courants historiques en France, siècle 19e-20e*, Paris, Armand Colin, 2005.

Dosse, François, *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 2006.

- Ferro, Marc, *Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero*, trad. Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica [Colección Popular 441], 2007.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Ediciones Sígueme [Hermeneia 7], 2001.
- Ginzburg, Carlo, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, trad. Carlos Catroppi, Barcelona, Gedisa [Cladema Historia], 1999.
- González y González, Luis, *La ronda de las generaciones*, México, Editorial Clío, 1997.
- Gómez Ramos, Antonio, “Introducción. Koselleck y la *Begriffsgeschichte*. Cuando el lenguaje se corta con la historia”, Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, trad. e introducción Antonio Gómez Ramos, Madrid, Editorial Trotta, 2004.
- Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. Purificación Jiménez, México, Fondo de Cultura Económica [Sección de Obras de Historia], 2006.
- Hobsbawm, Eric, *Cómo cambiar el mundo, Marx y el marxismo, 1840-211*, trad. Silvia Furió, México, Ediciones Culturales Paidós, 2015.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, trad. Norberto Smilg, Barcelona, Ediciones Paidós [Paidós Básica 61], 1993.
- Loaeza, Soledad, *El Partido Acción Nacional, la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, Fondo de Cultura Económica [Política y Derecho], 1999.
- Novick, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, t. I, trad. Gertrudis Payás e Isabel Vericat, México, Instituto Mora, 1997.

- Meneses Morales, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, México, Centro de Estudios Educativos/Universidad Iberoamericana, 1998.
- Ortega y Medina, Juan A., *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana (Guillermo de Humbolt-Leopold Ranke)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas [Serie de Historia General 11], 1980.
- Palti, Elías José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, Fondo de Cultura Económica [Sección de Obras de Historia], 2005.
- Pani, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2001.
- Pérez Daniel, Gustavo Herón, *Historia política de Nuevo León. Hacia una historia de la esfera pública neolonesa*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2013.
- Roldán, Eugenia, “The making of citizens: an analysis of political catechisms in nineteenth-century Mexico”, Master of Arts dissertation, University of Warwick, 1996.
- Schiera, Pierangelo, “Estado moderno”, *Diccionario de política*, N. Bobbio y N. Matteucci (dirs.), trad. R. Crisafio, A. García, M. Martín y J. Tula, México, Siglo XXI, 1988, t. I.
- Van Young, Eric, *A life together. Lucas Alaman and Mexico (1792-1853)*, New Haven and London, Yale University Press, 2021.
- Vizcaya, Isidro, *Monterrey bajo sitio. Octubre 23 y 24 de 1913*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León [Cuadernos del Archivo 23], 1988.

Colección Humanidades

1. Rebotes de violencia racial. Reflexiones críticas sobre la Historia de la Frontera
Sonia Hernández y John Morán González (Coordinadores).
2. Celebración y reconocimiento. Diez años del Día del Patrimonio en Nuevo León
Sergio Rodríguez, Isabel Sánchez y Denise Carpinteyro
(Coordinadores).
3. Contribución historiográfica de Óscar Flores
José Antonio Olvera (Compilador).
4. De historias e historiadores... La historiografía de Nuevo León, 1867-1996.
Edgar Iván Espinosa Martínez

De historias e historiadores... La saga historiográfica de Nuevo León, 1867-1996 se terminó de imprimir en el mes de julio de 2025. Corrección de estilo y cuidado de la edición a cargo del autor. Diseño de portada: Enrique González. Diseño editorial para su publicación virtual e impresa: Concepción Martínez Morales.

